



OCULTO

EN LOS

HUESOS

MARCOS NIETO
PALLARÉS

LA ESPERADA CONTINUACIÓN
DE *OCULTO EN LA SANGRE*

Oculto en los huesos

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título: Oculto en los huesos

© Marcos Nieto Pallarés

Noviembre de 2021

A Marta Martín Girón, por darme fuerzas con su amor

«Qué alegría morir en la silla eléctrica. Será el último escalofrío.

El único que todavía no he experimentado».

Albert Fish, el Vampiro de Brooklyn

Índice

[Perpetua](#)
[El diorama](#)
[Amiguito imaginario](#)
[El hombre del diorama](#)
[Soy un asesino](#)
[Violencia](#)
[Las noches de Luke](#)
[Carne y hueso](#)
[Informes](#)
[La carta](#)
[Como en el diorama](#)
[Visitas encadenadas](#)
[Una sombra a medida](#)
[Huesos](#)
[La iglesia y la nave](#)
[El loco de la colina](#)
[SWAT](#)
[Huyendo](#)
[Iris](#)
[Un oscuro secreto](#)
[Deborah](#)
[El regalo perfecto](#)
[Ojo por ojo](#)
[Dolor](#)
[Circunstancias des - favorables](#)
[Cerdos de Nueva York](#)
[Paz para los malvados](#)
[La caza](#)
[Bajo la tormenta](#)
[Sin rastro](#)
[Circo](#)
[Hora de recapitular](#)
[El primero en la frente](#)
[El ayudante y la chica de Big Fall](#)
[Risas y espanto](#)
[El protector](#)
[Sin vidas](#)
[La verdadera caza](#)
[Pulso entre sirenas](#)

[Las dos escenas](#)

[Estando roto](#)

[Inconfundible](#)

[Es mi deber](#)

[Entre colegas](#)

[Acorralado](#)

[Luces por doquier](#)

[En el peor momento](#)

[Feliz aniversario](#)

[A diestro y siniestro](#)

[Abrazos](#)

[Reseteo](#)

[La tumba sin nombre](#)

[Libre](#)

Primera parte

A pesar del oscuro trabajo que se realizaba entre sus paredes, el sótano estaba bien iluminado. Las cerdas de un pequeño pincel coloreaban de gris las patas de una silla de cinco centímetros de altura. Con precisión cirujana, socorrida por una lupa, la artista lamía la madera como un niño un helado de chocolate.

«Ha quedado perfecta», susurró tras terminar aquella pequeña parte de su obra.

Como si desplazara una pieza filatélica de colección, anduvo con el diminuto mueble entre los dedos hasta detenerse ante una caja de madera. Lo introdujo con delicadeza y lo dejó entre los demás objetos que componían el diorama.

«Ahora solo resta la pieza de carne y hueso».

Perpetua

El cielo mudaba de color más allá de los muros de mi celda. Nunca volvería a contemplar un amanecer: un sacrificio necesario. Mi dolor era su dolor y mi condena la suya, aunque fuéramos dos hombres distintos.

El escritorio metálico donde rubriqué *Prisioneros* y las dos estanterías bajas donde guardaba todo tipo de enseres, mostraban sus acostumbrados brillos matinales. La luz entraba por la única ventana de mi celda, tan fina, alargada y tan en lo alto, que no servía más que para iluminar. Hubiera dado cualquier cosa por una desde la que contemplar el cielo. Sobre mi escritorio reposaba la trilogía de *El Señor de los Anillos* —mi actual lectura literaria— y un extenso informe policial que había estudiado más de veinte veces. Si bien, no por ello sabía quién había matado a Anna Richardson, actual caso de Oliver y Rebeca. Ayudar a mi excompañero en el Departamento de Policía de Nueva York me servía para mitigar el aburrimiento. Las horas se hacían largas en reclusión. «Me gustaría ver a los que hablan de la soledad como un refugio metidos aquí veintitrés horas al día», le dije a Oliver durante su última visita.

Para no sucumbir al aislamiento, leía el *Times* de cabo a rabo todas las mañanas, así como libros de cualquier género —excepto el romántico; no tenía ánimos para romanticismos—, estudiaba casos antiguos y recientes y escribía la segunda parte de *Prisioneros*: ‘*Un asesino en mi mente*’. La mayor parte del tiempo conseguía atemperar la soledad y la decadente atmósfera que me atacaban por todas partes. Pero a veces no podía evitar acercarme al cristal blindado, al «ojo», como yo lo llamaba, e impregnarme de depravación. Entonces la veía a ella mirando por el suyo. Daina Moss era un claro ejemplo del tipo de internos con los que compartía centro psiquiátrico penitenciario. Condenada a cadena perpetua por apuñalar sesenta y seis veces a su casero y seis a su compañero de piso, según su declaración, para sumar con el doble asesinato el número del diablo. A mí no me salían las cuentas: «66 + 6: 72». En fin. Desde la celda de enfrente me observaba sin pestañear con sus ojos azules eternamente anonadados. Así pasaba tardes enteras, sin hacer otra cosa que contemplar el ancho pasillo de suelo y paredes azuladas que permanecía tras nuestros «ojos». Ella también colmó las primeras páginas de los periódicos, pero no alcanzó la fama del Asesino del TID.

De puertas afuera yo era un despiadado asesino en serie; de puertas adentro un enfermo mental. Los componentes del personal sanitario especializado, como Patrick West, entendían mi singularidad. No obstante, nadie, ni siquiera yo, conocía los entresijos de mi mente. Maté a mi mujer, a mi hija y a mi hermana, y al mismo tiempo no lo hice. Complicado, ¿verdad? Debía convivir con dicha rareza, soportar un intenso cargo de conciencia. Fueron mis manos las que ejecutaron, pero también las que marcaron el número de teléfono de Oliver en cuanto supe la verdad. Complicado.

Oliver me consultaba por caridad más que por necesidad. Era consciente. Mis aportaciones habían sido prácticamente nulas, limitándome a darle consejos de actuación. Al menos durante los dos últimos años.

El halógeno fijado a la pared aún estaba apagado. La mayoría de los enfermos dormían, pero allí nunca cesaban los llantos, los susurros y los gemidos, que atravesaban las grietas de mi mazmorra para colarse en mis oídos como un viento silbante.

«Vivo entre locos y con un loco dentro —pensé sarcástico, sentado al borde de la cama—. Cualquiera día de estos me vuelvo majara».

Me estiré sobre el colchón y me dispuse a empezar con mi rutina matinal. Lo primero, lavarme las manos y la cara en el pequeño lavabo del que disponía en mi celda y hacer mis necesidades en mi brillante inodoro metálico. Lo segundo, ejercitar mi cuerpo. Tal vez no fuera el orden idóneo —sudar mientras uno inhala olor a mierda no es lo mejor—, pero mis tripas también tenían sus costumbres.

Vivir en un espacio reducido suponía un hándicap para mi salud, así que decidí mantenerme en forma tras aceptar que no volvería a ver la luz del sol en libertad; yo era una celda dentro de una celda, y mis barrotes debían ser resistentes.

Siete años después de mi encarcelación, algunas cosas habían cambiado. Los funcionarios me ataban a la cama sin darme la medicación tres días a la semana: lunes, jueves y domingo. Me reconfortaba saber que Luke sentía el encierro, aunque él, como yo, nunca dejaba de sufrir. Él mismo me lo explicó el día que descubrí que padecía un trastorno de identidad disociativo: «Si hay algo que me aterra en esta vida, aparte de pasar largas temporadas encerrado en tu mente, es pudrirme en un psiquiátrico. Es duro. Estar encerrado en tu mente es una pesadilla de vivencias propiedad de otro. Es como soñar sueños ajenos y ser consciente de ello, desear abrir los ojos para vivir, y no poder hacerlo. Y de pronto estás afuera; apareces y no sabes dónde estás ni qué hacer, pues no existe una vida a tus espaldas».

Fue una suerte que mi psiquiatra accediera a lo que él llamaba «pruebas médicas controladas». Me grababa con una cámara que emitía tenues destellos rojos desde una esquina de mi celda. Me sentía observado en todo momento, incluso cuando hacía de vientre. Era un conejillo de indias. Engullía lo que me daban sin rechistar. Un precio asequible a cambio de que mi *alter ego* supiera quién había ganado la partida.

Podría decirse que gozaba de beneficios penitenciarios a cambio de mi buen comportamiento. En ocasiones, mientras conversaba con Patrick West, uno de los componentes del personal sanitario especializado con quien mejor me llevaba, notaba que se olvidaba del monstruo, tratándome como a sus colegas que vivían lejos de los muros de aquella cárcel.

A veces escuchaba a Luke desde lo profundo de mi mente. No obstante, siempre pensé que su voz no era más que el fruto de mi obsesión por él.

Con el tiempo aprendes que quien humilla acaba humillado, que al andar creamos un camino de ida y vuelta: por eso Luke estaba allí conmigo. «No maltrates para llegar a la cima», aconsejaba mi madre. «Pues sí caes, volverás a encontrarte con los que maltrataste». A menudo pensaba en ella, en mi padre, en Logan, en Alison, en mi mujer y en mi hija. Y en «mis» otras víctimas. Ni un solo día me olvidé de ellas.

Acumulaba años sin hablar con mi hermano. Todos los meses recibía una carta con su remite, pero jamás contesté ninguna: no me gustaba lo que leía. Logan, o más bien el padre Gavin Harries Jenkins, se había convertido en un fiel servidor de Dios. Demasiado servil para mi gusto. No se daba cuenta de un detalle: si Él existía, Él me creó, y por consiguiente a Luke. Parecía obvio que yo no le caía bien al jefe de mi hermano. Así que el padre Gavin no pisaría mi celda hasta que dimitiese.

Empecé con quince minutos de estiramientos y cinco corriendo en el sitio. Una vez aumentadas mis pulsaciones continué con cuatro tandas de cincuenta flexiones y sendas zancadas alternas, cien sentadillas, doscientas flexiones y para finalizar quince minutos saltando a la comba.

Estaba secándome el sudor cuando se abrió la puerta de mi celda. Me sorprendió no ver entrar a Patrick.

«Hoy es lunes, ¿no?».

—Buenos días, Jones —saludó David, otro de mis sanitarios particulares, empujando un carro de acero inoxidable con siete cajones de plástico de frente azul marino, donde guardaba la medicación y los utensilios que necesitaba para desarrollar su trabajo.

—¿Y Patrick?

—Hoy no ha venido a trabajar.

Fruncí el ceño.

—Llevo siete años aquí metido y nunca había faltado.

David se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez, ¿no?

—Supongo.

—Pero sí, es raro. Le hemos llamado al móvil y al fijo de su casa, pero... No sé. Aún es pronto. Supongo que llamará diciendo que está metido en un atasco.

—Seguro.

—¿Te apetece salir hoy al patio un poco más pronto?

—Me es indiferente.

David extrajo un botecito del primer cajón con mis medicamentos, por lo general, dos cápsulas rojas, dos pastillas azules y tres blancas. Aquel día no fue diferente. Me los tomé sumiso. «Las primeras y últimas de hoy. Esta noche toca soltar al monstruo». Ni siquiera me revisó la cavidad bucal para comprobar que los había ingerido.

—Tu correspondencia. Son de fanes, que lo sepas.

Cinco sobres abiertos cambiaron de manos. Suspiré y los lancé sobre la cama.

«Putos zumbados».

—¿Sabes qué?

Recogí las cartas y se las devolví.

—Tíralas a la basura.

—Como quieras.

El sanitario sacó los plateados aros de unas esposas y de unos grilletes: otro rutinario procedimiento. A los demás presos les sujetaban a través de la alargada apertura de la puerta por donde también les daban de comer. Pero como he dicho, yo estaba considerado un preso modelo y tratado acorde con mi intachable comportamiento. Me las puse sin rechistar. Para evitar que me tropezara, David enganchó la cadena que conectaba un grillete con otro con la de las esposas por medio de una tercera de unión, para que así pudiera levantar con los brazos la que conectaba los grilletes. Mi buen comportamiento no evitaba ciertos y molestos protocolos de seguridad.

Anduve por el pasillo mientras algunos de los presos asomaban sus rostros por el cristal blindado. Muchos me saludaron con sus bobaliconas sonrisas pegadas al cristal; yo, amable, les devolví la cortesía. Algunos me examinaron al pasar como a una presa fuera de sus alcances. Otros, lamieron el cristal mientras sin miedo a equivocarme se frotaban los genitales. Un triste desfile que efectuaba cada mañana para recorrer los poco más de cincuenta metros que me

separaban de la puerta que conducía a uno de los patios internos del centro psiquiátrico penitenciario.

Salí a la intemperie y achiné los ojos tras recibir un placentero baño de rayos. Respiré tan hondo como pude y dirigí la mirada al cielo mientras David cerraba la puerta desde el otro lado. Me quedé a solas en mi santuario. Esposado, pero respirando aire libre.

En aquella especie de jardín sentía algo parecido a la libertad. No podía aspirar a más, así que me conformaba con oler flores mientras paseaba por un camino de piedras blancas que no conducía a ninguna parte, entretanto a mi alrededor se alzaban muros llenos de pequeñas ventanas. Las nubes se desplazaban calmosas sobre las azoteas, que perfilaban un cuadrado de fondo azul sobre mi cabeza.

Pensé en lo mucho que la reclusión me había cambiado, y me vino a la memoria un artículo que leí en alguna parte.

«Estamos presos en sistemas. Cumplimos normas sociales, reglas familiares y roles predeterminados. Asimismo, somos presos de modelos mentales. Incluso de sistemas biológicos: nuestro organismo es un conglomerado sinérgico de sistemas. Podemos entrenarlos y modificarlos con medicamentos, pero nos dominan nuestros órganos, nuestra estructura biológica. Y por último, somos cautivos de nuestras emociones».

Cuatro sistemas de los que era difícil escapar; cuatro paredes alegóricas a las que yo debía añadir las de mi celda. Meditaba a menudo en busca de una salida, intentando escapar de esos cuatro principios dominantes.

Me tumbé sobre el camino de piedras que serpenteaba sin fin como el símbolo del infinito y vi pasar a lo lejos una bandada de pájaros. Mi corazón se aceleró. «Pájaros. Llevaba tanto sin veros...».

«Todo momento es único porque es el último —pensé relajado—. He tardado demasiado en darme cuenta».

Treinta minutos más tarde se abrió la puerta. No necesitaba llevar reloj para saber que David había vuelto antes de tiempo.

—¿Ya? —pregunté desde el suelo.

—Aún te quedan veinte minutos, pero tienes visita. Es urgente.

—¿Urgente?

—Eso he dicho.

«¿Y quién diantres puede necesitarme con urgencia?».

Pensé inevitablemente en Oliver, en que tal vez había encontrado alguna pista sobre el asesino de Anna Richardson y requería de mi consejo.

Como había sospechado, lo vi a través del cristal blindado, esperando sobre mi cama, vistiendo un elegante traje negro acorde con el tono de su piel, con su brillante placa enganchada a su cinturón. Lo que no imaginé es que encontraría un paquete sobre la mesa de mi celda.

«¿Me traes un regalo, amigo?».

—Hola, Liam.

Oliver se levantó nada más verme. David se afanó en librarme de las esposas y los grilletes. Agradecí su trato amigable con un asentimiento de cabeza y una sonrisa. Tras mi gesto, abandonó la celda con prisa, como si tuviera asuntos pendientes con la policía.

—No esperaba verte tan pronto —proferí a modo de saludo.

—Un paquete tiene la culpa de que esté aquí antes de tiempo.

Escudriñé el objeto en cuestión: una caja cuadrada de cartón de unos sesenta centímetros por cuarenta de ancho y treinta de alto. Revisaban mi correspondencia por lógica precaución; si Oliver estaba allí era porque dentro de aquel paquete habían encontrado algo peligroso.

—¿Y qué hay dentro, si puede saberse? —pregunté tras señalar la caja con el mentón.

—Algo que no va a gustarte ni un pelo.

El diorama

Oliver abrió la caja de cartón, que le hacía de forro a una de madera. En su interior encontré pequeños muebles pegados a sus suelos y paredes. Resultaba evidente que estaba ante un aula en miniatura. Muros ennegrecidos alrededor de pupitres carbonizados tirados sin orden ni concierto alrededor de la característica mesa del profesor y una pizarra de tiza. Dos ventanales negruzcos parecían arrojar luz sobre dos radiadores asimismo tiznados. Pequeños percheros enganchados a la pared, tres armarios destartados... En la composición solo figuraba un muñeco: una «persona» mutilada sentada en una silla plantada en el centro de los pupitres: un alumno sin compañeros ni maestro. Parecían haberlo fabricado con trozos de plástico sonrosado, simulando un cuerpo desnudo sin ojos ni boca ni orejas, liso como la piel de una manzana. Lo estudié con detenimiento.

«Si tuviera que apostar diría que es piel humana».

Sin embargo, lo que más me inquietó no fue la siniestra figurilla, sino haber reconocido el lugar que se reproducía con tanto acierto dentro de la caja.

«Las relaciones de tamaño son perfectas. Es una maldita obra de arte».

—Es un diorama de caja —expliqué.

—¿Un *dioqué*?

Oliver no parecía conocer el término.

—Sabes que soy un estudioso de la historia de la patología forense y un entusiasta de los crímenes más inquietantes, ¿no?

—No conozco a nadie que sepa más de asesinos en serie. Joder, si hasta tienes uno dentro.

Supongo que Oliver pretendía distender el ambiente, pero su comentario consiguió apenarme. Aun con todo, le dediqué una estrecha sonrisa.

—Pues de ahí que sepa lo que tenemos delante. Creo que fue en agosto o tal vez en septiembre de mil... ¿Novecientos cuarenta y seis? —Me froté el mentón—. En fin. El año y el mes es lo de menos. Lo que sí tengo claro es que fue en Baltimore. Dorothy Dennison salió de casa con dirección a una carnicería de su barrio. La estudiante de secundaria se encontraba de vacaciones de verano, creo recordar. Según los registros llegó a la carnicería y compró carne para hacer hamburguesas, como le había mandado su madre. La cuestión es que a partir de ahí se perdió su pista. Tras buscarla durante horas, la madre denunció su desaparición al caer la noche. Transcurrieron los días y las pistas sobre el paradero de la estudiante eran nulas. Finalmente, una pista condujo al oficial Patrick Sullivan hasta la casa destartada en la que vivía por temporadas el cura de una iglesia. La casa estaba vacía y el cura de vacaciones, pero alguien había llamado a la policía para comunicar que había oído ruidos en su interior. Sullivan entró en la vieja casa acompañado de dos oficiales. Subieron las escaleras y accedieron a las habitaciones. Junto a unas ventanas cerradas, entre unos muebles, encontraron el cuerpo de Dorothy. La joven yacía de espaldas y el olor delataba que llevaba muerta varios días. Sus brazos y piernas estaban extendidas en señal de lucha y en el centro de su estómago tenía clavado un cuchillo de cocina. El vestido blanco de la joven había sido abierto exponiendo sus pechos y marcas de arañazos y

mordeduras cubrían todo su cuerpo. La sangre había formado un charco alrededor del cadáver. Dorothy aún llevaba el lazo rojo y las zapatillas de ballet con las que había salido de su casa con dirección a la carnicería.

—Y eso qué tiene que ver con el..., ¿diorama, has dicho?

—Si me dejas acabar puede que hasta tú lo entiendas. Pero déjame explicarme, hostia.

—Disculpe usted, eminencia de la patología forense —bromeó Oliver—. Sigue, anda. No volveré a interrumpirte.

—Gracias. Entonces apareció en escena Frances Glessner, que se obsesionó con el asesinato de Dorothy Dennison. En aquella época, y según contaría Frances en sus estudios, los investigadores solían cometer errores de bulto. Llegaban al extremo de pisar la sangre en una escena del crimen, de tocar posibles pistas con sus dedos desnudos... Vamos, que intoxicaban la escena a más no poder. De ahí que la mayoría de los casos acabaran en el cajón de los «sin resolver». Así que pensó que tal vez podría reformar el sistema de medicina forense del país. Tenía lo más importante: dinero y medios. Entre otras cosas, ayudó a crear la George Burgess Magrath Library of Legal Medicine, un esfuerzo al que siguió el primer programa de patología forense del país, donde, obviamente, impartía clases. Pero a pesar de sus éxitos y el reconocimiento que estaba logrando, sentía que necesitaba profundizar para poder enseñarles a los estudiantes el cada vez más emergente arte de reunir evidencias en torno a una escena del crimen. Era imposible desplazar a los alumnos a las escenas, así que Frances decidió crear sus propias escenas del crimen en miniatura para usarlas como entrenamiento. Escogió sólo aquellos crímenes reales que debido a las circunstancias eran más desconcertantes o no se habían resuelto con el único fin de probar los poderes de observación y lógica de los aspirantes a detectives. Además, muchos de esos casos no se podían resolver observando únicamente la escena, demostrando así la necesidad de que los detectives debían involucrar a los examinadores médicos junto a expertos científicos en el proceso de resolución de un crimen. Algo que ahora parece lógico pero que por aquel entonces se pasaba por alto. Como ves, le debemos mucho a Frances Glessner. Y tú ni siquiera sabías lo que era un diorama. Manda cojones.

Le sonreí y Oliver me devolvió el gesto. Nos gustaba el juego de la provocación de ida y vuelta.

—Podrías haberlo resumido en: «Una maestra que enseñaba a sus alumnos con escenas del crimen en miniatura».

—Ya.

—En fin. Supongo que sabes lo que copia el diorama, ¿no?

—Tú mismo estuviste en su azotea estudiando el medio cuerpo de una niña y en sus aulas anotando en tu bloc de notas los mensajes que me dejó un asesino en pizarras como la que muestra la maqueta.

—Voy a acabar cogiéndole manía a Cold Spring.

—Y con razón.

—¿Y tienes idea de por qué te han enviado algo así?

—Ni la más mínima.

—¿Y tu *alter ego*?

Aquella pregunta me sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—Dentro del diorama han encontrado una tarjeta.

Oliver echó mano de su cartera de piel negra que guardaba en el bolsillo interior de su

americana, la abrió y extrajo una pequeña cartulina blanca no demasiado escondida entre sus tarjetas de crédito, carnés y demás documentos. Me la entregó por el reverso como si pretendiera imprimirle misterio al asunto. La cogí, la volteé y leí lo que llevaba escrito a máquina: «Con afecto para Luke Jones».

Amiguito imaginario

Rebeca observó a su compañero a través de la ventanilla. Oliver caminaba con el diorama sobre sus manos pensando en qué pretendería simbolizar, qué encontrarían en la escuela y por qué alguien se había propuesto hacerles volver a Cold Spring. Quien fuera que elaborara la maqueta era consciente de que su siguiente paso sería investigar el aula representada. Y eso le daba muy mala espina.

«¿La historia se repite?», pensó antes de abrir la puerta del copiloto y entregarle el diorama a su compañera, que le mandó una mirada inquisidora antes de colocárselo sobre el regazo.

—Trátalo con cuidado. Es frágil.

—Llevo más de una hora esperando, ¿sabes?

Oliver ignoró la pregunta retórica y la cara de pocos amigos de su compañera y le cerró la puerta en los morros. «Desde que se divorció no hay quien la aguante», caviló mientras pasaba por delante del capó de su Ford.

—Pues hubieras entrado —dijo brusco nada más sentarse al volante—. Se entregó en cuando supo de su enfermedad e intenta ayudarnos con los casos. Casi todo lo que ha ganado con su novela lo ha donado a las familias de sus víctimas. ¿Qué más quieres?

—Yo nunca le he pedido nada. Si nos ayuda es porque tú se lo consientes. Por cierto: un buen pellizco de esas ganancias van a parar a una cuenta reservada para los estudios de tu hija, ¿no?

—Qué insinúas.

—Yo nunca insinúo: digo las cosas claramente y a la cara. Es tu colega, no el mío. Yo no trato con asesinos en serie. Mató a una niña, Oliver. La mató Liam Jones, no su amiguito imaginario.

—No es tan sencillo.

—Puede que no. Pero es lo que pienso. En fin. No me apetece discutir. Y dime, ¿qué diantres guardas en esta caja?

—El motivo por el que nos han llamado.

Rebeca se inclinó para observar su interior.

—Parece una casa de muñecas. Hostia. ¿La pieza del centro está hecha de carne? Parece carne, ¿no? —Oliver alzó las cejas manifestándole su desconocimiento—. ¿Y por qué diantres le falta una pierna? Esto conlleva esfuerzo y dedicación, y mucho talento. ¿Por qué le han enviado algo así a Liam? ¿Crees que es obra de uno de sus fans?

—Ese es el quid de la cuestión. Pero ¿no te parece la mini escena de un crimen?

—Pues ahora que lo dices... Y hay partes que simulan estar quemadas, ¿no? —Rebeca frunció el ceño—. No jodas. Es...

—¿La escuela donde Liam encontró la mitad de Keishla Henderson en su azotea? Sí, eso parece.

—¿Insinúas que en estos momentos, mientras hablamos aquí tan panchos, hay un cadáver esperando a ser descubierto en una de sus aulas? —Oliver se encogió de hombros—. Tal vez deberíamos avisar al sheriff de Cold Spring.

—¿A ese puto inútil? Por su culpa casi te matan, ¿lo has olvidado? No. Tenemos poco más de

una hora de camino. —Oliver metió la llave en el contacto y la giró con determinación—. Vamos a hacer nuestro trabajo.

»Ah, por cierto —dijo tras poner la primera marcha—: lo que descansa sobre tus muslos es técnicamente un diorama. Y no se lo han enviado a Liam, sino, como tú lo has llamado antes, a su amiguito imaginario.

El hombre del diorama

Un relajante silencio los arropó durante el trayecto. Cada uno rumió en sus problemas: Oliver en su hija y Rebeca en lo sola que se sentía desde el divorcio. Incluso les sobró tiempo para repasar mentalmente el Caso Anna Richardson, más estancado de lo habitual. Hasta les quedó un hueco para hacer cávalas sobre qué encontrarían en la escuela.

La zona de ocio que marcaba el inicio del pueblo apareció antes de lo esperado; entre cavilaciones, el viaje se les hizo corto.

Todo se apreciaba amplio, sin tensión. La palabra estrés no parecía tener cabida entre el prevalente verde que rodeaba las viviendas unifamiliares que constituían el grueso de Cold Spring. Pero la escuela seguía tan siniestra como antaño, y el hallazgo del diorama no le había quitado misterio precisamente. La valla metálica continuaba cercándola. Poco había cambiado desde la anterior visita. Un crimen macabro le concedió fama a aquella construcción abandonada. Para algunos —como Rebeca— desencadenado por Liam Jones; para otros —como ciertos psiquiatras—, originado por su segundo yo; la mayoría —como en el caso de Oliver— no tenían una postura clara. Los morbosos escalaban hasta su azotea para fotografiarse donde el Asesino del TID dejó una bolsa de deporte con media niña dentro, o se paseaban por sus aulas imaginando enigmáticos mensajes en sus pizarras.

—Y si... —susurró Rebeca justo cuando Oliver tiraba del freno de mano.

—No te quedes a medias. Habla.

—Solo era una suposición. Una de tantas. Estando tan cerca del lugar...

—Habla, joder.

—De acuerdo. Si la maqueta copia una escena real y al muñeco le falta una pierna, tal vez...

—¿Está elaborado con la carne del cadáver que hipotéticamente encontraremos ahí adentro? Sí, lo he pensado, y seguro que Liam también. Espero que estemos equivocados.

—Bastante liados estamos ya como para meternos en más embrollos. Ojalá todo se deba a una simple broma macabra.

Sacaron dos linternas del maletero y buscaron un punto por el que colarse. No tardaron en localizar un agujero hecho con unas cizallas o una herramienta similar.

Las malas hierbas se estiraban a través de las grietas del patio de cemento sobre el que jugaron cientos de niños décadas atrás. Las enredaderas y sus flores acampanadas escalaban la fachada dándole un toque selvático; uno parecía estar acercándose a un templo abandonado a orillas del río Amazonas. El sol brillaba entre las pocas nubes que coloreaban el azul, pero sin llegar a acalorar ni deslumbrar.

Una de las hojas de la puerta había sido arrancada; la recordaban tiznada de negro, pero de una pieza. Aún podían verse restos de las cintas policiales que ellos mismos traspasaron en otro tiempo.

Al acceder a la escuela encontraron lo esperado: un ancho pasillo de paredes ennegrecidas, desconchadas y mohosas con aulas abriéndose a izquierda y a derecha. No obstante, también con un elemento inesperado: un grafiti que destacaba intensamente sobre la pared del fondo. «La madre que me parió». Rebeca no pudo disimular un escalofrío. Pintado sobre blanco, el rostro de

Liam Jones con media niña dibujada en una de sus pupilas. Debajo del grafiti, escrito con letras afiladas: «Deja libre al Luke que llevas dentro».

—Algunos están mal de la azotea —susurró ella con aire de resignación.

—Ni que lo digas.

»El aula no estaba quemada del todo, así que ha de ser una de las últimas.

Anduvieron sobre cascotes, bolsas de patatas vacías, tetrabriks de vino aplastado, botellas de plástico ajadas, colillas..., por debajo de lámparas de techo descolgadas y rotas a pedradas que parecían desear caérseles encima. Predominaban las sombras, pero podían ver sin esfuerzo por dónde pisaban.

«Nos atrae la sangre más que a un perro una salchicha —pensó el detective mientras avanzaba asomándose por las aulas de su izquierda y Rebeca por las del otro lado, descubriendo una sala quemada tras otra. No obstante, ni rastro de ningún cadáver—. Nos atrae la sangre y las imágenes de violencia. Algunos parecen disfrutar hundiéndose aún más en su miseria, ultrajándose a sí mismos, cubriéndose de un aura de decadencia. ¿Por qué nos seducen tanto los crímenes? ¿Por qué nos empeñamos en ensuciar nuestras almas? Somos animales, sí, pero idolatrar a un asesino en serie debería estar penado con cárcel».

—Aquí.

Oliver se volvió al oír la voz de su compañera.

—¿Lo has visto?

—Acércate.

El detective anduvo hasta detenerse en el umbral de la puerta, y no pudo evitar exhalar una queja: «Maldita sea. Esto va a trastocar todos nuestros planes».

El aula estaba cerca de la completa oscuridad. La escasa luz que entraba por la puerta dejaba entrever el relieve de un cuerpo sentado: el hombre del diorama. Encendieron las linternas y dirigieron sus haces de luz hacia el cadáver que, como en la maqueta, yacía desnudo sobre una silla ante una pizarra de tiza, rodeado de pupitres ennegrecidos.

Se acercaron al hombre erguido y asimismo cabizbajo.

Como dedujeron, le habían amputado la pierna derecha.

Su postura hacía presagiar que algo le sujetaba al asiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Rebeca enfocando por debajo de la silla.

Oliver se acercó al rubio de cara ancha mientras se colocaba unos guantes de látex; siempre llevaba un par en los bolsillos. Apenas pudo distinguir las facciones de la víctima. El hedor le llevó a taparse la boca con la mano. «El *rigor mortis* es evidente». Se agachó y cogió con cuidado lo que su compañera había detectado: un carné de conducir. «Es Patrick West». Alzó la mirada para estudiar el rostro de la víctima. «Enfócale la cara», rogó para confirmar sus temores. Antes de incorporarse descubrió restos de pegamento en las patas. «La ha pegado al suelo. Seguro que el trasero y la espalda del fiambre también están unidas a asiento y respaldo». Volvió al lado de Rebeca, que no dejaba de iluminar al recién identificado.

—Es Patrick West, uno de los carceleros de Liam —desveló Oliver mientras le mostraba el documento plastificado—. Me ha acompañado hasta su celda más de una vez. Era un tipo de lo más agradable. Una verdadera lástima.

—La historia se repite: un crimen vinculado con tu amiguito Liam Jones. Al menos, esta vez podemos descartarlo como sospechoso. ¿O no?

Oliver miró a su compañera con gesto resignado. Empezaba a hartarse de su sarcasmo, de sus

insinuaciones —por mucho que se empeñara en asegurar que ella no insinuaba—, de sus desplantes a la hora de visitar a su excompañero por temas de trabajo, del mal humor que gastaba desde su divorcio. No obstante, más allá de su cargante forma de ser, la consideraba una excelente investigadora y una persona sin malicia. Además, Oliver era consciente de que él estaba lejos de ser el compañero perfecto.

Volvieron al coche tras investigar el aula sin obtener resultados satisfactorios. Pusieron al tanto al comisario, que puso sobre aviso a la policía científica y a Walter Smith, forense habitual de la pareja, que además trabajó en el caso del Asesino del TID.

Esperaron a los refuerzos dentro del Ford.

Dándole vueltas al recién iniciado caso —no tenían dudas de que toda la responsabilidad recaería sobre sus hombros— a Rebeca le surgió una duda. Se retorció sobre su asiento para coger el diorama de los asientos traseros.

—¿Qué pasa?

—Un momento. —Estudió el diorama, pero en esa segunda tentativa metió la cabeza como si pretendiera comerse al muñeco de carne—. Me lo temía.

Oliver la escuchó como si prestara atención a una cacofonía.

—¿Qué?

La detective sacó la cabeza como un avestruz de la tierra. Sin embargo, jamás un avestruz había escondido la cabeza en terreno alguno: un mito extendido como el canto del cisne o que los girasoles siempre están cara al sol, o que los asesinos en serie son psicópatas o genios diabólicos, hombres solitarios disfuncionales. Mitos, nada más. Los asesinos en serie eran y serían difíciles de atrapar porque a menudo adoptan una máscara de cordura. Rebeca y Oliver eran conscientes de ese hecho. De ahí que tuvieran miedo de que la historia se repitiera, de que en cualquier momento Liam o, más bien Luke, recibiera otro diorama.

—Debajo de la silla hay un carné en miniatura —explicó la detective—. Apenas se ve, pero ahí está.

—Es obvio que nos enfrentamos a un perfeccionista. Planeó el crimen metódicamente. Hizo el diorama antes de secuestrar a su víctima y luego creó la pieza central con su carne. La autopsia lo confirmará, pero parece evidente.

—Y todo gira en torno al asesino en serie Liam Jones. Otra vez.

Oliver asintió con un nudo en la garganta.

La furgoneta del equipo forense llegó en primer lugar.

Oliver y Rebeca se apearon para recibir al forense.

—¿Otra vez la maldita escuela? —lamentó antes de estrecharles las manos.

—Esto va a gustarte —aseguró Rebeca con retintín, y luego anduvo hasta el coche para extraer el diorama de sus asientos traseros.

—¿Es una prueba? —preguntó Walter Smith frunciendo su cano entrecejo.

—Es la prueba —profirió Oliver, enfatizando sus dos últimas palabras—. Se la han enviado a Liam Jones. Aunque, siendo exactos, iba dirigida a su *alter ego*. El fiambre es uno de los sanitarios del centro penitenciario donde cumple cadena perpetua.

—No sé por qué no me sorprende. Me temo que los crímenes del Asesino del TID van a colear durante más tiempo del que nos gustaría. Vete a saber las barbaridades que debió hacer antes de que lo detuvierais. Puede que alguno de sus damnificados esté tomando represalias por

un crimen del que ni siquiera tenemos constancia.

—Le han enviado una nota: «Con afecto para Luke Jones».

—¿Con afecto? —El forense entrecerró los ojos, meditabundo—. Curioso. Al menos podemos descartar a Liam como sospechoso.

—Yo no lo haría tan a la ligera —espetó Rebeca.

El forense cogió la caja y anduvo con ella hasta el coche de Oliver, y la dejó sobre su capó. La destapó, acercó su hocico al diorama y frunció el ceño.

—Interesante. —Observó su contenido con detenimiento y determinación—. Es un diorama de caja. —«¿Somos los únicos ineptos que no sabíamos lo que era un diorama?», pensó fugazmente el detective—. En los años cincuenta se usaron para instruir a futuros detectives. Y el muñeco del centro parece modelado con carne. ¿No me digas que este aula en miniatura representa la escena que voy a encontrarme dentro de la escuela?

—Con pelos y señales. Y sí, parece que el muñeco está hecho con carne de la víctima. Pero para eso estás tú aquí, ¿no? Para sacarnos de dudas.

—¡James! —gritó el forense.

Uno de sus ayudantes salió de la caja de la furgoneta ataviado con su habitual ropa de trabajo: un mono blanco con capucha, gafas, guantes y fundas para los pies.

—¿Qué?

—¡Ven!

El ayudante del forense anduvo a paso ligero hacia su superior, a quien entregó la caja en cuanto lo tuvo delante.

—Etiquétalo y presérvalo para su posterior análisis.

—A la orden.

—Manipúlalo según el protocolo, ¿eh? Sin prisa pero sin pausa. Y no digas «a la orden», joder, que no estás en el ejército.

Tras asentir con la cabeza, el subordinado se alejó con la prueba principal sobre la palma de sus manos rumbo al vehículo dotado con tecnología de última generación para peritajes y exámenes móviles.

—Lleva poco en el gremio —matizó el forense—, pero apunta maneras. Sobre el crimen... De lo más siniestro, la verdad. Me atrevería a decir que peliculero. Y ya sabéis lo que pasa con este tipo de crímenes, ¿no? No acaban siendo aislados.

—No llares al mal fario —reprendió Rebeca.

—Te dejamos a cargo de la investigación criminalística. —Oliver acariciaba la idea de abandonar el maldito Cold Spring—. Nos quedaríamos a echarle un cable, pero tenemos mucho trabajo y tampoco es que nos apetezca tu compañía. Hemos revisado la escena de forma superficial y no hemos encontrado nada significativo aparte del cuerpo. Por cierto: ni rastro de la pierna. Que los de la científica peinen las aulas, la azotea, el patio...

—¿Me dejáis el muerto para mí solito? Pues lo de siempre, entonces. Revolotear a mi alrededor haciendo preguntas no es ayudar, sino ponerme de los putos nervios. —Los tres sonrieron—. No, en serio, tranquilos, podéis marcharos. Tendréis mucho que organizar. Os aviso si encuentro algo interesante.

Tras darle las gracias, Oliver y Rebeca se subieron al Ford del primero dispuestos a viajar hasta Manhattan para hablar con su superior. Necesitaban confirmar cómo les afectaría el hallazgo del cuerpo sin vida de Patrick West, aunque temían —basándose en la lógica— que iba a trastocar sus calendarios.

Durante el trayecto volvió a reinar la calma. Con el tiempo, Oliver olvidaría la única y corta conversación que mantuvieron durante la poco más de una hora que duró el viaje. Sin embargo, se le quedó grabada una reflexión que Rebeca pronunció como si musitara una plegaria: «Los medios acabarán enterándose. Siempre lo hacen. Y esta vez no tendrán que rebanarse los sesos para designarle un alias al asesino: ‘el Asesino del Diorama’ o, Dios no lo quiera, ‘el Asesino de los Dioramas’».

Soy un asesino

Cinco horas después

Dejé de leer *Las dos torres* y me giré sobre mi asiento al advertir que una llave entraba en la cerradura de mi celda. Escuché la voz de Oliver mientras la puerta se abría lentamente: «Gracias». No llegué a ver quién le había acompañado.

Supe que traía malas noticias. Su gesto adusto y su mirada intensa se presentaron ante mis ojos como la obertura de una ópera de trágica historia. Sin dignarse a saludar —yo tampoco lo hice— se sentó al borde de mi cama, apoyó los codos sobre sus muslos y se inclinó hacia delante mientras juntaba las manos a la altura de su frente. Casi parecía estar mandándole una súplica a Dios. Suspiró largamente entretanto yo lo observaba expectante desde mi escritorio.

—Suéltalo de una maldita vez.

Alzó la mirada y habló tras observarme con la frente y las cejas arrugadas.

—En efecto, el diorama reproducía una escena real. En la vieja escuela hemos encontrado un cadáver de la misma guisa que en la maqueta. La víctima es Patrick West. Lo siento. Sé que os llevabais bien.

«Más que bien: era mi amigo».

Volvieron a mis recuerdos funestos pasajes de mi pasado: mi padre, mi madre, mi hermano; mi hermana asesinada; mi familia asesinada; mi infancia de malos tratos en Cold Spring; mis manos manchadas de sangre. Una sucesión de imágenes que duró poco, pero que consiguió sumirme en un sólido estado de amargura.

—¿Esto nunca va a acabar? ¿Tendré que cargar eternamente con tus actos, Luke?

—¿Puedes hablar con él?

—No. Solo estoy desahogándome. Y antes de que vuelvas a preguntármelo, no, no tengo ni idea de por qué después de tanto tiempo alguien pretende volver a desenterrar mi pasado.

—Como supondrás, Rebeca y yo estamos a cargo de la investigación. El comisario les ha traspasado el ‘Caso Anna Richardson’ a Martínez y a Evans. Puede que un cambio le venga bien. A lo mejor hasta logran desatascarlo. Vete a saber.

»Solo dos sanitarios conocen la existencia del diorama y no van a abrir la boca por la cuenta que les trae. Antes de pasarme por aquí les he sometido a un acojonante interrogatorio marca de la casa. —Oliver sonrió; una sonrisa que no consiguió encubrir su cansancio físico y mental—. Los padres saben que su hijo ha sido hallado sin vida en una escuela abandonada, pero desconocen la existencia del diorama y el mensaje. Y así es como debe seguir siendo. Con un poco de suerte evitaremos que se entere la prensa.

—Bien. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? Lo de siempre: esperar el informe del forense y de la policía científica; interrogar a familiares, amigos y vecinos de la víctima; obviamente, tendremos que entrevistar al personal de este centro; examinar las llamadas telefónicas de la víctima y su interacción en redes sociales; buscar posibles cámaras de vigilancia o de seguridad que grabaran el momento del secuestro, del envío del paquete o del traslado del cuerpo. Tuvo que transportarlo a algún lugar para hacer el

muñeco y luego hasta Cold Spring. Investigaremos el tema de los dioramas, si existen clubs o vídeos en redes sociales donde se explique cómo hacerlos, o... Tendremos que pedirle ayuda a un experto, supongo. Lo lógico es que el asesino sea un entusiasta de ese tipo de maquetas. En fin. Hay mucho que hacer, ya lo sabes. Mañana mismo empezaremos con las entrevistas a los familiares y amigos.

—Consígueme una tableta.

—¿De chocolate?

—No estoy de coña. Es obvio que el asesino guarda algún vínculo conmigo. Necesito acceso a la red para ayudaros como Dios manda. Necesito contactarte cuando lo necesite.

—No. Si quieres hablar conmigo, se lo comunicas a un sanitario y me acercaré en cuanto pueda. Si es urgente, puedes telefonarme desde un teléfono de la penitenciaría. Daré orden de que te permitan hacerlo.

—Este no es un caso cualquiera. Estoy inmiscuido, lo quieras o no. Necesito medios para poder aportar debidamente.

—He dicho que no y es mi última palabra.

Oliver clavó su mirada en la mía con intensidad. Conocía bien ese gesto intimidatorio: lo usó infinitas veces en los interrogatorios cuando éramos compañeros. Pero conmigo no surtió el efecto deseado. No me achanté, devolviéndole una mirada tan desafiante como la suya.

—¿Estás dispuesto a perder a tu mayor baza por pura arrogancia? —pregunté antes de apretar los dientes.

—Tal vez se trate de un crimen aislado. No adelantes acontecimientos.

—Ya. Y una mierda. Si no le detenemos volveré a recibir un diorama. El tiempo corre en nuestra contra. Lo sabes.

—Fotocopiaré los informes que caigan en mis manos y te los haré llegar. Tendrás que conformarte con eso, que no es poco. Lo cierto es que no estoy obligado a compartir nada contigo. ¿Crees que no tuve que suplicarle a Green para que consintiera que metieras las narices en nuestros asuntos? No seas iluso. Eres prescindible, como todo el mundo.

—Tal vez fuera prescindible en tus anteriores casos, pero ahora un asesino le envía paquetes a mi *alter ego*. ¿Y si el nombre del asesino vuelve a estar oculto en mi mente?

—«Y si...». Los «y si» son solo eso, «ysis». No hay nada claro. Lo único cierto es que no vas a comunicarte con el exterior.

—¡Por qué!

—¡Porque eres un maldito asesino en serie, joder! ¡Porque destrozaste a una niña, a tu hermana, a...!

Oliver se contuvo y deshizo el hilo imaginario que había estado uniendo firmemente nuestros ojos, quedándose mirando al suelo.

Nos mantuvimos un buen rato en silencio.

«Ya no hay más cartas que mostrar, amigo —pensé alicaído—. Debo dejar de escudarme en Luke y asumir lo que soy. Actuar como lo que soy».

—Lo siento —se disculpó—. Estoy bajo mucha presión. Los casos, mi hija...

—No te justifiques. Soy un asesino en serie. Hazme llegar esos informes, por favor. Intentaré encontrarle una lógica a todo este sinsentido. Ahora necesito estar a solas.

«A solas. Es absurdo que yo requiera soledad».

—Dalo por hecho. Nos vemos pronto, ¿de acuerdo?

—Claro.

Oliver anduvo parsimonioso hacia la puerta y pulsó el botón que alertaría a los sanitarios. Poco después, se esfumó como el mundo de una víctima tras caer en manos de un psicópata.

Violencia

Oliver

Entró más apocado que de costumbre. El hogar solía otorgarle instantes de tregua, un respiro entre crímenes. Pero aquel día —y era consciente— le esperaba otra dosis de desasosiego.

No avisó de su llegada con su habitual «ya estoy en casa», pero intuía que su esposa escuchaba sus pasos acercándose por el pasillo. La encontró a la mesa de la cocina con una copa de vino entre las manos.

—¿Celebras algo? —preguntó con sarcasmo el detective.

—No está el horno para bollos, lo sé, pero aun así acompáñame con una cerveza, anda.

Jennifer señaló con el mentón la silla al otro lado de la mesa.

—¿Dónde está Samantha?

—En el salón, viendo la tele.

—¿Viendo la tele? ¿En serio? —Oliver resopló como un rinoceronte dispuesto a embestir—. Esta conversación no va a acabar bien, ¿lo sabes?

—No empieces.

Oliver abrió la nevera desganado, sacó un botellín de cerveza, desenroscó su tapón como si estuviera partiéndole el cuello a un gnomo y se sentó cara a cara con su mujer. Dio un largo trago que por poco vació el botellín.

—No empieces tú. Por comportamientos como el tuyo nos vemos en esta tesitura. Ver la tele no es lo que debería estar haciendo después de lo que hizo ayer. No te entiendo, en serio. Lo intento, pero no lo consigo. Igual es que soy imbécil. Samantha ha de entender que pegar a una niña indefensa está mal, y que hacer cosas malas conlleva castigos. ¡Si un adulto hace algo así lo mandan al calabozo, joder, no al salón de su casa a ver la tele! ¡*Mecagüen* la puta!

Oliver se levantó un escaso minuto después de haberse sentado. Su ímpetu volcó el botellín, formándose sobre la mesa un pequeño charco anaranjado. Jennifer se quedó quieta como un animal que finge estar muerto para sobrevivir. Nunca había presenciado una reacción tan airada de su marido.

—Voy a hablar con ella. Y espero que me apoyes esta vez. O estamos juntos en esto o la niña se nos descarría. Tenemos que ser inflexibles y delicados. Que sienta nuestro enfado, pero también nuestro amor.

Jennifer asintió.

—Samantha no es Liam Jones —dejó caer antes de que Oliver abandonara la cocina.

—Eso ya lo sé.

Jennifer era consciente de que el pasado de Liam estaba influyendo colateralmente en el proceder de su marido. Pero Oliver era un hombre orgulloso y consecuente con sus ideas, y se negaba a admitir que la infancia de su excompañero estuviera influyendo en sus decisiones.

«Hay que atajar los malos hábitos —pensó a pocos metros de la puerta entornada del salón—. Y hay que hacerlo desde el principio, cuando aún no es demasiado tarde».

Observó a su hija como quien espía a sus vecinos tras la seguridad de un visillo. La vio ante el televisor, embobada con una serie de Disney. Contempló su fino cuello del color del chocolate con leche, sus delicados brazos, su pelo afro..., y sintió amor aderezado con amargura y miedo. «Reírse de ellos, ridiculizarlos, pegarlos... ¿Cómo puede un padre tratar así a un hijo?». Evocó a su difunto padre citando a Martin Luther King: «Ignorar el mal es convertirse en cómplice de él».

«Me diste buenos consejos, papá. Ahora me toca transmitírselos a mi hija. Lo que aprendes en la infancia se queda guardado en tu memoria como una aplicación que, llegado el momento de decidir entre el bien y el mal, se ejecuta automáticamente. Sin embargo, la nefasta educación que recibió Liam actuó como un virus informático, provocando que fallara cuando se presentó el crítico momento, creando a Luke Jones».

El detective abrió la puerta y Samantha, al ver a su padre, corrió a sus brazos.

«Como si no hubiera pasado nada», pensó mientras sentía el abrazo de su hija a la altura de la cintura.

—Apaga la tele. Tenemos que hablar.

—Vale.

Risueña, se sentó en el sofá y su padre a su lado. Oliver no se anduvo por las ramas.

—Estás castigada sin tele ni tableta durante dos semanas.

—¿El fin de semana también?

—También. —Samantha se enfurruñó y se cruzó de brazos—. Sabes por qué te castigo, ¿no?

—Porque le tiré una piedra a Ángela.

—No. Tú y tus amigas la atasteis al poste de una portería y la apedreasteis. Y eso está muy mal. Tuvieron que ponerle tres puntos.

—No lo volveré a hacer. Solo queríamos que llorara porque se rio de Patricia.

—¿Qué te dijo papi sobre hacer daño a los demás?

—No me acuerdo.

«La madre que me parió». Mientras le mostraba un gesto serio a su hija, Oliver no pudo evitar sonreír para sus adentros.

—Tu padre es policía y siempre dices que de mayor quieres ser como yo, ¿no?

—Sí.

—Pues yo me encargo de pillar a los malos. Y pegar a los demás, robar, decir palabrotas, mentir..., resumiendo, portarse mal, es de malas personas. Justo lo contrario que hacen los policías. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Vale. ¿Tu libertad acaba...?

—¿Dónde empieza la de los demás?

—Bien.

Se sonrieron. Oliver era consciente de que su hija no entendía el significado de aquella frase, pero tenía la esperanza de que a base de repetírsela se almacenara en el escritorio de su mente.

—Voy a hablar con tu madre. Y ya sabes: nada de tele ni de tableta.

—¿Y qué hago?

—Piensa en lo que te he dicho.

Samantha volvió a poner cara de enfado.

—Pero es que enseguida me canso de pensar.

Oliver tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírle «la gracia».

—En eso consisten los castigos, hija, en hacer lo que no te gusta.

—Pues vaya caca.

—Esa boquita...

Samantha se tumbó y se quedó mirando la pantalla negra del televisor, fingiendo estar sola. Oliver abandonó el salón y anduvo por el pasillo en busca de su esposa.

«¿Qué más podemos hacer aparte de darles una buena educación? Por mucho que nos esforcemos, son ellos quienes decidirán qué camino tomar. No son nuestras posesiones. Nadie es de nadie. Somos esclavos de nuestras decisiones. Sin excepción. Los padres solo podemos disiparles la niebla que a menudo cubre la entrada del camino recto».

Las noches de Luke

Quedaban pocos minutos para que las luces se apagaran cuando David entró dispuesto a inmovilizarme como todos los lunes.

Me tumbé en la cama. El sanitario procedió sin emitir una sola palabra, evidenciando su desazón; ni siquiera saludó al entrar. Conocía el motivo de su mirada triste: pocas horas antes, Oliver y Rebeca habían descubierto el cuerpo sin vida de uno de sus compañeros de trabajo. Inmovilizó mis brazos y piernas con muñequeras y tobilleras acolchadas con cierres de velcro y mi tronco con un cinturón abdominal: un sistema de sujeciones a prueba de rozaduras, pero no a prueba de *alter egos* sin escrúpulos. Las mañanas que seguían a ‘las noches de Luke’ despertaba con las muñecas y los tobillos enrojecidos, agotado por no haber pegado ojo.

—¿Te has enterado de lo de Patrick? —me preguntó con cara de espanto.

—Sí. Es... Cuesta creerlo, ¿verdad?

—¿Dicen que lo han encontrado en una escuela abandonada?

—¿En serio?

Por el bien de la investigación, fingí desconocer los entresijos del crimen.

«¿Qué pensarías, David, si te dijera que el asesino de tu querido compañero me ha enviado una maqueta representando la escena del crimen?».

—El mundo está lleno de locos —susurró tras darme la espalda, dejándome sujeto a mi cama. Caminé hacia la puerta y habló de nuevo sin que pudiera ver su rostro, dejándome una frase lapidaria: «Tú lo sabes bien: mataste a tu familia».

No se lo tuve en cuenta. Entendía su frustración y lo que pudiera pensar de mí. Me puse en su pellejo como antaño en el de Oliver, Rebeca, Logan, sanitarios, policías, el juez que me condenó, los familiares de mis víctimas... Cómo tener en cuenta sus desprecios si yo era un monstruo. No podía culparles de no entender la lucha que se fraguaba en mi mente. Sin ir más lejos, estaba a punto de dejar salir ‘al monstruo’.

Relajé mis músculos y retrocedí en el tiempo sin pretenderlo, sufriendo la voz de mi otro yo como un eco distante: «Padre puso su granito de arena en mi nacimiento, de acuerdo, pero tú no fuiste capaz de plantarle cara ni una sola vez. Debiste evitar mi creación y posterior sufrimiento. ¿Sabes? A veces pienso que de forma inconsciente me concebiste para que recibiera patadas, escupitajos y puñetazos por ti. Es curioso, pero siempre que desfallecías a manos de nuestro progenitor, a veces ni siquiera necesitando perder el conocimiento, me dabas el relevo. Eres un cabrón de mierda, Liam. Te has pasado la vida culpando a los demás de tus desgracias y eres el único responsable: si yo existo es porque tú te resignaste a ser una víctima».

Las luces se apagaron, quedándome en penumbra. Una tenue claridad entraba a través del ojo de la puerta; todo lo demás permanecía bajo siniestras sombras.

Cerré los ojos e intenté distraer mi mente.

17 minutos más tarde

Abrió los ojos como quien despierta de una pesadilla. Miró jadeante alrededor para descubrir la celda en la que había emergido otras veces. «Ha vuelto a forzar mi salida. Maldito cabrón». Se agitó sobre la cama. Sus brazos y piernas estaban bien sujetos. Repasó con su mirada su cuerpo tendido. «Otra vez inmovilizado. Cómo no».

—No importa —formuló casi gritando—. Prefiero esta celda a tu mente de mojigato.

»Crees que has ganado, ¿verdad, Liam? ¿Pero cómo vas a ganar, imbécil, si acuchillé a tu hermana, quemé a tu mujer y a tu hija y te convertí en un despojo humano? Por cierto: menudas agarraderas tenía la jodida de tu mujer. Me relamo solo de recordarla a cuatro patas.

Luke fijó su mirada en la luz que parpadeaba en una esquina de la habitación.

—Te saludaría con la mano si pudiera, señor psiquiatra. Si estás viéndome en directo hazme una señal, anda. —Luke soltó una carcajada—. Eres el siguiente de mi lista, ¿sabes, matasanos? Cuando escape de aquí mataré a todos tus seres queridos. Los torturaré hasta que supliquen que los parta en dos. —El asesino sonrió melancólico—. Cómo añoro partir en dos, joder, arrancar partes del cuerpo, clavar cuchillos... Adoré contemplar cómo morían, ¿sabe? Puede apuntarlo en su maldito bloc de notas. Las castigué y luego se quedaron quietas. Simplemente quietas. Oh... Ver sus rostros empalidecer resultó de lo más orgásmico. Llegué a correrme, ¿sabe? Alcancé la paz tras percibir sus últimos suspiros.

Luke se agitó sobre el colchón como en sus anteriores manifestaciones. Comprobó la firmeza de sus cadenas como era su costumbre y habló en el único tono que parecía conocer.

—En serio. No entiendo por qué os molestó tanto lo que hice si todos vamos a morir tarde o temprano. Puedo entender a los ateos, pero los religiosos creéis en el paraíso, en el cielo, en el nirvana... Entonces, ¿por qué os importa tanto adelantar vuestra cita con el más allá? Allí todo es jauja, se rumorea. No entiendo ese afán por aferraros a esta vida. A mí no me aterra abandonarla como a vosotros, llorones de mierda. Quitadme las sujeciones, dadme unas buenas cuchillas y os lo demostraré.

»¿Creéis que por retenerme aquí estáis consiguiendo algo? Pobres ilusos. Los asesinos en serie estamos por todas partes. Nacemos cada día, vamos al colegio, nos casamos, tenemos descendencia, acudimos a celebraciones, practicamos todo tipo de deportes, tomamos clases de piano... Somos padres, hijos y esposos. ¿El mundo está superpoblado y os echáis las manos a la cabeza cuando alguien desaparece? Pensadlo bien: los asesinos estamos echándole un cable a la Madre Tierra.

Y así pasaba sus noches: lanzando despotriques al aire que nadie escuchaba, empeñado en fingir que Liam Jones no conseguía castigarle como pretendía. Entre sombras y luz, abismado en un cuerpo compartido, se obcecaba en disfrazar su dolor con provocaciones hasta que el horizonte se teñía de tonos purpúreos. Entonces, un sanitario accedía a la celda en absoluto silencio para suministrarle el fármaco que traería de vuelta a la personalidad que controlaba «su cuerpo».

Carne y hueso

La entrevista a los padres de la víctima no arrojó ningún hilo del que tirar. Por lo escuchado de boca de sus progenitores, Patrick West era un hombre corriente de hobbies corrientes y sueños corrientes. Una víctima común, podría decirse. «Era deportista, familiar y amigable. No tenía enemigos», aseguró su madre con los ojos hinchados y enrojecidos.

La ineludible entrevista les llevó toda la mañana.

Comieron en un restaurante de comida rápida y regresaron al departamento para seguir indagando bajo techo.

El trabajo de oficina se le hacía cada vez más cuesta arriba al detective. Cuando empezó en homicidios agradecía indagar con un runrún de voces de fondo mientras otros agentes revoloteaban a su alrededor con informes entre las manos. Pero el paso del tiempo había cambiado sus preferencias ambientales. Ahora se inclinaba por patear las calles, entrevistar puerta a puerta, visitar a forenses en busca de pesquisas o a fiscales pretendiendo información, peinar escenas del crimen. Lo que más odiaba era redactar informes, y tras el hallazgo del cuerpo sin vida de Patrick West, rumiaba una excusa que le librara de sus obligaciones. Le tocaba: el anterior informe corrió a cargo de Rebeca.

Estiró el cuello por encima del separador que marcaba el límite de sus zonas de trabajo llamando la atención de su compañera, que despegó la mirada del informe donde buscaba sin demasiadas esperanzas asesinatos similares al de Patrick West.

—¿Qué coño te pasa ahora?

—Si redactas el informe preparo el café matutino durante dos semanas.

—Tienes un morro que te lo pisas, ¿lo sabes? Siempre estamos con lo mismo. No escurras el bulto, anda.

—Hago la vista gorda con lo de Liam. Podrías devolverme el favor, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A que siendo mi compañera estás obligada a acompañarme cuando le visito. Las dos últimas veces no ha sido precisamente por placer.

—Eres un ser despreciable. Eres consciente, ¿verdad?

—Tengo un ligero presentimiento.

Rebeca sonrió y movió la cabeza como quien está delante de un hombre sin remedio.

—Veinte días preparándome el café y con cariño.

—Trato hecho.

Sonó el fijo de Oliver cuando este se frotaba las manos como un niño que acaba de valerse de una triquiñuela.

Observó la pantalla de su teléfono inalámbrico.

—Es Walter.

—Pues cógelo.

El detective descolgó cuando estaba a punto de saltar el buzón de voz.

—Dime.

—Puedo adelantarte un par de cosillas.

—Soy todo oídos.

—No he encontrado huellas dactilares ni restos orgánicos ni anomalías dentro del cadáver. El asesino limpió el cuerpo a fondo antes de largarse del lugar de los hechos. Ni pelos ni tejidos ni trazas. Nada. Olvidaos de cualquier fuente de ADN. Es un cabronazo meticuloso, de eso no cabe duda. No he visto un cadáver con las uñas tan limpias en toda mi vida. Vamos, que no os va a allanar el camino ningún indicio biológico.

—Me ha quedado claro. ¿Algo más?

—A falta de los resultados del examen toxicológico, parece evidente que murió a causa del desmembramiento. El diorama está en manos de la científica. Tal vez ellos tengan más suerte. Sin embargo, el muñeco está en mi poder y, como suponíamos, se elaboró con carne de la víctima. Y ahora viene lo más inquietante: su base es de hueso humano. Al desprender la carne me he topado con... ¿Sabes lo que es un muñeco articulado para dibujo?

—Claro.

—Pues con algo parecido, pero en vez de con madera, hecho de trozos de hueso extraídos de la tibia de la víctima. El asesino ha logrado una auténtica virguería.

—¿Algo más?

—De momento no. En unos días tendrás mi informe sobre tu mesa con los resultados toxicológicos incluidos. Si hay novedades os aviso.

—Gracias, Walter.

—Hasta otra.

—Ilústrame —rogó Rebeca en cuanto colgó su compañero.

—¿Modo extenso o resumido?

—Resumido.

—Cero pruebas en el cuerpo y no parece que el diorama vaya a aportar nada. No creo que se esmerara con el cuerpo e hiciera una chapuza con la maqueta. El muñeco, como dedujimos, estaba fabricado con carne de la víctima adherida a una especie de maniquí elaborado con hueso de la pierna desaparecida. ¿Se la habrá quedado como trofeo?

Rebeca suspiró resignada.

—Dejando aparte el diorama... —La detective alzó uno de los informes que había estado ojeando antes de que su compañero la interrumpiera con sus tejemanejes: el de ‘el Caso del Asesino del TID’—. Liam también arrancaba partes del cuerpo, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo. Pero es literalmente imposible que él sea el culpable. No solo está encerrado, sino que carece de contacto con el exterior.

—Es obvio que no ha matado a Patrick West, pero ¿maquinado su muerte?

—Repito: no tiene contacto con el exterior.

—Sí lo tiene.

—¿Ah, sí?

—Los sanitarios del centro psiquiátrico penitenciario.

—Cierto.

«Liam no —pensó Oliver—. ¿Pero y Luke?».

—La víctima era, digamos, su funcionario favorito, ¿me equivoco?

—Se llevaban bastante bien, sí.

—Admitirás que es una sospecha razonable.

—Consciente o inconscientemente, Liam guarda relación con los asesinatos. Pero no puede ser el asesino.

—Asesinato. En singular. ¿Por qué diantres os empeñáis todos en llamar al mal fario?

—Gajes del oficio, supongo.

—Yo también me temo lo peor, pero debemos ceñirnos a lo que tenemos. Preocuparse por lo que está por venir es cuanto menos innecesario.

—Prepararse para un contratiempo nunca está de más. El futuro es dentro de un segundo, compañera, no mañana.

—Tus arranques filosóficos no tienen desperdicio.

—Tengo mis momentos, sí.

Oliver miró su reloj de pulsera.

—¿Te parece que vayamos a entrevistar a su único hermano?

—Tú, con tal de salir de la oficina... Pero sí, vayamos. Espero que aporte más que sus padres.

Antes de abandonar la oficina Oliver recibió una llamada de su esposa.

—Dime.

—Los padres de Ángela, la niña...

—Sé quién es Ángela.

—Pues han denunciado al colegio por permitir el acoso escolar o negligencia, o algo por el estilo, no lo sé exactamente —explicó visiblemente alterada—. La cuestión es que esa denuncia va a traernos problemas. Se habla de expedientes disciplinarios e incluso de expulsiones.

—¿Sabes el nombre de los denunciantes?

—El de ella.

—Dímelo.

—Kate Peters.

—De acuerdo.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar que retiren la denuncia valiéndome de mis dotes de persuasión.

—Antes de entrevistar al hermano de la víctima he de pasar por el domicilio de unos conocidos. —Oliver mintió a los mandos de su Ford: no conocía de nada a los Peters. Ni siquiera hubiera sabido dónde dirigirse de no haber buscado su dirección en una de las múltiples bases de datos de las que gozaba el Departamento de Policía de Nueva York—. Nos viene más o menos de paso. Es un tema personal. Puedes esperarme en el coche o tomarte algo en una cafetería. Como te parezca. En principio no debería tardar demasiado, pero...

—¿Un tema delicado?

—Samantha se ha metido en un buen lío.

—¿Tan pequeñita?

—Sí.

—Pues empieza pronto.

Aquella frase no le gustó al detective. Sufría de un gran estrés a causa del «desliz» de su pequeña y del recentísimo asesinato de Patrick West, relacionado a todas luces con su excompañero y afamado asesino en serie, y palabras como aquella no le ayudaban a mitigar su ansiedad, sino a acumular indignación.

«Seguro que si tú tuvieras hijos serían de lo más intachables, ¿eh, pedazo de...? —Oliver contuvo sus censurables pensamientos primero y luego se mordió la lengua—. Cualquiera día de estos te mando a tomar por culo».

No tardaron en circular entre los edificios de poca altura y los pequeños negocios que predominaban en las calles del barrio Astoria. Oliver aparcó cerca del bloque donde residían Kate y Jeremy Peters, los padres de la damnificada. Cogió su abrigo y Rebeca su americana y se apearon del Ford al mismo tiempo.

—Voy a pillar un café para llevar. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

«A mí cuerpo solo le falta cafeína».

Rebeca asintió y le dio la espalda, caminando por la acera con su habitual contoneo de caderas. El detective la siguió con la mirada mientras tenía un fugaz pensamiento: «Si no fueras tan sabionda, incluso serías una compañera aceptable». Anduvo distanciándose de ella hasta pararse ante la puerta de un bloque de pisos contiguo a una pequeña frutería. Pulsó el botón del portero automático vinculado a un *portaetiquetas* que rezaba «Kate y Jeremy Peters».

—¿Sí? —contestó supuestamente ella.

—Oliver Baker, del Departamento de Policía de Nueva York. Necesito hablar con usted. Será solo un momento.

Tras un incómodo silencio en el que Kate pareció sopesar si abrir o no al detective, Oliver escuchó un «pase» formulado sin ganas; luego el característico sonido que denota que una puerta se ha abierto a distancia.

«¿Sabrán que soy el padre de Samantha?».

Accedió al bloque y subió unas escaleras de brillante gres plumizo agarrándose a una barandilla negra, acorde con su visión del mundo desde hacía demasiado tiempo. Mientras ascendía escalones recordó la petición que su esposa llevaba meses haciéndole: «Deberías pedir un trabajo de oficina. Últimamente se te ve triste, desganado».

«¿Trabajo de oficina? —pensó esbozando una sonrisa triste—. Prefiero dirigir el puto tráfico».

Kate esperaba en el umbral de la puerta.

—Buenas tardes —saludó él nada más verla.

—Hola, detective.

Rubia, de piel y ojos claros y aproximadamente un metros sesenta, vestía unos tejanos apretados, unas deportivas blancas y una camiseta azul. Con un inequívoco gesto de sus manos le invitó a pasar. Al acceder al piso se encontró con un mueble recibidor con espejo donde vio su rostro cansado.

—Puede dejar el abrigo en el perchero.

—Estoy bien, gracias.

—Pues, dígame. —La mujer anduvo por un ancho pasillo de suelo de parqué de color claro con Oliver tras sus pasos—. Supongo que está aquí por la pedrada que su hija le propinó a la mía.

«Sabe quién soy».

Kate condujo a Oliver hasta un amplio salón de paredes blancas y muebles cerezo. En lo primero que se fijó el detective fue en una foto enmarcada que colgaba de la pared de enfrente sobre un televisor de plasma y un sofá marrón de tres plazas. Podía verse a la madre, al padre y a la hija destilando felicidad.

«Y un puñado de malcriadas les han enviado las sonrisas a freír espárragos. ¿Y yo pretendo pedirles que retiren la denuncia? No debería estar aquí».

—Tome asiento, detective.

Kate señaló una de las sillas que rodeaban una pequeña mesa rectangular. Oliver se sentó y Kate hizo lo mismo al otro lado del tablero cerezo.

—No vamos a retirar la denuncia. Además, el denunciado es el colegio, no su hija ni ninguna de las que participaron en la agresión.

—¿Puedo serle sincero?

—Adelante.

—Todo esto está mermando mis capacidades detectivescas, y eso no es bueno para nadie. Si denuncian al colegio este tomará medidas disciplinarias y probablemente expulsen a mi hija.

—¿Y cree que no merece ser expulsada? No hubiéramos llegado tan lejos si se hubieran tomado las medidas correspondientes. No se puede castigar con cuatro reprimendas mal contadas una agresión tan grave, o volverá a suceder. Ángela lleva meses sufriendo acoso escolar. Esto viene de largo. He tenido que llevarla al psicólogo. Además del dolor que nos provoca saber que la insultaron, la ataron a un poste para escupirle, patearla y apedrearla tranquilamente, ¿debo gastarme el poco dinero que tenemos en psicólogos? Usted es padre y debería entenderme.

Oliver no conocía los detalles de la agresión. Era consciente de que su hija le lanzó una piedra a una niña atada a un poste y que otras siguieron su ejemplo, pero no había oído hablar de escupitajos ni patadas.

—Espere un momento.

La mujer se levantó con los ojos cristalinos, anduvo hasta una cajonera cercana y sacó un sobre del primero de sus cajones. Volvió a su asiento y extrajo cinco fotografías de su interior, deslizándolas sobre la mesa hasta dejarlas al alcance del detective.

—Écheles un vistazo. Usted está acostumbrado a ver fotos de cadáveres, así que no le impactarán tanto como a mí la primera vez.

Oliver cogió las instantáneas. La primera mostraba la boca abierta de Ángela con un diente y el labio partido; la segunda, su delgado brazo con tres moretones a la altura del codo; la tercera, su cabeza con varios mechones ensangrentados; la cuarta, su juvenil muslo enrojecido; la quinta, un corte en el fino tabique de su nariz. «Por Dios». Oliver se sintió inmerso en una pesadilla. Sus innumerables escenas de crimen recorridas no evitaron que aquellas cinco fotografías le impresionaran.

—Lo siento en el alma. No tenía ni idea de que Ángela había sufrido tantas heridas. Mi hija solo le tiró una... No. No hay excusa. De verdad que lo siento.

—¿Ahora entiende por qué su visita es un insulto?

—Por supuesto.

Oliver se levantó y, tras formular «no hace falta que me acompañe hasta la puerta», anduvo pensativo. Deseaba abandonar el piso como un pájaro su jaula. Sin embargo, antes de salir del salón se volvió y miró fijamente a los ojos compungidos de Kate Peters.

—Ha hecho bien denunciando al colegio. Estas cosas han de trascender. Gracias por atenderme y contarme la verdad.

—Gracias a usted por no haberme coaccionado mediante su trabajo.

—Eso jamás.

Oliver asintió antes de darle la espalda y anduvo decepcionado por el pasillo.

Llamó a su mujer nada más pisar la calle.

—Dime, cielo.

—Acabo de hablar con los padres de Ángela.

—¿Y?

—No debiste quitarle hierro al asunto. Me mentiste deliberadamente. Aseguraste que solo le había tirado una piedra. ¿Tú has visto cómo la dejaron?

—Lo siento. Me entró miedo y...

La voz de Jennifer se escuchaba entrecortada.

—¿Lo sientes? Estoy harto de tus artimañas. Hay cosas que no puedes esconderme.

—Solo pretendía ahorrarte el disgusto.

—No. De eso nada. Querías proteger a tu hija. Y no lo entiendo, la verdad. ¿Tan ogro soy? En fin. Todos acabamos pagando por nuestras mentiras tarde o temprano, y tú no serás una excepción.

—¿A qué te refieres?

—A que quien la hace la paga. Tanto tu hija como tú tendréis que apoquinar con lo que habéis hecho.

Oliver colgó y apretó el móvil como si fuera un fortalecedor de manos. Luego anduvo hasta su Ford y entró como si huyera de un perseguidor.

—¿Todo bien? —preguntó Rebeca tras sorber de su café recién comprado.

—Estoy hasta los cojones de todo el mundo.

—¿De mí también?

—De ti más que de nadie.

Rebeca alzó las cejas mientras se esforzaba por no soltar una carcajada. No era la primera vez que veía a su compañero de una guisa semejante. Él también la había visto a ella con cabreos parecidos al que tenía en ese momento. Digamos, que cuando llegaba la ira se soportaban mutuamente.

Congeniaban mejor de lo que ellos pensaban.

Informes

21 días más tarde

Meditaba echado sobre la cama cuando Samuel Rock, quien se ocupaba de los turnos anteriormente cubiertos por Patrick West, entró en la celda con un sobre tamaño DIN A4.

—Toma. —Lo dejó caer sobre mi escritorio—. Lo ha traído un agente de uniforme. Viene sellado y ha dado orden de que no lo abriéramos.

«Si iba uniformado no era Oliver».

—Gracias, Samuel.

—De nada.

El sanitario abandonó la celda. Una vez estuve solo —como el noventa y nueve por ciento de mi tiempo— observé el sobre, de un grosor considerable, como un gato a un canario enjaulado. Contenía informes. O eso o Dios se había empeinado en jugar con mis sentimientos.

«Supongo que más vale tarde que nunca».

No había vuelto a estar con Oliver desde que entró en mi celda con el siniestro diorama. Era un hecho insólito que pasara tanto tiempo sin verle. Me visitaba el primer y tercer lunes de cada mes, y el tercero de aquel mes no había aparecido. Pensé que un crimen relacionado con mi *alter ego* enriquecería mi ordinaria cooperación con el Departamento de Policía de Nueva York. Sin embargo, parecía estar teniendo el efecto contrario.

Me acomodé deseoso en mi silla. Rasgué el sobre con el abrecartas que usaba para abrir la correspondencia que recibía de mis admiradores. «Admiradores del Asesino del TID —pensé tras echar la vista atrás durante un segundo—. ¿Puede haber algo más triste que admirar a un sanguinario asesino? Con el paso del tiempo perdisteis interés, pero la publicación de *Prisioneros* avivó vuestros ánimos, ¿eh? Qué asco dais».

Lo primero que cayó sobre la mesa fue un pequeño papel cuadrado que hacía presagiar que la investigación no andaba por buen camino: «Suerte. La vas a necesitar».

Distribuí los cuatro documentos titulados por Oliver con bolígrafo rojo —su caligrafía aniñada resultaba inconfundible—: «Informe forense», «Informe de la científica», «Informe policial día 1» e «Informe de la investigación».

Me froté las manos ante la posibilidad de hallar pistas entre aquellas páginas.

«Al fin puedo hacer algo productivo».

Decidí empezar con los informes policiales. Necesitaba comprobar qué habían conseguido Oliver y Rebeca —por lo leído en la nota parecía que poco o nada— y luego intentaría aportar más allá de sus resultados.

El primero, «Informe policial día 1», debía mostrarme los sucesos del día del hallazgo del cadáver de Patrick West. No pude evitar sentir añoranza. El segundo, «Informe de la investigación», las sucesivas indagaciones.

«En fin», susurré, y tomé un folio del paquete que usaba para manuscibir la segunda parte de *Prisioneros*, que en esa ocasión me serviría para anotar de forma esquemática los datos relevantes que fuera encontrando.

Ocho horas después

Estudié por enésima vez las fotografías tomadas por el forense y la policía científica. Llegué a imaginarme recorriendo la escena del crimen, acucillándome al lado del cadáver, de las pistas señalizadas con marcadores amarillos; al pie de la mesa de autopsias, ante los pálidos labios de Patrick y su fémur rodeado de carne podrida. Suspiré recordando a mi amigo, su sonrisa antes de traermela correspondencia junto al periódico, nuestras interminables charlas sobre baseball...

«¿Estoy sentenciado? —le pregunté a quien fuera que moviera los hilos de mi destino—. Quien se acerca a mí acaba muerto. Mi mujer, mi hija, mi hermana, y ahora mi mejor amigo aquí dentro. ¿Por qué me torturas si yo solo pretendo castigar al mal que llevo dentro? Castígale a él. Sé consecuente, joder. Yo no pedí ser un niño maltratado. No quise nada de esto. Es complicado, lo sé, pero también que tú me entiendes. Entonces, ¿por qué me martirizas?».

Releí lo que había apuntado mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla rumbo a la hoja que sujetaba por sus extremos.

Informes policiales:

-Entrevistas a familiares, amigos y vecinos de la víctima: cero pistas.

-Entrevistas al personal de este centro (realizadas en sus residencias): cero pistas.

—Investigación de las llamadas telefónicas de la víctima y su interacción en redes sociales: cero pistas.

-Búsqueda de cámaras de seguridad que grabaran el momento del secuestro, del envío del paquete o del traslado del cuerpo: cero pistas.

-Indagación en clubs de entusiastas de los dioramas ayudados por un entendido en la materia: cero pistas.

-Rastreo del paquete que contenía el diorama: cero pistas. (Tal vez se hizo pasar por el repartidor de una empresa de mensajería).

Me froté el mentón agobiado.

«Hubiera acabado antes poniendo «no tenemos una mísera pista».

Pasé a releer lo que había sacado en claro del informe forense:

-Resumen general del caso: el forense se ha explayado, pero casi todo es paja. Recibo el diorama y se halla el cadáver: a grandes rasgos es lo que sucedió.

-Lugar y posición del cadáver: sentado en una silla en un aula de una escuela abandonada (Cold Spring). El cadáver no presenta ningún tipo de vestimenta.

-Hora de la muerte: entre las dos y las tres de la madrugada del día anterior. Por lo tanto, llevaba más de 32 horas muerto cuando Oliver y Rebeca lo encontraron. Pierna amputada con sierra circular por encima de la rodilla. Cadáver aseado.

-Resultados toxicológicos: se le suministró una alta combinación de haloperidol y midazolam (supuestamente para secuestrarlo).

«Tal vez fuera una mujer. Patrick, según él, llevaba mucho sin mojar. Se lo llevó a casa, lo narcotizó... Un método, si transitas por lugares donde no haya cámaras de vigilancia, que no deja rastros».

Anoté mis conclusiones: «No descartar a una mujer como autora del crimen. Un diorama es una manualidad, digamos, recreativa, y las mujeres son más de ese tipo de hobbies, así como del

uso de sedantes para «amansar» a sus víctimas».

Seguí repasando:

-Muñeco elaborado con carne y hueso de la víctima (pierna derecha).

-Sin signos de violación anal.

-Conclusiones médico-legales: muerte violenta. Causa inmediata de la muerte: hemorragia.

Causa fundamental de la muerte: amputación pierna derecha...

Imaginé a un hombre desnudo colgando de un techo alto mediante cadenas enroscadas en sus muñecas. «A un diestro le hubiera resultado incómodo cortar su pierna derecha con una sierra circular. Le hubiera molestado la otra pierna, ¿no? Incluso teniéndolo tumbado o sentado... Puede hacerse, faltaría más, pero siéndole indiferente una pierna que otra, lo lógico es que hubiera optado por la izquierda de forma inconsciente».

«El asesino podría ser zurdo»: volví a escribir en mis conclusiones, sobre «vive en una zona apartada, presumiblemente en una casa de campo o chalé».

No eran deducciones indiscutibles, ni mucho menos, pero me hicieron sentir parte de la investigación.

Pasé a leer las observaciones que había extraído del informe de la policía científica:

«Muestras y más muestras —pensé con resignación mientras las repasaba sin orden ni concierto—. Muestra nº1: vestigio de sustancia en polvo recogida en el foco nº 2 del aula nº 8 con un peso bruto de 2,8 grs...; muestra nº 6: colilla recogida bajo un pupitre en el foco nº 4 del aula nº 7...; bolsa nº 1: restos de adhesivo...; bolsa nº 3: restos de una bolsa de plástico de color verde... —Me froté las sienes agobiado—. Muchas muestras pero ni una maldita prueba. No hay arma. Documentoscopia no ha conseguido rastrear la máquina de escribir con la que el asesino escribió: «Con afecto para Luke Jones». Las huellas dactilares y de pisadas no han conducido más que a callejones sin salida, lo mismo que la sangre, el semen y la orina halladas en la escuela. El análisis de las trazas dejadas por herramientas ha acabado siendo otra pérdida de tiempo.

»Habiéndose hallado el cuerpo en un lugar frecuentado por gamberros, era de esperar que aparecieran pistas falsas. Joder, si hasta han encontrado semen en una pared. Sin embargo, esos indicios no sirven sin un sujeto con el que relacionarlos, y las bases de datos no han arrojado a un solo fichado. Albergaba esperanzas de que entre los previsibles resultados erróneos apareciera al menos uno ilusionante. Pero nada. Cero».

Dejé de leer y volví a frotarme las sienes. Un molesto dolor de cabeza parecía empeñado en pausar mis indagaciones.

«Si vuelvo a recibir un diorama, siendo el asesino tan cuidadoso... ¿A quién pretendo engañar? Quien comete un crimen elaborado y sale indemne... —Suspiré pesimista—. Vuelve a matar».

La carta

14 días más tarde

Entró con una caja sobre las palmas de sus manos enguantadas. No sonrió al entrar como acostumbraba a hacer. Ni siquiera pronunció un «buenas» o un «¿cómo va todo?». Ni una mísera manifestación de afectuosidad. Anduvo como un espectro en busca de un ser vivo al que martirizar y dejó el diorama sobre mi escritorio para, a continuación, sentarse en el borde de la cama como si solía hacer cuando yo estaba sentado en la única silla de la que disponía mi celda.

—He llamado al sheriff de Cold Spring para que se acercara al lugar de los hechos. Como supondrás, no me ha hecho ninguna gracia pedirle ayuda a ese gilipollas.

—¿Y se puede saber a dónde lo has enviado?

—Mira el diorama.

Susurré segundos después de destapar la caja de cartón que cubría la de madera:

—Mi padre.

—Lo siento, Liam.

—¿Está...?

—Muerto, sí.

Me invadieron tantas sensaciones que no fui capaz de diferenciarlas.

«Has vivido más de lo que merecías. Entonces, ¿por qué siento tanta pena?».

Estudí el diorama mientras Oliver me concedía unos minutos de introspección: la chimenea en la que Logan, Alison y yo nos acurrucábamos durante el invierno; la mesa a la que nos sentábamos en máxima tensión; la butaca donde nuestro padre se atiborraba de cervezas; el televisor que iluminaba su rostro al caer la noche; la ventana a través de la que un joven Liam Jones observaba con los ojos casi siempre llorosos; los cuadros en las paredes de un salón que nunca fue un hogar; un muñeco de carne y hueso tumbado bocabajo sin pierna, ojos, orejas ni boca. Me imaginé junto a Logan y Alison correteando entre la siniestra figurilla mientras sorteábamos los muebles en miniatura; felices, como debió ser pero no fue.

«Nos amargaste la existencia y ahora... Puede que el karma sí exista: por eso tú has muerto de un modo horrible y yo me pudro en la cárcel».

—Era un miserable —dije tras despegar la mirada del diorama y fijarla en Oliver—. Pero era mi padre.

—Al lado del muñeco han encontrado un sobre.

Oliver extrajo unos guantes de látex del bolsillo derecho de su abrigo y me los entregó. Me los puse mientras él metía la mano en el izquierdo de su abrigo para extraer el citado sobre. Pequeño, de unos diez centímetros por diez.

—¿No lo has abierto?

—No. He venido en cuanto me ha llamado el recepcionista de ahí afuera, he reconocido la habitación y he llamado al sheriff de Cold Spring. He esperado a que llegase a la escena del crimen y... En fin. No quería adelantar acontecimientos tratándose de un familiar tuyo.

—Claro. ¿Ha realizado el envío con la misma empresa de paquetería?

—Teníamos vigilados todos los puntos de envío de la empresa que usó para enviarte el diorama de la escuela. Supongo que se lo olió y ha cambiado de compañía con este segundo paquete. Lógico, por otra parte.

—Ya.

Extraje lo esperado del interior del sobre: una hoja doblada en dos partes. La desplegué y leí en alto mientras descansaba mis brazos sobre el escritorio:

«Hola, Luke. Cuánto tiempo. Tal vez demasiado. Supongo que te preguntarás el motivo de los dioramas y de los asesinatos. Sobre lo primero, cada uno echa mano de lo que conoce. En cuanto a lo segundo...

Recuerdo nuestro encuentro como si fuera ayer. Entonces no eras más que un crío sediento de sangre, pero el paso del tiempo te ha convertido en un referente para mí. Esa es la auténtica causa de los dioramas: anhelaba que un maestro del crimen contemplara mi obra, y hube de buscar un método para mandártela, digamos, a domicilio. Soy tu mayor admirador, no te quepa la menor duda. Por eso elegí a Patrick como mi primera víctima. Sentía celos de él. Podía conversar contigo, tocarte, olerte..., y asimismo le odiaba por mantenerte encerrado. Daría cualquier cosa por mantener una amigable conversación con el Asesino del TID.

Leí *Prisioneros* y me pareció un burdo intento de Liam por desvincularse de ti. Te culpa de lo sucedido como si fuera algo malo. Pero tranquilo: no consigue engañar a nadie. Sois las caras de una misma moneda, para lo bueno y lo malo: ahí reside tu/vuestro encanto.

Liam buscará el modo de hallar mi nombre cuando lo que debería es darte rienda suelta. La verdad se oculta entre los huesos, pero no conseguirá verla hasta que sea demasiado tarde. Tú sabes dónde encontrarla. Me convertiste en lo que soy, ¿cómo no ibas a saberlo? Te desprenderé de quienes te dieron la espalda mientras sientes orgullo de mi trabajo.

Antes de despedirme quiero dejarles un mensaje a Liam y a Oliver: tendréis la oportunidad de frenar mi oleada de crímenes. Pero ¿estaréis dispuestos a aceptar lo que pediré a cambio?

Hasta pronto, Luke, Liam y Oliver».

—Supongo que sabes a quién necesito ver, ¿no? —pregunté consternado mientras guardaba la hoja en el sobre.

—Me ocuparé personalmente de que te pase visita la doctora... —Oliver chasqueó los dedos repetidamente—. Refréscame la memoria.

—La psicóloga Satsuki Hoshi.

—Apúntamelo en un trozo de papel, anda.

Tuve un repentino *déjà vu* mientras anotaba el nombre de la reconocida psicóloga especializada en trastornos por estrés postraumático.

«Vuelvo a necesitar una regresión», pensé mientras Oliver cogía la anotación y se la guardaba en la cartera junto al sobre, incorporándose enseguida, dispuesto a viajar a Cold Spring para investigar una escena del crimen.

—Otra cosa —dije cuando se acercaba a la puerta—. Avisa también a mi hermano. Que venga a verme. Creo que su vida corre grave peligro.

Como en el diorama

28 horas antes

Cold Spring

22:12

Andaba como quien busca resignado la salida de un laberinto. Le aturdían las voces que oía en su cabeza: «Fue culpa tuya, Bernard. Tú mataste a tu hija, a tu nieta y a tu yerna». Cargaba con una mochila provista de demasiada culpa. La gente lo señalaba con el dedo mientras susurraba «ese es el padre del Asesino del TID».

«Maltrataste a un niño y le convertiste en un asesino —meditó mientras sufría recuerdos que le quemaban y retorcían las tripas—. Él mismo lo explica en su libro: «Mis crímenes son el fruto de las continuas vejaciones a las que me sometió mi padre».

Bernard Jones sabía perfectamente por qué su vida tenía el sabor de un clavo oxidado.

Entró en la cocina vistiendo un albornoz granate, un pijama azul y unas pantuflas deslucidas por el uso. Abrió la nevera y cogió una botella de agua del soporte de la puerta y bebió sin ser consciente de que ningún líquido volvería a mojar sus labios aparte de su saliva, de que una furgoneta negra aparcaba cerca de la intersección donde décadas atrás decidió construir una casa.

Tres hombres se apearon del vehículo ataviados con prendas oscuras y anduvieron hacia la puerta mientras la noche los apartaba de posibles miradas indeseadas. El que destacaba por su corpulencia insertó una llave *bumping* en la cerradura y la golpeó con un pequeño martillo.

Bernard Jones volvía al salón dispuesto a ver la tele antes de acostarse. No oyó el sutil golpe de martillo. Acomodaba sus posaderas en la butaca donde leía y disfrutaba de programas sobre caza y pesca cuando vio entrar al trío de delincuentes.

Cubrían sus rostros con pasamontañas.

No obstante, Bernard no dio ningún respingo ni abrió la boca en señal de sorpresa. Su estoicismo fue tal, que los asaltantes creyeron haberle pillado dormido. Pero no: Jones los observaba desde la comodidad de su asiento sin inmutarse.

—Llevaos lo que queráis —dijo sin titubear, desconcertando con su calma a los delincuentes—. No pienso moverme de esta butaca hasta que os marchéis. Tenéis mi palabra. ¿Qué iba a hacer yo contra tres hombres jóvenes y fuertes?

»Hay dinero en el último cajón del armario de mi habitación y un par de colgantes que fueron de mi difunta esposa. No os haréis ricos vendiéndolos, pero menos es nada.

«Con tener algo que echarme a la boca tengo más que suficiente. No merezco más.

»Sigues haciéndome pagar, ¿eh, Señor? —pensó mientras uno de los delincuentes se le acercaba—. Me parece razonable».

—Tiene que venir con nosotros, Bernard —le informó en tono amable—. Puede hacerlo por las buenas o por las malas, usted verá.

—No opondré resistencia.

—Mejor para usted. —El malhechor se volvió hacia uno de sus compinches—. Colócalo todo

como en el diorama basándote en la fotografía que nos ha dado. Todo parece que sigue en el mismo sitio que en el croquis que le dimos hace un par de días para que lo preparara, pero ya sabéis lo perfeccionista que es.

«¿Habéis estado antes aquí?», se preguntó Bernard mientras ellos ultimaban detalles.

El llamado a «duplicar» la habitación sacó una fotografía del bolsillo trasero de su pantalón, la observó y miró a su alrededor. Estudió la instantánea y luego el salón hasta en cuatro ocasiones, para terminar arrastrando dos sillas apenas dos palmos y girar el televisor unos centímetros hacia su izquierda.

—Creo que todo está como en el diorama. —Sus compañeros asintieron con la cabeza—. Cuando volvamos echaré un último vistazo.

«¿Volver?».

El raptor ayudó a Bernard a levantarse. Luego, tirando de su brazo con delicadeza —parecía conocer los achaques de Jones— lo guio hasta la puerta de salida entretanto sus compañeros comprobaban que el camino estuviera despejado.

«¿Ladrones que no roban? —reflexionó el anciano ya en el porche—. Si pretendéis pedir un rescate lo lleváis claro: nadie dará un centavo por un viejo que maltrató a sus hijos».

Aun haciendo cávalas no hizo preguntas, encargándole la resolución de sus dudas al paso del tiempo. Digamos que se dejó arrastrar hacia un desenlace imbuido por su falta de ambiciones.

Lo introdujeron en la caja de la furgoneta, provista de asientos, y abandonaron Cold Spring rumbo a la Gran Manzana.

Durante el trayecto no se dirigió al secuestrador que tenía delante, que se limitó a observarle a través de los agujeros para los ojos de su pasamontañas mientras sus compañeros ocupaban los asientos de conductor y copiloto al otro lado de una fina pared de chapa.

Quien conducía tiró del freno de mano hora y media después de partir de Cold Spring. No obstante, antes de estacionar detuvo la furgoneta siete veces. Bernard las contó, deduciendo que lo hacía ante un paso de peatones o un cruce. Acertó en sus deducciones, menos cuando lo hizo ante una alargada puerta corredera de metal tras la que aguardaba la vivienda donde sufriría torturas.

Oyó dos portazos y enseguida cómo los secuestradores abrían el portón desde afuera. «Prepárate para salir», indicó el hombre sentado en el lateral opuesto de la caja.

Bernard obedeció sumiso y en un visto y no visto se vio recorriendo brillantes pasillos del brazo de sus captores, entretanto percibía el mundo como a través de los ojos de un beodo. Como distinguió la vida durante demasiado tiempo.

Los malhechores abrieron una puerta y bajaron escaleras sin soltar en ningún momento al anciano, que a ratos caminaba, a ratos volaba a ras de gres y a ratos arrastraba las puntas de sus pantuflas por el suelo de la ostentosa vivienda.

Bernard miraba al suelo cuando oyó una voz que nunca había oído: «Dejadle y marchaos». Enseguida estuvo a solas en una amplia habitación de paredes blancas. Miró en torno a sí para descubrir muros desnudos alrededor de una mesa de metal con un sumidero debajo, parecida a las usadas para practicar autopsias.

—Vamos a cortarte una pierna como pago por lo que les hiciste a tus hijos —escuchó sin ver aún a nadie—. Morirás desangrado, Bernard. ¿Qué te parece?

Jones se sentó abatido en el suelo; sus piernas habían soportado mucho aquella noche.

—Me parece justo —contestó ante la sorpresa de quien pretendía intimidarle.

Visitas encadenadas

Ni siquiera tuve tiempo de iniciar mis ejercicios matinales.

—Tienes visita, Liam —anunció Samuel cuando me desperezaba sobre la cama.

—¿Tan temprano?

—Sí.

—Pues hazla pasar.

—Marchando.

«Ni que fuera a traerme un bocadillo.

»Demasiado temprano para que sea Satsuki o Oliver —conjeturé—. Ha de ser Logan».

Samuel se ausentó para regresar a los pocos segundos con alguien que llevaba mucho sin ver. No compartía habitación con una mujer desde hacía más de siete años.

—Hola, Liam —saludó áspera a un par de metros de la puerta vistiendo un elegante traje azul marino, con el pelo recogido en una coleta.

La recordaba más esbelta y menos ojerosa.

—Hola, Rebeca —saludé sin separar mi trasero del borde de la cama—. Cuánto tiempo.

—Demasiado poco.

No me sorprendió su trato severo. Nunca lo comenté con Oliver, pero no verla en años era un claro indicio de que Liam Jones no le gustaba en absoluto. La verdad es que me era indiferente: yo tampoco la había echado de menos.

—Oliver tiene mejores cosas que hacer que preocuparse de un psicópata como tú. Crees que aportas, pero es justo lo contrario.

«Directa y sin pelos en la lengua, como la recordaba».

—¿Ahora eres su niñera?

—¿Sabías que a su hija la expulsaron dos semanas por apedrear durante el recreo a una niña atada al poste de una portería? Y no hablo de «cosas de niños», sino de acoso escolar grave.

—No tenía ni puta idea.

—¿Ves? A eso me refiero. Tú no sabes lo que ocurre más allá de estos muros, pero te empeñas en meter las narices en nuestras investigaciones, y eso en el mejor de los casos, cuando no eres tú quien asesina. Sin ir más lejos, andamos tras la pista de un supuesto adorador del Asesino del TID. ¿No te das cuenta? Eres un lastre para la sociedad.

Podría haber intentado explicarle los entresijos de mi mente, pero entendí, mientras contemplaba la ira contenida en sus ojos, que no serviría de nada. «No hay más ciego que el que no quiere ver».

—Solo intento ayudar.

—Ya no eres policía. Asúmelo. Si te aburres, suicídate y hazle un favor al mundo.

—Puede que lo haga, pero no hasta que el asesino que me envió los dioramas esté entre rejas. Como tú bien has dicho, andáis tras la pista de un supuesto fan del Asesino del TID. ¿Yo recibo las cartas y los dioramas y tienes los ovarios de decirme que no me necesitáis? —Me golpeé suave y repetidamente la sien con el dedo índice—. El rostro del asesino está aquí, oculto en mis recuerdos.

—Otra vez.

—Sí. Otra vez.

—Te lo pido por favor. Cuando el caso esté cerrado déjanos en paz. Oliver no es capaz de decírtelo a la cara.

—¿Él sabe que estás aquí?

—No.

—Lo imaginaba.

Me incorporé y reduje la distancia que nos separaba mientras la miraba intensamente a los ojos. Pase de largo, rozándonos hombro con hombro. Pude oler su perfume. Avisé a los sanitarios pulsando el botón cercano a la puerta.

—La visita ha terminado —anuncié secamente—. Adiós, Rebeca. No vuelvas o...».

—¿O qué? —me preguntó desafiante—. ¿Me matarás como a tu familia, como a aquella pobre niña?

—Sí.

No debí contestarle, pero su arrogancia consiguió sacarme de mis casillas.

12 minutos más tarde

Buenos días —saludó David mientras empujaba el carrito donde guardaba mi medicación.

Sacó el botecito e ingerí las pastillas como quien se zampa un chupito en la barra de un bar.

—Y el Times.

Dejó caer el rotativo sobre la cama. Le eché un fugaz vistazo a la portada: en la esquina inferior derecha, debajo de una fotografía de la casa donde crecí y murió mi padre, leí: «¿Anda suelto un asesino relacionado con el Asesino del TID?».

—Luego vuelvo y te saco a pasear —bromeó antes de cerrar la puerta.

—Supongo que estaré por aquí —dije siguiéndole el rollo.

En cuanto estuve a solas anduve hacia el único punto ciego de mi celda: debajo de la cámara de seguridad que grababa mis movimientos las veinticuatro horas del día. Recé porque nadie estuviera observándome en ese momento. Escupí las pastillas sobre la palma de mi mano y di tres pasos hacia mi derecha para tirarlas con disimulo por el retrete. Oriné y tiré de la cadena.

«A tomar por culo.

»Esta noche tenemos una cita, Luke», pensé mientras observaba cómo el váter succionaba mis medicamentos junto a mi orina. Oí: «no hay huevos». En principio, fruto de mi imaginación.

Cogí el periódico y me senté sobre la cama como un adolescente con el último cómic del Hombre de Acero.

Pasé las páginas en busca de la noticia.

«Aquí estás. Bueno, solo es media página. No sabrán demasiado».

Conocían los sucesos: un cadáver hallado sin pierna en la antigua escuela de Cold Spring y otro en ‘la casa del padre de Liam Jones, el Asesino del TID’. Desconocían la existencia de los dioramas: factor determinante para que la noticia no cubriera la portada. No obstante, hablaban de un imitador, barajando hipótesis descabelladas como que yo urdía los asesinatos desde la cárcel.

«Cómo os gusta lanzar acusaciones. La cuestión es impactar, ¿eh?, cueste lo que cueste».

37 minutos más tarde

«Otro que se toma en serio lo de “a quien madruga Dios le ayuda” —pensé tras ver pasar su rostro por el otro lado del cristal a prueba de enfermos mentales violentos—. Pero este con más razón que la anterior visita».

Mi carcelero, tras anunciarme la segunda visita de la mañana, se ausentó para regresar pocos segundos después al lado del padre Gavin Harries Jenkins: mi eterno Logan Jones. Mi hermano entró sonriente, sujetando una biblia a la altura de su pecho, como pregonando a los cuatro vientos: «La palabra de Dios siempre va conmigo». Vestía un pantalón, una camisa y una sotana negros, destacando en su indumentaria —como en todo conjunto eclesiástico para hombre que se preciara— un alzacuello.

«Gracias, buen hombre. Vaya usted con Dios», le dijo a mi carcelero antes de acercárseme calmoso. Samuel cerró la puerta tras corresponderle: «Ha sido un placer, padre».

—Al fin te has dignado a dejarme entrar en tu santuario.

Habló sin perder la sonrisa, sin guardarme aparentemente rencor por haberle ignorado durante más de media década.

Desde mi escritorio le ofrecí sentarse sobre mi cama con un gesto de mano.

Logan se acomodó al borde del lecho.

—Esto es para ti.

Estiró el brazo que sujetaba la Biblia.

—Lo imaginaba.

La cogí y la dejé sobre el escritorio.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Era nuestro padre biológico, hermano, pero no era un padre.

—Cambió para bien. Se esforzó más de lo que imaginas. Dejó la bebida y se dedicó a hacer buenas obras. Lo sé de buena fe. Vino a verme hace un par de años. Todos merecemos la oportunidad de empezar de cero, ¿no crees?

—¿Como tú cuando me abandonaste?

Logan suspiró claramente resignado.

—Y dime. ¿Por qué me has dejado entrar? Para darme el pésame veo que no.

—Lo primero que debes saber es que no me gusta en lo que te has convertido. En esto, precisamente. —Señalé la Biblia con la cabeza—. Ese empecinamiento que tenéis los religiosos por captar, por convencer a los demás de que vuestros ritos son los únicos, de que el demonio está detrás de todo el mal que azota al mundo. Si Dios existiera, un ser de una inteligencia sublime, ¿crees que querría que un séquito de fervientes le lamiera el culo? Y por miedo, además. Qué pocos sois los que después de una catástrofe le agradecéis a Dios su buen juicio. Puro interés. Rezos a cambio de buenaventura: un burdo intento por esquivar su furia. ¿Y las iglesias? Si Dios está en todas partes, ¿por qué debemos rezar dentro de un templo? Y las misas... —Negué con la cabeza—. Un despropósito lo mires como lo mires.

—¿Eso que veo en tus ojos es odio, hermano?

—Cómo no voy a odiarle si según tus creencias Él me creó: un psicópata para la mayoría; un enfermo mental para unos pocos.

—«El odio es la venganza de un cobarde intimidado», escribió George Bernard Shaw. Y que

yo recuerde tú no eras un cobarde. Insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos, hermano. No intentes entender, solo confía en que estás aquí por algún motivo. La muerte no es el final, ¿lo entiendes?

—No me jodas, Logan. «Los caminos del señor son inescrutables», y bla, bla, bla. Siempre la misma cantinela. Aburrís.

—Pues lo siento.

—En fin. Dejémonos de monsergas y vayamos al grano. Te he hecho llamar porque creo que tu vida corre grave peligro. No necesitas saber nada más de momento, solo que debes tener cuidado. No te quedes a solas con nadie que no conozcas. Estate cerca de tus feligreses y cierra la sacristía y la rectoría con llave cuando estés dentro. Tómate mis advertencias en serio, por favor. No seas imbécil y no dejes tu seguridad en manos del Señor. No hablo de morir, Logan; hablo de morir de una forma horrible.

—Me llamo Gavin. —Me corrigió al tiempo que se levantaba con semblante serio—. O padre Gavin, o padre Harries. Pero no Logan.

—Claro, Logan.

Ambos nos sonreímos y, por un instante, sentí la conexión que teníamos cuando éramos unos niños. «No puede irse así. Su hermano pequeño era un doctor Jekyll y su padre un maltratador; lo raro es que no se hiciera cura antes. Escogió su camino. ¿Por qué me molesta tanto si a él le hace feliz? No estoy siendo justo».

—Puede que veas odio en mis ojos, hermano, pero si miras bien, también verás amor. Te quiero y siempre te querré.

—Eso está mejor. —Agarró mi cabeza y me besó en la frente—. Volveré. Espero ser bienvenido.

—Lo serás.

Anduvo hasta la puerta y llamó a los funcionarios pulsando el botón confeccionado para tal uso.

—No te tomes mis advertencias a la ligera, hermano. Estate alerta, te lo ruego. Te pondré al tanto cuando pase el peligro.

—Y tú lee el *librajo* ese que te he regalado —bromeó—. Ve con Dios, Liam.

Sonreí mientras el padre Gavin abandonaba mi celda.

«Ve con Dios, Logan».

8 horas y 12 minutos más tarde

Las cadenas tintineaban al ritmo de mis pasos cortos. Las caras se asomaban por los ojos de las puertas formando cuadros macabros. Anduve como si la parca avanzara de puntillas por mi espalda, como un condenado a muerte en la antesala de una cámara de gas. Pero aquella tarde yo no pasaría a mejor vida. En principio. No obstante, debía enfrentarme a lo que hizo mi *alter ego*, a lo que tantas veces había agradecido no saber. Cargaba con tanta pesadumbre sobre mis hombros que recelé si un peso más no desestabilizaría mi equilibrio emocional. Había logrado tanto desde que un jurado condenó al Asesino del TID... Ya no lloraba al apagarse las luces. Ya no pensaba en el suicidio como en la única salida. Ya no veía el mundo como un lugar amenazante.

Estaba aterrado, pero de igual modo obligado a encontrar la verdad que el asesino de Patrick West insinuó que se ocultaba en mi mente. «Entre los huesos, pero Liam no conseguirá verla hasta que sea demasiado tarde», escribió.

Al término del pasillo copado de puertas con tres bisagras de seguridad, David abrió una de madera sin ojo y de picaporte normal, tras la que esperaba Satsuki Hoshi en una de las múltiples sillas de piel negra situadas alrededor de una mesa de juntas.

—Es nuestra sala de reuniones —me explicó David.

Resultaba obvio dónde estábamos: estanterías cubriendo paredes mientras un proyector colgaba del techo de cara a una pantalla blanca y un ventanal arrojaba luz a la espalda de la hipnoterapeuta.

Observé a quien sería mi última visita del día más ajetreado desde que un juez me condenó a cadena perpetua.

La regresión se llevaría a cabo en un ambiente muy distinto al que ella estaba habituada. Allí no había diplomas ni divanes de diseño ni plantas ni adornos tribales, ni el sillón de piel blanca en el que acomodaba su trasero antes de iniciar una terapia.

—Hola, doctora.

—Hola, Liam.

—Estaré montando guardia al otro lado de la puerta —informó David.

Satsuki asintió con la cabeza aparentemente tranquila.

—¿Son necesarias? —pregunté mientras alzaba las manos y por consiguiente mis esposas, unidas a mis grilletes mediante una cadena.

—Lo son —contestó Hoshi adelantándose a la negativa del funcionario.

David abandonó la sala sin despedirse; lo cierto es que no se marchaba demasiado lejos.

—Toma asiento, Liam. —Hoshi señaló con el mentón una de las seis sillas de despacho colocadas al otro lado de la gran mesa ovalada, una que destacaba por tener su respaldo un poco más reclinado que las demás—. Nos tendremos que apañar con lo que tenemos.

Asentí y obedecí. No fue fácil acomodarme con las esposas y los grilletes.

—Le agradezco que haya aceptado venir.

—¿Cómo iba a negarme? —Sus ojos plasmaron pesadumbre—. Eres mi mayor fracaso, Liam Jones. Debí verlo: tu cansancio, tu forma de abandonar la Policía, tu pasado... Llevo años preguntándome qué grado de culpa tengo en tus crímenes.

—Ninguno. No se martiricé. Si yo no fui consciente hasta el final...

—En fin. —Satsuki suspiró sonoramente—. Ya sabes cómo va esto: como una meditación guiada. Te hablaré en todo momento. Tú límitate a dejar que las imágenes se manifiesten. Y recuerda que la hipnosis regresiva no prueba la verdad de los hechos, sino la verdad subjetiva y la reelaboración inconsciente de los hechos mismos. Por lo tanto, podemos hablar de recuerdos falsos. ¿Lo tienes claro? —Asentí con la cabeza—. Bien. Empecemos.

Intenté dejar la mente en blanco. Durante unos largos minutos la doctora me indujo un profundo estado de relajación mediante ejercicios de respiración y visualización.

—Sigue con los ojos cerrados, Liam. Respira profundamente y exhala. Inspira; espira. Inspira; espira. Imagínate en la orilla de una gran superficie de agua. —Me concebí ante un remanso del río Hudson. Las palabras de Satsuki me hicieron sentir un intenso *déjà vu*—. Voy a contar desde diez y te meterás progresivamente en el agua. Diez, nueve... El agua moja tus pies. —Sentí cómo el Hudson enfriaba los dedos de mis pies—. Ocho, siete, seis... Te sumerges despacio. —El agua ascendía por mis piernas aumentando la sensación de inmersión—. Cinco, cuatro...

Estás a punto de sumergirte. Tres, dos...

Me sumergí.

Como la vez anterior, sentí que me ahogaba.

—Respira, Liam. Estás a salvo.

Tomé una larga bocanada de aire.

—Deja que un primer recuerdo aflore.

»¿Qué ves?

Vi ramas, troncos y hojas, una ardilla pasando veloz, una piedra forrada de musgo, un agujero en la tierra. Las imágenes aparecían sin orden ni concierto, sin darme tiempo a apreciarlas. La casa donde crecí de mala manera, la escuela donde aprendí a leer, a Logan corriendo mientras yo le seguía a toda prisa, a Alison sufriendo los abusos de nuestro padre... Intenté concentrarme en Luke, en sus crímenes, en lo que quería «revivir», y poco a poco mi mente dejó de acribillarme con instantáneas desorganizadas para centrarse en un lugar y en un momento.

—Veo a una niña en un claro del bosque. La sigo mientras me escondo detrás de los árboles.

—¿Dónde estás?

—En Cold Spring.

—¿Qué sientes?

—Me siento vivo. —Oí una voz distante: «¡Karen, no te alejes!». «¡No, mami!»—. La niña recoge flores silvestres. Es tan pequeñita y está tan desprotegida...

—¿Por qué la sigues?

—Porque quiero matarla. A una persona, ¿entiende?

Hoshi tragó saliva al advertir que ya no hablaba con Liam Jones.

—¿Qué edad tienes?

—No lo sé. Soy solo un niño.

—Sigue mirando. ¿Qué ves?

—Me acerco a la pequeña por la espalda y le tapó la boca con una mano mientras mi otro brazo se aferra a su cuello. Forcejea, pero yo soy mucho más fuerte. La arrastro en busca de un lugar tranquilo donde machacarle la cabeza con una piedra.

»Me tropiezo con una rama y caigo de espaldas.

»La niña se defiende con uñas y dientes y consigue escapar.

»Huye despavorida.

»Yo también debo huir.

»Otra vez será.

Ipso facto, se presentó otra escena en mi memoria.

»Me siento en una piedra. Es otro día pero la misma arboleda.

—¿Qué haces?

—Cargo con un saco de yute. Algo se mueve dentro luchando por escapar.

—¿Qué es?

—Un gatito.

—¿Qué pretendes?

Satsuki era consciente de lo que el *alter ego* de Liam Jones le había hecho a aquel pobre animal, pero aun así debía guiarle por sus recuerdos.

—Lo estrangulo.

»Chilla y patalea. Sus patas son tan cortas que no alcanzan a arañarme.

»Deja de respirar mientras yo tomo una larga bocanada de aire. Exhalo satisfecho.

»Lo entierro cerca de mis otros animales estrangulados y degollados.

»Sigo en el bosque, pero han pasado meses.

»Un matrimonio pasea con sus hijos junto al río. Son forasteros. Se les nota. Pijos de ciudad.

»Los observo escondido detrás de un tronco.

«Tengo pis», dice el pequeño. «Pues mea detrás de esos árboles. Será por sitio», dice el padre en tono airado.

»El niño se adentra en la arboleda. Demasiado. Pierde el contacto visual con sus padres. Craso error.

»Me agacho y cojo una piedra.

»Avanzó agazapado entre los troncos y golpeo su cabeza con violencia.

»La sangre sale despedida de su sien y cae redondo al suelo.

»Tengo la cara salpicada de rojo. Me relamo los labios y degusto el sabor de su sangre.

»Al fin he sesgado una vida humana. Me siento poderoso.

»Lo arrastro por los pies.

—¿Dónde lo llevas?

—A mi cementerio particular.

»Lo echarán en falta. Debo darme prisa.

»Lo arrojo a un hoyo cavado semanas antes. «¡Jamie!», oigo peligrosamente cerca.

»Mierda. «¡Jamie!». Las voces se aproximan. Debo irme. Pero lo importante está hecho: he matado a un ser humano.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Satsuki tras un largo silencio.

—Soy adulto.

»En Nueva York. En Queens. Es de noche. Ando a la caza.

—¿Qué buscas?

—Una prostituta.

»La encuentro dando tumbos por una acera poco iluminada. Esta claramente ebria. Mejor.

«¿Quieres compañía?», me pregunta apoyada en la ventanilla de mi Mustang.

»Nos alejamos de Queens. Le prometo cincuenta dólares extra si lo hacemos en una zona apartada.

»Detengo mi coche y le pido que se apee. Obedece como una ternera de camino al matadero. Me apeo también.

»“Quiero que te pongas un vestido que guardo en el maletero”, le ruego. “Por mí no hay problema”, responde. Se le traba la lengua al hablar.

»Me sigue hasta la parte trasera del Mustang. Se tropieza con una piedra; a punto está de darse de bruces contra el suelo. Menuda cogorza lleva la muy puta.

«¿Sabes qué? Antes de que te cambies quiero metértela por detrás».

No se opone a mi propuesta.

Abro el maletero y la manejo como a un pelele hasta apoyar sus manos dentro. Es mi marioneta. Me pongo detrás de ella, rozando mi entrepierna con su trasero. «¿Para qué es el cubo?», pregunta al descubrir el recipiente colocado debajo de su cabeza. «¿Y por qué está todo forrado con plásticos?». «Ahora lo verás», contesto sonriente.

»Saco un cuchillo del bolsillo interior de mi chaqueta.

»Tiro de su pelo y la degüello de oreja a oreja.

»La sangre sale a borbotones de su garganta.
»Convulsiona mientras la vacío.
»Es una hermosa fuente de aguas rojas.
»La adrenalina inunda todo mi cuerpo.
»No puedo evitar gemir de placer, tener una súbita erección.
»El cubo acaba rebosante.
—¡No!

Me desperté angustiado. Transpiraba y el corazón me latía rápidamente. No lograba hacerles llegar aire a mis pulmones.

Miré a Satsuki, que me devolvió una mirada expectante.
—Tranquilo. Respira hondo —susurró melosa—. Estás a salvo, Liam.
—¿Tiene el número de teléfono de Oliver Baker? —pregunté jadeante.
—¿Quién crees que me rogó que viniera a visitarte?
—Ya. ¿Puede llamarle y ponérmelo en manos libres?
—Claro.

La psicóloga sacó su móvil de su bolso y marcó el número del detective. Tras escuchar el primer tono lo dejó bocarriba sobre la mesa, a medio camino entre su cuerpo y el mío.

—Dígame, doctora —contestó pasado el tercer tono.

—Estoy con Liam Jones. Acaba de someterse a la hipnosis regresiva y quiera hablar con usted. Tengo el móvil en manos libres, así que pueden proceder cuando quieran.

—Hola, Liam.

—Hola, Oliver. —La regresión había conseguido generarme un temor persistente. Necesitaba volver a mi celda y apaciguar mi mente a base de meditaciones. Así que fui al grano—. ¿Recuerdas el crimen de Emily Birch?

—Vagamente. ¿La prostituta que apareció degollada en el Hudson?

—Exacto.

—Un caso sin resolver de lo más inquietante. Creo que lo llevaron Novak y Thompson. Hace mucho de aquello. ¿Por qué me lo preguntas?

—Era un crimen sin resolver. —Maticé la palabra «era».

—Pues yo juraría que su asesino sigue libre.

—Pues te equivocas. Su asesino fue juzgado, condenado y encarcelado por otros crímenes. —Hubo un largo silencio. Tan extenso que llegué a pensar que la conexión se había interrumpido—. ¿Estás ahí, Oliver?

—Tú la mataste, ¿verdad?

—Lamentablemente, sí.

Una sombra a medida

Por la noche

La regresión tuvo consecuencias, aunque no las esperadas. No descubrí el nombre de quien había asesinado a Patrick West y a mi padre, pero sí el posible lugar donde se ocultaba la verdad: entre los huesos del cementerio de animales donde Luke enterró a sus primeras víctimas.

«La verdad se oculta entre los huesos, pero Liam no conseguirá verla hasta que sea demasiado tarde», recordé tumbado sobre mi cama.

Oliver se encargaría de buscar las fosas orientándose con mis indicaciones. Las pinceladas que me había dejado la regresión fueron suficientes para que intuyera las zonas boscosas que frecuentaba Luke cuando era un niño sediento de sangre.

Me desesperaba estar de brazos cruzados a la espera de noticias.

«Estamos como al principio», pensé mientras le escribía una carta a mi *alter ego*.

«“Tendréis la oportunidad de frenar mi oleada de crímenes. Pero ¿estaréis dispuestos a aceptar lo que os pediré a cambio?”. ¿Qué cojones quiso decir con eso?».

Aquella mañana no me había tomado la medicación. Tampoco las pastillas que religiosamente me daban al medio día. Y las que me entregarían antes de cenar acabarían donde las anteriores: dando vueltas dentro de mi retrete.

Ningún sanitario entraría aquella noche para sujetarme a la cama.

La carta que inicié con un «De Liam Jones para Luke Jones» reposaba sobre mi escritorio. Todo estaba dispuesto para que mi *alter ego* emergiera libre de ataduras tras más de siete años preso en una sombra a medida.

3 horas y 7 minutos después

«¿Otra vez?».

Luke movió las manos esperando no poder separarlas más de un palmo de las vallas laterales que los sanitarios colocaban cuando Liam lo dejaba salir.

—¿En serio? —susurró tumbado mientras se miraba las palmas de las manos.

«¿Qué coño está pasando aquí?».

Miró alrededor. Las mismas paredes blancas, el mismo escritorio anclado a la pared, las mismas estanterías bajas, la misma cámara parpadeando en una esquina...

Se incorporó entre penumbras y descubrió la carta.

—¿De Liam Jones para Luke Jones? —susurró sin cogerla.

«¿A qué estás jugando?».

Leyó para sí mismo mientras se apoyaba en el escritorio:

«Ayúdame y menguaré tu sufrimiento. Dime quién me envía dioramas representando escenas de crímenes recién cumplidos. Quien lo hace asegura conocerte. Échame una mano y podrás, siempre que te comportes, vivir como un preso corriente. Leerás si te apetece y te moverás por la

celda a tus anchas. Ayúdame a descubrir al asesino y te daré más libertad.

Liam Jones».

«Definitivamente eres gilipollas. No tengo ni idea de quién te envía esos dioramas. Ni siquiera sé qué diantres es un diorama. ¿Una ilustración? En fin. Qué más da. Lo último que haría es ayudarte a pararle los pies a un asesino que te atormenta».

Luke cogió un rotulador del portalápices situado al lado de la carta y trazó sobre lo que había escrito Liam. Apretó su punta contra el papel con tanta rabia que lo rasgó en algunas zonas.

—Ahí tienes mi contestación. Prefiero estar preso en tu mente que echarte un cable. ¡Que te follen!

Luke cogió el portalápices y lo lanzó contra la cámara de vigilancia.

—¡De lleno, yujuuuu...!

Tomó la trilogía de *El señor de los anillos* de la estantería y la arrojó también contra el aparato. Periódicos, libros, vasos de plástico, papel higiénico, la pastilla de jabón... Todo voló por los aires al tiempo que lanzaba injurias a los cuatro vientos.

—¡Hijos de puta! ¡Más os vale sacrificarme o acabaré matándoos a todos!

La tercera planta del centro psiquiátrico penitenciario se convirtió en una jaula de grillos. Los presos aullaban, reían, lloraban, se masturbaban obsesivamente, se daban cabezazos contra las paredes y los ojos de sus puertas...

Tres sanitarios entrenados en el manejo de personas con conductas violentas entraron en la celda cuando Luke intentaba arrancar el escritorio de la pared.

Fiel a su estilo, los recibió con agresividad.

—Vamos, cabrones —insultó mientras les incitaba con las manos a acercársele.

Los sanitarios esperaron el momento oportuno: cuando Luke estaba arrinconado entre la cama y el escritorio. Se abalanzaron sobre él como hienas sobre carroña, sujetándolo por los brazos.

Forcejeó rabioso, pero estaba en clara desventaja.

La lucha concluyó cuando uno de los sanitarios consiguió clavarle una jeringuilla en el cuello.

8 horas y 12 minutos más tarde

Suspiré resignado.

«Era de esperar».

Dos muñequeras, sendas tobilleras y un cinturón abdominal limitaban mis movimientos. A mi izquierda permanecía la pared de siempre; a mi derecha la valla lateral que los sanitarios armaban las noches que no tomaba mi medicación; alrededor de mi cuerpo doblegado todo estaba fuera de su sitio: los libros desordenados, el papel higiénico donde no debía, las páginas del periódico del día anterior hechas gurruchos...

«¿Y la carta?», pensé al no verla encima de mi escritorio.

Había sobrepasado con creces mi habitual hora de despertar; la luz entraba doliente por la rectangular ventana de mi celda. Hubiera frotado mis sienes de haber podido. Sentía un cansancio extremo, como si hubiera estado corriendo un maratón segundos antes de abrir los ojos.

«¿Qué hiciste, Luke? Espero que nadie saliera herido».

Se abrió la puerta de mi celda.

Pensé que aparecería un sanitario con mi medicación, pero no fue así: quien se personó fue el jefe de psiquiatría del centro, Ronnie Hoog, con quien tenía, digamos, un pacto médico.

—Buenos días, Liam. —Me saludó mientras trasteaba en su tableta, que nunca faltaba en sus visitas—. Veo que ayer rompiste nuestro acuerdo.

—No lo volveré a hacer. —Bromeé poniendo cara de buen chico—. No, en serio: fue un asunto policial. Puede hablar con el Departamento de Policía de Nueva York si lo precisa. Colaboro en una investigación y necesitaba hablar con Luke fuera de horarios predefinidos.

—Estoy al tanto del tema de los dioramas. Hemos perdido a Patrick, que como sabes era un sanitario excelente y aún mejor persona. Y tu padre... En fin. Sé por qué lo hiciste. Nada de lo que sucede entre estas paredes escapa a mi conocimiento.

Hoog dejó su tableta sobre mi escritorio y me liberó con calma de las ataduras. Su pelo blanco pasó cerca de mi nariz cuando se inclinó y pude aspirar una fragancia a pastilla de jabón lavanda que me transportó durante un segundo a mi niñez, a cuando mi madre me peinaba después de darme un baño. Dolía recordarla. Mi cuerpo estaba lleno de cicatrices y mi mente de momentos desagradables del pasado. Sin embargo, lo que más sufrimiento me causaba era recordarla a ella, incluso más que a mi mujer y a mi hija. Tal vez porque siempre aparecía en mis recuerdos con una sonrisa triste, porque no pudo refugiarse en nadie como yo lo hice en Logan y Logan en mí, como Alison en los dos. Mi padre no solo nos maltrató: nos convirtió en los hijos de una mujer de sonrisa triste.

«¿Cuándo dejaré de sufrir?», pensé mientras Hoog me desamarraba del cinturón abdominal.

Una vez liberado de mis ataduras el psiquiatra me ayudó a incorporar.

—Estoy hecho polvo.

—No me extraña. Ayer fuiste un chico muy malo —abroncó mientras negaba con el dedo índice. Él entendía mi dolencia mejor que nadie, de ahí su distendida forma de tratarme. Me observaba como a una mente única. Lo notaba en sus ojos verdes. Fijaba su mirada en mí como un colonizador sobre tierra a conquistar—. Y para colmo, no te sirvió de nada.

Hoog extrajo una hoja doblada del interior del bolsillo derecho de su bata y me la entregó con gesto serio. Al desplegarla descubrí la respuesta de Luke a mi «propuesta de paz». Escrito con saña sobre mis letras, rasgando incluso el papel, había escrito: «¡Que te den por culo!».

«No esperaba menos».

Suspiré resignado.

—¿Sabes? —preguntó Hoog retórico—. Conozco otros casos de trastornos como el tuyo y puedo asegurarte que no deberías jugar con fuego. No quiero ni imaginar lo que sería lidiar con Luke Jones las veinticuatro horas del día. Tu cordura pende de un hilo, Liam, aunque creas tenerlo todo bajo control. Los *alters* son únicos porque se crean a partir de una combinación de material disociado y el rol que se necesita llenar. Tu *alter*, como sabes, tenía la función de recibir las palizas de tu padre e incluso de plantarle cara en momentos críticos. Roles: ahí reside la cuestión. Anfitriones, infantes, núcleos; lo que ha terminado siendo Luke, un persecutor; el rol que tú creaste para que recibiera las palizas de tu padre, un protector... Ya sabes que...

—Estoy al tanto de mi trastorno —interrumpí al advertir que pretendía aleccionarme sobre algo que había estudiado de forma obsesiva.

«Luke nació siendo una especie de protector —pensé imbuido por el psiquiatra—, pero a causa de los maltratos cambió a persecutor, un *alter* de los que hacen daño».

—A lo que me refiero es a que el anfitrión puede cambiar y no ser necesariamente quien ha

estado presente toda la vida. Puede que un día te despiertes siendo Luke y seas tú quien aparezca esporádicamente. Desiste de numeritos como el de anoche —reprendió Hoog severo—. A no ser, claro, que pretendas desaparecer de este mundo.

—Lo de anoche no volverá a repetirse. Tiene mi palabra.

—Eso espero. En fin. Enseguida te traerán la medicación. Tómatela esta vez, ¿eh?

Me guiñó el ojo y anduvo hacia la puerta.

—Gracias, doctor. Hasta la próxima.

—A más ver.

Huesos

Cold Spring

Las hebras de luz parecían descolgarse de las ramas que el viento mecía con la calma de una madre curtida. Para Oliver, aquel sotobosque arcilloso, tapizado de ramas caídas, hojas, arbustos, setas y hongos, prometía algo más que un deleite para los ojos: pistas que condujeran al paradero de un asesino; Rebeca, en cambio, sospechaba que aquella mañana no harían más que perder el tiempo.

—Esto es una mierda —quejumbró mientras peinaba la zona en paralelo a su compañero—. Lo visto en una regresión no tiene por qué haber ocurrido. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Desde cuándo eres una experta en la materia?

—Desde que descubrimos que tu compañero asesinaba a un palmo de tus narices.

«Será *hijaputa*».

El detective sonrió de medio lado y se mordió la lengua. Las impertinentes palabras de Rebeca le dolieron más de lo que ella pensó.

«Cualquier día me hartó y pido un cambio de compañera. Y entonces vendrán los “no lo entiendo” y los “yo no he hecho nada”».

—El asesino dijo literalmente: «La verdad se oculta entre los huesos». Liam llevó a rastras a una de sus víctimas hasta una especie de santuario-cementerio. Una vez allí, intentó enterrarla. ¿Lo pillas o te hago un plano? Entre los huesos... Cementerio...

—Deberíamos pedir refuerzos. La zona a cubrir es demasiado amplia.

—Echemos un vistazo antes y si no averiguamos nada pedimos ayuda. ¿Tienes algo mejor que hacer o qué?

—Lo cierto es que sí.

—Ya, seguro. —El tono de voz de Oliver evidenció su incredulidad—. ¿Lamerte las heridas?

Esta vez fue Rebeca quien se contuvo. Se sintió tentada de responderle con un «mira quién habla, el amargado que apenas se habla con su mujer», pero recordó que poco antes él no había replicado sus malas formas. Llevaban tiempo jugando a un juego peligroso, superando situaciones de tensión que, por el momento, se presentaban entre largos periodos de distensión. Sin embargo, un ambiente enrarecido parecía estar apoderándose de su tiempo juntos. Corrían el riesgo de volverse hostiles, de olvidarse de lo que habían superado, de mandar al traste años de amoldarse el uno al otro.

—¡Oliver! —gritó Rebeca mientras se acercaba a una gran roca—. ¡Aquí hay tierra removida!

—¡Voy!

—¿Lo ves? —La detective señaló hacia una porción de sotobosque próxima a una roca con su cúspide forrada de musgo.

Oliver se acercó al peñasco y deslizó las yemas de sus dedos sobre su parte baja.

—Fíjate. Han grabado una cruz. ¿La ves? —Rebeca achinó los ojos y descubrió dos hendiduras poco profundas e irregulares que se atravesaban—. Por fuerza ha de ser el lugar que vio Liam en la regresión.

El detective se acuclilló y escarbó donde la tierra se apreciaba más escarbada.

—¿Pido refuerzos?

Rebeca parecía ansiosa por llamar a la policía científica.

—Aún no. Espera un poco, hostia.

El detective cavó como un perro que trata de esconder un hueso en busca de un objeto que confirmara que estaban en el lugar correcto. La puntiaguda esquina de un folio plastificado sobresalió poco después de empezar a mover la tierra como una pirámide en un desierto de arenas turbias. Oliver extrajo el folio sin ponerse guantes de látex —acción insólita que provocó que su compañera arrugara el ceño— y leyó en voz alta: «Habéis encontrado el lugar y eso demuestra que mis actos son legítimos».

Oliver se giró hacia su compañera y se encogió de hombros.

—¿Y ya está? —preguntó ella, asimismo desconcertada.

—Eso parece. Al menos de momento.

Rebeca hizo ademán de hablar, pero Oliver, intuitivo, se adelantó a su pregunta.

»Sí. Ya puedes llamar a la científica.

Cuatro horas más tarde

—En principio son huesos de animales —explicó la sargento Ava Murray, responsable del grupo de antropólogos forenses que exhumaba en una zona demarcada con cintas policiales a pocos metros de su espalda—. Los clasificaremos y estudiaremos y les llamaré si encontramos algo anómalo.

—Bien. Gracias.

—Hasta otra. Y gracias por venir tan rápido —agradeció también Rebeca.

La criminalista formuló un «no hay de qué» y volvió con sus subordinados.

Los detectives anduvieron a través del bosque rumbo al coche que les devolvería a su lugar de origen.

—¿Te parece si pasamos por la penitenciaría a poner al tanto a Liam? —propuso Oliver antes de abrir la puerta del piloto. Era consciente de que a Rebeca no le entusiasmaba visitar al apodado como ‘Asesino del TID’—. Entrar, informar y marcharnos a la oficina a seguir indagando. Quince minutos a lo sumo.

—Me parece bien.

La iglesia y la nave

9 días más tarde

Filadelfia

12:37

Steve Stone (pelo negro, ojos marrones, frente estrecha y pómulos y mandíbula prominentes) y Mark Hauser (rubio, ojos azules y rostro enjuto), oficiales del Departamento de Policía de Filadelfia, transitaban por la Avenida Snyder con dirección a la Avenida Passyunk dispuestos a investigar un caso de robo con allanamiento sin violencia, cuando recibieron un aviso por radio que trastocaría sus planes.

—Nos viene de paso —dijo Stone al volante—. Vayamos a echar un vistazo y luego investigamos el allanamiento. Nadie ha salido herido.

—Me parece bien.

Stone aparcó cerca de la iglesia.

Se apearon del coche patrulla y cruzaron la calle mientras observaban su fachada de piedra gris. Ante su puerta, de madera oscura con una gran cruz tallada en su centro, encontraron a la supuesta anciana que había llamado a la policía al encontrar cerrado su centro de contemplación divina.

—Menos mal que han llegado, agentes —dijo azorada—. Nunca, jamás, esta iglesia había estado cerrada. Y llevo viniendo a rezar más de treinta años. Y ese papelucho... —La anciana, que superaba con holgura los ochenta años, señaló con cara de asco una hoja de papel adherida con celo a la puerta, un aviso escrito a mano que rezaba: «Cerrado por defunción»—. Siempre que el padre Gavin se había ausentado por motivos familiares, en contadas ocasiones, he de decir, dejaba la iglesia a cargo de otro sacerdote. Aquí pasa algo raro, se lo digo yo.

«Esta cree que todo el mundo está a su entera disposición», pensó Stone entretanto su compañero rumiaba «¿y por qué ha llamado a la policía en vez de a la Archidiócesis?».

—Relájese. —Hauser alzó las manos tratando de apaciguar a la devota mientras Stone comprobaba que la puerta ciertamente estuviera cerrada—. ¿Puede decirnos su nombre, si es tan amable?

—Diane Lawson.

—Bien, Diane. Vamos a llamar a la Central para que contacten con la Archidiócesis y en breve pueda entrar en su iglesia. Pero tal vez tarden, así que, márchese a casa y vuelva dentro de un rato.

Nueva York

14:03

El móvil del detective vibró sobre su mesa de despacho cuando estudiaba el informe con las últimas llamadas telefónicas realizadas por la postrera víctima del bautizado por la prensa como ‘Asesino de los Dioramas’. Rebeca organizaba las entrevistas planeadas para aquella misma tarde con tres miembros de Alcohólicos Anónimos con los que Bernard Jones se reunía para tratar de permanecer sobrio.

«Mierda», espetó el detective al leer «Centro psiquiátrico penitenciario» en la pantalla de su móvil.

—Es de la cárcel —dijo mirando a Rebeca, que le devolvió la mirada desde su mesa.

—No te quedes ahí como un pasmarote. ¡Cógelo!

Oliver se llevó el aparato a la oreja con un nudo en la garganta.

—Oliver Baker.

—Soy Morgan Nichols, del centro peniten...

—Sí, sí, sé quién es. ¿Han recibido otro paquete?

—Dos. —«¿Dos? No puede ser», pensó con el pulso acelerado entretanto Rebeca le miraba con el ceño fruncido—. Dado lo que contenían los últimos dos..., esta vez le hemos llamado antes de abrirlos. ¿Quiere que los revisemos?

—Haga el favor.

—Le llamaré en unos minutos.

—Gracias.

Oliver colgó y su compañera se apresuró en preguntar.

—¿Qué pasa?

—Liam ha recibido dos paquetes como los anteriores.

—No jodas.

—Van a revisarlos. Me llamarán en breve.

Oliver se levantó enérgico y Rebeca hizo lo mismo. Anduvieron a paso ligero hacia el ascensor que les conduciría al parking subterráneo donde estaba aparcado el Ford que les trasladaría al centro psiquiátrico penitenciario donde, supuestamente, habían recibido dos dioramas representando escenas de crímenes.

Tras pulsar el botón de llamada, Oliver notó la esperada vibración de su móvil.

—¿Qué han encontrado?

—Un diorama de una iglesia y otro de lo que parece una nave industrial abandonada. Lo curioso es que el primero contiene un muñeco, como los dos anteriores, pero el de la nave solo paredes y vigas. Y tiene un sobre dentro.

—Llegaremos en unos veinte minutos. No toquen nada.

—Aquí estaré esperándoles.

El ascensor se abrió cuando el detective colgaba y su compañera preguntaba «¿qué representaban?».

—Una iglesia y una nave industrial abandonada. El de la iglesia tiene un muñeco y el de la nave un sobre con una carta dentro, supuestamente.

—¿Sin muñeco?

—Sin maldito muñeco.

Filadelfia

13:28

El sacerdote saludó con un escueto «hola» y se acercó a la puerta mientras rebuscaba en un rebosante manojo de llaves. Parecía nervioso. Steve Stone, Mark Hauser y Diane Lawson, a quien los agentes no habían podido convencer de que se fuera a casa, aguardaron a que aquel hombre de Dios abriera la puerta. Los agentes se vieron obligados a delegar el allanamiento de morada a dos de sus compañeros. Desde la Central les comunicaron que la Archidiócesis de Filadelfia no tenía constancia de que la iglesia estuviera cerrada ni de que el padre Gavin se hubiera ausentado de sus obligaciones; y el hecho de que no hubiera avisado a nadie resultaba cuanto menos extraño dada su intachable vida religiosa.

—Usted quédese aquí quietecita —le ordenó Hauser a la beata cuando el sacerdote enviado para resolver el misterio abrió la doble puerta de madera oscura—. En cuanto comprobemos el interior podrá entrar a husmear lo que le dé la gana.

—Pero...

—Ni pero ni peras —espetó Stone—. Esto es un asunto policial.

—De acuerdo.

La anciana agachó la cabeza decepcionada. Le gustaba fisgar, por mucho que se hubiera pasado la vida negándose a sí misma.

Los agentes entraron detrás del sacerdote. El interior del pequeño templo se apreciaba tranquilo, inundado de acogedores tonos castaños, de hilos de luz que atravesaban los vitrales que adornaban el alto de sus muros. El religioso —de quien aún desconocían el nombre— se detuvo en el centro de la iglesia para mirar alrededor y continuar caminando entre las hileras de bancos, observando a izquierda y a derecha, arriba y abajo. «Todo parece en su sitio», susurró sin girarse, sabedor de que a su espalda avanzaban expectantes Stone y Hauser.

Se detuvo en seco cerca del altar. La pareja de agentes escuchó un «¡Dios santo!» que los detuvo e hizo desenfundar sus armas. El sacerdote empezó a santiguarse como un poseso.

—¿Qué ha visto? —preguntó Stone desconcertado.

El hombre de Dios hizo oídos sordos a la pregunta, susurrando plegarias mientras se persignaba agitado.

Los agentes oyeron un quejido a su espalda. Al volverse, descubrieron a Diane Lawson con los ojos muy abiertos y la boca abierta; parecía estar viendo llorar sangre al Cristo que coronaba el ábside. «Le hemos dicho que se quedara afuera», la abroncó Stone. La anciana señaló más allá del sacerdote, que seguía santiguándose como si hubiera perdido el juicio. Stone y Hauser miraron hacia donde apuntaba el dedo de la religiosa, hacia aquello que se les había escapado, y vieron el medio cuerpo tumbado y desnudo del padre Gavin Harries Jenkins asomando por la base de la losa de mármol consagrada.

—Hostia puta —espetó Hauser—. ¿Le han cortado la pierna?

Centro psiquiátrico penitenciario

14:44

—Han hallado en su iglesia el cuerpo sin vida del padre Gavin Harries Jenkins —le explicó

Rebeca a Oliver tras colgar al comisionado adjunto de operaciones de patrulla del Departamento de Policía de Filadelfia—, tendido detrás del altar y con la pierna izquierda amputada.

—Es terrible.

—Ya no le queda familia a la que asesinar. ¿Lo entiendes? Cualquier día nos toca a nosotros.

—No digas sandeces.

—Todo el mundo sabe que era tu excompañero y que...

—¡Que no digas sandeces!

Rebeca agachó la cabeza y por una vez no alzó la voz después de que lo hiciera su compañero. Era consciente de la presión a la que estaban sometidos y él, además de aquello, le había confesado que su vida conyugal no andaba bien, que desde la expulsión del colegio de su hija nada había vuelto a ser lo mismo. Por todo aquello Rebeca ignoró el grito de su compañero. «Simpatizamos a ratos —pensó deprimida—. Instantes de calma y luego, cuando menos me lo espero, una voz como la que acaba de darme. Y entonces vuelve el silencio».

Y en silencio llegaron al centro psiquiátrico penitenciario.

—¿Vienes? —preguntó Oliver al advertir sorprendido que su compañera también se había bajado del coche.

—Sí.

—Estupendo.

Oliver le envió una amplia sonrisa que llevaba implícita una disculpa; Rebeca esbozó otra que incluía un «estás perdonado».

Observaron los dioramas. El que representaba la iglesia, aparte de los bancos, el altar y el Cristo crucificado de rigor, contenía un muñeco sin pierna tumbado detrás del altar supuestamente elaborado con carne y hueso de la extremidad que le faltaba al padre Gavin Harries Jenkins. El que simulaba una nave industrial, que incluía poco más que cuatro vigas y sendas paredes desconchadas, encerraba un sobre idéntico al que Liam recibió —Luke, para ser más exactos— diez días antes. Tras colocarse unos guantes de látex, el detective lo extrajo ante la atenta mirada de su compañera y del funcionario que había abierto la caja en primer lugar. El sobre, como era de esperar, contenía una hoja doblada. Oliver la desplegó y leyó para sí mismo:

«Quiero reunirme con el Asesino del TID o lo próximo que recibiréis será una figura de carne y hueso representando a la niña que acabo de secuestrar. Ese es mi único precio. Una vez realizada la reunión, liberaré a mi rehén. Sin trucos, sin helicópteros, sin SWAT, sin micros ni localizadores, o recibiréis la figura aunque yo haya muerto. Solo quiero ver un vehículo acercándose con Oliver al volante, Rebeca sobre el asiento del copiloto y Luke sobre los asientos traseros. Mañana sabréis el lugar y la hora señalada. Hasta pronto, Liam, Luke, Oliver y Rebeca».

Oliver le pasó la carta a su compañera, que también la leyó mentalmente. Ambos recelaron de hacerlo en alto: no se fiaban del funcionario que les observaba mordido por la curiosidad. Tras acabar de leerla, los detectives se miraron abrumados.

—Llévenos a la celda de Liam Jones —rogó ella.

Nueva York

15:13 p.m

Madre e hija caminaban de la mano.

Entraron en una tienda de electrodomésticos.

La madre fue directa al pasillo donde encontraría lo que andaba buscando: un secador de pelo. No era la primera vez que compraba en aquella tienda de barrio a medio de camino entre su casa y la escuela donde Samantha no había vuelto a meterse en líos tras cumplir dos semanas de expulsión.

—Mami.

—¿Qué?

—¿Puedo esperarte afuera?

—No.

—¿Y puedo ver a los pajaritos?

El tendero tenía una jaula con periquitos al lado del mostrador.

—Vale. Enseguida voy.

Samantha desapareció de la vista de su madre y esta cogió una caja de la larga estantería.

«Han cambiado el envoltorio, pero es el mismo modelo. Duró bastante y funcionó bien hasta que ayer dijo basta».

Dispuesta a pagar los cerca de treinta dólares que costaba el secador de pelo, Jennifer anduvo observando los productos colocados sobre las estanterías.

El dueño no estaba tras el mostrador.

Tampoco su hija ante la jaula de los periquitos, donde presumió encontrarla ensimismada. Miró a través del cristal del pequeño escaparate y vio un vaivén de personas, pero ni rastro de Samantha.

—¿Le cobro, señora?

El dueño, un hombre entrado en carnes, calvo y ojeroso, apareció de la nada.

—¿Ha visto a mi hija?

—¿Su hija? Pues no.

—¿No estaba aquí mirando a los pájaros?

—He entrado a por unas tijeras en el desván y... Solo la he visto entrando con usted.

Jennifer salió a la calle como si cayeran del cielo billetes de cien dólares. Miró a ambos lados. «¡Samantha! ¡Samantha!». Oyó una voz. «Dos hombres con las caras cubiertas la han metido en una furgoneta en un visto y no visto», aseguró un mendigo repantingado tras un cartel de cartón que mendigaba dinero. Volvió al local con las pulsaciones desatadas y el miedo por las nubes. El tendero estaba cobrándole a una cuarentona alta y rubia. Se fijó en la cámara de seguridad atornillada en lo alto de la pared tras el mostrador, entretanto el dueño y la mujer la observaban por el rabillo del ojo.

—¿Está usted bien? —preguntó ella al advertir la angustia que desencajaba su semblante.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó él al percatarse de la abstracción en la que se había enfrascado.

—Sí —dijo Jennifer como si acabara de despertarse de un sueño profundo—. Tenemos que revisar la grabación de la cámara de seguridad. —Señaló el aparato con el dedo índice—. Creo que han secuestrado a mi hija.

Centro psiquiátrico penitenciario

«Tu hermano ha muerto», anunció Oliver acompañado de Rebeca. Sin preámbulos, sin estúpidos intentos de acondicionarme a la mala noticia.

—¡No!

No pude contener las lágrimas. Enfrentarme a la muerte de mi hermano, del último miembro vivo de mi familia, fue admitir que me había quedado solo.

En un instante sufrí las cinco fases del duelo:

Negación: sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, grité «¡no puede ser!».

Ira: «No es justo. Ese hijo de puta lo va a pagar», juré apretando los dientes.

Negociación: «Debí insistirle más, hacerle entender que su vida corría peligro. Pero en vez de eso me centré en recriminarle que fuera sacerdote», pensé sollozante.

Depresión: sentí la pena más intensa que un hombre puede sentir entretanto recordaba el rostro de un joven Logan Jones.

Aceptación: me enjuagué las lágrimas con la manga de mi uniforme presidiario, me levanté vigoroso y me dirigí a Oliver y a Rebeca: «Contadme qué ha pasado. ¿No hay diorama?».

—Dos —me informó Rebeca como si entre ella y yo no existiera una recíproca animadversión.

—¿Dos?

—Nada más y nada menos —confirmó Oliver.

Los detectives me pusieron al tanto de los sucesos.

—Firmaré los consentimientos que haga falta —dije con las ideas claras—. Eximiré al departamento de toda culpa. Si muero, un asesino en serie menos. No se perderá mucho, ¿no crees, Rebeca? —Intenté distender el funesto ambiente que se había apoderado de mi celda—. Dejadme hacer algo bien de una vez por todas. Soy Liam Jones, quien os llamó en cuanto descubrió lo que había hecho su *alter ego*. Sé que es complicado, pero Luke está a buen recaudo en mi mente.

—No es tan fácil, Liam —dijo Oliver—. Estás preso y...

Dejó de hablar para atender una llamada de teléfono.

—¿Qué pasa ahora? —contestó brusco. Luego escuchó lo que tenía que decirle su esposa mientras Rebeca y yo lo observábamos cejijuntos: «Han secuestrado a Samantha. Lo he visto en la grabación de la cámara de seguridad. Dos hombres encapuchados han entrado y la han metido en la caja de una furgoneta».

«O lo próximo que recibiréis será una figura de carne y hueso representando a la niña que acabo de secuestrar», recordó Oliver.

—Cálmate. ¿Dónde estás?

—He ido a comprar un secador de pelo, la niña se ha acercado al mostrador a mirar unos pájaros que tiene el dueño en una jaula y... ¡se han llevado a nuestra niña, Oliver! ¡Han entrado y la han raptado! ¡Tienes que encontrarla como sea!

Jennifer no pudo contener el llanto.

—¿Estás segura?

—¿Crees que estaríamos hablando si no estuviera segura?!

—De acuerdo. Vuelve a casa y no hables con nadie. La traeré de vuelta. Te lo prometo.

Oliver colgó y nos miró como si acabaran de decirle que el fin del mundo sucedería aquella misma tarde.

—La niña secuestrada es Samantha —nos informó antes de dejarse caer al suelo, apoyando su espalda en una de las blancas paredes de mi celda.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Rebeca andando en círculos como si fuera un buitre volando sobre un animal moribundo.

—¿La vida de un asesino en serie por la de la hija de un detective de homicidios? —pregunté retórico—. Admitiréis que es un trato más que razonable.

—Antes de llevarse a Samantha tuvo que programar la hora de entrega de los dioramas —dedujo Rebeca—. ¿Cómo diantres sabía el momento exacto en el que la secuestraría?

—Eso ya no importa —dije abismado—. Lo único que importa es traerla de vuelta sana y salva.

—Según mi mujer, han sido dos hombres equipados con pasamontañas. Habrán estado siguiéndolas —conjeturó Oliver con las manos sobre la cabeza y las rodillas dobladas—. Descubrieron que al salir de la escuela eran vulnerables y...

«¿Dos enmascarados? —pensé confuso—. Nada tiene sentido».

—Toma. —El detective dejó su teléfono móvil en el suelo y lo empujó con desgana, deslizándose el aparato por encima de las baldosas como un patinador sobre un lago helado hasta toparse con las suelas de mis zapatos—. No es una tableta, pero nos mantendrá en contacto. Estoy harto de estar yendo y viniendo a este maldito centro.

—Pide los permisos necesarios —le dije dispuesto a canjear mi vida por la de su hija—. Habla con quien tengas que hablar. Mueve hilos. Pero esa reunión ha de celebrarse. Los tres sabemos que de no ser así recibiremos el muñeco de carne y hueso que le falta al diorama de la nave abandonada.

Manhattan

17:10 p.m

Al abandonar la penitenciaría ni Oliver ni Rebeca telefonearon a ninguno de sus superiores. En circunstancias normales hubieran informado a Green y este a la sección especializada en secuestros e incidentes con rehenes y situaciones críticas. Sin embargo, dada la singular coyuntura, en sus mentes solo cabía una posible forma de actuación: esperar a que el asesino les diera el lugar y la hora de la reunión y trasladar a Liam Jones hasta allí. Se vieron forzados —por primera vez en sus carreras— a aceptar las condiciones de un asesino en serie.

Sin garantías.

Sin protección.

Sin alternativa.

«¿Y si le dispara a quemarropa nada más tenerlo delante? —consideró Oliver mientras transitaba por las anchas arterias de Manhattan—. ¿Qué podríamos hacer entonces? Nada. Recoger su cadáver y enterrarlo en una tumba sin nombre. Puede que al asesino no le importe

sacrificarse con tal de pasar a la posteridad como ‘el hombre que liquidó al Asesino del TID’. ¿Y luego? ¿Liberará a Samantha como prometió o la ejecutará? —El detective tragó saliva tras sopesar la horrible posibilidad—. ¿Y si ya está muerta?».

Una difícil encrucijada: confiar en la palabra de un asesino o arriesgarse a que una niña muriera de un modo horrible. Oliver lo tenía claro. No arriesgaría la vida de su única hija, pero aunque no pudiera admitirlo en alto, sí estaba dispuesto a poner en riesgo la de su amigo.

El asesino puso condiciones: «Sin trucos, sin helicópteros, sin SWAT, sin micros ni localizadores, o recibiréis la figura aunque yo haya muerto. Solo quiero ver acercarse un vehículo con Oliver al volante, Rebeca sobre el asiento del copiloto y Luke sobre los asientos traseros». Su carta de presentación, tres crímenes sin dejar una sola pista incriminatoria, resultaron más que suficiente para convencer a los detectives de que sus amenazas no caerían en saco roto.

Oliver tiró del freno de mano en el aparcamiento subterráneo del Departamento pensando en la peligrosa reunión que debían organizar.

Se apearon del Ford y anduvieron en silencio hasta el ascensor.

Rebeca observó a su compañero mientras subían dispuestos a poner al tanto a Green, y advirtió unos ojos cristalinos y una mirada perdida.

Aun con la tensión aflorando, no tenían prisa: no conocían ni el emplazamiento ni la hora del encuentro; una espera que se les iba a hacer eterna.

«Volverá a casa, Oliver», pensó Rebeca cuando se abrió la puerta del ascensor. «Voy a mandar a mi mejor amigo a una muerte más que probable», pensó el detective cuando caminaba hacia el despacho del comisario dispuesto a pedirle permiso para proceder según las indicaciones de un asesino. Si no conseguía dicha luz verde, estaba dispuesto a entregarle su placa y su arma y dejar el cuerpo.

3 horas más tarde

Metió la llave en la cerradura. Se sentía derrotado. Anhelaba desaparecer del mapa, borrar el dolor que le destruía desde adentro como un agente patógeno. De camino a casa reflexionó sobre la muerte como nunca antes, como una solución a sus males. El pesimismo incautó sus ganas de respirar en el mismo momento que descubrió que su hija era presa de un psicópata. Y aquel día aún le quedaba un último mal trago que superar: enfrentarse a su esposa desesperada.

Abrió la puerta y la encontró en medio del pasillo con los ojos hinchados y la mirada afligida. Por un segundo, dudó si estaba despierto o dormido. «¿Un asesino ha secuestrado a nuestra hija?», se preguntó. Por un instante anheló despertarse sudoroso sobre su cama y darse cuenta de que todo había sido fruto de una pesadilla. Pero no estaba inmerso en el mundo onírico, sino en la cruda realidad.

Anduvo hacia su esposa y empezó a llorar a medio camino.

Se abrazaron sin ganas ni fuerzas; ella derrotada y él al borde de la derrota.

—La encontraré —susurró el padre.

—Por favor —suplicó la madre.

3:22 a.m

Sonó el timbre de la puerta. Nunca lo habían oído más tarde de la medianoche. Ingerieron tranquilizantes para conseguir descansar, pero aquel «ring» que destrozó el silencio les hizo incorporarse asustados.

—Espera —susurró Oliver mientras salía de la cama en calzoncillos.

Abrió el primer cajón de su mesita y cogió su reglamentaria. Anduvo sigiloso por el pasillo con el arma en alto hasta detenerse ante la puerta. Examinó el descansillo a través de la mirilla para comprobar que nadie le esperaba afuera. Entonces, cuando se disponía a girar el pomo, vio la esquina de un sobre asomando por debajo de la puerta.

«El lugar y la hora», dedujo.

Se agachó, lo recogió y lo abrió anhelante, hallando en su interior —como también dedujo que encontraría— una hoja de papel doblada. La desdobló y leyó lo que llevaba escrito a máquina:

«Antigua central eléctrica en Gowanus, Brooklyn.

Hoy.

18:00.

Aparcad en la explanada.

Que Luke entre solo».

El loco de la colina

Dos horas antes del encuentro

Vía telefónica Oliver me informó del dispositivo. Nadie nos escoltaría durante el trayecto, pero un equipo SWAT vigilaría la antigua central eléctrica antes y durante el encuentro: el precio por el okey de los mandamases. Oliver solicitó actuar con absoluta libertad, pero los de arriba se negaron a dejarnos proceder «en pañales».

El lugar seleccionado era a todas luces inapropiado para los intereses del asesino; hecho que me preocupaba. La vieja central eléctrica era fácil de cercar, sin edificios colindantes en los que refugiarse en caso de apuro. Una estructura cuadrada y grafiteada repleta de ventanales arqueados que miraban hacia una explanada de cemento agrietado por donde la vegetación se abría paso.

Oliver me envió información mediante su correo electrónico: «Fue una antigua estación transformadora de Brooklyn construida en 1904, desmantelada en la década de los 50 y que se convirtió en un hogar de ocupantes ilegales y zona de exposición de arte callejero no oficial. Localmente se la conoce como la Batcueva. En la actualidad está desocupada. Supuestamente, claro. Una empresa privada pretende transformarla en una fábrica de producción de arte, pero no por ello está bien protegida. La zona ni siquiera esta vallada».

No tenía ningún sentido, a no ser que el asesino acudiera al encuentro sin la intención de salir con vida. Barajaba dos posibilidades: que se tratara realmente de un fan que anhelaba conocer a su ídolo y asumiera como pago pasar el resto de su vida entre rejas o —la menos halagüeña—, que quisiera acabar conmigo para pasar a la posteridad o para vengarse de un crimen pasado de Luke.

«Si el asesino ha aceptado podrirse en una cárcel o, peor aún, pasar a mejor vida...», medité cuando entraron en la celda.

Oliver cargaba con una bolsa de tela y ella con un evidente nerviosismo. Lo cierto es que ambos parecían estar soportando un gran estrés. Yo mismo me sentía incapaz de calmar mis ánimos.

—Póntelo —dijo Oliver tras darme la bolsa. Miré dentro: un pantalón de pinzas, una camisa, un cinturón, una americana, unos calcetines y unos brillantes zapatos negros, además de un chaleco antibalas como el que ellos llevaban bajo sus camisas. Sentí añoranza. «Como antes de que se fuera todo al traste». No puedes ir por ahí con un uniforme de presidiario. Ya sería el colmo que parados en un semáforo alguien te reconociera y se acercara a tu ventanilla a pedirte un autógrafo.

Mi excompañero sonrió, pero no consiguió distender el aprensivo ambiente que trajeron consigo.

—Te esperamos fuera —dijo Rebeca—. Saldrás sin esposas, así que...

—¿Qué? —pregunté ante su indecisión.

—¿Y si entras siendo Liam y sales siendo Luke?

Sonreí comprensivo.

—Cuando tengas dudas, pregúntame quién soy y yo responderé «el loco de la colina». Luke no está presente cuando yo lo estoy. Ya no. Para eso me medican. Será nuestro santo y seña, ¿de acuerdo?

La detective asintió con la cabeza antes de abandonar la celda. Oliver se dio la vuelta justo antes de marcharse tras ella, mirándome como si quisiera decir algo y no se atreviera.

—Nunca olvidaré lo que estás haciendo. Liam Jones no es Luke Jones. Ahora lo veo. Me ha costado, y lo siento.

—Seguimos formando un buen equipo, ¿eh?

—Eso siempre.

Aquellas palabras me insuflaron más fuerza que un millón de «gracias».

—Pero Luke no forma parte del equipo —dije firme—. Si pasase a ser mi personalidad primaria, ataja el problema de raíz, ¿entiendes? Aquí le mantenemos a raya, pero fuera de esta penitenciaría... Ese hombre no tiene piedad ni conoce los remordimientos. Necesito que me prometas que si emerge para quedarse harás lo que sea necesario para hacerlo desaparecer. No quiero que domine mi cuerpo. No quiero hundirme en su mente para aparecer de improvisto.

—Luke nunca te dominará —prometió antes de marcharse—. Ni en prisión ni fuera de ella. No mereces lo que te está pasando y no estoy dispuesto a consentir que tu situación empeore.

Fingí estar atándome los zapatos.

Cogí con disimulo, de debajo del colchón el punzón que había fabricado con un cepillo de dientes.

Lo sujeté contra mi pierna derecha con la goma de mis recién estrenados calcetines.

«Perfecto».

Me erguí decidido y contemplé mi estampa: el traje me sentaba como un guante.

«Es la hora».

Me imaginé clavándole el arma casera, perforando el cuello del asesino repetidamente, mirándole a los ojos mientras la sangre brotaba.

«Hoy me desharé de un psicópata.

Puede que de dos».

SWAT

«Le sonsacaré dónde retiene a la niña y le pincharé la garganta», planeé mientras caminaba escoltado por Oliver y Rebeca.

Sin esposas.

Sin grilletes.

A ojos de los dementes que se asomaban por los cristales blindados, como un hombre libre.

Tras superar un sinfín de controles de seguridad llegamos al *parking* subterráneo. Atento como un conductor de limusina, Oliver me abrió la puerta de su Ford. Le agradecí el gesto y entré poco antes de que ellos lo hicieran. Giró la llave en el contacto, quitó el freno de mano, puso la primera marcha y pisó el acelerador.

El sol me deslumbró acogedoramente. Pegado a la ventanilla, como un niño que viaja en tren por primera vez, coloqué mi mano a modo de visera y observé el mundo desde una perspectiva que por poco había olvidado. Y sentí más pena que gloria. Jamás volvería a ser libre. Estaba dándome un respiro por puro interés. Porque un asesino en serie andaba suelto.

—Estamos cerca del barrio Gowanus —ilustró Rebeca cuando transitábamos por *6th Ave*.

No necesitaba que me dijera dónde estábamos ni cuánto quedaba para llegar. Los edificios de baja altura, los coches aparcados a ambos lados de la calle, los parques urbanos, el vaivén de los transeúntes... Había disfrutado de aquel ambiente con anterioridad, y sin embargo, por mucho que recordara cada palmo de la Gran Manzana, se presentaba ante mis ojos de un modo estimulante.

Oliver paró en un semáforo cuando estábamos a punto de entrar en los límites del barrio donde me aguardaba una inusual reunión.

—¿Eso que se aproxima es un furgón de lo SWAT? —preguntó Rebeca mientras miraba a través de su ventanilla. Pude ver su ceño fruncido por el espejo retrovisor—. Joder. Viene cagando leches.

Las ruedas del vehículo blindado derraparon sobre el asfalto a pocos metros del capó del Ford. Las hojas de su portón trasero se abrieron como si las hubieran pateado desde adentro, bajándose de un salto dos hombres armados con fusiles de asalto. Oímos un «¡vamos, vamos, vamos!» de boca de uno de los policías. Se equipaban con cascos sobre pasamontañas que dejaba atisbar únicamente sus ojos, con guantes que brillaban al contacto con la luz del sol, con chalecos antibalas, coderas y rodilleras. Los uniformados se acercaron y alzaron sus fusiles mientras yo llegaba a una estúpida conclusión: que estaban allí para protegernos de algún tipo de peligro relacionado con el secuestro.

Todo ocurrió en lo que un rayo tarda en iluminar un cielo nocturno.

La primera bala emergió del rompe llamas del fusil que sujetaba el «policía» más alto. Agujereó la luna e impactó en la frente de Rebeca, atravesando su reposacabezas, llegando hasta el asiento a mi derecha. Oliver puso marcha atrás agachándose tanto como pudo y aceleró despavorido. El culo de su Ford impactó contra el morro de una picap. «Se acabó —pensé

anquilosado sobre los asientos traseros». La cabeza sangrante de Rebeca se movía de un lado para otro haciendo honor a lo que era: un peso muerto. El conductor de la picap ni siquiera se atrevió a presionar su claxon; durante una milésima de segundo vi su aterrorizado rostro a través del espejo retrovisor. Otra bala, esta vez proveniente del otro fusil, perforó la luna por segunda vez impactando en la base del cuello de Oliver, que dejó de sujetar el volante. Un disparo ejecutado a todas luces por un profesional, buscando el único punto de su pecho que no cubría el chaleco antibalas. Las manos del detective cayeron a plomo sobre sus muslos: una imagen que nunca logré olvidar.

«No. Él no».

Bajé el seguro en un patético intento por evitar que los asaltantes entraran en el coche. El mundo parecía haberse convertido en una sucesión de fotografías trepidadas. El tráfico ya no fluía en nuestra dirección; los transeúntes, así como los conductores, huían despavoridos en dirección contraria.

Uno de los falsos SWAT se mantuvo vigilante mientras el otro tiraba sin éxito de la manija de la puerta. No tardó en hacer trizas la ventanilla con la culata de su fusil. Me apuntó a la frente desde la calle y habló alto y claro: «¿Lo hacemos por las buenas o por las malas, Liam Jones?». Sopesé sacarme el punzón del calcetín, pero imaginarme blandiendo un cepillo de dientes de mango puntiagudo contra dos hombres armados me hizo sentir ridículo.

Alcé las manos, mostrándole con dicho gesto mi predisposición a obedecer. El atacante subió el seguro, abrió la puerta y me agarró de la pechera.

Durante el cambio de transporte observé lo que dejaba atrás: una luna salpicada de sangre tras la que dos detectives de homicidios yacían con las cabezas ladeadas; él con un agujero en el pecho y ella con uno en la frente.

«Pronto volveremos a vernos —pensé con lágrimas en los ojos—. Siento que todo haya acabado así».

Inmerso en una pesadilla inconexa, me vi dentro del furgón sin apenas darme cuenta.

Escuché el distante sonido de sirenas.

«No llegaréis a tiempo».

—¡Hay que largarse! —gritó uno de los secuestradores mientras el otro me tapaba la cabeza con un pequeño saco negro. Segundos más tardé, noté cómo también me colocaban unas esposas.

Se hizo la oscuridad.

El rugido del motor pasó a ser mi único acompañante.

Presentí que el reloj de arena que medía mi tiempo consumía sus últimos granos.

Huyendo

El traqueteo de la caja auguraba que huían a toda velocidad; sus silencios, que lo tenían todo planeado.

«¿Quién diablos son estos tipejos? ¿Por qué se han hecho pasar por SWAT? ¿Por qué nos hicieron creer que tratábamos con un asesino en serie fan del Asesino del TID?». Por mucho que intentara encontrarle sentido a aquella situación, no lo conseguía.

El furgón se detuvo y enseguida oí cómo se abría su doble puerta trasera. Noté un cambio de tonalidad en la tela que cubría mi cabeza: percibí luz. El tráfico sonaba diferente, como si retumbara entre paredes.

«¿Estamos en un túnel?», pensé mientras me agarraban por los brazos y me bajaban del vehículo blindado.

Tras mantenerme unos segundos quieto, me empujaron por la espalda entretanto uno me prevenía: «Cuidado con el escalón».

Anduvimos por lo que parecía un pasadizo. Avanzando a tientas, supuse que en fila india, rocé con los codos lo que percibí como piedra rugosa. Temí darme de bruces contra un muro o trastabillarme y besar el suelo.

Se apreciaba humedad en el ambiente.

«¿Estamos en las entrañas de un túnel?».

—Sube por la escalera —oí antes de que me frenaran del brazo—. Agárrate bien. No queremos que te partas la crisma.

«Todo un detalle».

Uno de los secuestradores me cogió de las muñecas y colocó mis manos sobre los peldaños. Subí sin pensar, limitándome a colocar una mano tras otra sobre los sucesivos y fríos tramos de metal.

Noté cómo tiraban de mis axilas y de nuevo un considerable aumento de luz. Volvíamos a estar a la intemperie. El viento mecía el saco que obstaculizaba mi visión. El tráfico se oía como un murmullo distante.

—Agacha la cabeza.

En un santiamén me introdujeron en el interior de un vehículo. Basándome en lo que tuve que doblar mi espalda ayudado por uno de mis captores, estaba en los asientos traseros de un todoterreno.

«Aparcan en un túnel evitando así que los pueda localizar un helicóptero. Cruzan sus tripas, despistando a posibles coches patrulla. Probablemente se hayan cambiado de ropa durante el trayecto sin que me haya enterado. Cambian de coche; el usado es demasiado llamativo aunque haya cumplido perfectamente con su cometido. Parece claro que no comparto vehículo con unos principiantes».

—¿Dónde me lleváis? —me atreví a preguntar cuando iniciaban la marcha.

—Mantén la boca cerrada o tendremos que amordazarte.

Desistí de poner nada en claro. Aquellos hombres no abrirían la boca. Supuse que tendría que esperar para resolver mis dudas. Y estaba en lo cierto. Poco después conocía los entresijos del

plan urdido por mis captores.

Ni el mejor adivino del mundo hubiera intuido lo que me esperaba.

Iris

El todoterreno —o furgoneta— se detuvo tras zigzaguear durante varios minutos y oí lo que parecía una puerta corredera mal engrasada.

«Me meten en un recinto», conjeturé.

El vehículo reemprendió la marcha y se detuvo poco después, y de nuevo percibí el sonido de un mecanismo.

«¿Una puerta basculante?».

Aquel día me hice más preguntas que en toda mi vida.

Nos movimos y el conductor otra vez pisó el pedal de freno y enseguida tiró del freno de mano. Las puertas de conductor y copiloto se abrieron al unísono.

«Hemos llegado».

Sorpresivamente, no temí por mi vida.

«De haberme querido liquidar lo hubieran hecho después de despachar a Oliver y a Rebeca».

Sentí pena mientras la puerta a mi izquierda se abría.

—Baja.

Tuve que deslizarse mi trasero por la esquina del último asiento para no caer de morros; las esposas suponían un gran hándicap a la hora de moverme.

—Siéntate.

Me empujaron por los hombros y caí sobre una silla. A tenor de sus reposapiés y reposabrazos, sobre una de ruedas. Me inmovilizaron con algún tipo de cuerda; sentí presión a la altura de mis tobillos, muslos y pecho. Tiraron de lo que cubría mi cabeza como si arrancaran cebollas de la tierra. Me deslumbré. «Paredes blancas». Mis ojos fueron adaptándose progresivamente a la luz. Estaba en un garaje limpio como una patena, inmovilizado mediante tensores de carraca sobre una silla de ruedas. No podía moverme de cuello para abajo.

Observé dos estanterías al lado de la puerta que conducía a las entrañas de la vivienda, sobre las que descansaban todo tipo de enseres, tan ordenados y limpios que ponían el vello de punta. Vi herramientas de jardín colgadas de la pared a mi derecha, un rastrillo, un azadón, un par de guantes, unas tijeras de podar..., tan relucientes y colocados tan simétricamente como una escultura de relieve.

Tragué saliva.

«Esto es un puto hogar. No lo entiendo».

Descubrí cómo había llegado hasta allí: dentro de una furgoneta rotulada: «Hermanos Gutiérrez. Fontanería. Calefacción. Climatización. Piscinas. Reformas».

Mis captores esperaban de pie junto a la puerta que supuestamente daba al interior de la vivienda. Seguían siendo tres y, como predije, ya no vestían como un SWAT, sino con monos de trabajo grises. Sin embargo, continuaban escondiendo sus rostros bajo pasamontañas.

«Si fueran a matarme no tendrían por qué ocultar sus identidades».

—¿Por qué estoy aquí?

—Silencio —ordenó el más fornido, al tiempo que se abría la puerta.

Apareció una cuarentona morena que vestía unos tejanos ajustados y una camiseta blanca

como sus zapatillas de deporte. Me sorprendió el color de sus ojos: un iris oscuro y el otro azul claro. Recogía su pelo en una coleta y llevaba un maletín en su mano derecha. Se acercó tranquila a uno de los secuestradores y le entregó el maletín. No hubo palabras; simplemente se asintieron con la cabeza.

Los secuestradores abandonaron el garaje como habían llegado, pero con un pasajero menos. La puerta basculante descendió hasta dejarme a solas con la enigmática mujer.

«Un trueque. Dinero a cambio de un asesino en serie. Es obvio que quienes acaban de marcharse también capturaron a Samantha».

Empezaba a atar cabos. Contrató a los tres hombres para que le hicieran el trabajo sucio.

«Ella envió los dioramas. Ella tiene a Samantha. Pero ¿por qué? ¿Será realmente una fan del Asesino del TID?».

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué has hecho con Samantha?

Se acercó y acuclilló hasta colocar su rostro a escasos cinco centímetros del mío. A esa íntima distancia pude distinguir los matices de sus ojos. Sus iris no eran diferentes. Una de sus pupilas parecía permanentemente dilatada, de ahí que asemejara tener un ojo más oscuro que el otro. Una simple anomalía genética.

—Siempre hay tiempo para las represalias —contestó sonriente—. Lo que haremos podría llamarse justicia, Liam Jones, pero la verdad es que te impartiremos una clase magistral de lo que conlleva destruir vidas inocentes. Una celda no sirve para tales fines. Aquí, entre las paredes de nuestro hogar, sabrás lo que sienten tus víctimas. ¿Que por qué estás aquí? Porque la venganza nunca prescribe. Sobre Samantha... Tranquilo. Un trato es un trato, y nosotros siempre cumplimos nuestra palabra. La niña está sana y salva con sus padres.

«Con su padre no».

Tuve el irrefrenable deseo de matarla allí mismo.

«No eres mi admiradora, ¿eh?, maldita zorra, sino todo lo contrario».

«“Entre las paredes de nuestro hogar”. —Recordé sus recientes palabras—. “Te impartiremos una clase magistral”.

»“Impartiremos”.

»“Nuestro hogar...”».

Tragué saliva.

«En esta casa hay alguien más».

Un oscuro secreto

—Ya no hay prisa. Medio Departamento de Policía anda buscándote. Cómo no. El afamado Asesino del TID anda suelto. Pero te garantizo que no conseguirán encontrarte. Nos ha costado mucho traerte hasta aquí, ¿sabes? Hemos tenido que matar hasta en tres ocasiones. No obstante, todos tuvieron su parte de culpa: tu padre por maltratarte y crear a un psicópata; tu hermano por no ponerte en cintura cuando aún estaba a tiempo; tu carcelero por hacerte la vida más fácil. No debiste escribir *Prisioneros*, Liam; conocer tu pasado y tu presente nos ayudó mucho.

»Para empezar, ¿qué te parece si damos un recorrido por la casa y te explico mientras tanto el porqué de los dioramas? Y de paso descubres la verdad oculta entre los huesos que viste en la regresión pero que no supiste relacionar.

«¿Cómo sabe lo que vi en la regresión? Solo un puñado de personas estaban al tanto».

—¿Te parece o no? —insistió a causa de mi mudez.

Asentí con la cabeza. Preferí guardar silencio, esperar a que acabaran sus aclaraciones para empezar a hacer preguntas. Estaba en sus manos. Según ella, a esas alturas ya nadie podía salvarme. Y yo la creía. «Tres sicarios han perpetrado un espectacular secuestro a sus órdenes y una huida no menos compleja». Lo que había maquinado merecía hasta el último resquicio de mi credulidad.

Agarró los mangos de empuje de la silla de ruedas y empezó la prometida visita guiada.

—Vamos allá —susurró antes de traspasar la puerta tras la que esperaban su hogar y mis respuestas—. Llevo años esperando este momento, ¿sabes? —dijo entretanto las ruedas de la silla giraban sobre un reluciente suelo de mármol. Recorriamos un pasillo de al menos tres metros de ancho de paredes ahuesadas, dejando atrás puertas de madera blancas y cuadros abstractos—. Ni te imaginas la de veces que he fantaseado con este momento. Parece imposible que ya estés con nosotros.

«“Nosotros”. Vuelve a hablar en plural».

Intenté detectar algún sonido aparte de los que hacíamos nosotros. No oí nada en absoluto: ni pasos, ni tráfico al otro lado de las paredes, ni el distante runrún de un televisor o de una radio.

Me enseñó de pasada un par de dormitorios.

—¿A que son bonitos? —Me limité a asentir con la cabeza. No estaba dispuesto a seguirle el juego—. El que hemos preparado para ti tampoco está nada mal. Ya verás.

Entramos en una inmensa cocina. La presidía una isla oscura de al menos cinco metros de largo por dos de ancho rodeada de muebles de alto *standing* color gris marengo. Era casi tan grande como mi antiguo piso. La placa, el horno, el frigorífico, el extractor, el microondas y el fregadero combinaban a la perfección con los muebles de madera maciza. Como los utensilios del garaje y la decoración de las habitaciones, los botes para ingredientes, marcados con etiquetas metálicas que rezaban «azúcar», «pimienta», «sal», «arroz», «aceite de coco»..., estaban tan estéticamente ordenados sobre la mesada que perturbaban.

«Esto no parece la casa de una asesina», me dije entretanto recordaba las fotografías de sus crímenes, los muñecos de carne y hueso...

Abandonamos el umbral de la cocina para volver a recorrer, yo sentado y ella a pie, el extenso

pasillo. Empujó la silla rumbo a una puerta corredera de cristal situada al fondo del corredor que le proporcionaba —más si cabe— espaciosidad a la casa. Al otro lado del cristal transparente permanecía una sala de estar. Pude ver un sofá beige, una mesa, un televisor de pantalla plana, muebles blancos con fotografías enmarcadas encima, estanterías llenas de libros... Un hogar que emanaba diafanidad. Sin embargo, parecía evidente que también guardaba un oscuro secreto.

Se detuvo, susurró «estás a nada de entenderlo todo» y abrió la puerta. Escuché entonces el sonido de un motor, algo así como el de un coche teledirigido.

Apareció como si hubiera estado esperándome para hacer una entrada triunfal. Y lo cierto es que consiguió dejarme boquiabierto. Se movía sobre una silla de ruedas eléctrica. Pero no sobre una silla cualquiera, sino sobre un aparato espectacular. Parecía haberse enfundado un exoesqueleto. Una rueda grande entre dos más pequeñas propiciaba que aquel hombre claramente impedido avanzara erguido. «Es tetrapléjico». Sus brazos descansaban sobre reposabrazos haciéndole parecer un hombre que andaba en sueños. Su cráneo estaba rodeado parcialmente por un reposacabezas. Moviendo su testa, precisamente —o eso me pareció—, detuvo la silla que le permitía moverse derecho, dejando un asiento ultramoderno frente a uno de lo más común.

«Él no pudo matarlos con sus propias manos».

Me fijé en sus facciones; hasta el momento su «trono» articulado había atraído toda mi atención. Rondaba los cuarenta años y llevaba el pelo engominado con la raya a un lado. Era moreno y de ojos claros, y su rostro enjuto y su nariz aguileña me recordaron al perfil de una corneja. Resultaba evidente que era hermano de la mujer que me había empujado hasta allí.

«Son gemelos».

—Hola, Liam. —Su tono de voz entró apacible por mis oídos—. Supongo que tendrás muchas preguntas. Hagamos una cosa: espera a que terminen mis explicaciones y si después aún te quedan dudas las resolveré encantado. ¿Te parece?

Había llegado el momento de romper mi silencio.

—De acuerdo.

—Os dejo a solas —anunció ella como si fuera un día corriente—. Voy a preparar la cena. Para cualquier cosa me das un grito.

Se acercó a su hermano, a quien la silla le separaba un palmo del suelo, se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Antes de rebasarme me dedicó una sonrisa pícaro. No me giré para ver cómo se alejaba rumbo a la cocina.

—Me llamo Jamie.

«¿Jamie?». Su nombre me dijo mucho. «¡Jamie! ¡Jamie!»: reviví los gritos que oí en la regresión.

Evoqué a Luke cogiendo una piedra del sotobosque, golpeando la cabeza de quien tenía delante.

—Estoy aquí porque te dejé tetrapléjico —deduje impactado, como si estuviera hablando conmigo mismo.

—Creíste que había muerto e intentaste enterrarme en tu mierda de cementerio.

«“La verdad se esconde entre los huesos”. Pensé que lo había matado, pero sobrevivió».

Recordé el mensaje que Oliver y Rebeca hallaron entre los esqueletos de animales: «Habéis encontrado el lugar y eso demuestra que mis actos son legítimos».

—Dejasteis el mensaje donde solo yo podía encontrarlo.

—Cuando supe de tu detención hace siete años todo empezó a cobrar sentido. Y tras leer

Prisioneros no tuve la menor duda. Pero mi hermana vaciló en el último momento. Lo cierto es que nunca llegué a verte la cara. No obstante, mi cerebro funciona a la perfección, y encontré el modo de convencerla: conseguí que enviaras a Oliver y a Rebeca al lugar que te reveló la regresión, donde intentaste enterrarme como a un perro sarnoso. Que encontrarais el mensaje confirmó mis acusaciones y le dio alas a mi querida hermana. Sois tan previsibles...

—Vais a matarme.

—Oh, no. Pero suplicarás que lo hagamos.

Deborah

—¿Por qué los dioramas y el secuestro de la hija de Oliver? —le pregunté a Jamie como habíamos pactado; tras sus explicaciones aún me quedaban muchas dudas.

—Obvio, ¿no crees? Necesitábamos que abandonaras la cárcel durante unas horas concretas y nunca lo hubiéramos conseguido sin unas amenazas creíbles. Admítelo. Ni siquiera barajasteis la posibilidad de que fuera un farol. ¿Por qué? Porque creísteis que quien había secuestrado a la hija de Oliver era un despiadado asesino en serie. Nos inventamos a un psicópata de película. No bastaba únicamente con matar, o habríais puesto en marcha el protocolo habitual. Sin embargo, tratándose de la hija del detective a cargo de la investigación y sin contemplar la posibilidad de que el asesino perdonara a la niña...

»Meses antes contactamos con tres exmilitares haciendo uso de la *Dark Web* y les propusimos cuatro trabajos bien remunerados que aceptaron sin hacer preguntas.

»El proceso siempre fue el mismo: les dábamos un nombre y ellos nos traían al señalado a casa. Deborah creaba entonces el muñeco de carne y hueso en el sótano y luego lo colocaba en un diorama previamente elaborado y... En fin. Ya conoces el resto de la historia. Patrick West, tu padre y tu hermano: meras piezas de un puzle, pero no por ello meros inocentes. El primero le hacía la vida más fácil en prisión a un asesino en serie; el segundo te convirtió en lo que eres y el tercero no hizo nada para evitarlo. Necesitábamos víctimas y no consideramos justo seleccionarla al azar como tú hiciste conmigo.

»Una vez mordisteis el anzuelo, les dimos tu nombre. ¿Dos tipejos y una tipeja dentro de un coche? Pan comido para tres hombres entrenados en la guerra de guerrillas. Los verdaderos SWAT aún están esperando a que aparezcáis por la antigua central eléctrica.

Me brindó una sonrisa burlona. Resultaba obvio que disfrutaba desgranándome los tramos de su plan. Dolía admitirlo, pero aquel loco tetrapléjico consiguió distraerme hasta el punto de hacerme olvidar la peliaguda situación en la que estaba.

—Entiendo que necesitarais hacernos creer que tratábamos con un trastornado, pero..., ¿dioramas?

Conocer los entresijos de sus confabulaciones no me llevaría a ninguna parte, pero tampoco empeoraría mi situación. Puestos a sufrir, mejor sabiendo por qué.

—Te lo explicamos en la carta: uno echa mano de lo que conoce. Barajamos otras posibilidades. Debatimos acaloradamente si usar maquetas y muñecos de carne y hueso o hacerles lobotomías a nuestras víctimas.

»Cierra los ojos e imagina, Liam. —Ignoré su petición—. ¡Que los cierres! —Su grito me sobresaltó. «Están como dos putas cabras». Obedecí a regañadientes—. Imagina a Oliver recibiendo una llamada en plena noche: se ha hallado un cadáver en Cold Spring, cerca del río Hudson. Al llegar al lugar de los hechos encuentran a un hombre semienterrado con la cabeza rasurada y un instrumento parecido a un picahielo metido por su órbita ocular. En uno de los bolsillos de su pantalón encuentran un sobre con una nota para Luke Jones. El análisis forense determina que, efectivamente, a la víctima le practicaron una brutal lobotomía que le causó una hemorragia cerebral.

»Ya puedes abrir los ojos.

»El siguiente muerto, tu padre, moriría a causa de una trepanación.

»Yo me decanté por crímenes más acordes con lo que me hiciste, pero a Deborah las maquetas le parecían más creíbles y menos reveladoras. —«Deborah»—. Debíais dudar, creer en la posibilidad de que se tratara de un admirador. No nos interesaba que creyeráis que el asesino pretendía conducirte a una muerte segura. Por lo tanto, dioramas representando crímenes recientes se ajustaba mejor con el proceder de un fan del Asesino del TID. Os hicimos tragar que un psicópata te mostraba su obra del único modo que podía, como un alumno a un maestro al que idolatra. ¿Lo entiendes? O al menos que barajarais dicha posibilidad. Y ahora estás aquí, escuchando embobado mis explicaciones; parece obvio que tomamos las decisiones correctas. En fin. Tengo la sensación de que estoy repitiéndome. La cuestión es que Deborah consiguió convencerme de que usáramos dioramas y muñecos de carne y hueso. Lo cierto es que el «cómo» empezó a serme indiferente. Simples pamplinas para conseguir que abandonaras el centro psiquiátrico penitenciario donde, por lo que leímos en *Prisioneros*, no te castigaban acorde con tus crímenes. Y para eso estamos hoy aquí, para empezar a subsanar dicho error. —Resultaba curioso estar ante alguien que se expresaba sin gesticular de cuello para abajo—. En esta casa han ocurrido cosas terribles. Y no hablo de cortar piernas en el sótano para hacer piezas de carne y hueso. Hablo de lo que pasó después de que me dejaras tetraplético. Hablo de cuando Deborah aprendió a hacer casas de muñecas mientras yo estaba postrado en una cama. Pero esa es otra historia.

—Me gustaría conocerla —dije intentando retrasar el castigo que aseguraban tenerme reservado.

«A lo mejor consiguen rastrear a los exmilitares. Si retraso lo suficiente las torturas, tal vez la Policía consiga ahorrármelas».

—Te lo he dicho antes, Asesino del TID: utilizamos dioramas porque Deborah sabía hacerlos. Simplemente. Pero si quieres conocer nuestra penosa historia... —Asentí con la cabeza—. Por qué no.

El regalo perfecto

Más de tres décadas antes

Entreabrió la puerta y encontró a su padre fabricando una casa de muñecas. Lo observó desde lo alto de las escaleras haciendo lo único que según él le evadía de las preocupaciones que le acarreaba ser presidente de una próspera asesoría financiera. Manejaba grandes sumas de dinero, pero en ese momento solo guiaba una sierra de calar sobre un panel de madera contrachapada de nueve milímetros. Empezaba una casa de muñecas, pero Deborah sabía que ninguna de las suyas, ni Rachel, ni Sophia, ni Erika, ni Isabelle, pisarían la construcción a escala 1:12 ni las que descansaban sobre pedestales alrededor de su padre. La niña las apreciaba con sus grandes ojos «bicolor», simétricamente colocadas ante las blancas paredes del amplio sótano, sus tejados piramidales, sus porches iluminados, sus ventanas y puertas, como un preso el mundo a través de la ventana de un calabozo. Una le gustaba en especial: la que su padre había elaborado aprovechando un antiguo armario. Los pequeños muebles se distribuían en seis plantas rebasando los dos metros de altura. Salas de estar, dormitorios, cocinas, despachos; sillas, cuadros, cacerolas, sofás, butacas, lámparas de techo, radicaban al otro lado de su estirada puerta de cristal aparentando el hogar de una persona cualquiera. A Deborah no solo le entusiasmaba su grandiosidad, también el hecho de que fuera la única con «habitantes»: un hombre trajeado sentado a su mesa de despacho, una niña saltando sobre la cama de una de las habitaciones, una anciana sentada en una butaca, una mujer limpiando en la cocina... Aquellos muñecos engalanados con prendas diminutas dotaban de vida a la casa y maravillaban a la pequeña cuando su padre le permitía contemplarla de cerca. Deborah no entendía cómo algo tan bonito servía únicamente para ser mirado, como un cuadro, una estatua o una revista. «No son juguetes», subrayaba su padre siempre que tenía ocasión. «Yo creo que son los juguetes más *chulis* del mundo», pensaba Deborah mientras le asentía a su progenitor.

Morgan Lockett descubrió a su hija con el rabillo del ojo.

«A ver cuánto tarda en abrir la boca —pensó entretanto sonreía para sus adentros—. Lo suyo no es estarse callada, precisamente».

No obstante, contradiciendo a los pensamientos de su padre, Deborah se mantuvo expectante y en silencio.

—¿Te gusta ver cómo trabajo?

—Sí —contestó la niña agazapada, como si en ningún momento hubiera pretendido pasar desapercibida.

—Entra y ponte a mi lado. Verás mejor, ¿no crees?

—Sí.

La pequeña bajó boyante las escaleras; su padre no solía hacerle propuestas tan prometedoras como aquella.

Vestía una falda de pana, un suéter, unos leotardos y unos botines blancos, y llevaba el pelo recogido con un lazo rojo. Parecía un copo de nieve al que le había caído una gota de sangre encima.

—¿Me vas a enseñar a hacer casas de muñecas? —preguntó con su dulce voz—. *Porfi, porfi, porfi...*

La niña juntó las manos como si estuviera rogándole a Dios.

—¿Estás dispuesta a obedecer sin rechistar? —Asintió con tanto énfasis que a punto estuvo de golpearse el pecho con el mentón—. De acuerdo. Hoy empezarás a aprender el noble arte de la construcción de casas de muñecas. Desde mi punto de vista, son el regalo perfecto, ¿no crees?

Deborah asintió de nuevo. Sin embargo, su juvenil mente no concebía que su padre hablara de regalarlas cuando ni siquiera le permitía mirarlas sin su presencia. El sótano estaba siempre cerrado con llave. Deborah fijaba la vista en su puerta como quien espera ante el pórtico de un templo mágico que transporta a otro mundo. De ahí su entusiasmo; su padre no solo la había invitado a entrar, sino que prometía enseñarle a fabricar casas para sus muñecas.

—Podemos traer a Jamie con la silla de ruedas. Él también querrá aprender. ¡Y mamá!

—Olvídate de tu hermano y de tu madre. —Aquellas duras palabras cortaron el énfasis de la pequeña—. No son más que un tullido y una torpe. El arte no es para ellos. Pero tú..., tú estás hecha de otra pasta.

Deborah no entendió a qué pasta se refería su padre, pasándosele por la cabeza las pastillas de plastilina que guardaba en su habitación.

—Ahora lijaré el suelo de la primera planta, pero antes de ponerse a trabajar hay que hacer un plano. —El padre le entregó un papel enrollado suave al tacto—. Extiéndelo. —Las pequeñas manos de Deborah desenrollaron lo que ella advirtió como el mapa de un tesoro. Ante sus ojos apareció progresivamente el esquemático dibujo de una casa, tan detallado como el que se usó para construir la que pisaban.

Deborah recibió aquel domingo su primera lección.

Las clases prosiguieron a una media de tres por semana. La niña intentó que su hermano asistiera a las lecciones, pero se topó una y otra vez con las negativas de su padre. «Tu hermano murió en Cold Spring. Asimílalo de una maldita vez». Aquella no fue la única decepción que se llevó mientras aprendía. Durante uno de sus momentos de entusiasmo se atrevió a vaticinar lo contentas que se pondrían sus muñecas cuando les terminara una casa. «Eso nunca pasará», la reprendió su padre. «Son arte, no simples juguetes para simples muñecas».

22 días más tarde

—¡Eres una estúpida engreída! ¡¿Crees que no veo cómo miras a Mike?! Te gusta emperifollarte, ¿eh? ¿Quieres perfume? ¡Pues toma perfume!

Deborah se quedó petrificada en medio del pasillo. Los gritos y los ruidos salían de la habitación de sus padres como cuchillos arrojados hacia su cara. Apretó el cuerpo de plástico de Rachel contra su pecho. Oyó un sonoro «plas» seguido de un estruendo y un gimiente «¡yo no he hecho nada!». Frunció el ceño aunque no fuera la primera vez que escuchaba una acalorada discusión de sus padres.

Morgan Luckett abandonó su dormitorio dando un portazo. Pasó por el lado de su hija como si esta se hubiera vuelto transparente. La niña esperó a que su padre doblara la esquina al final del pasillo y se acercó a la puerta. Giró el pomo con recelo y empujó la lámina de madera para hallar a su madre tirada sobre el parqué junto a frascos de perfume desperdigados. Bocabajo, sus

largos cabellos parecían ondular el suelo de madera y su vestido burdeos mancharlo de sangre.

—¿Qué te pasa, mamá?

La madre giró el rostro y la hija pudo ver su nariz hinchada. Aturdida, Amanda sonrió con los ojos inyectados en sangre y las pupilas vidriosas. Hizo un gran esfuerzo por no echarse a llorar.

—Nada, hija. Me he tropezado con la mesa y he tirado los perfumes.

Se incorporó con dificultad mientras se le escapaba un quejido gutural, anduvo encorvada hasta la cama y se sentó sobre su borde derecho, claramente deslomada.

—¿Por qué gritaba papá?

Amanda acarició el rostro sonrosado de su hija.

—Se ha enfadado porque he tirado los perfumes. Ya se le pasará. Tú no te preocupes. ¿Por qué no vas a decirle a tu hermano lo que ha pasado? Seguro que ha escuchado los gritos y está preocupado.

La madre besó la frente de Deborah y esta le dedicó una amplia sonrisa.

—Cierra al salir, cariño.

La pequeña asintió con la cabeza y abandonó la habitación con su inseparable muñeca Rachel entre los brazos. Cuando había dado tres pasos hacia la habitación de su hermano, percibió un ligero siseo proveniente del dormitorio de sus padres. Desanduvo sus pasos y pegó la oreja a la puerta para escuchar sollozos al otro lado. Deborah pensó que a su madre se le debía haber roto uno de sus perfumes favoritos. «Pobre mami», pensó, e imaginó el disgusto que ella misma se llevaría si Rachel se rompiera. Hizo ademán de volver a entrar, pero le sedujo más la idea de visitar a su hermano. Aceptó su pueril conclusión como cierta: su madre lloraba porque se le había roto algo. Y en cierto modo era así. No obstante, no tardaría en descubrir los verdaderos motivos que la entristecían continuamente, los traumas que la sumían en una profunda depresión.

Entró sin llamar, encontrándose a su hermano donde supo que estaría por fuerza. Tumbado sobre su cama, miraba la televisión envuelto por mullidos cojines. Jamie movió la cabeza y sonrió al ver quién había entrado en su habitación. A Deborah ya no le impactaba ver cómo su hermano giraba el cuello sin mover los hombros. Al fijarse en él, percibía a un ser querido que no podía moverse de cuello para abajo. «Solo» eso. Nunca le daría la razón a su padre, a quienes intentaran convencerla de que su hermano no valía para nada. «Olvídate de tu hermano y de tu madre», recordó.

«Papá no lo entiende: Jamie y mamá sirven para muchas cosas».

—Hola, hermanita.

—¿Qué haces?

La pequeña se subió a la cama de un salto y arrastró el trasero hasta colocarlo a la altura del de su hermano. Sus movimientos provocaron que Jamie se balanceara sobre el colchón como un pelele sobre un mar picado. Deborah recolocó como pudo a su hermano mientras este la observaba con gesto resignado.

—Ya está. ¿Qué estás mirando?

—Un documental de animales.

La niña observó la pantalla: dos jirafas comían hojas ante un horizonte caliginoso.

—¿Has oído los ruidos?

—Sí.

—Mamá se ha caído otra vez. Me ha dicho que te diga que está bien y que luego vendrá a darte un abrazo.

Mintió. Su madre no había hablado de abrazos. Si bien, Deborah intuyó que más tarde o más temprano su madre pasaría a hacerle arrumacos. Al contrario que su padre, que llevaba meses sin pisar aquel dormitorio.

—Ya. Seguro.

—¿Por qué dices «ya. Seguro»?

—Te dice que se ha caído para no preocuparte. ¿Recuerdas el moratón de la semana pasada?

—¿El del ojo?

—Sí. Se golpeó con una puerta, ¿verdad?

—Sí.

—Mentira.

—No es mentira, tonto.

—Sí lo es.

—No lo es.

—Sí lo es.

—No lo es, tonto.

—Piensa lo que quieras. Pero la tonta eres tú.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—No lo soy.

Deborah pellizcó el hombro de Jamie.

—Pellizca, pellizca, que no siento nada. —Ambos se miraron y rieron despreocupados—. Y luego dices que el tonto soy yo. —Jamie siempre fue el más listo de los gemelos—. ¿Sabes? He aprendido a escuchar a las paredes. Ahora estás de vacaciones, pero luego te irás a la escuela y no te enterarás de lo que pasa en esta casa.

—¿Y qué te han dicho las paredes?

—Que papá le insulta y le pega a mamá. Pero ella es tan valiente que no se chiva.

Se abrió la puerta. Cabían dos posibilidades, que fuera su madre o, por la hora que era, la enfermera que se encargaba de los cuidados de Jamie.

—¡Hola, pequeñajos!

Gloria Kimball se abalanzó sobre los niños con su voluptuoso cuerpo; sus rollizos mofletes temblaron como un flan recién hecho. Vestía su habitual «uniforme» de trabajo: una blusa de cuello ‘V’ no escotado, un pantalón tipo pijama holgado y zapatos de cuero. Usaba cofia, en desuso en su profesión, pero Gloria era consciente de que con ella puesta los niños la veían como a una enfermera «de película». Sabía que Deborah, pero sobretodo Jamie, necesitaban abstraerse de los gritos que ella también oía.

Le hizo cosquillas a Deborah y esta lanzó risas al aire que entraron por los oídos de la enfermera como gotas de un tónico vigorizante. Luego enmarañó el pelo a Jamie y le rascó detrás de la oreja. Como un perro tullido, el niño agradeció los arrumacos con una mirada cariñosa. Los hermanos disfrutaban de la espontaneidad y los afectos de Gloria. Sobre todo Jamie, que debía llenar con algo el vacío que le había dejado su padre.

—Bueno, pequeñajo —dijo la cuidadora tras dar una impetuosa palmada en el aire—. Hoy toca bañar ese precioso cuerpecito que Dios te ha dado.

Al día siguiente

Le quitó el pijama y lo vistió con unos pantalones de pinzas negros, una camisa blanca y unos zapatos de piel marrones. La madre movió las flácidas extremidades de su hijo mientras pensaba en tiempos mejores.

Jamie llevaba mucho sin vestir elegantemente.

«¿Me lleva a la iglesia?».

Tras acariciar su rostro, Amanda lo sentó en la silla de ruedas que había empujado hasta el lado de la cama e inclinó el respaldo para que su cuerpo no se venciera hacia delante.

Empujó la silla.

—¿Dónde vamos, mamá?

Jamie percibía su nerviosismo; en su inusitado gesto serio, en su mirada ausente, en sus movimientos apresurados.

—Tranquilo. Enseguida lo sabrás.

«¿Quiere darme una sorpresa?».

Recorrieron el pasillo principal hasta llegar al garaje, donde Jamie encontró a Deborah abrazando a su muñeca preferida. Llevaba uno de sus refinados vestidos de los domingos, uno rojo con cinturón de tela blanco.

—Esperad un momento. No os mováis de aquí. —Los niños asintieron con la cabeza. La madre los besó en la frente y después los miró como si pretendiera esculpir sus rostros en sus retinas—. Nunca olvidéis que os quiero con todo mi ser.

Amanda se ausentó y Jamie y Deborah se miraron confusos.

—¿Adónde va? —preguntó el hermano.

Deborah se encogió de hombros y susurró: «Espera, voy a ver qué pasa».

«Esperad un momento. No os mováis de aquí», recordó mientras andaba de puntillas por el pasillo. Vio una sombra cruzando los azulejos antes de llegar a una esquina, recordándole a las siluetas de los aviones de papel que diseñaba junto a su hermano.

«¿Mami?», susurró atenazada. No obtuvo respuesta; apenas pudo oírse a ella misma.

Se asomó por la arista como un agente secreto para descubrir a su madre ante la puerta del sótano. Sujetaba un frasco de cristal. Amanda golpeó la madera con los nudillos ante la atenta y oculta mirada de su hija.

—¿¡Qué coño quieres!? ¡Te he dicho que no me molestes!».

—Abre un momento, por favor.

La voz de su madre se apreciaba temblorosa.

Pocos segundos después, Morgan abrió la puerta de su santuario.

—¿Qué quieres?

—Tengo que darte una cosa.

—Pues dámela y lárgate.

—Es para tus queridas casas de muñecas.

Amanda entró en el sótano sin pedir permiso. Dicha conducta hizo dudar a Morgan de sus intenciones. No obstante, tras alzar las cejas en el umbral de la puerta, cerró y anduvo escaleras abajo tras los pasos de su esposa.

La niña se acercó a la puerta y pegó la oreja a la madera blanca.

—¿Qué te pasa? ¿Qué cojones tienes que darme?

—No voy a consentir que nos ningunees ni un segundo más. Tu hijo sufre, ¿los sabes?

—Tu hijo es un tullido sin futuro. No es culpa mía que sufra una parálisis. Le procuro las mejores atenciones. Pero no obtendrá nada más de mí. ¡Si apenas se aguanta derecho en su maldita silla de ruedas! ¡Es un maldito inútil! ¡Un llorica! ¡En vez de esforzarse por mejorar se limita a compadecerse de sí mismo!

Morgan escupió con desdén a los pies de su esposa.

—Tranquilo, no tendrás que volver a preocuparte por él. Ni por mí.

—¿Pretendes llevártelos? Si crees que voy a permitir que me separe de Deborah estás...

—No.

—¿Qué llevas en esa botella?

Deborah escuchó el sonido de cristales rotos.

—¡No! ¡Trae aquí esa cerilla! ¡No! ¡No lo hagas!

Sus oídos percibieron pasos subiendo las escaleras. Poco después, cómo alguien cerraba la puerta por dentro. Volvió a distinguir pisadas. De fondo, un sonido que no supo identificar: casas de muñecas ardiendo.

—¿Estás loca? ¿Te has tragado la llave?

—Busca, busca, desgraciado. No vas a encontrar nada en tus bolsillos.

—¿Dónde está mi llave?

—En la basura.

—¿Por qué haces esto?

—He entrado cuando has ido al servicio. No cierras cuando estás dentro, así que... ¿Que por qué hago esto? Porque eres nocivo para ellos.

—¡Maldita puta!

Deborah escuchó estrépitos cuando la puerta empezó a escupir humo por sus juntas.

«¡Mis casas de muñecas!», escuchó desde el interior del sótano en llamas.

Una nube gris envolvió a la pequeña como una mano a un gaznate.

Tosió.

«¡Ah...!». Su padre sufría lo indecible mientras su madre yacía estrangulada en el suelo. Sin pretenderlo le había ahorrado mucho dolor. Se dio cuenta cuando la vio arder inexpresiva mientras él se retorció como un animal apresado en una red.

Deborah corrió en busca de su hermano.

Huyó de los gritos con todas sus fuerzas.

Derramó lágrimas y creyó estar alejándose.

Se equivocaba.

No hubo una sola noche posterior que no volvieran a retumbar en sus oídos.

Ojo por ojo

—Los bomberos salvaron gran parte de la casa y el seguro se encargó de arreglar los desperfectos causados por el fuego. Ni siquiera tuvimos que trasladarnos. Un consuelo para mí. Por aquel entonces yo no estaba para mudanzas.

»La única hermana de mi madre, Kristen, se vino a vivir con nosotros en cuanto se enteró de la desgracia. Digamos que pasó a ejercer de madre a cambio de una vida de comodidades. Tanto Deborah como yo siempre intuimos que la muerte de su hermana no la pilló por sorpresa. No obstante, ella nunca admitió haber estado en sobre aviso. Nuestra tía falleció hace nueve años. Una verdadera lástima. Nos cuidó estupendamente.

Jamie hizo un silencio, durante el que pareció estar rememorando su pasado.

«Una vida que trastorna a cualquiera —medité mientras mi tullido captor se tomaba su tiempo—. Un desconocido te deja tetrapléjico. Tu padre te repudia. Tu madre se quita la vida llevándose por delante al malnacido de su marido...».

—El *hijoputa* llevaba más de un año sin entrar en mi habitación —continuó desembrrollando Jamie—. ¿Puedes creerlo? Quien desprecia a un ser humano por estar enfermo merece una muerte horrible, ¿no crees? ¿Lo imaginas? Ser pasto de las llamas junto a tu querida mujer y tus amadas casas de muñecas. En fin. Supongo que mi madre no encontró otro modo de deshacerse de él. Mi padre no era de los que se quedan de brazos cruzados mientras haces las maletas. ¿Entiendes? Imagino que mi madre temió por mi vida, que le vio capaz de usarme como un arma, que se sentía culpable por haberle permitido tratarme como a un objeto inservible. Lo borró del mapa al mismo tiempo que se desprendía de su depresión. La mente es impredecible, ¿eh, Liam Jones?

»Heredamos la fortuna que mi padre había amasado como director de una de las asesorías financieras más exitosas de Nueva York. Nuestra madre nos había abandonado, sí, pero nunca se lo tuvimos en cuenta. Cargaba con demasiadas heridas y no encontró otro modo de sanarlas. Yo mismo he tenido pensamientos suicidas. Es más, buscaba el modo de quitarme la vida cuando un canal de noticias me informó de tu detención y empecé a atar cabos, confirmando mis sospechas mientras leía *Prisioneros*. Un asesino, que casualmente vivía cerca del lugar donde intentaron matarme, aseguraba haber estrangulado a animales para saciar sus instintos juveniles y haberlos enterrado donde yo casi acabo soterrado. Dichos argumentos me abrieron los ojos. No obstante, no fue hasta que guiaste a Oliver y a Rebeca hasta el mensaje que Deborah enterró donde solo mi agresor podía encontrar, cuando borraste hasta el último de nuestros reparos. Me dejaste tetrapléjico e intentaste enterrarme en un chapucero cementerio de animales.

—«Quien desprecia a otro ser humano por estar enfermo merece la muerte», has dicho. Entonces, si has leído *Prisioneros*, deberías saber que yo no soy Luke Jones. Yo, como tú, estoy enfermo. En la novela detallo las conclusiones de los psiquiatras que estudiaron mi mente antes de que se celebrara el juicio por mis crímenes. «Mis crímenes», obviamente, iría entre comillas. No serás tan iluso de pensar que un juez dictamina a la ligera una enfermedad mental.

—Sandeces. No es lo mismo asesinar que estar postrado en una cama. Todo psicópata está mal de la cabeza. De todos modos, según tu *best seller*, y cito textualmente: «Luke dijo que

emergía más a menudo cuando yo estaba jodido». Si eso es cierto, te aseguro que tarde o temprano aparecerá para pagar por sus crímenes.

Dolor

—¡Deborah! —Segundos después escuché un «¿sí?» a mi espalda—. He terminado. Puedes llevártelo.

Jamie movió la cabeza hacia su izquierda y su moderna silla rotó sobre sí misma hacia la dirección indicada. Segundos después, Deborah volteaba la mía mientras susurraba «vamos». Fue la última vez que vi a Jamie. El sonido del motor de su silla disminuyó hasta ahogarse al otro lado de los muros del salón.

Observé a mi captora por el rabillo del ojo mientras empujaba mi silla con pasos flemáticos. Su calma proceder me ponía de los nervios. Vestía una bata de laboratorio; factor que no ayudó a tranquilizarme.

—Ayer quité la mesa del sótano, limpié las salpicaduras de sangre y metí mis casas de muñecas. Vas a estar de maravilla, ya lo verás.

Su sarcasmo también resultaba espeluznante.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunté sin pensar: en el fondo no quería saberlo.

—¿No te lo ha explicado Jamie?

—A medias.

—¿A medias? Vaya. Supongo que pretende que lo compruebes por ti mismo. Pero en resumidas cuentas, vamos a hacerte sentir como nunca.

Superamos la puerta blindada que protegía la lujosa vivienda, enmarcada por una vidriera que arrojaba una intensa luz artificial.

—Hemos llegado. ¿Nervioso?

La ignoré. Ya no estaba dispuesto a seguirle el juego. Mis posibilidades de salir indemne eran escasas, por no decir nulas. Según sus intimidaciones, estaba cerca de empezar a sufrir.

El subconsciente me jugó una mala pasada: oí gritos al otro lado de la madera blanca.

«¿Y si pretende quemarme vivo?».

Mi cuerpo tuvo una repentina convulsión. Llevaba más de diez horas sin probar bocado; de lo contrario habría echado hasta mi primera papilla.

—Estás *cagadito* de miedo —dijo en voz baja tras advertir mi estremecimiento—. Y no te faltan razones.

Abrió la puerta y entendí que existían lugares más siniestros que una escena del crimen, que no solo la sangre, los cadáveres y la podredumbre pueden horrorizar a un detective de homicidios. Entendí que dentro de cierto ambiente, una pulcra y luminosa habitación ocupada por una cama de sábanas blancas y quince preciosas casas de muñecas, puede resultar más perturbadora que mil lugares de los hechos.

Unas cortas escaleras de mármol me separaban de mi destino: una cama articulada como las que pueden encontrarse en cualquier hospital, con un cabecero y un pie de hierro y barandillas de seguridad. Algo llamó poderosamente mi atención: un tubo salía de su pie y se conectaba a una especie de motor con ruedas.

—Como puedes ver, he acondicionado el sótano para que estés a gusto. He sacado mi mesa de trabajo y he borrado toda huella de los crímenes. Languidecerás rodeado de hermosas casas de muñecas. Te quejarás. Pero ahora debo dormirte. He de acondicionarte para que entiendas lo que ha sufrido mi hermano. Al pobre se le alteraron muchas cosas. Sufre una molesta incontinencia, así que te suministraré antidiarreicos y luego te atiborraré a laxantes. Digamos que va a quedársete el culo como un abrevadero de patos. Pero no te preocupes, tu cama es último modelo. Lleva inodoro incorporado. Podrás vaciar tus intestinos a placer. Ah, y te pondré un catéter para que no mojes la cama como un niño pequeño. —«¿Sondarme?». Por poco desfallezco de la impresión—. Tranquilo, estudié algo de medicina. Te mantendré limpio además de hacerte cambios posturales. Soy toda una experta, como supondrás. No queremos que te salgan úlceras. Cada vez que lo haga tendré que dejarte grogui por seguridad, claro. No deseamos tu muerte, Liam. Al contrario: pretendemos que dures muchos años.

»La cama es idéntica a la que tiene Jamie en su habitación. Su calidad de vida ha mejorado últimamente gracias a los últimos avances en tratamientos y ayudas técnicas. Tú mismo le has visto sobre la silla de ruedas que se agenció el año pasado. Sin embargo, ha pasado un infierno por tu culpa; un infierno que ahora te espera a ti.

Introdujo la mano en uno de los bolsillos de su bata y extrajo una jeringa de vidrio junto a un pequeño frasco de medicina, que agitó con recochineo ante mis ojos.

—Toca dormir, Asesino del TID. ¿Preparado para guardar cama el resto de tu vida?

Cuatro horas más tarde

Desperté rodeado de casas de muñecas sobre el lecho que había observado desde la puerta. Desconocía el tiempo que había estado inconsciente. La cabeza me daba vueltas. Sin embargo, estaba cómodo; siniestramente cómodo. Una sábana cubría mi cuerpo hasta la cintura. No llevaba traje ni chaleco antibalas; tampoco, obviamente, un pincho debajo de mi calcetín. Vestía un suave pijama gris.

«¿Seda?».

Me sentí oprimido de cuello para abajo. Mi pecho, mi estómago, mi cintura, mis muslos y mis tobillos —notaba la presión aunque no pudiera ver las ataduras— se aferraban al colchón mediante cintas con tensor de trinquete. Solo podía abrir y cerrar las manos. «Parecido a cuando dejaba salir a Luke», pensé mientras un creciente agobio me arrebatava el pasajero confort que había sentido al despertar.

Nunca fui de los que temen los espacios cerrados, pero mi estado resultaba de lo más claustrofóbico.

«Como ellos quieren: “inerte” de cuello para abajo».

Entonces la vi: una cámara de vigilancia entre dos altavoces grababa «mis movimientos» desde lo alto de la pared de enfrente. Parecía un halcón de ojos rojos sobrevolando las casas de muñecas.

—Bienvenido a tu nueva vida, Asesino del TID.

Jamie me saludó con retintín por medio de los altavoces.

—Que te den.

Empezaba a sentir una ansiedad inmensa. Me moví bruscamente sobre la cama.

—Solo conseguirás hacerte daño, imbécil. Relájate: consejo de amigo. Por cierto, si notas

escozor en la punta del rabo es por la sonda.

Me pareció escuchar una risa burlona de fondo. «Deborah está con él. Se lo están pasando en grande, los muy cabrones». Apreté los dientes y cerré los puños. El odio me carcomía.

«No merezco este castigo. —El rostro de mi difunta hija apareció a los pies de la cama como una niebla efímera—. O tal vez sí».

Miré hacia abajo, pero la sábana evitó que pudiera distinguir la mencionada sonda.

—Deborah te dará de comer dentro de unos minutos. Supongo que estarás hambriento. *Bon appétit*.

Descendió las escaleras con una bandeja sobre las palmas de sus manos y se sentó en un taburete que sacó arrastrando de debajo de la cama.

—No me apetece perder el tiempo. —Dejó la bandeja sobre mis muslos—. Estoy agotada. ¿Quieres comer o vuelvo mañana?

—No, no te vayas. Gracias por alimentarme. Debéis hacer un esfuerzo por entenderme. Siento lo que os hizo Luke. Sé que no es fácil de entender, pero estáis torturando al hombre equivocado.

—Lo que tú digas, campeón.

Cogió la cuchara y la introdujo en un plato que *a priori* contenía sopa.

Tres horas y veinte minutos después

Luke abrió los ojos e intentó frotárselos con el dorso de la mano. «Otra vez inmovilizado. Cómo no. Después de la que lie la última vez, no me extraña». Esbozó una de sus características sonrisas. Luke no elevaba las comisuras de sus labios oblicuamente hacía las orejas, estirando la piel hacía su extremo exterior creando las famosas patas de gallo. No. Luke elevaba exageradamente su comisura izquierda y mostraba la parte blanca de sus ojos mientras inclinaba la cabeza hacia delante. La combinación resultaba perturbadora. Sus labios sonreían mientras sus ojos manifestaban lo que podría llamarse «alegría maliciosa o placer hostil».

Miró alrededor mientras notaba molestias en el pecho y las lumbares.

«¿Cuánto tiempo llevaré así? Me siento jodidamente débil».

—¿En qué lío me has metido ahora, Liam?

«Puede que solo nos hayan trasladado de centro».

Tras estudiar detenidamente la habitación, se dio cuenta de que sus conjeturas no podían andar más desencaminadas.

«¿Casas de muñecas? Joder. Qué puta locura es esta. ¿Y esa cámara de vigilancia? —Observó las escaleras—. ¿Estoy en un sótano?».

«Ese cabrón me pidió ayuda para... —Rememoró el mensaje que halló durante su última “emersión”: “Ayúdame y menguaré tu sufrimiento. Dime quién me envía dioramas representando escenas de crímenes recién cumplidos. Quien lo hace asegura conocerte. Échame una mano y podrás, siempre que te comportes, vivir como un preso más. Leerás si te apetece y te moverás por la celda a tus anchas. Ayúdame a descubrir al asesino y te daré libertad”.

»Dioramas... Casas de muñecas... “Dime quién me envía dioramas representando escenas de crímenes recién cumplidos. Quien lo hace asegura conocerte”.

»¿Han conseguido secuestrarte, Liam? ¿Te has dejado atrapar estando en la cárcel? Si no es eso no entiendo nada. Y si lo es... Joder, Liam, te has superado.

»Lo que sí parece evidente es que pretendes que apechugue con el dolor. ¿Volvemos a las andadas, *hijoputa*?».

Luke se agitó airado sobre el colchón, rozándose la piel contra las sujeciones.

—¡Cabrón! —Siempre pensó que Liam podía oírle desde lo profundo de su psique—. ¡Sé un hombre y enfréntate al sufrimiento! ¡No te escondas cada vez que aparece!

—No te equivoques.

Por un segundo creyó que estaba iniciándose la deseada conversación Luke-Liam Jones, pero enseguida se percató de que las palabras habían brotado de los altavoces en torno a la cámara de vigilancia.

—Todo es por tu culpa —esclareció Jamie con voz firme y clara—. Deja al margen a los demás y afronta como un hombre la pena que se te ha impuesto. Bienvenido al resto de tu vida, Luke Jones.

—¿Y quién coño eres tú?

—Jamie Lockett.

—¿Nos conocemos?

—Te refrescaré la memoria. Éramos solo unos niños cuando coincidimos en una arboleda a orillas del río Hudson. Me pillaste desprevenido y me atizaste con una piedra...

Luke echó la vista atrás y volvió a los sucesos que acababan de resumirle.

—Ah, sí, el gilipollas al que pillé meando en un árbol. Nunca olvido a mis víctimas, ¿sabes? Jamie, sí. Ahora recuerdo los gritos de tus padres. Tuve que salir por patas. Pensaba que estarías criando malvas. Nota mental: rematar a mis víctimas. Por aquel entonces aún era un principiante. Da gracias por eso, soplapollas.

»Veo que has conseguido vengarte. No sé si aplaudirte o enviarte a tomar por el culo. Espera. Sí lo sé. ¡Vete a tomar por culo, gilipollas!

—Tus palabras no sirven más que para disipar los escasos remordimientos que nos causa torturarte. Gracias por hacérselo más fácil.

Luke le guiñó el ojo a la cámara y esbozó una de sus características sonrisas justo cuando la puerta del sótano empezaba a chirriar como un violín mal afinado.

—¿Y tú quién coño eres? ¿Hoy había una quedada de idiotas en esta casa y no me he enterado?

—Soy su hermana.

Deborah bajó las escaleras sujetando unas tenazas.

—¿Su hermana? ¿Habéis planeado esto en familia? Me emociona, en serio.

—Las explicaciones vendrán después. Ahora toca bajarte esos humos.

Arrastró el taburete que usaba para darles de comer y abrió las tenazas lentamente para que su prisionero tuviera tiempo de sobra de presentir el inminente dolor.

—¿Qué vas a hacerme?

—Castigarte por tu insolencia.

Deborah agarró el dedo índice de la mano izquierda de su prisionero y pinzó su uña, arrancándosela milímetro a milímetro.

—¡Ah...! ¡Hija de puta!

—Duele, ¿verdad? Pues aún te quedan diecinueve dedos más. Vuelve a gritar, a insultarnos o a agitarte sobre la cama y volveré con las tenazas. Y cuando no me queden uñas que arrancarte, ¿adivinas dónde me veré obligada a echar mano? Te daré una pista: de lo que te cuelga entre las piernas, lo más largo.

Dos meses y dos días más tarde

No recuerdo el momento exacto. De no ser por las comidas y las cenas no hubiera sabido si era de noche o de día.

Aparecieron las úlceras, las escaras y las llagas. Deborah intentaba mantenerlas a raya —o eso juraba—, pero los estropicios que causaban mis sujeciones, apretadas como el abrazo de un oso, no eran fáciles de controlar. Llegaba con su parsimonia, me drogaba y más tarde me despertaba encontrándome algo mejor, a veces incluso recién afeitado o con el pelo recién cortado. Pero los dolores no tardaban en volver como el acólito más fiel. Me sentía débil, siempre a las puertas de la muerte, atacado por un continuo escozor en el pene. Si me movía lo más mínimo sentía romperse mis articulaciones. Pasaba las horas contemplando las casas de muñecas, imaginándome con mi mujer y mi hija en sus porches, abrazándonos felices como si nunca las hubiera matado.

Los minutos parecían horas y las horas días; las semanas meses.

Jamie solía hablarme por el altavoz al igual que Deborah cuando me daba de comer, pero sus palabras se perdían como ecos distantes. Era consciente de que la inmovilidad podía causarme una trombosis o una embolia pulmonar. Le rogué a Dios —Logan estaría contento— que me obstruyera una arteria, que me librara de aquel desmesurado tormento. Pero Dios no estaba por la labor de librarme de nada.

Perdí la noción del tiempo.

Deseé morir tantas veces que perdí la cuenta.

Recordé frases inconexas entre delirios que parecían predecir mi futuro: «“Conozco otros casos como el tuyo y puedo asegurarte que no deberías jugar con fuego. Tu cordura pende de un hilo, Liam, aunque creas tenerlo todo bajo control”».

»“Según tu *best seller*, y cito textualmente: “Luke dijo que emergía más a menudo cuando yo estaba jodido”. Si eso es cierto, te aseguro que tarde o temprano aparecerá para pagar por sus crímenes.

»“No entiendo que nuestra mente sea tan jodidamente aleatoria, que nuestro cerebro te dé tanta preferencia: tú eres lo que los loqueros denominan ‘la personalidad primaria’».

Y una noche, no sabría decir si fue la vigésima o la octogésima, le cedí todo el dolor a mi *alter ego*, como cuando me apartaba para que recibiera las palizas de mi padre.

Circunstancias desfavorables

Un mes y cinco días después

Oí un golpe seco. Por el tiempo transcurrido desde la cena calculé que serían las tres de la madrugada. Los dolores no me dejaban dormir. Solo conseguía descansar cuando mi cuerpo desfallecía. Presagiaba que el fin de Luke Jones estaba cerca. ¿Mi único consuelo? Que arrastraría conmigo a Liam Jones.

Hubiera dado cualquier cosa por media hora de libertad. Desatarme, subir las escaleras y presentarme ante mis secuestradores con un «¡hola, ya estoy *aquí*...! y arrancarles los ojos para hacérselos tragar. Sin embargo, la cruda realidad era que a esas alturas encontrar el modo de desatarme no iba a cambiar nada. No tenía fuerzas ni para bajar de la cama, no hablemos de subir escaleras y torturar. Mi masa muscular había menguado notablemente; me percibía rígido como una palanca.

Percibí otro golpe seco a través del techo y luego un grito: «¡No!». Luego un silencio sepulcral.

«¿Qué coño está pasando ahí arriba?».

Giré el rostro al escuchar que la puerta del sótano se abría.

«Pero qué cojones...».

Entraron dos tipos ataviados con guantes y pasamontañas negros que combinaban con sus sudaderas y pantalones tejanos.

«Ladrones».

—¿Qué coño es esto? —susurró el más alto y delgado desde arriba de las escaleras. Su voz era gruesa—. ¿Eso son casas de muñecas? ¿Y ese tío qué hace ahí tumbado?

—*Seseserá el cuacuarto de un vievievejo* —aventuró el bajo, rechoncho y, por sus repeticiones de sílabas, tartamudo. Su voz era fina y quebrada y sujetaba una bolsa de deporte donde supuestamente guardaba el botín sustraído.

—Eh, colegas —dije en alto—. Bajad. No tengáis miedo.

—*Nono es niningún viejo* —advirtió el tartaja.

Se les apreciaba inquietos.

No tardé en tenerlos a mi lado.

—Sois ladrones, ¿no?

—¿Y tú qué haces ahí amarrado? —preguntó el espigado.

—Soy un rehén de los dos locos de arriba. Aunque a primera vista os hayan parecido personas normales, son psicópatas. Me secuestraron cuando paseaba tranquilamente con mi perro.

—*Cacárgatelo, R. Ha escucuchado nuestras vovoces.*

—No seáis gilipollas —dije con firmeza, intentando mostrarles seguridad—. Liberadme y os compensaré. Os lo juro. Tengo mucha pasta.

Mentí. No obstante, necesitaba salir de aquel sótano a toda costa. No volvería a tener otra oportunidad como aquella. Luego ya vería cómo lidiaba con aquellos dos gilipollas.

El larguirucho se me acercó. Le vi las intenciones: pretendía estrangularme.

—Soy famoso.

Se detuvo cuando ya juntaba las manos ante mi pescuezo.

—¿Famoso?

—Soy el Asesino del TID.

Observaron mis facciones. Todo estadounidense que hubiera escuchado la radio o visto la televisión en la última década por fuerza había oído hablar del Asesino del TID.

—¿*Lilililiam Jones*? ¿El que se *cacargó* a su *fafamilia*?

«*Lililili*... ¿Te vas a poner a cantar, puto tartaja?».

—El mismo.

El de gran estatura —rondaría los dos metros— sacó su móvil y lo trasteó ávido de conocimiento.

—Mira. —Colocó la pantalla al lado de mi cara—. Está más delgado, pero es él, el Asesino del TID. Manda cojones. Aquí dice que se fugó hace cuatro meses bajo custodia policial y que se ofrece una recompensa de un millón de dólares por información que conduzca a su arresto. No sé qué hace en esta casa ni si dice la verdad sobre los dos de arriba, pero nos lo llevamos.

—*Nono* vayas tan *rarápido*, R. ¿*Cocómo* vamos a *cocobrar* la *rererecompensa* sin *delatatarnos*? El FBI no es *tototonto*. *Pepepedirán* una cuenta *babancaria* y la rastrearán. Nos saldrá el *tititiro* por la *cuculata*. Esto me da *mumuy mamala* espina. Este *titío* es un *asesesino* en serie, no lo *olvides*. *Papartió* a una *niniña* en dos, joder. Hoy *hehemos* dado el mejor *gogogolpe* de *nununuestras* vidas. *Dededeberíamos* largarnos con el *dididinero* y olvidarnos de este *cacabronazo*. La avaricia *rororompe* el saco, R.

—He dicho que nos lo llevamos, G. Punto. Ya buscaremos el modo de cobrar la recompensa sin que nos pillen.

G —obviamente un nombre en clave— negó con la cabeza claramente disconforme.

Mientras el esbelto me apuntaba con un revólver, el regordete me liberó —a regañadientes— de las cintas con tensor de trinquete y de las esposas. Intenté doblar las rodillas. Sentí un inmenso agarrotamiento y dolor, lo mismo que al tratar de flexionar los brazos. Noté también el catéter de condón amarrado a mi muslo que Deborah me había puesto tras mis últimas quejas. El primero, tipo Foley, me provocaba dolores insoportables. Esa maldita zorra me había vuelto un experto en cateterización urinaria.

«Cuando estemos a solas, a solas de verdad, voy a meterte catéteres por todos los agujeros de tu cuerpo», cavilé la última vez que me vació la bolsa, apenas perceptible bajo la pernera de mi pantalón de pijama.

«El catéter está bien sujeto y no me apetece mearme encima. Mejor no decirles nada por el momento. Capaces de arrancármelo de un tirón».

—Vamos. Y no intentes nada raro.

Tiró de mi brazo mientras me apuntaba a la sien y luego me soltó tras largar un basto «camina». Mi cuerpo se deslizó sobre las sábanas hasta besar el suelo de mármol. Sentí las frías baldosas en contacto con mis inservibles pies descalzos.

—¡No puedo moverme, puto imbécil! —Me arrepentí enseguida de aquel «puto imbécil»—. Llevo meses inmovilizado en esta cama. Mis músculos están atrofiados. Si queréis la pasta, tendréis que cargar conmigo.

—Lo que nos faltaba.

—*Estratrangúlalo* con las *sasábanas* y larguémonos *cacagando* leches.

«Puto tartaja de los cojones. Yo si voy a estrangularte en cuanto pueda».

—Ni hablar. —R, a través de los orificios de su pasamontañas, me mandó una mirada desafiante—. Y tú, Asesino del TID, vuelve a llamarme «imbécil» y te rebano el cuello.

—Disculpadme. —No me interesaba cabrearles—. Son los nervios.

R se acuclilló y me cogió en brazos. No tuvo que esforzarse demasiado: mi más de metro ochenta rondaría los sesenta y cinco kilos.

Subió las escaleras con su compinche delante, que no soltaba la bolsa de deporte.

«Ahí dentro lleváis un buen botín, ¿eh, cabrones?».

Le eché un último vistazo al sótano.

«Volveré cuando me recupere y os mataré a los dos».

Una vez en el pasillo —primera vez que observaba las entrañas de la casa— supe que no podría cumplir mis amenazas: vi a Deborah tumbada bocabajo ante la puerta de la cocina. El gres reflejaba la luz de las lámparas y el perfil de su propio cuerpo sin vida. Un charco rojo mojaba su rostro ladeado. Sus ojos estaban abiertos y su pelo negro y largo se mezclaba con la sangre. Su cuello tenía una larga herida abierta. «Te lo tienes merecido, puta». Su expresión registraba una mezcla de pena, dolor y sorpresa. «De tu careto pálido saldría una máscara mortuoria cojonuda. La colgaría en mi dormitorio para echarle un vistazo cada día al acostarme y al despertar».

—¿Qué habéis hecho con el hermano? —pregunté cuando los cacos enfilaban la puerta blindada del chalé de alto *standing*.

—Eso a ti no te incumbe.

«Muerto, seguro. Si querían liquidarme por haber escuchado sus voces...».

Imaginé a un hombre sobre su cama con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta como un túnel sin salida, los ojos como dos canicas blancas y una sonrisa dibujada en la garganta. No conocía la fisionomía de mi secuestrador. Siempre le imaginé acorde con la de su hermana. Cavilaba en brazos de R si algún día tendría la oportunidad de recordarle fielmente cuando vi una fotografía suya sobre el mueble recibidor. Posaba sonriente al lado de su querida hermana. «Y ahora estáis muertos». No se parecía en nada a la imagen que había creado en mi mente. Asimismo contemplé el exterior de la vivienda por primera vez. En torno a un césped cuidado se alargaba un camino de piedras delimitado por palmeras iluminadas por balizas que conducía a la puerta de la valla. Cerca de la entrada de la parcela observé una piscina abrazada por tarima gris sobre la que descansaban tres tumbonas y una mesa de madera.

«Un jardín acogedor donde disfrutar del buen tiempo con la familia o los amigos. —Sonreí mientras mis salvadores-secuestradores avanzaban por el camino de piedra—. Los dos de ahí adentro ya no van a disfrutar de una puta mierda».

Desde mi cama en el sótano siempre pensé que me retenían en una casa alejada del mundanal ruido; jamás barajé la posibilidad de encontrarme en un chalé de lujo en una urbanización de alto *standing*.

—¿Cómo habéis logrado colaros en el chalé?

—Saltando la valla.

Su escueta respuesta me dio en qué pensar: «Consiguen secuestrar a un preso famoso y luego les liquidan dos ladrones del tres al cuarto. *C'est la vie*».

—¿Dónde estamos?

—Tampoco te incumbe. Amordázalo, G. Estoy harto de sus preguntas.

G extrajo un pañuelo grasiento del bolsillo trasero de su pantalón tejano y me amordazó sin clemencia. Mientras saboreaba un regusto amargo, su amigo susurró «abre la puerta con el mando». Se parapetaron contra el muro y G pulsó el botón. La puerta corredera empezó a

deslizarse sobre sus raíles.

Quien me sujetaba con sus delgados brazos —si bien parecían fuertes— volvió a dar órdenes. Resultaba evidente que estaba al mando.

—Mete el coche despacio y sin encender las luces.

—Vovoy.

Una vez G desapareció de nuestras vistas con el supuesto botín, R me dejó caer bruscamente sobre el césped. Intenté moverme, pero apenas conseguí doblar mis articulaciones un par de centímetros. «Tengo que recuperar la movilidad o esto no va a acabar bien». Empecé a flexionar brazos y piernas con disimulo. Debía recuperarme de las torturas, pero necesitaba tiempo para, simplemente, poder levantarme.

Por la puerta asomó el culo de un todoterreno.

G se apeó sujetando una larga cuerda de nailon.

Me ató las manos a la espalda.

—*Estará hecho una mimierda, pepero no me fifío ni un pelo de este tatarado.*

—Sí, mejor —susurró R antes de recogerme del suelo e introducirme en el maletero como quien carga sacos de estiércol.

Cerdos de Nueva York

El bamboleo del coche resultaba relajante y asimismo sugestivo. Llevaba más de un lustro sin percibir signos de civilización más allá de un sótano o una celda. La generosa altura del maletero me permitía estar más cómodo de lo esperado. Por poco no di una cabezada. Pero sabía que no era el momento de bajar la guardia; la ocasión de escapar podía presentarse sin avisar.

Por las juntas de la puerta entraban delgadas hebras de luz que atrapaban motas de polvo. Intuí que transitábamos bajo luces artificiales, que no habíamos abandonado la ciudad donde me habían retenido durante meses.

Yo seguía a lo mío, ejercitando mis músculos. No notaba grandes avances, pero tras cada flexión apreciaba un ligero incremento en la flexibilidad de mis articulaciones.

«Vamos, Luke. Milímetro a milímetro. Tienes que cargártelos antes de que llamen a la pasma».

El larguirucho y el tartamudo no habían abierto la boca. Se mascaba la tensión.

Encendieron la radio, que oí como un runrún de voces y melodías confusas. Un claxon sonó a lo lejos cuando mi cuerpo se zarandeó bruscamente.

«¿Han subido un bordillo?

Agudicé el oído. Mis secuestradores seguían en silencio.

Apagaron la radio y estacionaron poco después. Escuché una voz, «ya estamos en casa», y enseguida cómo el conductor activaba el freno de mano y de seguido dos portazos casi simultáneos.

La puerta del maletero se abrió, llenándose de luz artificial. Me deslumbré, pero mis ojos se habituaron rápido a la claridad. Nos encontrábamos en un garaje inmundito que apenas tuve tiempo de «disfrutar». Los cacos me sacaron del maletero a tirones y me llevaron en volandas. De pasada, mientras las puntas de mis pies descalzos rozaban el mugriento suelo, pude observar bolsas de basura, estanterías oxidadas rebosantes de trastos inservibles, paraguas ajados, una bicicleta con la cadena salida, productos de limpieza —que mis captores usaban de higos a brevas—, perchas y una jaula para pájaros con sus varillas torcidas.

«He tenido que cruzarme con los dos ladrones más cerdos de Nueva York», cavilé mientras avanzábamos por un pasillo tan desaseado como el garaje».

Entramos en un salón compuesto por una mesa circular roída, un mueble bajo que solo soportaba un teléfono fijo y un cenicero lleno de colillas, un sofá viejo y un mueble antiguo sobre el que estaba un televisor de plasma. No vi estanterías ni la típica mesa de centro, ni cuadros, ni adornos... Parecía un piso franco más que un hogar.

G soltó la bolsa de deporte encima de la mesa.

«Tengo que hacerme con esa bolsa. ¿Cuánto habrán conseguido? “Hoy *he* hemos dado el mejor *gogogolpe* de *nununuestras* vidas”. Ahí dentro deben haber unos cuantos fardos».

Me soltaron sobre el sofá como si fuera prescindible. Me quedé tumbado de lado, con las piernas a medio camino entre el deteriorado parqué y los desgastados asientos. A mi izquierda resplandecía una ventana tras unas cortinas más pasadas de moda que las cintas de Betamax.

«O está amaneciendo o la ventana está justo debajo de una farola. ¿Dónde cojones me habrán

llevado?».

Me miraron desde una perspectiva elevada.

La mordaza empezaba a causarme daño en las comisuras de los labios.

—¿Y *ahohora* qué?

Miré a través de los orificios de sus pasamontañas y en ambos percibí indecisión.

—Le pediremos a alguien que cobre la recompensa por nosotros.

—¿A *quiquién*? ¿Al *Trotrompetilla*? ¿O *mememejor* al Prisas? No, *espepera*, se lo *encacargaremos* a tu *priprimo* John, que es *tatan* tonto que *vevendería* su coche *papara* tener dinero *papara* ponerle *gagasolina*.

—Si no te gusta el plan, coge tu parte del dinero y vete a tomar por culo.

—*Claclaro*. *Quéqué* fácil, ¿eh? Y *cucucando* os *pipillen*, ¿*cucuánto* crees que tardarán en *atatar* cabos y *memeterme* a mí *tatambién* en chirona?

—O te quedas o te vas, pero no me calientes la olla. Hablamos de un millón de dólares. No me obligues a tomar medidas que...

Se miraron fijamente.

—¿Que qué, cabrón?

«Al fin has soltado una frase entera sin tartajear, *hijoputa*».

R intentó meter la mano en un bolsillo de su pantalón, pero G se la agarró antes de que pudiera sacar nada.

«Eso, *liaos* a hostias», pensé como quien mira un película de estreno con un refresco y palomitas.

Forcejearon. El tartamudo parecía más fuerte que el larguirucho. Se separaron medio metro. El alto soltó un directo hacia su compinche, que agachó la cabeza. Los nudillos de uno golpearon la tela que cubría la frente del otro. G respondió con un gancho que mandó a R contra el televisor, rompiendo su pantalla. Durante unos segundos se mantuvieron a una distancia prudencial, observándose en guardia como dos pistoleros del salvaje Oeste. El alto se quitó el pasamontañas de un tirón. «Mierda. Si muestra su rostro a lo mejor ha cambiado de idea», pensé temiendo por mi vida. Ambos jadeaban como un corredor de maratón tras cruzar la línea de meta. Observé las facciones del que acababa de descubrirse: ojeras, boca de labios hundidos, nariz de puente afilado y curvado, ojos grandes y saltones... Un rostro que evidenciaba una vida llena de excesos.

—Es un puto millón de dólares, G. No es nada personal.

Volvió a echarse la mano al bolsillo.

Ambos lo hicieron.

Un cuchillo relució en la mano de G; un revolver en la de R.

El pequeño, aun con el hándicap de su sobrepeso y su corta estatura, fue más rápido que su amigo. Dio dos pasos ágiles y clavó el filo en la yugular de R, que disparó tres veces al pecho de su atacante. Un quejido gutural abandonó la boca de G mientras R se agarraba del cuello. El herido de bala se arrodilló para perder la verticalidad segundos después; el acuchillado aguantó de pie un poco más. Mientras la sangre se le escurría por entre los dedos, se tambaleó por la habitación como una peonza girando dentro de una caja de zapatos.

«Muérete de una puta vez».

Se desplomó tirando de la anticuada cortina. Los ganchos que la sujetaban de pared a pared se soltaron como fichas de dominó.

«A tomar por culo».

»Espero que nadie haya escuchado los disparos. Lo más probable es que estemos en un barrio de mierda —pensé mientras observaba los dos cuerpos inertes—. En fin. Ahora necesito que os recuperéis —les dije a mis extremidades—. Tenemos que desatarnos, salir de aquí y encontrar un escondite.

»Dios. —Sonreí con las ideas claras. Llevaba mucho sin sentirme tan realizado: desde antes de que el imbécil de Liam se dejara atrapar por la policía—. Necesito darme un capricho.

»Dios. Cómo necesito matar».

Paz para los malvados

Respiré hondo. No sin esfuerzo conseguí vencerme sobre el sofá. Como una roca de una ladera, me desprendí del asiento con las manos atadas a la espalda.

Me arrastré sobre el parqué como una sanguijuela. Empezaba a sentirme mejor, menos rígido. Avanzando a medio metro por minuto conseguí llegar hasta el cuchillo ensangrentado que había acabado con la vida de R, que yacía bajo la ventana envuelto por la cortina.

Me coloqué de espaldas al cuchillo. Por fortuna, mis manos no arrastraban una larga inmovilidad. Aferré su mango y lo voltéé para que el filo apuntara hacia la cuerda de nailon. Arriba y abajo, milímetro a milímetro, friccioné el filo contra mis ataduras hasta deshacerme de ellas.

«Ya era hora, joder».

Mis brazos se separaron flácidamente.

Me tumbé bocarriba.

Intenté quitarme la mordaza.

Mis brazos se distanciaron medio palmo del suelo.

—Vamos, joder.

Hice un esfuerzo y se elevaron un poco más, hasta que me abandonaron las fuerzas y cayeron a plomo sobre el parqué.

Resoplé.

—Mierda. Otra vez.

»Vaaaaaaaaaamos...

No conseguí elevarlos más de veinte centímetros del suelo.

Entonces lo noté. Inhalé profundo y me empapé de buenos recuerdos. «Tu hermana, tu mujer, tu hija... Cómo disfruté cargándomelas, Liam». El cuarto empezaba a desprender un embriagador aroma a muerte.

—Tu puedes, Luke —me alenté imbuido por el ambiente—. Otra vez.

Dos horas y siete minutos más tarde

—Ya falta poco. —Apreté los dientes como un estreñido—. Conseguí agarrar la mordaza. Separé la cabeza del suelo y llegué a su nudo. Lo desaté.

«Aleluya».

Mis brazos cayeron sobre el parqué como un púgil noqueado sobre la lona.

«Por suerte, la zorra de Deborah me hacía cambios posturales, como ella los llamaba finamente, tras sedarme como a un animal salvaje. Si no, hubiera tardado días en recuperar la movilidad. Gracias, Deborah. Tu afán por mantenerme con vida ha acabado haciéndome un favor».

Inhalé el olor que desprendían los cadáveres de R y G.

Suspiré.

«Falta poco. —Me estimulé mientras miraba el techo de aquella futura escena del crimen. A través de las oberturas de la persiana entraba una luz blanca e intensa—. Ahora toca levantarse».

Tres horas y catorce minutos después

Las piernas me temblaban como si tuviera el baile de san Vito. Mis pies descalzos se mantenían firmes, pero mis rodillas no tanto. Con las manos apoyadas en el mueble que R y G habían golpeado durante su pelea tirando el televisor, observé la persiana tras la que supuestamente encontraría una calle.

«No puedo pedir ayuda sin tener una ubicación que dar».

Anduve como un nene que da sus primeros pasos, esquivando pedazos de pantalla esparcidos por el suelo. Me apoyé en el marco de la ventana con una mano y con la otra tiré de la cinta de la persiana.

Miré afuera.

La calle hacía esquina.

Estudié la intersección en busca de algún detalle que me ubicara: coches aparcados y coches transitando; algún que otro viandante; viviendas por doquier, árboles, aceras..., y una barra metálica con sus típicas «banderitas» en lo alto. Agudicé la vista para leer «Bayview Av» en uno de los indicadores y «Ampere Av» en el otro.

«Estoy en el Bronx, en Bayview con Ampere».

Miré el teléfono fijo al otro lado de la habitación como un *cowboy* a una res antes de lanzarle el lazo, pero la vista se me fue enseguida a la bolsa que el difunto G había dejado sobre la mesa.

Anduve evitando cristales, deteniéndome al lado del tartamudo.

«No pienso largarme de aquí sin verte el careto».

Me acuclillé dolorosamente y lo despojé del pasamontañas, destapando una cabeza redonda con cuatro pelos en sus laterales, una nariz de punta ancha, unos labios finos, una boca grande y una prominente papada.

«Rondará los cincuenta años».

Lo imaginé más joven.

«Un gilipollas menos».

Continué lento pero seguro, hasta alcanzar la mesa.

Tiré de la cremallera de la bolsa de deporte.

—La madre que me parió. —No pude evitar alzar la voz.

Ante mis ojos fascinados permanecían cinco fajos de billetes y joyas de oro y brillantes.

«Aquí hay al menos doscientos de los grandes y otros cien en joyas. Y luego dicen que Dios no ayuda a los malvados».

Me desplacé unos metros hasta el mueble donde estaba el teléfono fijo: mi vía de escape más segura.

«Por Dios, que tenga línea».

Descolgué y, lentamente, me acerqué el auricular a la oreja: «Piiiiiiii...».

«Menos mal».

Resoplé aliviado.

Marqué uno de los pocos números que me sabía de memoria.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos...

«Vamos, coge el puto teléfono».

—¿Quién e?

—Luke Jones. Necesito tu ayuda.

—No lo *pueo creel*. ¿El puto Luke Jones? Creía que *etaba* criando *malva*, *tarao*. Te vi *po* la tele, ¿*abe*? —Hubo un silencio. Por un momento pensé que la transmisión se había cortado—. No *cuenta* conmigo. No *pueo meteme* en más *marrone*, *tarao*. *Etoy* en *libertá* *condicioná* por un *auntillo* de *droja*.

—Un día me dijiste que por una buena suma hacías lo que te mandaran. Y ahora necesito que vengas a buscarme y me escondas durante un tiempo.

—Me *uda* la *peota* tu *dineo manchao* de *angre*.

—Habló el capellán. Pero como quieras. Veo que has cambiado para mal. ¿Cien mil dólares te «*udan* las *peotas*»? Pues bien: me buscaré a otro pandillero que haga el trabajo.

—Ni *hablá*. —Sonreí—. Dime dónde *etá*. *Po sien* mil de los *grande* mato a mi *dulse* mamá.

La caza

3 años y medio más tarde

Littlewood (Minnesota)

Población: 726 habitantes

A 16 kilómetros de la frontera con Canadá

4 de diciembre

El fuerte viento arrastraba los copos de nieve, que llevaban horas sin caer derechos. Los empujaba y empotraba contra las agitadas ramas de los árboles, contra los techos y las fachadas de las casas a ambos lados de la calle Maine, contra las aceras y el asfalto. Quienes se atrevían a caminar bajo la ventisca recibían nervudas corrientes de aire cargadas de proyectiles helados. Pocos eran los osados. La nieve no entendía de distinciones: golpeaba a todo lo que permanecía a la intemperie, tendiendo sobre Littlewood su manto blanco. La autocaravana que estacionaba ante el bar no era una excepción, ni el hombre que la conducía en cuanto pisara su aparcamiento. La casa andante acumulaba nieve sobre su techo mientras sus neumáticos de invierno dejaban huellas donde giraban y sus limpiaparabrisas apartaban copos de su luna. El mal tiempo, sin embargo, no afectaba al estado de ánimo de su conductor, que tiró del freno de mano con una sonrisa en los labios.

Se despezó sobre el asiento y se apeó de la autocaravana.

Anduvo sin un alma alrededor.

Su cabeza rasurada recibió los primeros impactos blancos, como sus cejas asilvestradas, sus labios agrietados y su barba larga y espesa de hebras grises que se alargaba hasta su chaqueta de cuello alto. Sus botas dejaban rastros que la nieve borraba poco después.

«Ojalá fuera así siempre —pensó mientras avanzaba a contraviento con la cabeza gacha—: ojalá siempre se borrraran mis pasos».

El hombre metió la mano en el bolsillo de sus pantalones con refuerzos en las rodillas para palpar las llaves de su autocaravana revueltas con la navaja que siempre llevaba consigo. Luego palpó su chaqueta para cerciorarse de que su Smith & Wesson seguía a buen recaudo en uno de sus bolsillos interiores. Gestos instintivos de un hombre que no se fiaba de nadie.

Echó la vista arriba, a las letras de aluminio que componían el nombre del bar, pero solo fue capaz de distinguir una «A» y una «R». El viento, cargado de fastidiosas gotas de agua cristalizada, entorpecía la visión del más pintado.

El porche que precedía a la fachada de madera oscura crujió a sus pies. Abrió la puerta en busca de algo que echarse al gaznate y encontró un bar escaso de clientela.

«Mejor».

—Joder —quejumbró en el umbral mientras se sacudía la nieve como un perro las pulgas—. Menuda nevada, ¿eh?

—De las buenas, sí —contestó el dueño detrás de la barra. Un hombre que rondaba los sesenta años, de pelo blanco y largo, recogido en una coleta.

Su rostro enjuto, su barbilla marcada, sus labios finos esbozando una sonrisa, sus cejas pobladas, sus ojos grandes y claros y su nariz de tabique estrecho, presagiaban que el recién llegado se acercaba a un hombre extrovertido.

Mathew observó cómo el desconocido dejaba la chaqueta sobre uno de los taburetes ante la barra y se sentaba encima.

«Un forastero —pensó mientras pasaba una bayeta azul por la zona de la barra tras la que se había sentado el desconocido—. Parece un motero, y estos nunca vienen solos. Echó un instintivo vistazo a la puerta—. Enseguida se dio cuenta de que su tempranera deducción andaba probablemente desencaminada—. Con la que está cayendo, dudo que nadie sea tan temerario como para ir en moto».

Con los codos apoyados en la barra, el recién llegado notó cómo entraba en calor; un fuego crepitaba en una esquina del local, bajo una salida de humos que tenía colgada una espectacular cornamenta de venado. El techo lo componían vigas de madera envueltas por pieles de oso en algunos puntos. Las lámparas eran cuernos acabados en bombillas. Las mesas toneles y los cuadros odas a los bosques foráneos.

«Es acogedor».

—¿Qué le sirvo, caballero?

—Pues...

El camarero se fijó en el tatuaje del cuello de quien estudiaba las botellas sobre tres largas estanterías de cristal. Dentro de un punto de mira, escrito con letras de estilo gótico, rezaba: «Jugando a la caza».

—Póngame un whisky canadiense.

—¿Crown Royal? —sugirió el camarero. El cliente asintió con la cabeza—. Marchando entonces un Crown Royal.

El dueño cogió la elegante y chaparra botella y vertió parte de su contenido tostado en un vaso de caña corta y ancha, de fondo de vidrio sólido.

—Ahí tiene, caballero.

—Gracias.

—Veo que le gusta la caza.

—¿Cómo?

El «interrogado» se llevó el vaso a los labios y sorbió whisky.

—Lo digo por el tatuaje.

—Ah, sí. El juego de la caza: buscar, acechar, y si me lo pide el cuerpo, matar. Cómo no iba a gustarme.

El barman arrugó la frente.

—Una forma interesante de verlo. En fin. Sé que usted no es de por aquí. ¿Canadiense?

—No. Dios me libre. —El barman sonrió—. Nací en Cold Spring, un pueblo cercano a Nueva York. Allí pasé mi infancia. Luego me trasladé a la Gran Manzana.

—¿Y qué le trae tan lejos de casa?

—Estoy conociendo el país. Podría decirse que estoy jubilándome. Perdí a mi mujer y a mi única hija en un accidente de tráfico y... En fin. Cazo, hago senderismo, pesco... Viajo en autocaravana. Aparco donde me apetece y disfruto de la naturaleza.

—Siento lo de su familia.

—Gracias. —El viajero se terminó el whisky de un trago y se levantó presto del taburete—. ¿Cuánto le debo?

—Diez.

El barbudo cliente dejó caer sobre la barra un billete de veinte dólares.

—Quédese con el cambio.

—Vaya. —Los ojos del camarero se abrieron más de lo acostumbrado—. Gracias, hombre.

—A ti por la conversación.

—Tendré el gusto de volver a verle por aquí, *em...*

—LJ. Quién sabe. —Se encogió de hombros—. La vida es demasiado complicada como para hacer planes. En fin. Cae la noche y debo buscar una zona resguardada donde aparcas la autocaravana. Hasta otra, si se terciara.

El dueño asintió.

—Mathew, para servirle.

Las manos de barman y consumidor se estrecharon por encima de la barra.

—Un placer, LJ.

—Lo mismo digo.

LJ recogió su chaqueta de encima del taburete y le dio la espalda a Mathew. Anduvo hacia la puerta, la abrió con pasmosa tranquilidad y prosiguió hacia la salvaje intemperie.

La nevada no había menguado de intensidad. Aceleró el paso hasta llegar a su casa rodante. Abrió con llave la puerta que conducía al salón. El efecto contraste le provocó un escalofrío. No había apagado la calefacción para ausentarse a echar un trago. Miró alrededor y se sintió seguro y realizado. La mesa fijada a la pared estaba plegada; el sofá y la butaca obviamente desocupados; los asientos giratorios de la cabina miraban hacia el exterior; los pasamanos de acero inoxidable distribuidos por el salón seguían reluciendo; la puerta del aseo estaba cerrada; su cama oculta sobre los asientos de la cabina, dispuesta para bajarse a la hora de dormir; la encimera en L permanecía al lado de la pila, el frigorífico y el horno de gas... Todo —al menos en apariencia— estaba donde debía.

Se acercó a la puerta del aseo; le extrañó no escuchar el más mínimo sonido. La abrió pausado.

—Hola, Michelle.

Tumbada entre el váter, la ducha y el lavabo, con los pies y las manos unidas por cuerdas de nailon, amordazada y sujeta mediante esposas a uno de los pasamanos que su captor había colocado por toda la caravana, la joven observó a LJ con ojos aterrorizados.

—Voy a quitarte la mordaza y a pasarte al pasamanos del sofá para que estés más cómoda. Ya sabes: si gritas te rajo de oreja a oreja. —Michelle Thompson asintió con la cabeza—. Buscaré un lugar tranquilo donde pasar la noche. Todos los depósitos están llenos. En fin. Como te has portado bien mientras no estaba, hoy cenaremos pizza mientras vemos una peli, ¿te parece?

La secuestrada volvió a asentir mientras clavaba sus ojos asustados en la mirada tranquila de su secuestrador. LJ —como se hacía llamar— se había encargado de meterle el miedo en el cuerpo. Michelle Thompson sabía a quién tenía delante. Y en mayor o menor medida, todo estadounidense había oído hablar de los crímenes del Asesino del TID.

Segunda parte

Bajo la tormenta

Littlewood (Minnesota)

Owen Stone entró en la oficina del sheriff —su oficina— como si le persiguiera un tornado. Se sacudió la ropa, deshaciéndose de la nieve acumulada en los pliegues de su chaqueta color chocolate en la que destacaban la bandera de los Estados Unidos y el emblema del Departamento del Sheriff del Condado de Koochiching.

—¿Qué? —le preguntó a su única ayudante tras advertir sus inquisidoras miradas.

Natalie Corden alzó las manos en son de paz.

—Nada, nada. Cómo ha dicho que salía por un asunto urgente...

—¿Te parece poco urgente? —El sheriff alzó el bocadillo envuelto en papel de plata que llevaba en su mano derecha—. Tengo hambre.

Owen Stone se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de su silla. Antes de sentarse a su mesa de despacho repleta de documentos desordenados, se metió la camisa por dentro de sus pantalones negros y se echó la corbata al hombro para no manchársela. En su camisa beige despuntaron las solapas de sus bolsillos: sobre el izquierdo sobresalía su placa y sobre el derecho la Franjas y Estrella, y sobre el cuello «mis estrellitas», como él las llamaba bromista. Miró a su compañera, luego al bocadillo como un lobo a un ciervo y lo desenvolvió hasta la mitad, dándole después un generoso bocado.

—¿Quieres la mitad? —le preguntó a su ayudante con la boca llena, salpicando gotas de saliva—. No me importa, en serio.

—No, gracias —declinó ella arrugando la nariz—. Y no hable con la boca llena, joder, que está babeando los informes.

El sheriff sonrió antes de llevarse nuevamente el emparedado a la boca. Era consciente de que su compañera estaba a régimen; un régimen que duraba años.

—¿Puedo hablarle con sinceridad? —preguntó Natalie con gesto serio.

—¿Tú has visto esto?

Repantingado sobre su silla giratoria, Stone señaló alrededor: una oficina sin el habitual despacho privado para el sheriff —le gustaba trabajar codo con codo con sus ayudantes—, dos mesas grises, el gran ventanal que el contribuyente se encontraba al entrar, tres grandes archivadores, una pizarra de corcho repleta de documentos de utilidad, la bandera de Estados Unidos inmóvil en lo alto de un corto mástil, una pequeña cocina empotrada al fondo, donde el primero en llegar preparaba café por la mañana...

—Esto no es el puto Pentágono, Natalie. Aquí siempre puedes, y debes, hablar con sinceridad.

—Solo estaba tomándole el pelo.

—Ah. Gracias, mujer. Aquí estoy para cuando necesites rérte de alguien, ¿eh? Y otra cosa, mariposa: igual después de diez años ya podrías empezar a hablarme de tú, ¿no crees? Al menos, cuando estamos a solas.

—Los rangos están para algo. —Stone hizo un gesto de conformidad—. No, en serio, señor. —Ese «señor» le hizo temer al sheriff que la guasa continuaba—. Está usted a un bocadillo de

reventar su silla.

—Entra en Amazon.

—¿Qué?

—Sabes lo que es Amazon, ¿no? Pues entra. Es una orden, doña Jerarquías.

Natalie obedeció con la frente arrugada; no entendía dónde quería llegar su jefe.

—Ya estoy en la web de Amazon. ¿Qué quiere que haga?

—Pide una silla de despacho nueva, porque en cuanto me acabe el bocata me pido otro.

Stone se lamió una gota de salsa que resbalaba por su dedo índice y le guiñó el ojo a su ayudante, que sonrió mientras negaba con la cabeza como quien está delante de alguien que no tiene remedio. No obstante, le encantaba el ambiente que preponderaba en la oficina: una atmósfera fraguada a fuego lento durante más de una década de servicio a las órdenes del barrigudo que devoraba a pocos metros de su mesa como si el fin del mundo esperara a la vuelta de la esquina.

«Es un auténtico puerco, pero también es el mejor jefe del mundo».

Lo observó durante un instante mientras este se fijaba en el contenido de su bocata. Su pelo castaño y ondulado peinado hacia atrás y sus cejas pobladas con resaltes grises; sus ojos de color café y sus patas de gallo afeándole la mirada; su nariz carnosa, casi siempre sonrosada; sus labios finos mirando hacia abajo sobre un mentón redondeado; su flácida papada...

«Cuando lo conocí era un hombre apuesto, pero desde la muerte de su esposa habrá engordado al menos veinte kilos. Aunque yo tampoco es que esté para tirar cohetes... Cualquier día me atasco en la silla. Hacemos un buen equipo de rechonchos».

Natalie Corden sonrió para sus adentros.

—¿Has terminado el informe del perro? —preguntó el sheriff.

—Ni lo he empezado. Pero me pongo en cuanto acabe de tramitar la denuncia.

—¿Tampoco has tramitado la denuncia?

—Pues no. Pero antes de cerrar la tendré lista. ¿Vamos a hacer algo al respecto?

—No. Tramitarla y ya. No vamos a llamar a nadie por la muerte de un perro que se meaba en puertas ajenas. La culpa es de Mike; debería haberlo atado en corto. A alguno de sus vecinos se le hincharían las pelotas y le dio carne envenenada o vete tú a saber. Él está seguro de que lo mataron, pero no puede ni podemos demostrarlo. Se le pasará el cabreo en un par de días. Lo conozco bien: es de arrancada de caballo y parada de burro.

—De acuerdo.

Sonó el teléfono fijo del sheriff.

—Ya tardaba en sonar —murmuró.

Hizo un gurrño con el papel de plata y lo dejó sobre la mesa, entre las migas caídas, y contestó al teléfono.

—Sheriff Stone, dígame. —Hubo un largo silencio, durante el que asintió con el ceño fruncido—. De acuerdo. Voy para allá.

Colgó.

—¿Qué pasa?

—Patricia Coleman se ha estampado contra una farola.

El sheriff se levantó mientras emitía un quejido gutural, se puso su chaqueta, se palpó el arma enfundada a la altura de su cadera, abrió el primer cajón de su mesa y sacó un gorro con orejeras y unos guantes gruesos.

—Tú sigue con la denuncia y el informe. Supongo que no tardaré en volver.

—Vale. Ah. Salude a *Pati* de mi parte. Conociéndola, estará de los nervios.

—Claro.

Natalie no pudo evitar sonreír de medio lado.

El sheriff abandonó su oficina más abrigado que cuando se marchó al bar de la esquina.

El teléfono del sheriff sonó de nuevo cuando su coche patrulla se alejaba bajo la tormenta. Patricia desvió la llamada al de su mesa.

—Ayudante Coleman, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Patricia. —La voz al otro lado del auricular se percibía angustiada—. Soy Andrea Thompson.

—Ah, hola, Andrea. Te noto inquieta. ¿Qué pasa?

—Michelle aún no ha vuelto a casa y ya sabes lo responsable que es. —«Lo sé», susurró la ayudante del sheriff—. Ha tenido que pasarle algo.

—¿Estaba en la calle con la que está cayendo?

—Ha comido en casa de su amiga Rachel. Cuando se ha ido esta mañana apenas nevaba. Mi marido está en Bemintop por un asunto familiar y se ha llevado el coche y... La cuestión es que hemos hablado por teléfono sobre las cinco y media de la tarde y me ha dicho que salía hacia casa. Los padres de Rachel estaban ocupados y no ha querido molestarles y... En fin. No era la primera vez que caminaba bajo una tormenta. Si cada vez que hay mal tiempo en este pueblo tenemos que encerrarnos en casa, vamos apañados. Los padres de Rachel viven cerca y...

—Ha vuelto a pie, sí.

—Eso.

—¿Y cuánto hace?

—Unos tres cuartos de hora. La llamo al móvil y comunica. Su móvil nunca comunica, Natalie. Jamás. Nunca sale de casa sin comprobar la batería. He supuesto que se habría entretenido con su amiga después de colgarme, pero he llamado a Rachel hace un momento y asegura que ha salido de su casa hace más de media hora. No hay más de cinco minutos a pie, ¿entiendes? Debería haber llegado hace un buen rato.

—Saldré a buscarla en cuanto cuelgue. Lo más probable es que se haya cruzado con alguna amiga y esté de cháchara bajo algún porche. Ya sabes lo despreocupados que son los adolescentes. Se le habrá ido el santo al cielo.

—Eso espero. Gracias, Patricia.

—No se merecen. Solo hago mi trabajo. Pronto la tendrás en casa, ya verás. Nos vemos dentro de un rato.

La ayudante colgó e inmediatamente marcó el número del sheriff, que descolgó tras el segundo tono.

—¿Qué pasa ahora?

Natalie percibió cómo el viento soplaba alrededor de su jefe.

—Salgo a buscar a la hija de Andrea Thompson. Debería haber llegado a casa hace media hora. Su teléfono comunica. Según su madre eso es rarísimo en Michelle. Andrea está muy preocupada, como supondrá. Cree que le ha pasado algo malo. Joder. No recuerdo la última vez que recibimos una denuncia por desaparición.

—Porque nunca la hemos recibido. —El sheriff hablaba en alto y aun así apenas se le escuchaba—. La gente no se pierde en Littlewood. Será una falsa alarma, como siempre cuando hay tormenta. El mal tiempo nos altera a todos, Natalie. Te llamo por radio en cuanto llegue la

grúa.

—De acuerdo.

Owen Stone no le dio demasiada importancia a lo que acababa de escuchar. En cambio, Natalie Corden tuvo un mal presentimiento. Por su mente desfiló una imagen perturbadora: el cuerpo semienterrado de Michelle Thompson. Por suerte, sus malos augurios fueron más crudos que la propia realidad.

Sin rastro

—Amaina de una puta vez —refunfuñó Stone.

Frotó la luna con la manga de su chaqueta para deshacerse del molesto vaho. Las casas se discernían como borrones en torno al todoterreno; los transeúntes, ataviados con chubasqueros —los paraguas no soportaban la furia del viento—, cruzaban los imperceptibles pasos de peatones como nebulosos matojos rodantes.

La noche se les echó encima en un abrir y cerrar de ojos.

Las gotas resplandecían como estrellas fugaces ante las luces del coche patrulla.

»¿Amaina?», se preguntó.

Parecía que sí.

Llamó por radio a su ayudante.

—¿Alguna novedad?

—Nada.

—Supongo que no habrá vuelto a casa mientras nosotros damos vueltas como dos imbéciles, ¿no?

—No, jefe. Michelle sigue en paradero desconocido. He hablado con Andrea hace cinco minutos. Le he ordenado que no se mueva de casa. Si vuelve, lo primero que hará será avisarnos.

—Entonces no descansaremos hasta que te llame con buenas noticias o encontremos a Michelle. —Natalie sentía orgullo cada vez que su superior formulaba frases como aquella. Modales aparte, Stone era un profesional de los pies a la cabeza que anteponía el bienestar de sus conciudadanos al suyo propio—. Tú sigue buscándola por el Norte del pueblo y pregunta en los establecimientos que sigan abiertos. Yo haré lo mismo por el Sur.

—Entendido, jefe. —La voz de la ayudante evidenciaba su agobio—. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Hablamos en una hora. Espero que antes.

El sheriff cortó la transmisión.

«Mierda», pensó con un único consuelo: empezaba a amainar, a verse lo que iluminaban las farolas. La tormenta perdía fuerza mientras una tempestad se formaba en las mentes del sheriff y su ayudante.

«Alguien se la ha llevado en contra de su voluntad —temió—. Si dentro de una hora seguimos igual, habrá que notificar la desaparición a la Oficina del Condado. Es un alivio que International Falls esté a solo media hora de camino. El operativo que se avecina nos queda grande. No es cuestión de iniciativa: nuestra humilde oficina carece de medios».

Una hora más tarde

Stone le hizo señas a su subordinada para que entrara en su coche patrulla, aparcado ante la casa de Andrea Thompson.

Natalie habló sin preámbulos tras acomodar sus posaderas en el asiento del copiloto. Sus

rollizos mofletes se apreciaban más sonrosados que de costumbre, así como la punta de su nariz chata, más incluso que en días más fríos que aquel. Su pelo rubio y ondulado asomaba por debajo de su gorro con orejeras con el emblema del Departamento del Sheriff del Condado de Koochiching.

—Deberíamos alertar a la Oficina del Condado. Nosotros no tenemos los medios para coordinar una búsqueda a gran escala. No se ofenda, jefe, pero esto nos viene grande.

—Seis agentes de la sección de secuestros están de camino con cuatro perros de rastro. —Explicó el sheriff obviando la sincera exposición de su ayudante—. Si Michelle está en el pueblo, tirada en un contenedor o bajo un montón de nieve, la encontrarán. Debemos descartar posibilidades.

Natalie asintió con la cabeza, complacida por la diligencia de su superior. No había tiempo que perder; ambos lo sabían. Las primeras horas tras denunciarse una desaparición resultan cruciales, y aquello empezaba a apestar a rapto.

—Algunos vecinos se han ofrecido a buscarla —prosiguió Natalie—. Como he preguntado en bares y tiendas...

—Me ha pasado lo mismo. Es reconfortante ver que estamos rodeados de buena gente.

—¿Cree que llamarán pidiendo un rescate?

—No lo sé. Pero dentro de lo malo sería una buena noticia. He de serte sincero. Una adolescente volviendo a casa en plena tormenta; la amiga asegurando que salió de su casa hacia la suya; su madre habló con ella antes de que saliera, confirmando sus intenciones de volver a casa; la joven es de buena familia y no se le conocen gamberradas previas... Espero que no tengamos que descartar el dinero como móvil, porque el que le sigue como más probable no es nada halagüeño. —Hubo un silencio, durante el que ambos imaginaron dos fatales desenlaces—. En fin. Hablemos con los padres.

Andrea rompió a llorar en brazos de su marido, que se había topado con la mala noticia al volver a casa. Media hora después llegaron los perros de rastro sujetos por agentes entrenados, dispuestos a subsanar la falta de pistas, a olfatear un rastro que condujera hasta el paradero de Michelle Thompson.

Removimos cielo y tierra durante días.

La nieve nunca faltaba a su cita anual con Littlewood, para lo bueno y para lo malo; fatal para buscar a una joven desaparecida. No nos lo puso fácil, cierto, pero estábamos acostumbrados a aquel blanqueado escenario.

No quedó bosque o cultivo por peinar.

La prensa apareció al tercer día como una niebla negra y espesa, cubriéndolo todo de cámaras, micrófonos y preguntas perniciosas. Llamaron a las puertas de los familiares y amigos de Michelle Thompson, y estos, conscientes de la importancia de la presión mediática, respondieron a las preguntas de los reporteros.

La Policía de Minnesota colaboró en la búsqueda: cuatro buzos buscaron en pozos, acequias, lagos y en el río Little Fork. Pero ni rastro de Michelle Thompson.

Su desaparición marcó un antes y un después en Littlewood. Natalie perdió su acostumbrado desenfado. Andrea Thompson empapeló los pueblos cercanos con carteles donde aparecía el rostro de su hija junto una pregunta desesperada, «¿Has visto a esta chica?», y el teléfono de la Oficina del Sheriff del Condado de Koochiching. Los niños ya no jugaban solos por la calle y volvían a casa al atardecer. Nadie dejaba ya la puerta de casa sin cerrar, pasando llaves y cerrojos

con recelo. De la noche a la mañana, un pueblo tranquilo se convirtió en un circo mediático. Sin darnos cuenta, pasamos a vivir «donde desapareció Michelle Thompson».

Circo

Cuando un circo llega al pueblo, los niños corren a contemplar sus puntiagudas carpas, sus tigres enjaulados y sus elefantes de imponentes cuernos. Pero con el paso de las funciones sus rostros embelesados van perdiendo intensidad, dejándose de acercar paulatinamente en tropel a la explanada donde los acróbatas, los contorsionistas, los equilibristas y los domadores actúan en la pista central. Algo parecido les ocurrió a los periodistas: se marcharon con sus cámaras, sus micrófonos y sus grabadoras auestas cuando Littlewood dejó de cautivarles. No les importaban una mierda sus habitantes ni la joven desaparecida; solo novedades con las que atraer al público. Aliviados por su espantada, Natalie y yo seguimos a lo nuestro: buscando novedades con las que traer a Michelle de vuelta a casa.

Hora de recapitular

47 días después

—Mierda —susurró Stone al verla entrar mientras Natalie observaba a su jefe con cara de circunstancias—. Yo me ocupo.

La ayudante asintió con la cabeza cuando Andrea ya estaba entre sus mesas.

—Hola, Andrea —saludó el sheriff en tono jovial—. Toma asiento, por favor.

Buenos días, Andrea —saludó Natalie también desenfadada.

—Hola. —Andrea les devolvió el saludo con los ojos hinchados y en un tono mucho menos alegre que los suyos.

—No hay novedades. —Stone fue al grano. No hacía ni cuarenta y ocho horas de la última visita de Andrea—. Lo siento. Ya sabes que el grueso de la investigación lo lleva la Oficina del Condado, y te aseguro que están haciendo todo lo posible. Nosotros también con los medios de los que disponemos. Salimos todos los días a buscarla. Hemos entrevistado a quienes la vieron y a los empleados de bares, tiendas, cafeterías... Hemos revisado todas las cámaras de seguridad del pueblo. Ayer mismo volvieron a sobrevolar los alrededores con un avión equipado con un radar capaz de rastrear la presencia humana. No se escatima en medios, pero a veces... —Durante unas décimas de segundo el rostro de la madre se emborronó en las retinas del sheriff. Le entraron ganas de llorar, pero no podía permitirse ciertos lujos; Andrea vería sus lágrimas como una muestra de pérdida de esperanzas—. No sé qué más puedo decirte, Andrea. Solo que no descansaremos hasta encontrarla.

—Usted es mi sheriff. Le voté en todos sus mandatos. Es usted un buen hombre, lo sé. Su mujer, que en paz descanse, también lo era. Por eso le ruego que haga un esfuerzo extra. Pruebe con algo nuevo.

—La tormenta ha eliminado las pistas. Las cámaras de seguridad muestran borrones en vez de rostros, ¿entiendes? —La madre asintió con el gesto más apenado que Stone recordaba—. ¿Sabes, Andrea?

—Dime.

—Tienes razón. Es hora de recapitular, de darle otro enfoque a la investigación.

—Gracias. —Andrea se levantó como si sus piernas llevaran cien años yendo de aquí para allá—. Volveré en unos días.

—Aquí estaremos.

—No soporto esta incertidumbre.

Andrea, con pasos cortos y cansados, anduvo hasta desaparecer más allá de la puerta de la Oficina del Sheriff.

—¿Darle otro enfoque? —preguntó Natalie.

—Lo dijo Einstein, creo, o igual fue algún borracho en el bar de Mathew: «Locura es hacer lo mismo una y otra vez esperando obtener resultados diferentes».

Dos horas más tarde

—Hola, cielo.

—Hola, papá. ¿Qué tal?

—Al pie del cañón. Un poco estresado, pero bien.

—Imagino. ¿Estás en casa o te llamo más tarde?

—No, estaba repantingado en el sofá, dándole vueltas a lo de... En fin. A lo que me trae de cabeza últimamente.

—¿Alguna novedad?

—Prefiero hablar de temas más alegres. ¿Pintaste la habitación de mi futuro nieto o sigues siendo una *procrastinadora* nata?

—Ya es tu nieto, aunque tenga el tamaño de un pomelo. Y sí, la pinté ayer, pero tengo que darle un par de pasadas más. Mañana, si eso. O igual pasado mañana. O al día siguiente. Ya veremos.

Ambos rieron.

—¿Cuándo vais a venir a verme tú, Kevin y mi nieto pomelo?

Amy sonrió.

—Habíamos pensado que este mismo fin de semana.

—Eso es estupendo. ¿Os quedaréis a dormir?

—Si nos dejáis...

—Me lo pensaré. No, en serio, me vendrá bien echarme unas risas con mi hija y mi yerno.

—Yo también tengo ganas de verte. Pero ahora tengo que dejarte. ¡Se me queman las empanadillas!

—¡Vale! —Ambos rieron, en apariencia despreocupados—. En fin. Hablamos en unos días.

—Sí, papá. Te quiero.

—Y yo a ti.

Stone colgó y se quedó mirando la hoja en blanco que había dejado sobre la mesa de centro.

«“Por eso le ruego que haga un esfuerzo extra. Pruebe con algo nuevo”: la voz de Andrea Thompson resonaba en su cabeza como un eco cargante. “Algo nuevo” “Algo nuevo”...».

Cogió el bolígrafo que había dejado al lado de la hoja y anotó tratando de agudizar su ingenio: «*Asesinos en serie.*

-*Fugitivos más buscados por el FBI.*

-*Crímenes reciente en el condado de Koochiching.*

-¿?».

Rumió qué factores podrían aportar conexiones, pero no se le ocurrió nada más.

«Nuestro condado es una perita en dulce para un fugado de la ley que además pretende seguir delinquiendo. Si yo extendiera el mapa de Estados Unidos en busca de un lugar donde esconderme de la Policía, Koochiching estaría entre los que llamarían mi atención. Colmado de bosques donde poder ocultarme; un hermoso entorno en el que dar rienda suelta a mi mente perversa.

»Tal vez ande desencaminado y un zumbado sin antecedentes, en un arrebato de locura alimentado por la protección que otorgaba la tormenta, se la llevó sin más.

»Hemos de ser realistas, y lo más probable es que esté pudriéndose bajo tierra a cientos de kilómetros de aquí.

»Pero mientras haya esperanza trataremos de abrir nuevas vías de investigación. —Pensó en Natalie y en las tareas que le tenía reservadas para la mañana siguiente—. Necesitamos un hilo

del que tirar».

Diez horas después

«Malditos rezagados —pensó mientras aparcaba en su plaza de aparcamiento—. ¿Nunca se cansan de hacer las mismas preguntas?».

—Buenos días —saludó Stone mientras una cámara y un micrófono le importunaban.

—Sheriff Stone, ¿por qué la familia de Michelle Thompson sigue sin respuestas? —«Ahí, metiendo el dedo en la llaga»—. ¿Cómo es posible que no hayan encontrado ni el más mínimo indicio?

Stone se detuvo ante la puerta de su oficina y se dirigió a los reporteros.

—Solo puedo decirles que no descansaremos hasta que Michelle Thompson vuelva con sus padres.

«Viva o muerta», caviló antes de darle a la reportera con la puerta en las narices.

—A mí también han intentado sonsacarme —dijo Natalie nada más ver a su superior—. De todos modos, no tenemos nada que decir, así que...

—De momento, mi fiel ayudante.

Stone señaló a Natalie con el dedo índice y le guiñó el ojo con un gesto de superioridad.

—¿Hoy se ha despertado con ganas de dar palo al agua o qué? —bromeó la ayudante desde su silla giratoria—. He hecho café y he traído bollos caseros, por cierto. —Señaló con el mentón la pequeña cocina encastrada al fondo de la oficina—. Por si quiere empezar a darlo todo con la panza llena.

—Tómalo a guasa si quieres, pero tengo unos trabajitos que darte, de esos que te gustan mogollón. —Tras más de una década compartiendo éxitos y fracasos, el sheriff sabía qué tareas le apasionaban a su subordinada y cuáles le aburrían—. Hazme una lista de los cincuenta prófugos más buscados por el FBI, con sus fotografías y los cargos que se les imputan. Cuando la tengas lista, la cuelgas con chinchetas en la pizarra de corcho. También necesito un informe con los crímenes recientes en el condado de Koochiching. Hazme un resumen de las investigaciones que se llevaron a cabo. Necesitarás pedir informes. A bote pronto, me vienen a la mente... ¿No anotas nada?

—Tengo una mente maravillosa.

—Ya. Me vienen a la memoria la chica que encontraron muerta en las afueras de Big Falls y el ayudante del sheriff al que tirotearon mortalmente al parar un vehículo en la US-71 a la altura de Northome. Investiga también intentos de robo o de secuestro. Si necesitas ayuda, pregunta en la Oficina del Condado por John Madeira, que es una jodida enciclopedia criminal andante. Ah, y gracias por los bollos.

—De nada. Me va a llevar un par de días como poco. Pedir los informes y hacer los resúmenes no es precisamente coser y cantar...

—Sin prisa, pero sin pausa.

Natalie asintió agobiada y asimismo emocionada. «Que empiece la caza», se dijo con determinación. Ni siquiera preguntó «por qué». Conocía de sobra los motivos: buscar conexiones: un nombre, un *modus operandi*, un rostro, una matrícula..., cualquier cosa que pudiera ayudarles a entender lo que sucedió aquella fatídica tarde tormentosa.

El sheriff se echó café en un vaso para llevar y probó uno de los bollos que Natalie había

dejado sobre una bandeja de plástico. Asintió mientras masticaba.

—Estos bollos están de muerte. Me llevo un par para el camino.

—Para eso están.

—En fin. Salgo de patrulla. Volveré a preguntar en bares y tiendas. Puede que a alguien se le haya refrescado la memoria.

—Me pongo de inmediato con la lista y los informes.

—Gracias, Natalie. No sé qué haría sin ti.

—¿Trabajar el doble?

—*Touché*.

Tres horas más tarde

Stone se plantó ante la gran hoja tamaño DIN A1 que había confeccionado su ayudante.

—He resumido los crímenes a mi manera —explicó Natalie a su espalda— y he obviado a los narcotraficantes.

Stone asintió con la cabeza mientras empezaba a estudiar la lista:

Liam Jones. Fugado bajo custodia policial hace tres años y siete meses. Mató a su mujer, a su hija, a su hermana, a uno de sus vecinos y a una niña pequeña, a la que partió por la mitad. Se le diagnosticó un trastorno de identidad disociativo (doble personalidad), de ahí que se le conozca como el Asesino del TID. Su segunda personalidad, que hasta tiene nombre, Luke Jones, es quien supuestamente cometió los asesinatos. O lo que es lo mismo: un psicópata de lo más peculiar. Por cualquier información que conduzca al arresto de Jones, el FBI ofrece hasta una recompensa de hasta un millón de dólares.

«Quién no conoce a Liam Jones. Lo cierto es que tiene muchas papeletas de ser nuestro hombre».

Alexis Flores. Buscado por su presunta participación en el secuestro y asesinato de una niña de cinco años en Filadelfia. Se denunció su desaparición a finales de julio de 2000 y fue encontrada estrangulada en agosto del mismo año. Se ofrece una recompensa de cien mil dólares.

—Este segundo hijoputa... —susurró el sheriff mientras se frotaba el mentón— también promete.

Alejandro Rosales Castillo. El estadounidense nacido en Arizona, fue incluido en la lista de los más buscados tras ser acusado de asesinar a un compañero de trabajo en Charlotte, Carolina del Norte, en 2016. Se presume que podría residir en San Francisco, Aguascalientes o en Pabellón de Arteaga, en el mismo estado. El FBI ofrece una recompensa de hasta cien mil dólares por información que sirva para su captura.

Said Yaser Abdel. Nació en Sinaí, Egipto, en 1957, y se le busca por su presunta participación en los asesinatos de sus dos hijas adolescentes, quienes murieron por múltiples heridas de bala en enero de 2008, en Irving, Texas. Por cualquier información se ofrecen cien mil dólares. El FBI detalla que Said usa siempre gafas de sol oscuras, tanto en interiores como en exteriores.

Bhadreshkumar Chetanbhai Patel. Tiene 26 años de edad y nació en Kantrodi Ta Viramgam, Gujarat, India. Se le busca por el asesinato de su esposa en Maryland en abril de 2015, a quien golpeó varias veces mientras trabajaban en una tienda en Hanover. Se emitió una orden de

arresto local en el Tribunal de Distrito de Maryland en 2015. Se ofrece una recompensa de hasta cien mil dólares.

Jason Derek Brown. En la ficha de Derek resalta que nació en California y que habla francés con fluidez. Es experto en Negocios Internacionales, es golfista, esquiador y motorista. Se le busca por asesinato y robo a mano armada en Phoenix, Arizona. En 2004 disparó y mató al conductor de un vehículo blindado y después huyó con el dinero sustraído. Se ofrecen hasta doscientos mil dólares por información que conduzca a su arresto.

«El que mató a sus hijas adolescentes —pensó Stone— y el que se cargó a su mujer no cuadran con el perfil de un hombre que secuestra a jóvenes al azar. Parecen crímenes pasionales. Y el que atracó el furgón blindado menos aún. Ese solo pretendía llenarse los bolsillos».

Santiago Villalba Medredos. Nacido en Tacoma, Washington. Buscado por su presunta participación en varios crímenes cometidos en su lugar natal durante 2010. En febrero, presuntamente disparó a un coche al azar en donde mató a una mujer de 20 años, y en una pelea golpeó y mató a otro hombre de 21. Se ofrecen cien mil dólares por información que lleve a su captura.

«Este cuadra más. Eso de que «disparó al azar»...

Robert William Fisher. Nació en Brooklyn el 13 de abril de 1961. Se le acusa de matar a su esposa y a dos niños en Scottsdale, Arizona, en abril de 2001. Según los agentes del FBI: «Fisher está en buena forma física y es un ávido amante de la naturaleza, cazador y pescador».

«Este también da el pego».

El sheriff acabó de leer la lista confeccionada por su ayudante: una sucesión de nombres y crímenes que no valía de mucho por sí sola.

Necesitaban coincidencias.

—Ponte con los crímenes. Empieza en un radio de doscientos kilómetros aproximadamente, incluyendo Canadá —ordenó Stone mientras se sentaba a su mesa.

—Estoy en ello, jefe.

—Gracias.

Dos días después

10:24

—Aquí tiene.

Natalie dejó caer tres carpetas sobre la mesa del sheriff.

—Tu capacidad de síntesis deja mucho que desear, ¿no crees? Esperaba una hoja escrita por delante y por detrás.

—Deje de tocarme los ovarios y deme las gracias. —Natalie se enfurruñó bromista mientras el sheriff la observaba sonriente por encima de la carpeta que acababa de coger de su mesa—. Vamos, que es para hoy.

—Gracias de todo corazón.

—De nada. Ahí tiene los resúmenes de las investigaciones que se llevaron a cabo tras el asesinato de Mary Hodge en Big Falls y tras el tiroteo que acabó con la vida del ayudante del sheriff Chris Rollins en la US-71 a la altura de Northome. El tercer informe es un intento de secuestro de hace cuatro meses en el resort Birch Grove del lago Kabetogama. No he encontrado

nada reseñable en Canadá, al menos en los pueblos cercanos a nuestro condado. Si a los tres sucesos le sumamos la desaparición de Michelle Thompson, estaríamos hablando de los cinco años más funestos de la historia de Koochiching.

—Algo se cuece en nuestro condado, Natalie —susurró el sheriff con aire misterioso.

—Eso me temo.

6 horas y cuarto más tarde

Ven. —El sheriff le hizo señas a su ayudante para que se acercara a su mesa—. Creo que he dado con algo.

Sin despegar el trasero de la silla, Natalie se deslizó hasta colocarse al lado de su jefe.

—Deléiteme.

Stone señaló el mapa que había desplegado sobre su mesa.

—Las investigaciones se llevaron a cabo más o menos correctamente. Yo hubiera hecho algo más en el caso del ayudante del sheriff, pero... Ya sabes. No se puede hablar sin haber estado en el meollo. En fin. El tema es el siguiente. La cámara del coche patrulla grabó al vehículo que conducía el asesino, una autocaravana con matrícula «AYP 197».

—Le he hecho el resumen, ¿recuerda? Lo sé perfectamente.

—¿Me dejas explicarme o no?

—Siga, siga.

—Gracias. Se investigó la matrícula y era falsa. Pero tú y yo sabemos que con pintura blanca y negra un «9» puede convertirse en un «8» y una «P» en una «B». La cuestión es que la autocaravana se esfumó del mapa. Se cree que el criminal cambió su aspecto. Supongo que se escondió un tiempo hasta que consideró que se habían calmado las aguas. La cuestión es, y aquí viene lo bueno —dijo el sheriff mientras le quitaba con la boca la tapa a un rotulador indeleble y empezaba a delinear sobre la US-71—, que si trazamos una línea desde el primer crimen, el de Mary Hodge en Big Fall, hasta donde perdió la vida el ayudante de Sheriff, y seguimos hasta nuestro pueblo para continuar hasta el resort Birch Grove del lago Kabetogama donde intentaron secuestrar a la niña... —La línea describía una media luna—. Todos los lugares están conectados por la US-71. No puede accederse por ninguna otra carretera, ¿entiendes?

—Sí. Pero eso ya se investigó en su momento.

—¡Exacto! ¡En el pasado! —El sheriff parecía haber encontrado oro—. Piénsalo. Si fueras un lunático y tus crímenes no tuvieran castigo, ¿no seguirías campando a tus anchas por donde no tienen cojones de atraparte?

—¿Cree que el asesino sigue rondando la US-71 en busca de nuevas víctimas?

—Sí. Lo creo. ¿Y sabes qué?

—Sorpréndame.

—No se comprueban las cámaras de seguridad de las estaciones de servicio desde la muerte del ayudante del sheriff, un mes después del hallazgo del cuerpo sin vida de Mary Hodge, y de eso hace más de dos años. Si el asesino sigue por la zona habrá tenido que repostar, sobre todo, si conduce una casa móvil como creemos. Ese cabrón se pasea por nuestro condado creyéndose invencible. Y cuando uno se siente invencible comete errores. Tal vez me esté precipitando, pero a falta de una vía de investigación mejor...

Los ojos de Natalie evidenciaron el respeto que sentía por su jefe.

—Le confeccionaré una lista con las áreas de servicio, con o sin gasolinera, con acceso desde la US-71.

—Nos vamos a hartar de revisar horas de grabación.

—Lo bueno es que buscamos algo muy concreto.

El sheriff se frotó el mentón.

—Pediré ayuda a la Oficina del Condado. Que nos envíen a un par de agentes con ganas de dar el callo.

A la mañana siguiente

Stone les dio un disco duro de gran capacidad a cada pareja de agentes.

—Para aligerar el proceso, que os metan las grabaciones en los dispositivos de almacenamiento. Y ya sabéis, solo las del último mes. —Las dos parejas de agentes enviados desde la Oficina de Sheriff del Condado escuchaban entre la mesa de Stone y la de su ayudante—. No queremos averiguar si quien se la llevó estuvo aquí. Eso ya lo sabemos. Queremos saber si sigue en Koochiching. Las grabaciones anteriores al asesinato del ayudante Chris Rollins se revisaron sin éxito en su momento, así que hablamos de un hijo de puta escurridizo. Buscamos una autocaravana blanca con florituras rojas de la marca Bürstner, presumiblemente del modelo Lyseo TD. Es probable que haya cambiado de aspecto. Su matrícula era «AYP 197». Se comprobó tras revisar la grabación del coche patrulla y pertenecía a un monovolumen. Era falsa, vamos. El monovolumen ni siquiera pertenecía a un ciudadano del estado de Minnesota. Suponemos que habrá vuelto a retocarla. Agudicen sus ingenios, agentes. Eso es todo. ¡A trabajar!

Los cuatro patrulleros se pusieron firmes al grito de ¡a la orden, señor!

« Se nota que son novatos. —Stone no pudo evitar sonreír ante sus ganas de complacerle—. Dentro de diez años serán cuatro expertos del escaqueo».

Se dirigió a su ayudante cuando los refuerzos ya conducían rumbo a sus gasolineras designadas.

—Tú quédate en Littlewood. Pásate por la gasolinera de Mel y vuelve a la oficina, ¿de acuerdo? Yo me encargaré de las de Cass Lake y Bemintop, las más esquinadas al Sur del condado. Tengo dos horas de trayecto hasta Cass Lake y solo en Bemintop hay seis estaciones de servicio. Y mi hija viene esta tarde a pasar el fin de semana...

—Puedo ir yo, si quiere.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero necesito airearme un poco. Estaré aquí a la hora de cerrar.

—Como quiera.

El primero en la frente

Aparqué al norte de la ciudad. Decidí investigar las gasolineras de Norte a Sur. Todas estaban cortadas por el mismo patrón. Daba igual que fueras a una de Littlewood, a una de Los Ángeles o a una de Las Vegas. Lo único que cambiaba era el entorno. En Los Ángeles estaban junto a calles anchas y soleadas, en Las Vegas cerca de carteles luminosos y en Littlewood entre descampados y edificios de baja altura. Pero siempre era lo mismo: surtidores delante de una tienda más o menos grande.

Las heladas nocturnas, especialmente en zonas sombrías —como bajo la cubierta metálica por donde caminaba—, creaban resbaladizos charcos. Pisar uno podía amargarte la mañana. Ese mismo año ya había sufrido un esguince por culpa de una de esas pequeñas pistas de patinaje.

Eché un vistazo a la fachada: dos cámaras de seguridad enfocaban hacia dos hileras de surtidores.

«Esta gasolinera está a poco más de cien kilómetros de Big Fall, donde residía Mary Hodge. Si su asesino llegó desde el Sur, tuvo que pasar por fuerza por aquí. Si en cambio, llegó desde Canadá, tuvo que superar las áreas de servicio que están a cargo de los agentes enviados desde la Oficina del Condado. Si su asesino sigue en Koochiching, más que probable causante de la desaparición de Michelle, debería aparecer en alguna de las grabaciones de las gasolineras. A no ser que su autocaravana funcione con aire o transportara bidones de gasolina. Esperemos que no».

Entré en la tienda.

«Otra cámara detrás del mostrador», reparé nada más pisar el austero interior lleno de estanterías metálicas.

El dependiente estaba cobrándole a un señor alto y delgado. Me acerqué al mostrador de madera vieja cuando el avisador de la puerta, unos tubos metálicos de lo más rudimentarios, dejaron de entrechocarse a la espalda del último cliente.

—Buenos días, sheriff. ¿En qué puedo ayudarle?

Mi simple presencia ponía nervioso a más de uno. Sin embargo, aquel joven no parecía amedrentado.

—Buenos días. Estoy aquí por un asunto policial. Me gustaría hablar con el encargado. ¿Eres tú?

—Sí. Pero el dueño está en la trastienda. ¿Quiere que le avise?

—Por favor.

—Un momento.

Asentí con la cabeza.

El joven, que no superaba los veinticinco años, de pelo rizado y moreno, ojos marrones y piel clara, abandonó su puesto para ir en busca de su jefe.

—Buenos días, sheriff. —No tardé en tener delante a un hombre corpulento de pelo castaño y ojos penetrantes, que al menos medía un metro noventa. Su cuello hacía dos del mío; y mi cuello no era precisamente delgado. Vestía una sudadera negra con capucha y unos tejanos del mismo color, y masticaba un chicle como si se le hubiera pegado entre los dientes—. ¿Prefiere que

hablemos en mi despacho?

—Claro. Usted primero.

El mastodonte, que noté algo más nervioso que su asalariado, me guio hasta lo que él llamaba «despacho», un cuartucho que más bien parecía un retrete reconvertido en oficina. No había fotos, ni cuadros, ni adornos, ni ventanas; solo paredes desnudas, una mesa con dos sillas y el ordenador de sobremesa donde supuestamente almacenaban las grabaciones que amablemente estaba a punto de solicitarle.

Se sentó y me ofreció asiento al otro lado del ajado tablero gris.

—¿En qué puedo ayudarle, sheriff Stone.

La pequeña lámina dorada enganchada a mi uniforme le valió al dueño de la gasolinera para conocer mi nombre.

—¿Y usted es...?

—Rust Sink, para servirle.

—Un placer, Rust. Necesito las grabaciones de las cámaras de seguridad que enfocan a los surtidores y de la que tiene detrás del mostrador. De los últimos treinta días, por favor.

—¿Y puedo saber por qué?

—No.

«El primero en la frente. Tengo un imán para los gilipollas».

—¿No necesita una orden judicial o algo así?

—Depende.

—¿De qué?

—De si quiere usted comprobar quién la tiene más grande.

Rust sonrió de medio lado.

—Solo exijo mis derechos. Vuelva con una orden y volveremos a hablar.

«Y una puta mierda».

—No permitirme acceder a las grabaciones es una mala idea, Rust. Las veré de todos modos. Y si estás pensando en perder el culo en cuanto me vaya para borrar algún trozo que no te interesa que vea, se te condenará por obstruir una investigación policial. De dos a cinco años en la trena. Si me obligas a pedir una orden, a perder mi valioso tiempo cuando lo que pretendo es cazar a un criminal peligroso por el bien de todos, incluido el tuyo, me veré obligado a tocarte las pelotas como tú me las estás tocando ahora mismo. Llamaré a sanidad para que le echen un vistazo a los servicios; la peste a meados llega hasta aquí, joder. También le daré un toque a un funcionario amigo mío que trabaja en el Departamento del Tesoro, concretamente en el Servicio de Rentas Internas, para que investigue tus trapicheos fiscales. Tú y yo sabemos que tus libros de cuentas tienen más tachones que el examen de un retrasado mental. —Subí al máximo mi tono sarcástico—. Pero tú no te preocupes, Rust, sigue dándolo todo con tus gestos de chulo de tres al cuarto, masticando ese chicle como si fueras una puta vaca loca. Seguro que todo estará en regla y tendré que pedirte disculpas por haber dudado de tu honestidad.

El dueño de la pequeña estación de servicio tragó saliva.

—¿Del último mes, ha dicho? —preguntó mientras encendía el ordenador.

—Exacto.

—¿Y dónde se las envió?

Saqué mi disco duro del bolsillo interior de mi chaqueta y lo solté calmado sobre la mesa.

—Guárdalas ahí. En carpetas y por días, por favor.

El ayudante y la chica de Big Fall

Big Fall (Minnesota)

Dos años y siete meses antes

Recorrí el corto pasillo del salón pisando el plástico que había dispuesto para mi futura víctima, comprobando las cuerdas, la mordaza, las esposas y los pasamanos. Vivía intensamente los momentos previos. Para mí, tan cautivadores o más que el asesinato en sí mismo. Adelantaba acontecimientos mentalmente: la sangre, las súplicas, las miradas, el último aliento... Imaginaba lo que estaba por venir y me emocionaba como un padre en la graduación de un hijo.

La autocaravana estaba lista para acoger a mi futura víctima.

Me sentía como un reloj de arena midiendo la vida de otros. A alguien se le estaba acabando el tiempo en ese preciso instante. Mientras pisaba el plástico alguien hacía planes que no cumpliría. La suerte estaba echada: el primero o la primera que pasara por la apartada acera que se reflejaba en el retrovisor derecho de mi casa rodante y cumpliera con los requisitos —andar a solas y sin nadie alrededor—, caería en mi red.

El período de enfriamiento entre asesinatos —típico de los asesinos en serie— se había extendido demasiado en mi caso. Mi última víctima fue la hermana del hombre que se abismaba en mi mente. Me relamía solo de pensar cómo le hundí el cuchillo hasta la empuñadura.

Todos creían que los crímenes del Asesino del TID se habían congelado, pero Luke Jones estaba a punto de caldear el ambiente en Big Fall. Pronto una familia se hundiría en la más absoluta miseria. Sembraría el terror en un pueblo entero, y eso me provocaba una oleada de excitación.

Dejé entreabierta la puerta del salón de la autocaravana y me senté en el asiento del copiloto. Abrí la guantera y saqué mi puño americano.

«Con mis propias manos. Necesito sentirlo profundamente».

Me lo ajusté en los nudillos de mi mano izquierda.

«Ahora solo resta esperar».

Las afueras de Big Fall estaban poco transitadas. Lo buscado. Pegado a la acera inmediata a un muro de ladrillos que rodeaba un almacén deshabitado, aguardé a que apareciera la víctima perfecta.

«Siempre acaba llegando —pensé mientras miraba ilusionado por el espejo retrovisor—. Siempre hay un descarriado ignorante de su agónico destino».

Aguardé una hora, durante la que imaginé el festín de sangre que acabaría dándome tarde o temprano. Los primeros en librarse de mis impulsos fueron una pareja que paseaba de la mano, luego un grupo de niños que pasaron como una exhalación y poco más tarde una anciana que caminaba con pasos cortos y lentos: no me apetecía lacerar pieles flácidas. Tras perder de vista a la vieja, dobló la esquina una adolescente morena que vestía mallas y camiseta blancas. Trasteaba su móvil, ausente del mundo, sin prestarle siquiera atención a sus propios pasos.

«Ahí estás».

Se me endureció el pene de imaginarme cortando la tersa piel de su garganta, empapando de sangre sus mallas y su camiseta lechosas.

Me levanté del asiento y me coloqué detrás de la puerta del salón. La empujé levemente para controlar que nadie la siguiera de cerca; por la luna delantera podía cerciorarme de que nadie se nos acercaba de frente.

Ni un alma alrededor de víctima y asesino.

Cinco míseros segundos de «intimidad» y sería mía.

La dejé pasar de largo.

Abrí la puerta.

Pisé la acera.

Hizo ademán de girarse, pero no le di tiempo.

Golpeé su nuca con mis nudillos reforzados.

Cayó sin sentido, golpeándose violentamente la cara.

«No la palmes, zorra».

La cogí por los tobillos y la metí a rastras en la autocaravana, dejándola sobre el plástico. En la acera quedó su móvil junto a un rastro de sangre.

Cerré la puerta y corrí todas las cortinas.

La observé bocarriba con la nariz y la boca ensangrentadas. Su pelo negro y largo se ondulaba sobre el plástico como un territorio erizado al caer la noche.

La maniaté, la amordacé y la sujeté por los tobillos con cuerdas de nailon, para de seguido esposarla al pasamanos del cuarto de baño.

«Ensangrentada e inconsciente en mi autocaravana. He anhelado tanto este momento que parece mentira».

Giré la llave en el contacto, puse primera y pisé el acelerador sintiendo un subidón de adrenalina como no recordaba.

«De despertar antes de llegar al lugar que le tengo reservado no podrá moverse —pensé, tratando de apaciguar mis escasos temores de ser descubierto—. Tal vez emita algún «mmm...» desesperado o golpee la carrocería con los pies y con las manos. No importa. El sonido del motor y el mismo viento aplacarán sus intentos de llamar la atención. Además, un golpe proveniente del interior de una autocaravana no tiene por qué alertar a nadie».

Giré a la derecha por el camino de tierra preseleccionado.

Me alejé de la US-71.

Pinos a ambos lados de la pista.

Ni un alma alrededor.

Llegué al punto marcado: un amplio apartadero.

Aparqué lo más alejado que pude del camino que dividía en dos el frondoso bosque que se abría en torno a mi casa rodante.

Mi presa, a tenor de su silencio, seguía desmayada.

«Ya no hay prisa».

Sobre el asiento del conductor pensé en lo mucho que había superado. Inspiré profundo y disfruté de un sutil aroma a pino.

«Es una pena que no pueda partirla en dos como a aquella niña hace unos años. No debo repetir pautas de comportamiento. He de pasar desapercibido, al menos hasta que me largue de este idílico condado. Si es que me largo algún día. Viajo en autocaravana, me he rapado la

cabeza, dejado barba y tatuado los brazos, el pecho y el cuello.

»Le debo mucho al cabronazo de Junior. Me escondió durante más de medio año y luego me consiguió este magnífico transporte. No obstante, no me ayudó porque nos cayéramos bien. A punto estuvimos de llegar a las manos un par de veces. —Sonreí melancólico—. En fin. Digamos que fue un intercambio de intereses: tú me ayudas a sobrevivir y yo le añado un par de ceros a tu lamentable cuenta bancaria».

Encendí las luces del salón y abrí la puerta del cuarto de baño. La encontré como supuse, inconsciente; una preciosidad con la nariz y la boca ensangrentadas dispuesta a hacer realidad mis sueños.

La liberé de las ataduras y la mordaza. No quería tenerla sujeta; necesitaba que luchase por su vida, despertar su instinto de supervivencia.

La tumbé sobre el plástico.

«Por si me veo obligado a hacerla sangrar».

Golpeé suavemente sus mofletes.

No respondió a mis intentos de reanimación.

«Pues sí que le he dado fuerte».

Sonreí orgulloso.

Abrí la nevera, cogí una botella de agua que llevaba horas enfriándose y se la eché por la cara.

Abrió los ojos de sopetón y se incorporó excitada, acoplándose a mis manos como una rueda a su eje.

Oprimí su tráquea con fuerza.

Sus ojos mostraron desconcierto. En lo que dura un chasquido, frotar las yemas de los dedos corazón y pulgar, aquella joven había pasado de andar por una acera alejada del mundanal ruido a estar en el salón de una autocaravana con el cuello entre las manos del Asesino del TID.

Se resistió —lo confiado—, aumentando así mi excitación. Arañó mis brazos como una gata agredida, arrancándose la piel a tiras, consiguiendo endurecer mi miembro.

El aire apenas llegaba a sus pulmones.

Sus manos dejaron de arañar para caer flácidas sobre el plástico.

Sus ojos inexpresivos derramaban lágrimas.

Sentir su vida escurriéndoseme por entre los dedos me hizo sentir sumamente poderoso.

—No tan rápido, guapa —susurré al percibir que se me iba—. Quiero más.

Dejó de apretar y ella tomó una angustiosa bocanada de aire.

Observó mi rostro.

Me atrevería a decir que por un momento creyó que sobreviviría.

Pobre ilusa.

Un nuevo apretón robó sus esperanzas.

Oprimí y solté su tráquea durante largos minutos, alargando su sufrimiento al tiempo que estiraba mi disfrute.

Hasta que su cuerpo dijo basta.

Me levanté y estiré, sintiéndome rejuvenecido.

«Vuelvo a ser libre».

Abrí la puerta del salón. Me asomé. Nadie a la vista. El aroma a pino resultaba tan reconfortante...

«No existe un mejor condado donde volver a asesinar».

La agarré por los sobacos y la lancé al apartadero. Su cuerpo levantó polvo: un recuerdo que

intentaría mantener fresco el mayor tiempo posible.

No sabía su nombre. Ni siquiera me digné a buscar en sus bolsillos. Con el tiempo me arrepentí. Hubiera preferido recordarla por su nombre y no como 'la chica de Big Fall'.

Descorrí las cortinas y me alejé del lugar con la adrenalina por las nubes.

—¡Wow!

Había cometido mi primer asesinato tras mucho tiempo de espera. Y aunque hubiera preferido partirla la cabeza en dos con el hacha que guardaba en el compartimento de las herramientas, me sentía realizado e intensamente vivo. Qué más podía pedir. Había escapado del centro psiquiátrico penitenciario y del sótano donde me retenían dos hermanos locos, a lo que había que sumarle que Liam se había perdido en mi mente y jamás encontraría el camino de vuelta.

«Menudo idiota —pensé mientras me alejaba del cadáver polvoriento de 'la chica de Big Fall'—. No debió lanzarme al dolor sin sopesar antes las consecuencias. Se escondió tras su *alter ego* como un cervatillo asustado y lo pagó con creces.

»Ahora, como buen asesino en serie, cumpliré con el programado periodo de enfriamiento. He de andarme con cuidado o volveré al Centro Psiquiátrico Penitenciario. Por suerte, en Minnesota se abolió la pena de muerte hace más de cien años. Otra ventaja de este magnífico condado».

30 días después

Meditando los «cuándo», los «cómo» y los «dónde» de mi próximo crimen, oí el inconfundible sonido de sirenas de coche patrulla. El corazón me dio un vuelco; pocos ruidos conseguían sobresaltarme como aquel. Miré por el espejo retrovisor y descubrí los ojos de un sheriff —o de su ayudante— apuntándome bajo unas gafas tipo aviador desde el otro lado de la luna de un coche patrulla. El desgraciado me ordenaba que me detuviera encendiendo y apagando las luces largas.

«Mierda».

Eché un instintivo vistazo sobre mi brazo izquierdo mientras estacionaba en el arcén: el revólver adherido a la puerta con celo seguía bien oculto.

«Espero no tener que usarte».

Puse el freno de mano cuando la sirena dejaba de sonar.

El agente se apeó y anduvo observador hacia mi ventanilla. Un hombre delgado y alto, de rostro enjuto y andares desgarbados. Se había puesto un sombrero de fieltro marrón para aplacar los rayos solares, que sumado a sus gafas dejaban atisbar poco de sus facciones.

Golpeó la ventanilla con los nudillos.

—Disculpe —dije mientras la bajaba—. La tengo tan limpia que se me olvida que está subida.

—Buenos días. Carné y documentación, por favor.

—Buenas, agente. Por supuesto.

El agente se inclinó para echarle un vistazo al salón mientras yo me quitaba el cinturón y hacía lo mismo para sacar de la guantera lo que me pedía.

«Que no baje la vista, por Dios».

—¿Viaja solo?

Percibí cómo me estudiaba a través de las lentes de sus gafas de sol. Observó el tatuaje de mi cuello y frunció el ceño. Luego examinó mis ojos, mi barba, mi cabeza rasurada...

—Sí, viajo solo. —Le di mi carné falso y la documentación a nombre de un primo de Junior—. La caravana no es mía. —Señalé los papeles del vehículo con el dedo índice—. Un amigo me la ha dejado para hacer un viaje *quitaestrés*. La ciudad castiga, ya sabe.

—¿Y esas heridas?

—¿Disculpe?

—Las de su antebrazo.

—Ah. —Recordé fugazmente a ‘la chica de Big Fall’—. El gato de un amigo. Me puse a jugar con él, se asustó por un ruido y... Ya sabe lo asustadizos que son esos bichejos...

Sonreí tratando de parecer despreocupado.

Asintió serio.

—Voy a hacer unas comprobaciones.

—Claro.

—No se mueva de aquí.

«Maldita sea. Acabará descubriéndome».

El sheriff desanduvo los escasos metros que separaban nuestros vehículos y se metió en el coche patrulla.

«Se dará cuenta de que la matrícula es falsa».

Empecé a sentirme agobiado.

Le eché un nuevo vistazo a mi revólver un segundo después de que el sheriff se apeara del coche patrulla acariciando la funda de su reglamentaria.

«Intuye que yo maté a ‘la chica de Big Fall’».

—Salga del vehículo —ordenó sobre el arcén—. Con las manos en alto.

Se dispuso a desenfundar su arma, pero yo fui más rápido. Arranqué el revólver de la puerta como si fuera cera sobre un bigote velludo, lo alcé con la mano izquierda y disparé al pecho del ayudante del sheriff, que perdió el sombrero y se tambaleó hasta caer de espaldas sobre el asfalto.

Miré a través de la luna: nadie se acercaba ni a pie ni en coche. Tampoco advertí peligro por los espejos retrovisores.

Me apeé de la autocaravana.

El ayudante se arrastraba sobre el asfalto como una serpiente moribunda. Una mancha roja se expandía por su uniforme como aceite sobre agua. Como un niño bien educado antes de cruzar la calle, miré a izquierda y a derecha: absoluta calma.

«Este condado es una puta maravilla».

Apunté a la cabeza del ayudante, que alzó las manos. «No, por favor». Sus suplicas solo consiguieron acrecentar mi placer.

Apreté el gatillo.

«Pum».

La bala agujereó la palma de una de sus manos para acabar incrustada en su cráneo. Decoré el asfalto con gotas e hilos rojos. Varios pájaros salieron en desbandada a mi espalda.

Inspiré profundo, inundándome de aquella sangrienta atmósfera.

«Un poli menos del que preocuparme. Esto es lo que pasa cuando te cruzas con el Asesino del TID».

Escupí sobre su cadáver y entré satisfecho en la autocaravana mientras las heridas del ayudante seguían derramando sangre sobre la carretera.

Me alejé tranquilo.

En principio nadie había presenciado la ejecución. Tuve suerte; suerte de haberle podido dar el tiro de gracia. Otro maravilloso momento que añadir a mi álbum de recuerdos criminales.

Conduje durante más de cien kilómetros rumbo al lugar idóneo. Había recorrido la zona muchas veces, estudiado apartaderos, gasolineras donde repostar con garantías, campings, zonas de acampada... Necesitaba un rincón apartado y sabía dónde encontrarlo. Tomé una carretera secundaria y, quilómetros después, un camino de tierra por donde a duras penas podían cruzarse dos coches.

Estacioné en el lugar previsto, en una zona de acampada libre cercana a un lago donde casi nunca —que yo supiera— acampaba nadie.

Cogí mis cañas de pescar y las apoyé al lado de la puerta; si alguien descubría la autocaravana creería que su dueño estaba a punto de salir de pesca. Los guardas forestales no se acercaban a aquella zona, y si lo hacían, repararían en el simple transporte de un amante de la naturaleza.

Corrí las cortinas, abrí la nevera y saqué una bandeja de macarrones precocinados. Los calenté en el microondas. Me senté en el sofá y encendí el televisor en busca de la noticia del asesinato del ayudante del sheriff. Ningún canal informó del crimen.

«Aún es pronto».

Me encantaba aquella sensación de paz, de vida recogida. Tenía todo lo que necesitaba al alcance de mi mano: una nevera rebosante de comida, una cocina, un cuarto de baño, una cama, un televisor, calefacción... Pasaba el tiempo en «mi burbuja», en la comodidad de un hogar mientras alrededor se extendía un bosque oscuro y amenazante.

Por las noches salía a orinar fuera para empaparme del aroma del bosque, de los sonidos de los insectos en mitad del silencio, del cielo estrellado. Fue precisamente mientras meaba sobre el tronco de un pino a la una de la madrugada, cuando caí en la cuenta, cortándoseme el chorro de golpe. El pensamiento apareció como un aullido a un metro de mi espalda: «Los coches patrulla suelen llevar cámaras».

Por suerte, tenía soluciones para casi todas las adversidades que pudieran surgirle al fugitivo más buscado por el FBI.

Ni siquiera esperé a que amaneciera. Amparado por la luz de una luna llena —hasta en eso tuve suerte— y de una potente linterna, usé pintura blanca y negra para retocar de nuevo la matrícula. Restaban cinco horas hasta el amanecer, así que decidí cambiar también la apariencia de la autocaravana. Lijé sobre los adornos azules de su superficie y a continuación usé disolvente para limpiar las impurezas y la suciedad que pudiera haberse adherido. Debía hacerlo bien, que pareciera pintado de fábrica. Apliqué la imprimación y volví a lijar superficialmente. Realicé las mezclas —todo un arte—: pintura, diluyente, catalizador en monocapa, diluyente en bicapa... Conecté la pistola en una de las tomas de corriente de mi casa rodante y di dos manos de pintura ayudado por plantillas, esperando media hora entre capa y capa. Terminé el trabajo barnizando. Debía esperar unas buenas horas hasta que el barniz se secara. Por suerte, estaba en un ambiente libre de partículas, apartado de caminos terrosos. Tampoco se apreciaban mosquitos u otros insectos voladores que pudieran pegarse al barniz.

«Un par de mosquitos tampoco iban a notarse».

Anduve alrededor de mi flamante transporte, fijándome en los detalles de su nuevo look.

«Hombre precavido vale por dos».

Respiré hondo antes de entrar y echarme a dormir.

Todo estaba donde debía.

Nadie se presentó de improviso.

Sin embargo, aún no estaba tranquilo del todo.

«Estoy jugando con fuego. Me quedaré aquí un par de días. El depósito está lleno y tengo un par de bidones de repuesto. Las baterías auxiliares están cargadas y esta maravilla tiene un generador de gasoil. No tengo por qué preocuparme. Me trasladaré de un lugar apartado a otro, disfrutando de la naturaleza, viendo películas, haciendo ejercicio, leyendo...

»Mañana saldré de pesca —pensé positivamente—. Si todo marcha como debe, en unos meses podré volver a matar».

Risas y espanto

Entré en la oficina a las nueve de la noche con las grabaciones de tres gasolineras en mi haber. En lo primero que me fijé fue en la mesa de Natalie, sobre la que descubrí los discos duros que les había entregado a los refuerzos enviados desde la Oficina del Sheriff del Condado.

—Hola, jefe.

—Hola. ¿Qué tal ha ido el día?

—A Josh Wallis le han roto una ventana con una pelota de beisbol.

—Críos del demonio —refunfuñé—. ¿Ha habido detenciones?

Natalie me contestó con una mirada tan cargada de guasa como mi pregunta.

—Edgar Johnson ha vuelto a quejarse de «la música infernal que sale de la casa de Jack y Emily Freeman».

—¿Has ido a amonestar a los Freeman?

—Sí. Y Johnson tenía todo el derecho de quejarse. Les he llamado la atención y han abroncado al chaval, pero...

—¿Pero qué?

—Disculpe la expresión, jefe, pero ese chaval se pasa las broncas por el forro de los *cojoncillos*.

—¿*Cojoncillos*? —Solté una estridente carcajada—. Nadie me hace reír como tú, en serio. —Mi ayudante puso cara de «es bueno saberlo»—. La próxima vez te llevas el medidor de decibelios y si superan los límites les amenazas con una multa. Si el niño de los *cojoncillos* reincide, les sancionas y punto. Se acabaron las concesiones en esta oficina.

—Veo que ha tenido un día de lo más agradable...

—Toma. —Obvié su irónico comentario y coloqué mi disco duro al lado de los otros dos—. Ahí tienes las grabaciones de tres gasolineras. No me ha dado tiempo a más. Estoy harto de lidiar con encargados con el entendimiento por los suelos y jefes de gasolineras cutres que se creen magnates del petróleo. Mañana sales tú a por las grabaciones que quedan. Otro día como este y salgo en las páginas de sucesos.

—Sin problema, jefe.

—¿Qué tal les ha ido a los refuerzos?

—Por lo visto también han tenido algunos problemillas de, digamos, colaboración ciudadana. Aun con todo, han conseguido las grabaciones de seis estaciones de servicio.

—No está nada mal.

—No. Mañana volverán a por los discos duros y seguirán recopilando.

—Bien. Pues yo me largo a casa. Deberías hacer lo mismo. Si hay alguna urgencia, todos tienen nuestros números de teléfono.

—Voy a quedarme un rato a revisar las primeras grabaciones.

—Como quieras.

—Mañana te echaré una mano. Si encuentras algo interesante, me das un toque.

—Por descontado.

Salí de la oficina y anduve dejando atrás la puerta que tenía rotulados nuestros números de

teléfono. En Littlewood nadie solía tener problemas a partir de la media noche, y quien los tenía, se sacaba él mismo las castañas del fuego.

Una molesta aguanieve mojó mi uniforme.

Me eché vaho en las manos justo antes de girar la llave en el contacto.

«Estamos por debajo de los cero grados. El aguanieve formará placas de hielo. Espero que nadie se estampe con el coche esta noche».

Aquella madrugada no hubo accidentes.

Sin embargo, aquella madrugada recibí la llamada que lo cambió todo.

14 minutos más tarde

Antes de entrar en casa, intenté borrar de mi mente el rostro angustiado de Andrea Thompson, pero mi maldito cerebro se empeñaba en ponerlo delante de mis pasos.

—Siento el retraso —dije nada más pisar la cocina.

—Hola, sheriff.

Scott me dio un abrazo, al que siguió uno de mi hija.

—Hola, familia. Qué contento estoy de que estéis aquí.

—Y nosotros de estarlo —aseguró mi hija.

—¿Mucho lío? —preguntó Scott mientras preparaba la mesa.

Mi hija y mi yerno conseguían —sin excepción— hacerme olvidar los malos tragos. Al menos, durante unas horas.

—Veo que habéis preparado la cena —espeté sorprendido y con agrado.

—Hemos pensado que llegarías cansado y... —dijo Amy ante los fogones, con su hermosa tripa rozando la puerta del horno—. No te importa, ¿verdad?

—¿Importarme? Al contrario.

Acerqué el hocico a la salsa que removía con una cuchara de palo e inspiré profundo.

—Pollo al mango con salsa de soja —me informó Scott sentado ya a la mesa.

—Mmmm... Estupendo. ¿Y yo tengo los ingredientes para cocinar semejante delicatesen?

—Sorprendentemente sí.

—Nunca lo hubiera dicho. En fin. Si me disculpáis un momento, voy a ponerme cómodo.

—Claro —dijo Amy. Scott asintió con una copa de vino a punto de tocar sus labios.

Comimos, bebimos vino con moderación —sobra decir que Amy solo agua— y reímos. Sobre todo reímos. Las visitas de Amy y Scott inundaban mi casa de ambiente hogareño. Sus paredes estaban tristes desde la muerte de Elisabeth. Tras una dura jornada regresaba y encendía las luces del pasillo, luego las del salón, luego las de la cocina..., y me embargaba una terrible sensación de ausencia, de recuerdos que me hacían sentir dichoso por haberlos vivido y triste por no poder estar con la persona que aparecía en ellos. Sin Elisabeth estaba en casa, no en mi hogar; y las visitas de Amy y Scott —y mi nieto pomelo— le devolvían a mi casa parte del ambiente perdido.

Me acosté a las doce y media, bastante más tarde de lo habitual.

No hacía más que darle vueltas al caso, de imaginar surtidores en blanco y negro, coches

repostando que desaparecían para dar paso a otros, de figurar clientes pasando por caja a cámara rápida.

El teléfono vibró sobre la mesita de noche. Percibí su tono como una llamada de atención, como un «¡levanta, joder, no es hora de descansar!».

—Son las cuatro y media de la madrugada, Natalie.

—He encontrado algo.

—¿Dónde?

—En las grabaciones. ¿Dónde iba a ser?

—¿Aún estás en la oficina?

—Se me ha ido el santo al cielo. Cuando me pongo, me pongo, ya sabe.

—¿Y qué crees que has encontrado?

—Al hombre que disparó al ayudante del sheriff. Y lo más curioso es que la grabación es de hace dos días.

«Estaba en lo cierto —pensé emocionado y asimismo inquieto—: un loco anda suelto por Koochiching».

—¿En las grabaciones de qué estación?

—En las de la Cemex de Bemintop, la de la calle Anne.

«La primera. La de mi amigo Rust. No puedo creerlo».

—Salgo ahora mismo hacia la oficina. Prepara café.

—Eso está hecho.

14 minutos después

Abrí la puerta como si tras ella me esperaran un millón de dólares en billetes pequeños. No había pegado ojo, pero no tenía sueño ni me sentía cansado; lo único que tenía eran unas ganas locas de comprobar quién había disparado al ayudante del sheriff y probablemente secuestrado a Michelle Thompson.

—Buenos días —saludé yendo directo hacia la cafetera.

—Hola, jefe.

—¿Tienes preparadas las imágenes?

—Por supuesto.

—No sé qué haría sin ti.

—Ni que lo diga.

Sonreímos.

Cogí la jarra llena hasta los topes y llené mi taza personalizada del sheriff de Littlewood que Natalie me había regalado por mi cuadragésimo cumpleaños; una antigualla que, milagrosamente, seguía sin que le faltase un solo pedazo de cerámica.

Deslicé mi silla con ruedas hasta golpearla suavemente contra la de Natalie.

Sorbí café expectante.

—Muéstrame a ese cabronazo.

Natalie clicó sobre una de las pestañas que había anclado en la pantalla de su portátil.

Advertí cómo de soslayo observaba mi reacción.

La pantalla mostró una autocaravana de matrícula «AYB 188» aparcada al lado de una hilera de surtidores.

«El modelo coincide. Los colores de la carrocería no, pero es comprensible. La matrícula grabada por el coche patrulla del ayudante era «AYP 197». Chico listo. La retocaste con pintura blanca y negra hasta convertirla en «AYB 188», además de cambiar los colores de la carrocería. Pero no fuiste tan listo como el sheriff de Littlewood y su ayudante».

—¿Y el conductor? —pregunté receloso.

—Está ahí, ¿no le ve?

Distinguí un borrón sobre el asiento del conductor.

—Dime que tenemos una imagen más nítida.

—Claro. Solo le estaba tomando el pelo.

Natalie clicó sobre otra pestaña. Como por arte de magia, apareció un hombre de pie al lado del morro de la autocaravana. Parecía mirar al objetivo. Sus facciones se distinguían mejor de lo esperado. Un hombre barbudo de cabeza rapada que vestía pantalones, botas y chaqueta de caza. Me levanté imperioso y anduve a paso ligero hasta la pizarra de corcho para arrancarle de un tirón la hoja adherida con chinchetas donde aparecían los fugitivos más buscados por el FBI. Volví a mi silla con un mal presentimiento rondándome la cabeza y apoyé la lista sobre la pantalla del portátil. El rostro del hombre que coronaba la enumeración de criminales quedó al lado del que aparecía en la grabación. Comparé los ojos capciosos de los dos sujetos, su boca rodeada de pelo de uno con la de piel afeitada del otro, la cabeza rasurada del supuesto asesino y la que mostraba pelo negro, sus narices, sus orejas...

Natalie y yo nos miramos conmocionados.

—Que Dios nos ayude.

En seis palabras, Natalie resumió lo que representaba aquel hallazgo:

—La raptó el peor hombre posible.

El protector

—Entonces, ¿Liam Jones secuestró a Michelle? —me preguntó Natalie aunque supiera que no podía darle una respuesta segura—. Se ha dejado barba y rapado la cabeza, pero juraría que el hombre de la grabación es el Asesino del TID, fugado bajo custodia policial.

—De momento es solo una coincidencia, y así debemos tratar el asunto. No obstante, que Liam Jones anduviera al acecho por el condado y Michelle desapareciera sin dejar rastro... No obstante, ahora mismo lo único que sabemos con certeza es que un asesino campa por Koochiching. Tampoco sería la primera vez que buscando a un criminal se encuentra a otro, así que... En fin. Pase lo que pase, lo descubierto es digno de ascenso por sí solo.

—¿Entonces va a ascenderme a sheriff?

—Ya veremos.

—Coñas aparte, jefe, deberíamos imprimir la imagen y preguntar por el pueblo. Si logramos confirmar que estuvo aquí el día del secuestro... De todos modos, estamos obligados a avisar al Departamento de Policía de Nueva York y al FBI. Conozco el perfil psicológico de ese tarado. Sus patrones conductuales no son precisamente halagüenos para nuestros intereses. Trabajó para el cuerpo, no sé si lo sabe. Según varios psiquiatras de renombre padece un Trastorno de Identidad Disociativo. En otras palabras, estaríamos ante un *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En el caso de Liam Jones, su personalidad alternativa es un tal Luke. —El tono de Natalie y sus gestos manifestaban su abundante incredulidad con respecto a la enfermedad de Liam Jones—. Creó a su *alter* para que recibiera las palizas de su padre. Se les llama roles, o algo así. Todo esto lo sé gracias a un documental de Netflix, no crea que soy una experta. —«Ya ha cogido velocidad», pensé mientras sonreía para mis adentros. «A ver quién la para ahora»—. La cuestión es que Liam creó a Luke, siempre supuestamente, para que ejerciera un rol de protector. Pero el pobre recibió tantas palizas que acabó convirtiéndose en un persecutor. De locos, ¿no? Su propio excompañero fue quien...

—Para el carro, Natalie. Conozco los pormenores del caso del Asesino del TID. ¿Quién no los conoce? Haremos lo siguiente: imprimirás unas cuantas imágenes de su rostro y preguntaremos por el pueblo. Si no obtenemos ninguna respuesta afirmativa, llamaremos a la Oficina del Sheriff del Condado, al Departamento de Policía de Nueva York, al FBI y a quien haga falta. Unas horas más o menos no marcarán la diferencia.

Dos horas más tarde

Dejé mis huellas sobre la nieve del aparcamiento. Más que nieve, hielo. Lo máximo que habíamos visto caer en los últimos días era aguanieve, y se notaba en las calles.

Tras mostrar sin suerte el pantallazo en la única gasolinera del pueblo y en el único restaurante en kilómetros a la redonda, me dispuse a entrar en el bar de Mathew para enseñarle el actual aspecto de Liam Jones y, de paso, tomarme un café bien cargado.

Abrí la puerta con un latoso pensamiento rondándome la cabeza.

«Llegó, la abordó en plena tormenta, la metió en su autocaravana y se largó sin dejar rastro».

Tenía sentimientos encontrados: quería confirmar la autoría del secuestro y al mismo tiempo me corroía el miedo. Si Liam Jones había pasado por Littlewood, lo más probable era que Michelle estuviera muerta y que hubiera sufrido lo indecible antes de abandonar este mundo.

—Hola, Mathew.

Aquel hombre parecía haber nacido detrás de la barra. Si había conversado con él cien veces, noventa lo había hecho con aquella barra de por medio.

Miré alrededor antes de sentarme en el taburete. Las gemelas Campbell tomaban café en una mesa esquinada, alejadas de la adorable pareja formada por Samuel y Becca Hamilton, que entre los dos sumaban más de ciento ochenta años.

—Buenos días —saludé mientras lanzaba una fugaz mirada a la mesa de las gemelas y luego otra más larga a la del matrimonio.

Como buenas gemelas, las jóvenes me devolvieron el saludo al unísono. Los ancianos lo hicieron levantando las manos mientras me dedicaban dos agradables sonrisas.

—¿Un café, sheriff?

—Por qué no. Estoy de cafeína hasta las cejas, pero de algo hay que morir.

—Marchando entonces un cafecito para el sheriff de Littlewood.

Sonreí mientras observaba cómo Mathew preparaba café. No obstante, mi mente no dejaba de interferir en mis quehaceres, mostrándome continuamente el rostro del Asesino del TID.

Mathew dejó la taza sobre la barra mientras yo desdoblaba la hoja DIN A4 donde aparecía el rostro del supuesto secuestrador de Michelle Thompson.

—Sé que me has dicho por activa y por pasiva que el día de la desaparición de Michelle no advertiste nada extraño, pero... ¿Te suena de algo este tipo?

Mathew miró la instantánea y frunció el ceño.

—Sí. Estuvo aquí el día que... Joder, me había olvidado completamente de este tío.

—¿El día que desapareció Michelle?

—Creo que sí. Sí. El día de la gran nevada.

—¡Tú eres tonto o qué te pasa! —Liberé toda la tensión que acumulaba—. ¿Qué es lo que no entendiste de «cualquier detalle puede servirnos»?

—Lo, lo siento, sheriff. —Mathew retrocedió hasta toparse con la estantería llena de botellas que tenía a su espalda—. No advertí nada raro. Un viajero más. Por aquí pasan muchos campistas, ya lo sabe. Estamos cerca de la US-71 y... De veras que lo siento. En cuanto salió del bar me olvidé de su careto.

Percibí en sus gestos un franco disgusto, así que hice un gran esfuerzo por calmar mi indignación; su único crimen era ser corto de entendederas.

—¿Conversasteis?

—Sí. Pero apenas estuvo cinco minutos. Se pimpló un whisky y se largó. Solo me dijo que estaba haciendo un viaje de relajación o algo parecido. Que le gustaba salir de caza y...

—¡La madre que me parió! ¡En serio, Mathew!

No logré reprimirme.

Lancé de mala manera la hoja donde aparecía el rostro del Asesino del TID dentro de la barra y le di la espalda a aquel inconsciente, dejando mi café sin tocar. Anduve hacia la puerta entretanto los cuatro clientes me observaban con la boca abierta.

Nadie me había visto de aquella guisa en Littlewood, ni siquiera los estresantes días que siguieron a la desaparición de Michelle.

—Lo siento, sheriff, no... —escuché detrás de mí antes de que cerrara la puerta de un portazo.
Marqué el número de Natalie antes de entrar en el coche patrulla.
—Dígame, jefe.
—Vuelve a la oficina. Liam Jones secuestró a Michelle Thompson.

Sin vidas

«Quién me mandaría salir en plena tormenta. Podría haberme quedado a dormir a casa de Rachel. No hubiera sido la primera vez. ¿Por qué a mí, Dios? Dame una buena razón. Yo jamás he hecho nada malo».

Tuve un recuerdo dolorosamente nítido. Reviví el instante que marcó un antes y un después en mi vida: me despedía de Rachel y me unía a la tormenta como un copo de nieve más. Luego llegó la auténtica tempestad: el hombre que tenía a mi lado me atacó mientras avanzaba a contraviento.

«Busco compañía», respondió a mi pregunta «¿por qué me haces esto?».

Le observé de soslayo mientras mirábamos *Wolf Creek 2*, una película sobre un psicópata australiano que se dedicaba a secuestrar y a torturar a turistas descarriados. Por sus gestos, le estaba fascinando.

«No me extraña. Se está viendo a sí mismo».

Yo no prestaba demasiada atención a la sucesión de crímenes que aparecían en pantalla; no conseguía centrarme en nada más que no fuera sobrevivir.

Obedecía sin rechistar. Jamás le contradecía. Le daba las gracias siempre que me traía un vaso de agua o tras prepararme la comida o la cena...

Aquel loco había acondicionado la autocaravana. Mi secuestro no fue casual. Lo único casual fue la presa. «Menuda suerte», pensaba a menudo, sintiéndome una maldita gafe.

Desde hacía meses, mi vida consistía en trasladarme de un pasamanos a otro. En el mayor de los casos, del fijado a un lado del sofá —donde pasaba la mayor parte del tiempo— a uno de los atornillados en el baño, bien al que estaba dentro de la ducha cuando me tocaba asearme de cuerpo entero o al colocado entre el lavabo y el váter cuando tenía que defecar o hacer aguas menores.

Me compró cinco pijamas iguales de Hello Kitty y varios conjuntos de ropa interior. «Para que estés más cómoda —me dijo tras volver de hacer la compra, como si me estuviera haciendo un favor—. Te los iré lavando tal cual se te vayan ensuciando, ¿vale?».

Contesté con mi habitual «gracias» y mi habitual amplia sonrisa entretanto le odiaba para mis adentros.

Cuando salía de la autocaravana para repostar o comprar comida se aseguraba de que no pudiera escapar: me amordazaba, ataba pies y manos y esposaba al pasamanos de la ducha. Algunas veces me sentía tentada de patear y gritar bajo la mordaza, pero el miedo a que fuera una prueba, a que estuviera tras la puerta esperando un motivo para enfadarse y dar rienda a su locura, me inhibía.

No abusaba de mí, mi mayor temor tras ser consciente de mi situación. Ni siquiera me forzó a desnudarme delante de él. Si obviábamos el día del secuestro, no me había hecho ningún daño.

Hablaba de sus crímenes como de logros y de Liam Jones como de un hombre muerto. He de admitir que no conocía los entresijos de su trastorno —ni lo pretendía—, pero sí me interesaba saber cómo razonaba. Cada poro de la piel de Luke Jones rezumaba ira. Se jactaba de haber conseguido eludir a las autoridades tras disparar a quemarropa a un ayudante del sheriff, de ser

una sombra en el condado de Koochiching.

Jamás me dejaría libre; me aguardaba una vida junto a un asesino en serie o una muerte atroz.

«Tal vez acaben pillándole —pensé durante uno de mis estadios de optimismo, mientras evocaba los rostros del sheriff Stone y de su ayudante Natalie—. Seguro que están haciendo todo lo posible». Luego aparecían los rostros de mis padres y un «lo siento» se susurraba en mis pensamientos.

Solo podía esperar el momento idóneo, un despiste que me permitiera escapar. Mis posibilidades de salir con vida de aquella casa móvil eran escasas, pero no nulas.

Lo había previsto: cuando mis opciones fueran inexistentes, me suicidaría durante una de mis duchas semanales. Aun estando esposada, podía hacerlo. Me sentaría en el váter, ataría una toalla al pasamanos, luego alrededor de mi cuello y me echaría violentamente hacia delante. Si lo hacía con todas mis fuerzas, mi cuello se partiría.

Un «crack» liberador.

Nadie podría echármelo en cara. Ni siquiera mis padres.

—Vamos a jugar al mismo juego.

—¿Qué? ¿De qué juego hablas?

—Al que sale en la película.

—Lo siento, estaba quedándome dormida.

Mentí.

—No te preocupes, es muy fácil. Tienes cinco vidas. Yo te haré veinte preguntas sobre asesinos en serie. Cada error resta una vida. Cuando te hayas quedado sin vidas, pagarás los errores con uno de tus dedos.

—Vale.

Intenté mantener el tipo, no darle lo que quería. Había estudiado su comportamiento: le gustaba ver sufrir a los demás, pero al mismo tiempo odiaba a los «quejicas». «Afronta tu destino con coraje», le había escuchado decir mientras miraba algún documental sobre crímenes reales.

Aun con mis esfuerzos, no pude evitar que se me escaparan dos lágrimas.

La verdadera caza

—¿Y a quién llamamos primero, jefe?

—Concertaré una cita para esta tarde con el sheriff Cheadle, pero antes llamaré al Departamento de Policía de Nueva York; no quiero que se cuelgue él las medallas. Ya sabes cómo es. Los de la Gran Manzana detuvieron a Liam Jones hace... ¿cuánto, diez años? En fin, da lo mismo. El caso es que esos mismos agentes le dejaron escapar años después. Desconozco los pormenores de semejante cagada, pero estoy seguro de que les encantará saber por dónde anda su viejo amigo. Ellos se encargarán de poner en sobre aviso al FBI. A partir de entonces, empezará lo peliagudo: ponernos todos de acuerdo para trazar un plan de busca y captura. Le daremos dos opciones a ese hijo de puta para que no se queje: salir de Koochiching en una caja de pino o esposado. El FBI se pondrá manos a la obra, el Departamento de Nueva York enviará a sus mejores hombres y el del Sheriff del condado de Koochiching no se quedará con los brazos cruzados. Liam Jones está a punto de saber lo que es el acorralamiento. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo?

—Dígamelo.

—Que no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Descolgué el teléfono y marqué el número del Departamento de Policía de Nueva York.

—Departamento de Policía de Nueva York. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy el sheriff de Littlewood, Owen Stone, con oficina perteneciente al Departamento del Sheriff del Condado de Koochiching. —Le di mi número de placa—. Me gustaría hablar con alguno de los agentes que estuvieron a cargo del caso del Asesino del TID.

Hubo un silencio. Supuse que mi interlocutor estaba meditando a quién ponerme al teléfono.

—Aguarde un momento.

—Claro.

Me dejó en espera. Natalie me miró con cara de «¿qué pasa?» mientras yo escuchaba música clásica.

—Me han puesto en espera —susurré mientras tapaba el auricular con la mano.

—¿Sigue ahí, sheriff?

—Sí, sí.

—Bien. Le paso con el sargento Oliver Baker. Que tenga usted un buen día.

Tercera parte

Pulso entre sirenas

Oí sirenas de ambulancia entremezclándose con las de coches patrulla, como si estuviera presenciando el primer ensayo de una pésima banda de música. Abrí el ojo izquierdo; el derecho se negaba a obedecerme. No podía mover un solo músculo, solo observar imágenes nebulosas y sonidos embarullados como un hombre petrificado.

Vi los impactos de bala en la luna, uno ante mí y otro ante el cuerpo inerte de Rebeca; me ayudaron a recordar por qué agonizaba sobre mi asiento.

«Está muerta».

La sangre discurría por mi pecho como un delgado afluente, mojándome la camisa y el chaleco antibalas que de poco había servido.

«Voy a desangrarme».

El rostro de Liam no se reflejaba en el espejo retrovisor interior. Intenté llamarle, «¿Liam, estás ahí?», pero solo conseguí emitir un sonido gutural que me sentó como una puñalada en el cuello.

«Los “SWAT” se lo han llevado».

La primera ambulancia frenó a pocos metros del morro de mi Ford mientras los mirones tomaban fotografías y grababan la escena con sus teléfonos móviles.

«Mi muerte en directo».

Dos paramédicos se apearon y corrieron hacia nuestros cuerpos cuando un coche patrulla paraba en seco tras la unidad móvil.

Yo seguía oyendo sirenas distantes.

No pude mantener los ojos abiertos. Entre la vida y la muerte percibí cómo abrían las puertas delanteras. Poco después oí «ella no tiene pulso» y «él sí»; ni siquiera noté cuándo me tomaron el pulso.

Tras un agónico pensamiento, «¿y ahora qué será de mi niña?», desfallecí mientras seguía escuchando sirenas por todas partes.

5 horas y media después

23:42

Abrí los ojos.

Busqué a los paramédicos.

«¿Dónde estoy?».

Eché un vistazo a mi derecha: Rebeca ya no estaba a mi lado.

«Está muerta».

Me sentí abrumado y profundamente deprimido.

Tardé en situarme. No estaba desangrándome sobre un asiento, sino tendido sobre una cama de hospital, flanqueado por sistemas de monitorización.

No tenía un tufo metido por la boca —como temí al recordar el incidente—, sino uno estrecho saliendo de mi brazo izquierdo. Evoqué el sonido de la luna agujereándose y un pinchazo en el cuello; también la sangre de Rebeca salpicando por doquier. Palpé mi cuello instintivamente: una gasa protegía mi herida de bala.

«No os iréis de rositas».

Apreté los dientes y sentí un dolor palpitante a la altura de la clavícula. Nada que no pudiera soportar; una minucia comparado con el precio que había pagado mi compañera.

Se me empañaron los ojos, nublándose la visión más de lo que ya la tenía.

«El asesino quería reunirse con Liam y accedimos al encuentro. Un trueque, un «vis a vis» a cambio de Samantha. Estaba consiguiendo su propósito. Entonces, ¿por qué atacarnos antes de llegar a la antigua central eléctrica?

»Nos tendieron una trampa, eso parece evidente. —Me sentí como un pardillo que había provocado la muerte de su compañera—. Fingieron ser un asesino en serie fan de otro asesino en serie. Secuestraron a Samantha para forzar la salida de Liam del Centro Psiquiátrico Penitenciario. Pero ¿quién?, y, ¿por qué? —Noté un agobio inmenso—. ¿Y qué ha sido de mi pequeña?».

Me provocó vértigo pensar en la mera posibilidad de que estuviera muerta.

Una enfermera entró en la habitación cuando mis ojos aún se adaptaban a la luz.

—Ha despertado al fin —dijo sin mostrar signos de preocupación—. Avisaré de inmediato a su familia. Se quitarán un peso de encima. Estaban de lo más preocupadas, ¿sabe? Menudo susto les ha dado.

Sonrió.

«¿Preocupadas?».

—¿Mi hija está en la sala de espera?

Me costaba pronunciar. Mi voz sonaba sin fuerza, ronca.

—Sí. Samantha, ¿no?

Le asentí con la cabeza a la enfermera de pelo moreno y ojos marrones y después tomé una larga bocanada de aire.

«Gracias a Dios».

—Ha tenido suerte, detective. Muchos no cuentan una herida en el cuello. No ha sufrido daños en la columna ni en los vasos sanguíneos importantes. Una herida limpia de entrada y salida. Un centímetro más a la izquierda y se hubiera desangrado en pocos minutos. En fin. En unas horas le pasaremos a planta y mañana mismo, si no hay complicaciones, podrá irse a recuperar a casa. —Me chocó que pronunciara la palabra «heridas», en plural, como aludiendo a las emocionales. «Las que más costará sanar», pensé—. Su médico estará con usted en unos minutos. Y dentro de un ratito podrá ver a su familia, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias.

La enfermera salió de la habitación. Al otro lado de la puerta distinguí un pasillo de paredes beige y suelo de mármol castaño por el que iban y venían facultativos ataviados con batas médicas y pijamas sanitarios del color del mar, de la nieve y de la hierba fresca. Me sentí protegido.

El médico me informó de los fármacos que se me habían suministrado, básicamente para tratar el dolor y prevenir infecciones.

—Cuando le demos el alta le explicaremos cómo debe cuidar la herida. Básicamente, tendrá

que lavarla con agua y jabón y cambiar los vendajes. En fin. Tranquilo. Se lo daremos todo apuntado. Y nada de trabajo en quince días.

«Liam Jones ha desaparecido. ¿Quedarme quince días de brazos cruzados después de lo que ha pasado? Y una mierda, doctor».

—Gracias.

Tras mi agradecimiento, Samantha apareció por detrás del médico seguida por su madre. Temí encontrarla mohína, pero se dejó ver sonriente y lozana.

«No parece tener secuelas».

—¡Hola, papá!

Corrió hacia mí con las manos abiertas entretanto el doctor siseaba.

—Aquí no se puede gritar.

—Perdón —se disculpó mientras se colocaba a mi lado—. ¿Te duele? —preguntó señalando la gasa tras la que permanecía mi herida de bala.

—Un poco. Nada del otro mundo.

Su madre me besó en la frente y me miró con unos ojos que evidenciaban haber estado llorando a espuestas.

—Nos has dado un susto de muerte, cielo.

Acercó su boca a mi oído y susurró: «Samantha está perfectamente. La mantuvieron con los ojos vendados y no le hicieron ningún daño».

Asentí al borde del llanto. Me desbordaba la emoción.

—¿Y Rebeca?

Necesitaba que alguien confirmara lo que ya sabía. No me atreví a preguntárselo al médico, pero había llegado la hora de corroborar desgracias.

Negó con la cabeza mientras derramaba una lágrima. También a mí se me escapó una. Ambos nos las enjugamos con el dorso de la mano.

—¿Y Liam?

—Desaparecido. Green está de camino. Estuvo en el hospital al poco de que llegaras, pero se marchó en cuanto los médicos nos dijeron que tus heridas no revestían gravedad. Oliver. Un centímetro más a la izquierda y... No aguanto más. Necesito que...

Samantha frunció el ceño.

—Ahora no. —La corté tan rotundamente como me permitió mi afonía—. Cuando estemos a solas, ¿vale?

—De acuerdo. Samantha, hija, dejemos descansar a tu padre. Volveremos a visitarle cuando esté en planta. Hoy vas a irte a la cama más tarde que nunca.

Me incliné para que mi pequeña me besara en la mejilla. Jennifer volvió a tocar mi frente con sus labios.

«Está enfadada. No quiere estarlo, pero lo está. Lleva meses rogándome que deje las calles. Y ahora Rebeca no está y yo estoy de milagro».

22 minutos después

Green entró cuando me estaba quedando traspuesto. Pasaban veinte minutos de la media noche. Me sorprendió aquella intempestiva visita; pensé que esperaría a la mañana siguiente. No obstante, lo sucedido revestía de máxima gravedad y entendí que necesitara «soltar lastre». Una

agente había muerto en acto de servicio y un asesino en serie se había fugado bajo custodia policial. Asuntos internos metería el hocico hasta el fondo.

—Menudo desastre —dijo nada más pisar la habitación. Solo había que mirarle a la cara para percibir el peso que soportaba.

—Lo siento, señor.

—Ya. No debí permitirlo. Yo tengo la última palabra y por consiguiente toda la culpa.

—Era mi hija. Teníamos las manos atadas. Hicimos lo que cualquiera en nuestra situación. No podíamos dejar que una niña muriera, fuera hija de quien fuera. Nadie tiene la culpa.

—Ya.

—¿Dónde está Liam?

—Se ha esfumado, Oliver. Medio cuerpo de policía anda buscándole, pero ni rastro de tu amiguito. —Se notaba su frustración. Aquel «amiguito» no me gustó ni un pelo, pero lo dejé pasar—. Hemos dejado libre a un asesino en serie. Y no a uno cualquiera, sino a uno de los más sanguinarios de la historia. Se nos va a caer el pelo. Esto me va a costar el puesto.

—Parece evidente que lo han secuestrado.

—¿Y si lo planeó desde la cárcel?

—¿Luke? No. Imposible. Salía a la luz de vez en cuando y siempre bajo control.

—¿Y si es cosa de Liam? ¿Y si convenció a alguno de los sanitarios para que montara el tinglado?

—Liam jamás haría algo así.

—Confías demasiado en ese chiflado.

—Tal vez. Pero Liam, cuando es Liam —maticé sintiéndome un tanto estúpido—, es una buena persona. Piénselo. Se entregó en cuanto fue consciente de que tenía doble personalidad. ¿Y ahora, años después, se fuga? No tiene sentido. Le han secuestrado. Por venganza, supongo. Lo torturarán y matarán por un crimen que cometió su *alter ego*. Puede que ya esté muerto. Era consciente de los riesgos que suponía intentar salvar a Samantha, y aun así los asumió. No hable mal de Liam Jones, comisario; si quiere referirse a él despectivamente, llámele por su otro nombre: Luke Jones.

Oírme decir aquello me hizo sentir ridículo. Pero era lo que pensaba, y me había hartado de fingir lo contrario.

—Esto es una puta locura, ¿lo sabes?

—Lamentablemente. Por cierto, ¿cuándo es el entierro?

Me invadió una tristeza extrema, tanto por Rebeca como por Liam.

—Rebeca sigue en la morgue. Supongo que pasado mañana.

—Debemos centrarnos en encontrar a quienes la han matado.

—No olvides a Liam.

—Una cosa llevará a la otra, señor.

Green asintió mientras mi mente se dedicaba a conjeturar.

Imaginé cinco momentos: el primero, a los falsos SWAT sacando con dureza a Liam de mi Ford mientras yo estaba inconsciente y Rebeca muerta; el segundo, metiéndolo en una habitación infesta a la espera de su castigo; el tercero, gritando de dolor sobre una silla raída; el cuarto, a tres hombres cavando una tumba en el bosque; el quinto, a Liam tumbado y a sus asesinos arrojándole tierra con palas.

«No vamos a encontrarlo nunca», pensé mientras el comisario abandonaba la habitación tras un «mañana seguimos hablando».

Qué jodidamente equivocado estaba.

Las dos escenas

3 meses y 3 semanas más tarde

Green caminaba entre dos hileras de mesas con dos carpetas de anchura considerable debajo del brazo, saludando a los que iba encontrándose.

«Más papeleo no, por Dios».

Presentí que se dirigía a la mía. Y en efecto, superó un agente tras otro hasta pararse a mi lado.

—Buenos días, Baker.

—Buenos días, señor.

—¿Qué tal va la mañana?

—El fiscal ha pedido un informe sobre la actuación policial durante la detención de Barbosa y estaba repasando algunos datos antes de enviarle nada.

—Estupendo.

Green dejó caer las pesadas carpetas sobre mi mesa, haciendo temblar el teclado y la pantalla de mi ordenador; luego me observó con misterio en la mirada.

—No vas a creer lo que contienen. —Me dispuse a abrir la que tenía más a mano, pero desistí al escucharle de nuevo—. Informes sobre dos crímenes sucedidos hace ocho días: un allanamiento de morada en el Soho que acabó con los propietarios muertos, y dos cuerpos hallados en una casucha del Bronx.

—Cuatro homicidios en un solo día. Vaya. Y eso que nuestra tasa de criminalidad es de las más bajas del país.

—Pues la cantidad no es lo más chocante: los crímenes guardan relación.

Green dejó de explicarse, como si pretendiera imprimirle suspense al asunto.

—¿Y va a decirme cuál es la relación o volverá mañana a contármela?

El mandamás sonrió.

—En ambas escenas se ha hallado ADN de Liam Jones. —De haberme pillado de pie, habría tenido que sentarme. Las yemas de mis dedos viajaron sin que me diera cuenta hasta la cicatriz de mi cuello—. En el chalé del Soho se ha encontrado sangre de Liam, heces, orina..., y en la casa varios cabellos. Todo indica que estuvo retenido en el chalé durante bastante tiempo y que luego lo trasladaron al Bronx, donde parece ser que no estuvo demasiado tiempo. En el chalé había cámaras de vigilancia, pero los ladrones borraron las grabaciones antes de abandonarlo. Unos vecinos que volvían de fiesta les vieron salir ataviados con pasamontañas y avisaron a la policía.

»Esas carpetas están llenas de información. Puedes acercarte a las escenas, están precintadas, pero no creo que sea necesario. Los fotógrafos de la científica han inmortalizado cada palmo de las escenas. Subroga tus trabajos pendientes y ponte a averiguar qué diantres pasó con Liam.

—No se equivoque, señor. Necesito ver las escenas. Y tenga una cosa bien clara: no es Liam quien anda suelto por ahí, sino Luke Jones. Liam se habría entregado a la mínima oportunidad. Créame.

Green empalideció antes de susurrar: «Que Dios nos perdone».

Tras estudiar los informes con detenimiento, me puse en contacto con el detective a cargo de la investigación, que amablemente me prestó las llaves de las dos viviendas. Tuve que releer varios informes redactados en su momento, muchos por Rebeca, sumiéndome en una dolorosa melancolía.

Visité cada habitación del lujoso chalé, tomándome mi tiempo en su siniestro sótano. Leí allí mismo, empapándome de un extraño ambiente, los manuscritos hallados en la vivienda, así como el contenido de varios discos duros. Planes de asesinato donde aparecían los nombres de «Patrick West», «Bernard Jones» y «Gavien Harries», y planes de secuestro donde constaba el de Samantha Baker. Mapas de Nueva York con posibles rutas marcadas desde el centro penitenciario hasta la antigua central eléctrica. Preparatorios para mantener inmovilizado a un hombre sobre una cama alargando su languidez al máximo. No encontré nada sobre los «contratados», como ellos los nombraban en sus proyectos; quienes para mí eran «los falsos SWAT» o «los asesinos de Rebeca». Un despropósito urdido con tiempo, inteligencia y dinero. Pero ni el dinero ni la inteligencia pudieron salvarles de ser víctimas de dos ladrones de tres al cuarto en busca de dinero fácil.

Até cabos de inmediato —no había que ser un genio—: el tetrapléjico era el niño que Liam vio en la regresión, a quien Luke a punto estuvo de enterrar vivo. Se hizo mayor y consiguió, con la ayuda de su hermana, someter a su agresor a un sufrimiento parecido al suyo.

«¿Qué te hicieron, Liam? —pensé mientras me envolvían casas de muñecas, con la cama donde lo habían postrado a mi espalda—. A Luke le beneficiaba tu dolor. —Suspiré resignado—. ¿Cómo hemos podido cagarla tanto?».

Abandoné el chalé y conduje hasta el Bronx.

Medité allí donde un amigo de Garrett Plemons y Luca Williams había descubierto ocho días antes los cuerpos sin vida de la pareja de rateros. Según el forense especializado en análisis de salpicaduras de sangre —desde mi posición podía observar dichas salpicaduras—, se habían matado el uno al otro.

«Entraron a robar en el chalé. Encontraron a Luke. Sabían que el FBI ofrecía una suculenta recompensa. Se lo llevaron. Luego, por el motivo que fuera, se mataron mutuamente.

»¿Discutirían?

»Menudo par de gilipollas».

—Sinceramente, amigo —susurré girando lentamente sobre mí mismo—, hubiera preferido que te ejecutaran. Sé que tú también. ¿Cómo voy a conciliar el sueño ahora que sé que solo es cuestión de tiempo que vuelvas a matar, si es que no lo has hecho ya?

Estando roto

Llamé al timbre del que antaño fue mi hogar. Aún lo era en términos legales, pero no en términos emocionales. Dicen que el corazón es el único instrumento que funciona roto. Cierto. Yo mismo era un hombre que respiraba con uno escacharrado.

Tenía llaves del piso, pero preferí usar solo las del portal.

Jennifer abrió con cara de pocos amigos. Desde que hice las maletas, conmigo no gastaba gestos amables.

—Hola. ¿Vienes a ver a Samantha?

—He pensado, si te parece bien, que podría pasar la noche conmigo. Mañana ya la llevo yo al cole.

—¿Y al mediodía irás a buscarla?

—No salgo hasta las dos. Ya lo sabes.

—Ya. No te viene bien, ¿no?

—No empecemos.

—Tu hija no es un juguete con el que divertirse cuando tienes un rato libre.

—Pedí un puesto de oficina porque tú te empeñaste, y tú mejor que nadie sabías lo poco que me gusta el papeleo. Pero ni por esas. Nada fue suficiente.

—Te fuiste porque creías, crees, que soy una mala madre. O al menos eso dijiste.

Suspiré mientras me frotaba las sienes.

—A ver. ¿Cuántas veces tengo que pedirte perdón por aquello? Lo dije durante un calentón. Tú tampoco te quedaste corta. Entre otras cosas, insinuaste que antepongo mi trabajo a mi hija. Y no, no creo que seas una mala madre. Samantha vive contigo, ¿no? ¿Crees que permitiría que mi única hija viviera con una mala persona? Solo te recriminé que le consintieras ciertas cosas, como que te grite y te amenace cuando no consigue lo que quiere. Esos comportamientos hay que cortarlos de raíz. Fue lo único que dije y te pusiste como un basilisco. De todos modos, me fui porque no dejábamos de discutir, porque se había extinguido la llama. —Advertí cómo en cuestión de segundos sus ojos se empañaban—. Un hogar sin amor no es lugar para una niña.

—Hablas como un maldito psicólogo. En fin. —Se volvió hacia el interior del piso—. ¡Samantha, tu padre ha venido a buscarte!

Cenamos pizza mientras veíamos la película *La Bella y la Bestia*.

Se durmió en el sofá antes de que la bestia se convirtiera en un apuesto príncipe.

La llevé en brazos hasta su cama. Y la arropé.

Salí de su habitación y entré en la mía. Y me acosté.

Pero no logré conciliar el sueño.

Volví a entrar en su habitación para observarla desde una butaca.

Tal vez fueran infundados, pero otra vez aparecieron mis miedos. «Son cosas de la edad» o «son cosas de niños»: los demás le quitaban hierro al asunto. Parecía evidente que el Caso Asesino del TID había afectado a mi salud mental; las pesadillas donde Samantha se convertía en una asesina en serie eran cada vez más recurrentes.

«Tal vez debería ir al psicólogo».

Recordé el sótano donde habían castigado a Liam.

«Ni psicólogos ni psiquiatras consiguieron curarle a él».

Me levanté de la butaca.

«Te disponías a salvarla y ahora no existes. Luke no está fuera por tu culpa. —Daba por hecho que Liam no había escapado de la casa del Bronx—. Tu padre es el culpable. Él te obligó a crear a Luke. Los padres tenemos la capacidad de torcer o enderezar a nuestros hijos».

Contemplé a Samantha durmiendo plácidamente.

«No te tuerzas, por favor».

Inconfundible

3 años, 6 meses y 10 días más tarde

Sonó el fijo de mi despacho. Despegué la mirada del informe que estaba leyendo para posarla sobre el teléfono: una luz parpadeante me indicó que llamaban desde la centralita. Estaba teniendo una mañana de locos.

—Sargento Baker —contesté hastiado.

—Señor, tiene una llamada del sheriff Owen Stone, del Departamento del Condado de Koochiching.

—¿Y puede saberse qué quiere?

Aquello se salía del protocolo: las llamadas o mensajes de otros policías solían llegarme al teléfono móvil.

—Ha pedido hablar con alguno de los agentes que detuvieron al Asesino del TID.

Mi cuerpo se estremeció.

—Pásamelo.

—Enseguida.

—Gracias.

—¿Sargento?

La voz de Stone se escuchó al otro lado del micrófono.

—Dígame, sheriff.

—Tengo información sobre Liam Jones. —El pulso se me aceleró—. ¿Puede darme un correo electrónico donde enviarle una imagen?

—Por descontado.

Deletreé lo que me había pedido intentando no balbucear; escuchar «tengo información sobre Liam Jones», así, sin preámbulo alguno, había conseguido desestabilizarme.

—Acabo de enviarle la imagen captada por una cámara de seguridad de una gasolinera de la ciudad de Bemintop, al sur del condado de Koochiching. La grabación es de hace dos días.

—Un momento.

Di con el archivo en formato JPG y cliqué sobre la citada imagen.

«Dios santo.

»Rapado, con barba..., pero la mirada de siempre».

—¿Quién más lo sabe?

—Mi ayudante y yo. De momento. Tenía intención de avisar al Departamento del Sheriff del Condado en cuanto colgara. ¿Podría usted avisar al FBI?

—Por supuesto. ¿Cómo han dado con Jones?

—Buscando a una joven desaparecida en Littlewood. Estamos casi seguros de que raptó a Michelle Thompson. Pero...

—¿Pero qué, sheriff?

—Debo serle sincero. Somos una oficina pequeña. Mi ayudante y yo nos ocupamos de perros que mean en puertas ajenas y de chavales que molestan a sus vecinos poniendo la música alta. El

año pasado, sin ir más lejos, nuestro mayor altercado fue separar a dos borrachos que se liaron a tortas en una plaza del pueblo.

—Entiendo. No se preocupe. Avisaré al FBI y hoy mismo viajaré a... ¿Podría enviarme el teléfono y la dirección de la Oficina del Sheriff del Condado de Koochiching?

—Faltaría más.

—Gracias. Encontraremos a Liam Jones y liberaremos a Michelle. —«A no ser que esté bajo tierra», pensé fugazmente—. Han hecho un trabajo excelente.

—Gracias, sargento. Y... ¿Puede saberse qué va a pasar ahora?

Stone hablaba como un hombre que ha perdido la fe.

—Que su condado va a convertirse en un hervidero de agentes.

4 horas después

El comisario estaba al tanto.

El FBI estaba al tanto.

El Departamento del Sheriff del Estado de Minnesota y el del condado de Koochiching estaban al tanto.

No me necesitaban. Ni siquiera tuvieron la bondad de pedirme ayuda. Mi parte de culpa en su fuga tuvo más peso que nuestro pasado en común. Tras el desafortunado incidente que se cobró la vida de Rebeca, se cernió sobre mí una sombra de dudas. No fue fácil desprenderme de ella. Luego conseguí ascender: un hito tras un hándicap semejante. Lo cierto es que Green nunca dejó de dar la cara por mí.

Es mi deber

Llamé al interfono.

Contestó el marido de Jennifer y padrastro de Samantha, Eddie Zuckerman. Un buen hombre.

—¿Sí?

—Soy Oliver.

Empujé la puerta tras el «meeec...» y entré nostálgico en el ascensor, recordando la época en la que entraba sonriente en casa tras investigar homicidios junto a Liam Jones, cuando aún era feliz al lado de Jennifer, cuando Samantha aún no había nacido, cuando Luke aún actuaba en secreto. «Todos buscamos cambios. Para mejor, por supuesto —medité entretanto superaba un piso tras otro—. Se desean, pero no pueden elegirse. Uno no entra en una tienda y se agencia un cambio para su relación sentimental o un cambio para su trabajo. A veces los cambios llegan sin avisar, y no siempre para bien».

Se avecinaban cambios, lo presentía, pero ¿para bien o para mal?

Eddie abrió con su habitual sonrisa.

—Pasa, pasa. Samantha está en el comedor, haciendo los deberes.

—Gracias.

La encontré a la mesa, escribiendo sobre un cuaderno.

«Se ha convertido en toda una mujercita».

Alzó la vista al advertir movimiento en el umbral.

—Hola, papá. ¿Ya nos vamos?

—Hola, hija. No. Hay cambio de planes. Tengo que marcharme a Minnesota por temas de trabajo.

—¿Cuánto tiempo?

—Indefinidamente.

—¿Pero por qué?

—Han localizado a un hombre en busca y captura y he de estar allí cuando lo detengan. Es mi deber, hija.

—¿A Liam? —La voz de Jennifer apareció por mi espalda.

Me volví para encontrármela en medio del pasillo. Le hice un gesto con las manos, rogándole dejar el asunto para más tarde; no me gustaba nombrar a asesinos delante de Samantha. Asintió, me dio la espalda y anduvo hacia la cocina.

—Pero me llamarás, ¿verdad? —preguntó mi hija, que no había visto ni oído a su madre.

—Haremos videoconferencias. No creas que vas a librarte tan fácilmente de mi careto.

Sonrió compungida. Era consciente de que deseaba pasar más tiempo conmigo.

«Me he resignado a ser un padre *semiausente*».

—Vale.

—Voy a hablar un momento con tu madre.

Hizo el símbolo del okey con la mano.

Desde el umbral de la cocina la observé con un paño en las manos y pesar en los ojos.

—Es él, ¿verdad?

—Es Liam, sí.

—Dios. Nunca te lo he dicho, pero cada vez que escucho un golpe a través de las paredes, cada vez que oigo el timbre a altas horas, cada vez que me noto observada...

—Lo sé. Por eso debo irme.

Hice las maletas.

Cogí un taxi hasta el aeropuerto.

Viajé hasta International Falls.

Cuatro horas de vuelo que me sirvieron para poner en orden mis prioridades.

Entre colegas

Entré sin cita previa, hallándolos uno en frente del otro, separados por apenas cinco metros de distancia, cada uno tras su mesa de despacho.

—Buenos días.

Me observaron; ella con la frente arrugada y él con las cejas arqueadas.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero? —preguntó el sheriff.

—Es evidente que no me han buscado por internet.

—¿Sargento Baker? —Asentí—. Haberlo dicho antes, hombre. —Ambos se levantaron—. Es un auténtico placer.

—Lo mismo digo —formuló su ayudante.

—Encantado de conocerles.

Nos estrechamos las manos entre sus mesas.

—¿Y qué le trae por aquí? Pensábamos que estaría en International Falls, donde se hospeda Richard Howden y el resto del FBI.

—Allí lo tienen todo controlado, y he pensado hacerles una visita a quienes encontraron al fugitivo. No puedo estarles más agradecido.

—Pues aquí estamos.

Me giré al escuchar la puerta de la modesta oficina. Un hombre alto y delgado entró y nos saludó a los tres con un «buenos días», quedándose a la espera de que alguien le atendiera. Tras devolverle el saludo, Natalie me destinó un «disculpe» y se ausentó de la conversación para atender al recién llegado.

—Acompáñeme, sargento. ¿Le apetece un café?

—Pues sí.

El sheriff anduvo hacia un cuarto del que podía verse su interior gracias a una extensa cristalera que cubría parte de una de sus paredes, repleto de estanterías colmadas de objetos policiales: linternas, botas, chubasqueros, sombreros, gorras, porras, radio transmisores..., y gran cantidad de archivadores donde supuse que guardaban documentos de interés.

El sheriff desplegó una mesa plegable azul e hizo lo mismo con tres sillas apoyadas en uno de los archivadores, colocándolas alrededor de la mesa de camping.

—Puede creérselo o no, pero aquí tenemos las reuniones mi ayudante y yo. Si viene algún chupatintas con las solapas llenas de estrellas, lo llevamos a la sala de reuniones del hotel. Pero a los hombres como usted, curtidos en mil batallas, los traemos a este cuchitril.

—Y yo encantado. —Tomé asiento sin pedir permiso—. Me encanta esta informalidad, ¿sabe? Da gusto estar entre colegas de oficio que no te miran por encima del hombro.

—Secundo la moción.

Ambos sonreímos cuando Natalie entraba en «el cuchitril».

—¿Qué quería?

—Bah, nada. —La ayudante hizo un aspaviento—. Se le ha perdido el gato y teme que lo atropellen. Cualquier día nos llama algún vecino porque se le ha acabado el papel del váter. — Les había visto por primera vez hacía diez minutos, pero tuve la sensación de conocerles de toda

la vida—. En fin. ¿Preparo café?

—Te lo agradecería. Gracias.

—Gracias —repetí sonriente.

Natalie salió en busca de la cafetera mientras el sheriff se sentaba en un extremo de la mesa azul, a apenas medio metro de mis hombros.

—No ha perdido el tiempo, sargento.

—Llámeme Oliver, por favor.

—De acuerdo.

—En cuanto recibí su llamada avisé a quien correspondía, me despedí de mi familia, hice las maletas y tomé el primer avión hacia International Falls. Al llegar, hablé con el Agente Especial al Mando, Richard Howden, para rogarle que me avisara si localizaban a Jones. Howden es lo que necesitamos: un hombre implacable. Luego pretendía alquilar un vehículo, coger una habitación de hotel y descansar un rato, pero Howden insistió en prestarme su coche, equipado con todo lo necesario, así que me ahorré los trámites, además de andar colocando radios y luces portátiles.

—Todo un detalle.

—No esperaba que me recibiera con los brazos abiertos, lo admito, pero Howden es un hombre práctico y enseguida entendió que, de presentarse una negociación, mi presencia podría resultar importante. Conociendo la enfermedad del asesino y lo que está en juego... Más vale prevenir que curar, ¿no?

—Por supuesto.

Natalie entró con una bandeja de plástico sobre la que llevaba una jarra de cristal y tres tazas de cerámica. Tras verter el café, deslizó las tazas sobre la mesa hasta dejarlas ante su jefe y su invitado. El humo que salía de las tazas flotó a ras de mesa pareciendo tres trenes de vapor avanzando en direcciones opuestas.

—¿Entonces, usted fue amigo de un desalmado asesino en serie? —preguntó mientras tomaba asiento.

—Joder, Natalie —dijo el sheriff entre risas—, qué sutileza.

—Sigo siendo su amigo.

Las risas bajaron de intensidad hasta perderse; mi respuesta pilló al sheriff y a su ayudante con la guardia baja.

—¿Amigos? —preguntó él con gesto de extrañeza.

—Soy amigo de Liam Jones y enemigo de Luke Jones. Es complicado de entender, soy consciente. Digamos que fui el compañero de un asesino en serie que no sabía que lo era.

—Y tan complicado —dijo ella—. Conocemos el trastorno de su amigo, y..., bueno, es evidente que para acabar con Luke hay que acabar con Liam, ¿no?

—Para eso me he trasladado a Koochiching, para asegurarme de que Michelle Thompson sea la última víctima del Asesino del TID. No sé si lo saben, pero Liam se entregó en cuanto supo de su *alter ego*. Liam se impuso una condena para castigar a Luke. Es difícil de asimilar, pero son dos hombres diferentes. Necesito que Liam y Luke vuelvan a la cárcel. Necesito que todo acabe de una maldita vez.

—El condado está siendo cercado a conciencia. —El sheriff explicó lo que todos sabíamos—. Jamás había visto semejante velocidad a la hora de desplegar un dispositivo. Estamos hablando del criminal más buscado por el FBI. Se pretenden establecer más de cien controles de carretera en un condado de apenas veinte mil habitantes y ocho mil kilómetros cuadrados. Cinco

helicópteros sobrevolarán, si es que no lo hacen ya, los caminos que cruzan los bosques. Ni las ardillas podrán campar a sus anchas en este condado.

Suspiré.

—¿Puedo hablarles con franqueza? —Ambos asintieron—. Muchos me culpan de su huida y de la muerte de mi compañera. ¿Pero saben qué? Aunque suene desconsiderado, creo que todo formaba parte del mismo viaje. Hoy estamos aquí porque así debe ser; un alto más en el camino. —Me sentí hablando en delirios, con cientos de recuerdos apareciéndoseme como fugaces instantáneas—. Le puse fundas a mis colmillos, pero mi instinto sigue intacto y me dice que el fin del trayecto está a la vuelta de la esquina. ¿Final triste o feliz? No tengo ni idea. Solo sé que necesito un puto final. Dejé las calles por una mujer que ya no es mi mujer. Luke se fugó porque Liam accedió a reunirse con un supuesto fan de su *alter ego* para salvar a mi hija. Vivo en un piso de mierda más solo que la una. Acepto el viaje, caballero y señorita —dije mirando primero al sheriff y luego a su ayudante—. Acepto lo que conlleva ser amigo de Liam Jones.

—¿Y qué hará ahora? —preguntó Stone—. ¿Limitarse a esperar?

—Claro que no. Recorreré caminos en busca de Jones mientras aguardo a que mi radio escupa el deseado «lo tenemos».

—¿Y si huye a pie? —conjeturó Natalie.

—Para eso están los perros, y los helicópteros equipados con cámaras térmicas.

Asintieron mientras sus ojos destilaban esperanza.

—Tenemos que apresarle y rescatar a Michelle —dije tras dar un largo sorbo de café—. No puedo permitirme más cargos de conciencia.

Acorralado

20 horas más tarde

Michelle

Como un jarro de agua fría y como un soplo de aire fresco: recibimos la noticia de formas diferentes. Aquel «Liam Jones está acorralado en el condado de Koochiching» de boca de un enviado especial, nubló su juicio y aportó claridad al mío. Fue una suerte estar esposada; de lo contrario, habría corrido el riesgo de aplaudir. No obstante, ovacioné para mis adentros al FBI y al Departamento del Sheriff del Condado: silbé, alcé el puño, vitoreé y me imaginé haciéndole una peineta a mi secuestrador. Pero *ipso facto* volví a sentirme triste: miré mi mano derecha —la que no tenía esposada al pasamanos— mientras Luke se levantaba del sofá ostensiblemente agobiado.

«Ya no puedo hacer peinetas. —Abrí y cerré el pulgar y el índice, los únicos dedos que le quedaban a mi mano—. No se conformó con cortármelos, tuvo que hacerlo de raíz».

Me quedé absorta en los pequeños muñones.

«Me dio un trapo para que detuviera las hemorragias y me encerró en el cuarto de baño, soltándome “no quiero escuchar tus llantos de quejica” antes de cerrar de un portazo. No me desangré de milagro».

Luke desplegó un mapa sobre la mesa abatible.

«“Acorralado”. ¿Sabes lo que significa eso, cabrón de mierda? El FBI no se anda con faroles. Si la noticia se ha filtrado a los medios, no tienes escapatoria».

Las imágenes no arrojaban dudas: el Departamento del Sheriff de Koochiching y el FBI habían unido fuerzas para atrapar al asesino fugado al que culpaban de mi desaparición y de las muertes de Chris Rollins y Mary Hodge. Todo comercio tenía colgados carteles de «Se busca» con posibles apariencias de Liam Jones —con perilla, con bigote, afeitado, con pelo y gafas de sol...— y un teléfono al que llamar si alguien le veía. He de admitir que algunos montajes resultaban de lo más cómicos. Sin embargo, a Luke no parecieron hacerle demasiada gracia.

Llevaba mucho sin sonreír tanto, aunque fuera en mi mundo interior. Luke había conseguido nublar mi espíritu, forzándome a buscar refugio en mis recuerdos, en los sueños e incluso en la melancolía. Le odiaba tanto que antepuse su desgracia a mi bienestar. Estaba dispuesta a entregar mi vida a cambio de verle en prisión —aunque fuera desde el más allá— o, mejor aún, verle acabar como un colador; fantasear con una avalancha de balas metiéndosele por todo el cuerpo me subía el ánimo.

«¿Y ahora qué vas a hacer?», cavilé mientras él se frotaba las sienes agobiado.

—Tenemos que llegar a Canadá —meditó en alto sin despegar la mirada de las carreteras que conducían al país más extenso del mundo tras Rusia—. Si conseguimos llegar a Pelland tendremos posibilidades.

Se volvió y me observó: quería que le diera mi humilde opinión.

«Yo quiero que te maten».

—Es una opción. Hay que largarse de este condado antes de que pongan más controles de carretera.

«No solo te persiguen por tierra, gilipollas, el cielo estará llenó de helicópteros».

Pensé que movernos acrecentaría mis probabilidades de salir con vida. Transitando éramos una presa más fácil. O al menos eso creí. Luke mostraba tanta confianza que por momentos me hizo dudar de sus posibilidades.

«Dios, arrebatáale la suerte que siempre le acompaña». Aunque pensara en Él, no confiaba en su buen juicio; no después de lo que me había hecho.

Temí que Luke ignorara mis recomendaciones y optara por deshacerse de mí y huir bosque a través; desde mi punto de vista, su mejor opción. Por suerte, estaba obsesionado con su autocaravana. La consideraba su bastión; fuera de ella se sentía desprotegido.

—Haremos eso, sí —dijo decidido—. Recorreremos los cuarenta kilómetros que nos separan de Pelland y nos perderemos en los bosques de Canadá. Tenemos provisiones de sobra y treinta litros de gasoil de repuesto, las baterías a más del setenta por ciento...

«Es un puto suicidio», pensé optimista.

—Es nuestra mejor opción —dije mostrándome convencida.

—Saldremos de esta, Michelle. Ya lo verás. Cruza los dedos.

«Qué más quisiera yo».

Luke

Esperé a que anocheciera, a que la oscuridad me tendiera su mano.

Me sentí como un halcón con la capucha puesta.

Sujeté el volante con ambas manos y lo apreté con fuerza.

«Toca volver a escabullirse como una cucaracha por una rendija».

Michelle estaba esposada, atada y amordazada en el cuarto de baño.

Encendí las luces, que iluminaron los troncos que se alzaban más allá de la luna, tras los que se alargaba el camino de tierra que me conduciría a la US-71. Debía conducir cuarenta y dos kilómetros hasta Pelland, primer alto en mi viaje de huida. Conocía las carreteras del condado como las líneas de mi mano. No obstante, tuve la sensación de estar a punto de adentrarme en un espeso banco de niebla.

«Tal vez debería darme un último festín con Michelle y tratar de huir a pie. —Acaricié el volante como un hombre la piel de su amante—. No. No puedo tirar por tierra todo lo conseguido».

Conduje a baja velocidad sobre las finas ramas y las pequeñas piedras que cubrían el pedazo de bosque que tan bien nos había ocultado.

«Como hicieron días después de que me llevara a Michelle, los aviones con radares sobrevolarán el condado, y esta vez no se limitarán a los alrededores de Littlewood. Ahora no solo rastrean a una joven desaparecida, sino al más buscado por el FBI. No cesarán en su empeño hasta peinar Koochiching de arriba abajo. Solo tengo una opción: no estar en Koochiching cuando lo hagan».

Luces por doquier

Las ruedas dejaron de girar sobre la vegetación para hacerlo sobre tierra. Llevaba días sin nevar, pero la nieve se negaba a abandonar las zonas sombrías. Luke transitó por el camino rumbo a la US-71, abrazado por pinos y un cielo oscuro punteado de blanco. Como si las ruedas fueran pies de puntillas, condujo a baja velocidad mientras sus ocupantes mostraban tensión: el conductor temía ser descubierto; la retenida que no fueran descubiertos.

La autocaravana se detuvo en un cruce. Luke miró a diestra y a siniestra y se reconfortó al no ver coches de policía sobre el asfalto ni helicópteros surcando la noche estrellada. No obstante, aún era pronto para sentirse aliviado del todo.

Cambió de dirección y las ruedas volvieron a cambiar de superficie.

Circuló por la US-71 mientras sus pensamientos y los de Michelle seguían combatiendo: «Solo necesito un poco de suerte» contra «Dios, prémiale con adversidad».

Los faros iluminaban las líneas amarillas y los árboles más allá de un arcén moteado de nieve. Cada coche yendo o viniendo disparaba el ritmo cardíaco del asesino.

Echó un ojo al cuentakilómetros.

«Llevamos tres kilómetros y ni rastro de controles. —Mostró una tensa sonrisa—. Las cadenas de noticias siempre exageran».

Todo parecía en calma. Los ojos de Luke miraron hondamente allí donde el cielo y la tierra se juntaban; el horizonte mostraba un tinte de pizarra. Luke imaginó una flecha trazada con tiza señalando hacia su destino: Canadá.

«Tengo que llegar como sea».

Los brazos del viento no alcanzaban a abrazarlo dentro de la autocaravana y las manos del frío no podían posarse sobre sus hombros. Se sintió invencible. No obstante, su optimismo duró poco. Ante el horizonte, luces rojas y azules despuntaron como antorchas de aldeanos rumbo al castillo de un ser infernal.

«Mierda».

Apagó las luces, e invadiendo los arcones dio media vuelta.

«He de volver al bosque. Mataré a Michelle. —Se imaginó clavándole su hacha en la cabeza y, por un momento, se sintió afortunado—. La enterraré y huiré campo a través. —Sintió pena por tener que abandonar su adorada autocaravana—. No me queda otra».

Condujo con las luces apagadas hasta que oyó sirenas pisándole los talones. Miró por el espejo retrovisor para detectar dos faros sobre los que destellaban luces de policía.

Pisó el acelerador mientras las sirenas le acosaban cada vez desde más cerca.

«Puedo dejarlos atrás. Puedo conseguirlo. Conozco bien los caminos de este maldito condado».

Un nuevo sonido tiró por tierra parte de sus esperanzas: las aspas de un helicóptero cortaban el aire sobre la autocaravana.

Un intenso haz de luz hizo brillar la carrocería, y de seguido escuchó una voz amplificadora: «Detenga el vehículo o nos veremos obligados a abrir fuego».

—¡Una puta mierda!

Luke dio un volantazo tras descubrir un entrador a su derecha. El brusco cambio de sentido estuvo a punto de volcar la autocaravana, que se mantuvo a dos ruedas durante unos metros, pero el asesino consiguió colarla en la estrecha vía.

Árboles a la izquierda y una ladera a la derecha. El rotor del helicóptero seguía acosándole con su «tuntuntuntun...» y el vehículo policial con su «*nino nino...*», pero los ruidos parecían estar distanciándose.

Luke apuraba cada curva. Necesitaba distanciarse de sus perseguidores y encontrar un hueco por el que adentrarse en el bosque. Con toda la pena del mundo, entendió que no podría darse un último festín con Michelle Thompson.

«Necesito un solo minuto —pensó mientras su cuerpo se sacudía sobre el asiento; en la pista de tierra no cabían más baches—. El tiempo para llenar mi mochila de provisiones y pegarle un tiro a Michelle».

Se imaginó corriendo a través del bosque, y escuchó ladridos en su mente.

«Los perros aguantan más que un hombre».

El desánimo le arrancó el coraje del que siempre presumió. Por primera vez en su vida, sintió verdadero miedo estando «afuera». Los obstáculos parecían insalvables, y era consciente de que aumentarían. Las sirenas eran cada vez más ruidosas y los focos de los helicópteros aparecían cada vez más sobre las copas de los pinos.

«No saldré de esta».

El espejo retrovisor mostró las luces de un coche a escasos diez metros, y a Luke le desfilaron por la cabeza imágenes de una habitación acolchada y una camisa de fuerza.

«No pisaré un manicomio. Antes prefiero morir».

Un «pum» resonó entre el sonido de las aspas y las sirenas y el volante giró violentamente en el sentido de las manecillas de un reloj. El cuerpo del asesino se venció hacia la puerta y el morro de la autocaravana hacia la ladera. Pisó el freno hasta el fondo, pero ya había perdido el control. El impacto del capó contra la piedra provocó una desviación lateral imposible de enderezar. Las ruedas de la parte derecha se separaron de la tierra y la autocaravana se ladeó hasta caer bruscamente de lado, patinando unos metros sobre el camino antes de detenerse. El cuerpo esposado y amordazado de Michelle se zarandeó en el cuarto de baño con la banda sonora de las aspas y las sirenas de fondo; a ella, cada golpe contra el váter, la ducha y el lavabo, le supieron a gloria.

Luke no oyó cristales rotos ni voces aumentadas por megáfonos; solo sirenas y aspas inmediatas en el espacio. La luna quedó contra la ladera y las salidas obstruidas por el camino o en el techo. Usar la puerta del copiloto o la del salón significaba mostrarse ante los agentes, que no tardarían en parapetarse armados tras sus coches patrulla.

Aún no había llegado la hora de las negociaciones. Aún no era el momento de ver policías apostados sobre el monte con las miras de sus rifles reflejando la puerta del copiloto y del salón de la casa rodante. El sargento Oliver Baker aún no conocía lo sucedido. Pero solo era cuestión de tiempo que intuyera que se acercaba su anhelado final.

En el peor momento

Al abrir los ojos vio la luna de un vehículo, pero no entendió lo que estaba viendo. Miró alrededor como buscando algo, pero no sacó nada en claro.

Soportando un intenso dolor de sienes, los objetos fueron adquiriendo forma.

Se palpó la cabeza donde la deformaba un chichón. Al retirar los dedos halló sangre en sus yemas. Su cuerpo estaba ladeado, pendiendo del asiento como un fruto de la rama de un árbol.

Exhaló un quejido gutural y se desprendió del cinturón, cayendo encogido sobre la puerta del copiloto. Observó la luna y más allá la ladera: no quedaba hueco por el que escabullirse.

Se levantó dolorido. «¿Dónde diantres estoy?», se preguntó mientras pasaba por delante de la puerta del baño.

Anduvo sobre lo que fue la pared del salón observándolo todo, pisando platos, vasos y cubiertos de plástico. Se apoyó en el sofá anclado a la «pared» y abrió la puerta del salón como quien destapa la escotilla de un submarino. Asomó la cabeza y la volvió a meter asustado, temeroso de recibir un disparo dirigido a otro.

—¿Dios santo! ¿¡Qué cojones has hecho, Luke!?

Entonces oyó una voz de mujer.

—¿¡Eh, hay alguien ahí!?

—Hostia puta —pronunció con las cejas arqueadas.

Michelle

Todo estaba del revés: la puerta arriba, el váter y el lavabo en horizontal, y yo tendida sobre lo que tendría que ser la pared. El jabón de manos, las toallas, los perfumes, el dentífrico, el enjuague bucal..., todo desperdigado por el nuevo suelo del cuarto de baño. Con omisión de un par de moretones, mi cuerpo no había sufrido daños importantes.

Con la mano derecha esposada al suelo, tuve la esperanza de que abriera un policía, pero lo escuchado a través de la puerta segundos antes presagiaba que sería Luke quien lo haría.

«Se está haciendo el tonto o...».

Abrió con hilos de sangre pintándole la cara desde las patillas hasta más allá de la mandíbula. Dibujó sobre mí una ‘A’ con sus piernas como si yo estuviera atrapada en una alcantarilla y él acabara de abrir la tapa del alcantarillado.

Se tumbó para quitarme la mordaza y las ataduras. Tras liberarme a medias, volvió a erguirse casi del todo: su cabeza tocaba los muebles de la cocina.

—¿Quién eres?

—¿Que quién soy? —Miré fijamente sus ojos, intentando buscar a Luke. Sus gestos parecían distintos, más afables que de costumbre—. Soy... —Arrugué la frente—. Ya sabes quién soy.

—No tengo ni idea. Has estado viajando con Luke. Yo soy Liam Jones.

—¿Viajando? —Entendí que tenía delante a Liam Jones—. ¿Ves mis manos?

Mi secuestrador observó los muñones. Lo cierto es que pareció impactarle. Si fingía, estaba

delante —más bien debajo— de un maestro de la interpretación.

—¿Te ha cortado seis dedos?

—¡Tú me los cortaste, cabrón!

Me eché a llorar. No pude soportar aquel sinsentido. Él me había amputado seis dedos y no estaba dispuesta a perdonarle bajo ningún concepto.

—¡Jones! —Una voz amplificada llegó desde afuera—. ¡No tienes escapatoria! ¡Libera a Michelle y saldrás con vida! ¡Tienes mi palabra: mis hombres no abrirán fuego si no sufre daños!

Por sus gestos, no reconoció el timbre de voz de quien acababa de transmitirle sus opciones.

—Se acabó —dije lagrimosa—. Es hora de asumir la derrota, Luke. Déjame ir en paz, te lo suplico. Dales un motivo para que sean clementes contigo.

—Tranquila. No pienso hacerte daño. Te lo he dicho antes: no soy Luke. ¿No conoces mi enfermedad? Tengo...

—TID, lo sé.

—¿Entonces? Solo quiero asegurarme de que los de ahí fuera entiendan que el hombre a quien van a detener nunca ha matado a nadie. —Alcé las cejas mientras me debatía entre la credulidad y la incredulidad—. No tengo ningún problema en volver a la cárcel. Es más: lo deseo. Pero no quiero que me encierren en una habitación acolchada y me atiborren de pastillas, ¿entiendes? No estoy aquí por mi culpa. Abandoné el centro penitenciario bajo custodia policial para salvar la vida de una niña. Joder. —Mi secuestrador miró a un lado y a otro, arriba y abajo, como si estuviera buscando algo—. ¿Dónde están las llaves de las esposas?

—No lo sé. ¿En uno de tus bolsillos?

Se palpaba las perneras de sus pantalones de caza cuando oímos de nuevo una voz proveniente del camino de tierra: «Te habla Oliver Baker. Repito: soy el sargento Oliver Baker, del Departamento de Policía de Nueva York. Tengo una pregunta que hacerte, Jones. ¿Recuerdas lo que nos dijiste a Rebeca y a mí antes de salir hacia la vieja central eléctrica, la respuesta que debías darnos si surgían dudas sobre tu identidad? Pues bien, Jones, ha llegado la hora de responder. ¿Quién eres? Repito: ¿quién eres?»..

Oliver

16 minutos antes

Aparcaba ante el hotel dispuesto a descansar un rato y luego volver a patrullar como un uniformado más —es lo que hacía: buscar, dormir y volver a buscar; sin horarios ni rutas prefijadas—, cuando la radio escupió el esperado aviso: «¡Perseguimos al sospechoso por la US-71 dirección sur. Nos aproximamos a Big Falls».

«Estoy a diez minutos si piso a fondo el acelerador».

Encendí las luces intermitentes de emergencia y salí quemando rueda, pasando por alto todo límite de velocidad.

Crucé el pueblo y tomé la US-71 con dirección Big Falls en busca de alguna señal luminosa.

«El sospechoso ha entrado en un camino de tierra», escuché por radio. «Dos helicópteros controlan sus movimientos. No tiene escapatoria».

A más de ciento cincuenta kilómetros por hora, esquivando a los escasos coches que iba

encontrándome por el camino, alcancé la supuesta zona caliente.

La radio parecía haberse quedado muda.

Reduje la velocidad y escudriñé el cielo a través de la luna, y avisté un haz de luz desplazándose sobre el firmamento. «Es uno de los helicópteros cedidos por la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza», deduje al instante. Agudicé el oído y advertí el sonido de sirenas remotas. Reduje un poco más e inspeccioné el arcén que se alargaba a mi derecha, alcanzando con la vista el camino de tierra —fundamentándome en la luz del helicóptero— por el que Luke debía haber intentado despistar a la policía.

«Ese imbécil se ha metido en una ratonera».

Pisé el freno con suavidad y tomé la curva demasiado ligero; las ruedas izquierdas del Mustang del Agente Especial al Mando rodaron peligrosamente por la cuneta.

Levanté polvo hasta divisar luces rojas y azules.

«¿Están parados?».

Estacioné a medio metro del último coche patrulla.

Me colgué la placa al cuello y me apeé del Mustang. Enseguida me percaté de que no había llegado de los primeros: ante el morro de mi coche prestado se alargaba una hilera de cinco vehículos diseñados para vigilar el tráfico, coronada por uno que permanecía cruzado en medio del camino.

Apenas quedaba espacio entre los coches y la ladera, que se alzaba a la derecha; a la izquierda, troncos apretados al otro lado de una estrecha cuneta.

La noche no estaba exenta de sonidos, si bien eran suaves como la brisa. El canto de los grillos no resultaba molesto, sino más bien relajante. Anduve pegado a los vehículos con la vista fija en lo que permanecía al otro lado del que remataba la fila india, superando a agentes uniformados que cuchicheaban a mi paso. «Ahí está el amiguito del Asesino del TID», escuché sin identificar a quien creía haberme difamado.

Ignoré cualquier menosprecio; Oliver Baker estaba por encima de los chismorreos de un grupo de agentes que no sabían de la misa la mitad.

«Ha volcado», pensé antes de detenerme entre Richard Howden, que controlaba la autocaravana con la vista mientras sujetaba un megáfono a la altura de su boca, y un agente uniformado que, con una rodilla hincada en la tierra y su rifle apoyado en el capó, vigilaba asimismo la autocaravana a través de una mirilla. Howden parecía a punto de dirigirse al asesino. Esperé a su lado mientras miraba al frente absorto en las luces traseras de la casa rodante, pero no abrió la boca; solo observó por encima del techo lo que para él era una caja con un criminal y una rehén dentro. Le miré un instante más: su bigote canoso y su pelo peinado hacia atrás; su rostro enjuto iluminado por los focos portátiles colocados ante el coche cruzado; sus ojos azul turquesa, su barbilla con hoyuelo y su nariz de punta gruesa...

—Es usted más rápido que una bala —dije ambicionando disminuir su evidente tensión psicológica.

Howden giró el rostro hacia mí; parecía evidente que acababa de sacarle de una profunda abstracción.

—Ah, hola, sargento. Usted tampoco se ha dormido en los laureles. Yo he llegado en helicóptero: ventajas del cargo. Iba a llamarle ahora mismo.

Sonreí un tanto incrédulo.

—Pues ya no hace falta. ¿Cómo está la situación?

—Desfavorable para Liam Jones. La cámara infrarroja de uno de los helicópteros ha

detectado un segundo cuerpo con vida en la parte trasera de la autocaravana. No puede escapar por la luna, pues ha quedado contra la ladera; solo asomar la cabeza por la del salón como un topo asustado. Al otro lado del camino he apostado a dos agentes equipados con gafas de visión nocturna y otro par están atentos sobre la ladera. —Eché la vista arriba para detectar a los agentes en cuestión, tumbados con las culatas de sus rifles apoyadas en sus hombros—. Ha sacado la cabeza por la puerta lateral hace un par de minutos, pero los agentes aún no estaban en sus puestos. Si no, te juro que se la habrían volado. Ya es nuestro, pero falta lo más importante: salvar a su rehén, que supuestamente es Michelle Thompson. Debemos actuar con cautela y no descartar ninguna posibilidad. Puede que haya instalado algún tipo de bomba trampa o encendido el gas y se haya guardado un mechero en el bolsillo. Ya me entiende. Con los psicópatas nunca se sabe. Así que... Vamos allá. —Volvió a colocarse el megáfono ante la boca—. ¡Jones! —llamó en alto—. ¡No tienes escapatoria! ¡Libera a Michelle y saldrás con vida de esta! ¡Tienes mi palabra: mis hombres no abrirán fuego si ella no sufre daños!

Esperamos un par de minutos, pero no obtuvimos respuesta.

Howden repitió la advertencia palabra a palabra.

Tras aguardar varios minutos más, conseguimos el mismo resultado que con la primera tentativa.

—¿Me permite un momento?

Señalé el megáfono con el mentón.

El Agente Especial al Mando accedió a prestármelo.

Hablé con mis labios a dos dedos de la parte más pequeña del cono:

—Te habla Oliver Baker. Repito: soy el sargento Oliver Baker, del Departamento de Policía de Nueva York. Tengo una pregunta que hacerte, Jones. ¿Recuerdas lo que nos dijiste a Rebeca y a mí antes de salir hacia la vieja central eléctrica, la respuesta que debías darnos si surgían dudas sobre tu identidad? Pues bien, Jones, ha llegado la hora de responder. ¿Quién eres? Repito: ¿quién eres?».

Howden me miró con el ceño fruncido.

Permanecemos en absoluto silencio durante un largo instante.

Cuando me disponía a repetir la pregunta, se abrió la puerta del salón de la autocaravana.

—¡Soy el rey de la colina!

La voz de Liam surgió de la casa rodante como un grito de auxilio.

Feliz aniversario

Días antes

Sucedió antes de que le descubrieran, cuando las heridas aún eran recientes. Me había cortado seis dedos, y tras abandonarme a mi suerte en el baño me suministró analgésicos para el dolor. Me dejó impedida de por vida y luego trató de ahorrarme sufrimiento. Un hombre que actuaba más allá de la coherencia.

Mis manos lucían tres muñones hinchados y palpitantes de un color violáceo que no invitaba al optimismo. Aunque no me permitiera vendármelos, sí que me dejó lavarlos periódicamente con agua tibia y jabón neutro.

Me tambaleaba entre la cordura y la demencia como un funámbulo primerizo sobre el alambre. Intentaba sobrellevar el calvario viajando mentalmente a lugares donde me aguardaban buenos recuerdos. Por suerte tenía donde elegir: fui feliz hasta caer en su red. Pero al tiempo que pasaban los días aparecían las interferencias, costándome cada vez más cerrar los ojos y no ver su cara de asesino.

Lo dije sin pensar: «Hoy es mi cumpleaños». Tal vez empezara a perder la cabeza y por tanto a bajar la guardia, a dejarme arrastrar por la deriva que el temporal Luke Jones le provocaba a mi mente.

Rompí una de mis máximas: no hablarle a no ser que él me preguntara.

Dejó de fregar los platos con los que habíamos cenado macarrones precocinados y me observó con el ceño fruncido.

—¿Y has esperado hasta las diez de la noche para decírmelo?

—No había caído en la cuenta. He visto la fecha en la tele y...

Me encogí de hombros mientras esbozaba una fingida sonrisa.

—Pues felicidades, mujer.

—Gracias.

—Habrás que celebrarlo de algún modo, ¿no? Aún estamos a tiempo.

—No es necesario. En serio.

Se secó las manos con un paño de cocina.

—Claro que sí. —Se frotó el mentón y acercó al sofá; verle aproximarse me ponía tensa—. Saldremos a pescar, ¿te parece? Llevas demasiado tiempo aquí metida y hoy es un día especial. Te vendrá bien estirar las piernas, ¿no crees?

—¿Pescar de noche?

—Claro. La pesca nocturna es relajante, ya verás.

—Vale. Gracias.

Me apetecía respirar aire puro, pero no en su apestosa compañía.

Me liberó del asidero metálico, uniéndome las manos sobre la cintura; sentí dolor en los muñones cuando manipuló mis extremidades. Me sorprendió que usara únicamente unas esposas como medio de dominación, aunque se apresurara en recordarme con quién estaba a punto de salir de pesca: «Si corres, te disparo por la espalda y te destrippo viva».

Sabía cómo amedrentar, de eso no cabía duda. Sin embargo, sus amenazas no consiguieron aplacar mis ganas de salir corriendo a su mínimo despiste.

En un visto y no visto, equipado con su mochila, su revólver, una linterna y dos cañas de pescar, lo tenía sonriente ante la puerta.

«En cuanto se despiste, le reviento la cabeza con una piedra», me dije entretanto la abría y, «caballerosamente», me ofrecía salir primero.

Abandoné la autocaravana con su aliento abordándome por la espalda para toparme con troncos oscuros a escaso medio metro de la carrocería. La autocaravana estaba cubierta con una funda de camuflaje, ramas y arbustos.

«Por eso escucho ruidos cuando paramos al atardecer. De noche es imposible distinguirla y de día no creo que sea fácil».

Me desanimó encontrar «nuestro» transporte tan bien mimetizado con el entorno.

«Nunca me encontrarán. Al menos con vida».

Me imaginé encuadrada por cintas amarillas, iluminada por flashes de cámaras sujetas por hombres y mujeres ataviados con monos blancos, mientras dos detectives de homicidios observaban mi cuerpo sin vida. Entonces, mientras Luke me marcaba el camino con un haz de luz, observé mis manos mutiladas y esposadas.

«No debí decirle que era mi cumpleaños. Pero hecho está. Ya no hay vuelta atrás. ¿Y si es una llamada del destino?».

Entendí que no se me presentaría otra oportunidad como aquella para escapar.

La potente luz que arrojaba la linterna llenaba de claridad lo que teníamos delante, mientras a nuestra espalda se alargaba la lobreguez que abrazaba al resto del bosque como una araña a su presa. Sobre las copas de los pinos relucía una luna llena que perfilaba donde el haz de luz no alcanzaba. Escuchaba mi respiración como un viento helado y ramitas secas partiéndose bajo nuestros pies, el incesante canto de los grillos y los ululatos de algunos búhos que parecían gritarme «¡corre de una maldita vez!».

—Para —me ordenó.

Obedecí al instante.

Ni corto ni perezoso, se bajó la cremallera mientras me daba la espalda y se puso a mear sobre el tronco de un pino.

«¡Ahora!».

Corrí con las manos esposadas.

Mis piernas no respondieron como hubiera deseado; la inactividad estaba pasándome factura en el peor momento.

—¡Michelle! —Luke me llamaba a gritos desde no sabía dónde ni desde qué distancia. No obstante, la nitidez de su voz me llevó a pensar que desde no demasiado lejos.

Me guie con las sombras y las siluetas. Salté troncos caídos que percibí como bultos y esquivé árboles que distinguí como columnas negras. Corrí tratando de hacerlo en línea recta mientras notaba la garganta seca y mis piernas parsimoniosas. No apareció el flato ni el dolor; la adrenalina se encargó de solaparlos. Eché la vista atrás para ver a Luke rastreando mis pasos, y tuve la sensación de huir sobre unas vías de tren. Al volver la vista, una rama golpeó mi cara, haciéndome caer de espaldas. Durante un segundo —por imposible que pueda parecer— creí que me había estado esperando tras un tronco y lanzado un puñetazo en el momento justo. Pero la culpable de mi traspie permanecía sobre mi cabeza unida a un tronco como un brazo a un cuerpo.

No sentí dolor.

Me levanté rauda y seguí huyendo.

«Tal vez debería trepar a un árbol. No. Mejor sigue avanzando».

Avisté claridad a un centenar de metros.

«Una carretera —pensé aliviada—. Son poco más de las diez. He de detener un coche como sea».

—¡Micheeeeeelle...!

Luke me llamaba con retintín. Su voz sonaba terroríficamente nítida; aun con mis esfuerzos, no parecía haberme alejado demasiado de mi captor.

«No puede verme —cavilé angustiada—. ¿Cómo puede seguirme tan de cerca?».

Cambié de dirección sin desviar la vista de la carretera, tratando de despistarle con un rodeo.

—¡Es inútil, Michelle! ¡Si desistes no te castigaré! ¡Pero si sigues corriendo...! ¡Tú misma!

Estuve tentada de gritarle «¡que te den por culo, cabrón de mierda!», pero solo seguí avanzando hacia la claridad.

Sobrepasé la última línea de troncos y me detuve en lo que pensé sería un arcén.

—Mierda —susurré desengañada.

Ante mí se extendía un hermoso lago de aguas calmadas donde se reflejaba la luz de la luna. Miré alrededor: agua rodeada de árboles sobre un fondo estrellado.

La luz de la linterna se acercaba desde el bosque. No podía entender cómo conseguía rastrearme de aquella impecable forma.

«Camina linterna en mano como un sabueso que ha olfateado un rastro, directo a su presa, sin dar rodeos, sin desviarse de su meta».

Jadeante, busqué el modo de esconderme hasta que amaneciera, hasta que la oscuridad dejara de aliarse con mi enemigo.

«Me ocultaré hasta que desista. No pienso volver a esa maldita autocaravana. Antes prefiero morir».

Corrí hacia los pinos que circundaban el lago mientras estudiaba sus ramas bajas. El contraste entre el haz de la linterna y las sombras tras la espesura se apreciaba intenso, como un proyector lanzando imágenes sobre las matas y los arbustos.

Me encaramé a la primera rama de un pino socorrida por una roca y escalé haciendo zigzags hasta una rama ancha y larga. Hubiera deseado subir más alto, pero mis manos se habían convertido en unas malditas tenazas, a lo que había que sumarle el hándicap que suponía ir esposada. Aun con todo, auxiliada por la adrenalina, conseguí agarrarme a las ramas como una gimnasta a las barras asimétricas. Curiosamente, el pavor me ayudó a perder el miedo. No sentía frío ni calor, ni las ramas arañando mi piel. En mi mente solo cabía un pensamiento: antes muerta que con él.

No me hubiera atrevido a subir tan alto de no haberme ido la vida en ello; lo cierto es que me percibí como un animal trepador huyendo de un depredador.

Rompí ramitas con cuidado de no hacer ruido y me las metí por dentro de las mangas de mi camiseta y de mi pantalón de pijama de Hello Kitty, dejando que sus hojas me cubrieran los pies, el pecho, las manos... Me mimeticé con el árbol asemejando un espantapájaros hecho con prisa.

«Es imposible que me encuentre aquí arriba, llena de ramas...».

Las copas de los pinos sobresalían como siluetas punzantes más allá del espacio que ocupaba el lago. La luna parecía brillar con más intensidad que tras abandonar la autocaravana.

Me mantuve quieta y en absoluto silencio durante unos largos minutos.

No podía creerlo: la luz se acercaba paulatinamente.

Desde lo alto advertí cómo la potente linterna de Luke iluminaba su rostro.

«No es la linterna: es su móvil. ¿Por qué diantres está mirando su teléfono?»

Se me cortó el aliento al comprender el motivo por el que andaba directo hacia el tronco de «mi» árbol.

Me palpé el cuerpo nerviosa, buscando bultos en mi pijama de Hello Kitty.

—No, no, no... —susurré tras manosear algo sólido dentro de la goma del pantalón.

«Ha metido rastreadores GPS en mi ropa».

Luke se detuvo y miró hacia arriba mientras iluminaba la copa del pino donde yo intentaba pasar desapercibida, cegándome con su potente linterna.

—Me has dado justo lo que necesitaba —dijo sonriente—: sentir la caza de nuevo. Si hasta te has mimetizado en plan comando. —Mi captor se burló mientras yo pensaba en mi única salida—. En fin. Baja o te disparo a las piernas. Te pegaré una paliza y volveremos a casa.

«¿A casa? No».

Cerré los ojos y me dejé caer de lado desde una altura superior a los siete metros, confiando en que el golpe me permitiría escapar de Luke Jones. Revoté contra varias ramas como una bola de pinball. Mi cuello se dobló de mala manera mientras Luke se apartaba de un salto y espetaba un «¡joder!».

Mi cuello no quiso partirse. Dios se negaba a darme descanso. Ni siquiera consideró oportuno evitarme el consecuente dolor con un desmayo.

Mareada y magullada, con ramas arañándome la piel desde el interior de mi pijama, noté cómo me agarraba del pelo y me arrastraba por el bosque como a un ciervo recién abatido.

No tuve fuerzas ni para patalear.

—Cuando te recuperes, te vas a enterar —amenazó mientras tiraba sin clemencia de mi cabello—. ¿En qué estabas pensando, Michelle? Te he tratado bien hasta ahora, ¿no crees? Pero mañana, cuando estés mejor, te estrangularé hasta hacerte ver el final del túnel.

Me llevó a rastras más de medio kilómetro, deteniéndose a descansar cuando lo necesitaba. Tardamos una eternidad en llegar a la autocaravana, pero Luke nunca barajó la posibilidad de llevarme en brazos. Piedras, ramas caídas y matorrales surcaron mi espalda como un arado la tierra, dejándomela como la de un esclavo tras un correctivo de su amo. Creí que iba a desprendérsese el cuero cabelludo en cualquier momento. Cientos de cabellos cayeron aquella noche sobre la tierra y la maleza del bosque.

No pude pegar ojo a causa del dolor.

«Que tengas dulces sueños. Y de nuevo, feliz cumpleaños», me dijo fingiendo ser un buen chico antes de tumbarse en su cama abatible. Yo me esforcé por no gesticular de dolor. Había disfrutado cazándome por el bosque, y no estaba dispuesta a concederle más satisfacciones.

A la mañana siguiente me obligó a asearme. Nunca había sentido tanto ardor en la piel. Una vez limpia, cumplió las amenazas proferidas la noche anterior: me estranguló hasta hacerme acariciar la muerte. Pero Dios, por segunda vez en pocas horas, me negó el descanso.

Aquel día empezó a tomar medidas «contra suicidio».

«No voy a permitir que me abandones», musitó mientras me escondía los cuchillos de cocina.

Cerré los ojos e inspiré hondo antes de intentar conciliar un sueño que no llegaría.

«No patalees cuando te haga daño —me dije entretanto sentía un enorme dolor físico y emocional—. Y nunca llores.

»No exhales una sola queja.

»No levantes la voz.

»Contéstale con una sonrisa en los labios.

»Aún no te rindas, Michelle».

A diestro y siniestro

Los bisbiseos aumentaron a nuestra espalda. Nuevos agentes y dos ambulancias se presenciaron en el lugar de los hechos. No obstante, ni Howden ni yo habíamos despegado apenas la mirada de la autocaravana.

—Necesito un chaleco antibalas y unas esposas —solicité tras el grito a todo pulmón de mi viejo amigo—. Voy a entrar.

—¿Está seguro, sargento? —Howden no parecía convencido.

—Ahí dentro pasa algo raro. Tal vez tenga miedo de que le vuelen la tapa de los sesos, pero ahí dentro está Liam Jones y... —Desistí de intentar hacerle entender que, al contrario que Luke, Liam era inofensivo—. Tengo que hacerlo. Para eso estoy aquí. Presentí que llegaría este momento y... Qué diablos. Acabemos de una vez por todas con este despropósito.

—De acuerdo.

—¡McKenzie! —llamó Howden con la autocaravana siempre en su campo de visión—. ¡Tráeme un chaleco antibalas y unas esposas!

—¡Enseguida, señor! —escuché tras de mí.

Llevaba un buen rato sin mirar a mi espalda. Al hacerlo me sorprendió encontrar a más de cincuenta agentes guardando las distancias con el Agente Especial al Mando, cuchicheando expectantes.

McKenzie llegó con el chaleco y las esposas.

Me coloqué la prenda protectora sobre la camisa y bajo mi abrigo y anduve sin despedirme tras formular «que nadie se acerque hasta que yo dé la orden».

Desenfundé mi arma reglamentaria.

Percibí las luces traseras de la casa móvil como los ojos de un demonio tumbado, y sus bajos como sus entrañas.

«¿Y ahora cómo cojones subo hasta la puerta?», pensé a medio metro de las vísceras de la bestia.

No pedí ayuda por pura vergüenza.

Volví a enfundarme la pistola.

Apoyé un pie en el depósito, y ayudado por una de las ruedas me aupé al lateral con un estilo que hubiera sonrojado a cualquier escalador competente.

«Ahí atrás deben estar aguantándose la risa».

Volví a desenfundar mi arma reglamentaria.

Me tumbé bocabajo y acerqué la cabeza a la angosta puerta del salón.

—¡Soy Oliver, Liam! ¡Puedes colocarte a la vista!

Escuché pasos y enseguida vi a mi viejo amigo.

—Lo siento, Oliver —dijo mirando hacia arriba con los ojos inyectados en sangre—. De verdad que lo siento.

—Tú no tienes la culpa, pero... —Me saqué las esposas del bolsillo de mi abrigo y las lancé dentro de la autocaravana. Luego eché un rápido vistazo al interior—. Hay protocolos que no puedo obviar. —Sonreí afable—. Ahí fuera hay al menos cincuenta agentes esperando a que

meta la pata. Espóstate a uno de los asideros, haz el favor.

Le observé mientras se agachaba, cogía las esposas y cerraba uno de los puños en torno a su muñeca derecha. Luego pasó la cadena por el asidero del techo y cerró el otro puño alrededor de su muñeca izquierda. Sus manos quedaron por encima de su cabeza.

Su forma de proceder llamó poderosamente mi atención.

Me erguí, eché un rápido vistazo a Howden, que apenas pude distinguir tras los focos que iluminaban la casa móvil, y me dejé caer dentro del salón.

Ver a Liam esposado logró librarme de gran parte del nerviosismo que soportaba desde el aviso por radio.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté mientras observaba a nuestro alrededor—. ¿Dónde está Michelle Thompson?

—Esposada en el cuarto de baño. —Anduve hacia el citado cubículo mientras Liam seguía explicándose—. Me he despertado aquí, supongo que debido a un golpe en la cabeza. No sé. Lo cierto es que no tengo ni idea de por qué he emergido tan de sopetón. No es lo corriente, pero es que todo se ha ido de madre. —Abrí la estrecha puerta que permanecía a mis pies—. Me secuestraron dos hermanos y me torturaron; y entonces apareció Luke. No pude evitar que...

—Silencio.

Hallé a Michelle con los ojos muy abiertos, esposada a un asidor anclado en el «suelo». Se quedó mirándome como quien contempla a un mesías.

—¿Se ha acabado? —preguntó tras fijar la mirada en la placa que colgaba de mi cuello.

—Hoy volverás a abrazar a tus padres. Sí. Se acabó.

Me volví hacia Liam mientras la joven rompía a llorar.

—¿Dónde están las llaves de las esposas?

—No tengo ni idea.

—Acérquese, agente. —Entre sollozos, Michelle requirió mi atención.

Me deslicé dentro del aseo mientras ella empezaba a susurrar. Y entonces lo vi: le faltaban tres dedos en cada mano. No comenté nada, pero no pude evitar exhalar un «Dios santo».

—Durante uno de sus interminables monólogos, me contó las peculiaridades de su trastorno. O del trastorno de Liam. Es liso, la verdad. En fin. La cuestión es que juraría que me dijo que era zurdo y Liam diestro.

—Así es.

—Pues antes ha abierto la puerta con la mano derecha y me ha quitado la mordaza y las ataduras con la misma mano. Un zurdo no usaría la...

—Y se ha puesto las esposas con la mano derecha —interrumpí. Para enseguida colocarme el índice sobre los labios y sisear suavemente—. Ahora vuelvo.

Salí del aseo y busqué por los armarios del salón.

—¿Qué buscas?

Un momento, Liam.

—Esto me servirá.

Volví a meterme en el baño con una llave inglesa. Hice palanca y traté de arrancar el asidero de la pared que nos hacía de suelo. Tiré hacia arriba con todas mis fuerzas. Tuvimos suerte: el accidente había soltado ligeramente los tornillos. Tras un último esfuerzo —que casi me costó una hernia—, cedieron y Michelle quedó libre.

—Gracias.

Me abrazó, evidenciando su cansancio físico y mental.

—Tranquila. No tienes que preocuparte. Liam está esposado.

Salí del servicio y le ayudé a hacer lo mismo.

Sin mediar palabra, me dirigí a Liam mientras Michelle aguardaba a mi espalda.

—Es evidente que veis cosas estando en segundo plano, que recordáis pasajes de la vida del otro —conjeturé mientras recordaba la mirada de mi amigo «desaparecido». Las regresiones son un potenciador, pero parece claro que tenéis la capacidad de profundizar el uno en el pasado del otro. Supongo que en casos excepcionales, esa capacidad emerge como una especie de sistema defensivo. Liam aseguraba no recordar nada de lo que hacía siendo tú. Y le creo. Era un sistema defensivo más, como lo fue crearte. Inconscientemente, boqueó dicha capacidad; se negó a sufrir tus vivencias. Pero tu mente no ha bloqueado nada. Por eso sabías la respuesta a la pregunta clave, ¿verdad, Luke?

—¿Qué estás diciendo? Soy...

—¡Calla y escucha! —Liam/Luke arrugó la frente—. Recuerdo cada una de las palabras que me dijiste aquel día. O debería decir «dijo»: «Luke no forma parte del equipo. Si pasase a ser mi personalidad primaria, ataja el problema de raíz, ¿entiendes? Ese hombre no tiene piedad ni conoce los remordimientos. Necesito que me prometas que si emerge para quedarse harás lo que sea necesario para hacerlo desaparecer. No quiero que domine este cuerpo. No quiero ser un asesino en serie. No quiero hundirme en su mente para aparecer de improviso». ¿Lo recuerdas, Liam?

—Claro que lo recuerdo. Lo dije yo. Pero no sé a qué viene eso ahora mismo.

—Viene a que Luke es zurdo y Liam es diestro. —Puede que lo imaginara, pero advertí en su rostro una sutil mueca de fastidio—. Te crees muy listo, ¿eh, Luke? Pero has fallado en lo más importante. Digamos que lo tuyo no es ponerte en la piel de otro. Irónico, ¿verdad? Te has visto acorralado y has olido lo que te esperaba: una camisa de fuerza, una habitación acolchada y pastillas a tutiplén. Entonces has buscado el modo de acabar en una celda común. Fingiendo ser Liam obtendrías mi apoyo. Sabías que daría la cara por él, que alegaría ante un juez que se sacrificó por mi hija, que en el fondo es un buen hombre enfermo. En definitiva: pretendías volver a la celda donde despertabas sujeto a una cama.

—Soy Liam, Oliver.

—Siguiendo con lo de antes —dije ignorando su afirmación—, volveré a refrescarte la memoria. Esto fue lo que le contesté a Liam poco antes de verle por última vez: «Luke nunca te dominará. Ni en prisión ni fuera de ella. No mereces lo que te está pasando, y no estoy dispuesto a consentir que tu situación empeore». Y parece evidente que Liam no volverá.

Desenfundé mi pistola y encañoné a Luke.

—Por Dios, Oliver, estás cometiendo un grave error. ¿Vas a matarme, en serio?

—Si Liam hubiera despertado en esta autocaravana, tras ver las manos de Michelle habría salido al exterior con algo sospechoso entre las manos para que los de afuera le acribillaran a balazos. Él jamás se hubiera arriesgado a que este despropósito volviera a repetirse.

—Soy Liam. Soy tu amigo. Recapacita, por favor.

El pulso se me aceleró mientras mi brazo temblaba como un poste clavado en el epicentro de un seísmo. Recordé nuestro pasado en común, las interminables investigaciones que realizamos juntos, las cenas con su mujer y su hija, los casos resueltos y las decepciones. Evoqué su rostro al aceptar el juego del asesino, al consentir gustosamente arriesgar su vida por mi Samantha.

«Liam está muerto».

Intenté autoconvencerme de que borrar a Luke Jones del mapa significaba cumplir una

promesa: «Luke nunca te dominará. Ni en prisión ni fuera de ella». Que Liam no volvería, que aquello no era más que un acto de amistad que, además, libraría a la sociedad de un despojo.

«Permitiéndole abandonar su celda provoqué que su mitad malvada acabara apoderándose de su cuerpo, pero no puedo consentir que siga abismado en la mente de un asesino. Si Luke recordaba la respuesta, vete a saber qué clase de sufrimiento estará soportando Liam ahora mismo».

—Liam, si estás ahí —dije mirando fijamente a los ojos de Luke—: lo siento.

Apunté al entrecejo de Luke y me dispuse a apretar el gatillo, pero mi dedo índice se negó a doblarse.

—¡Mierda!

Bajé el brazo.

«Después de todo, no soy capaz de cumplir mi promesa. Samantha podría estar muerta de haberse negado a acudir a la reunión, y aun así... Maldita sea».

—No puedo ejecutarte como a un caballo de carreras con la pata rota. Si puedes escucharme, Liam: lo siento. De verdad que lo siento.

—Soy Liam, Oliver. Estás haciendo lo correcto.

Cuando me disponía a ponerle a disposición del FBI, oí movimientos a mi espalda.

No llegué a volverme del todo.

Los brazos de Michelle se elevaron ante mis ojos sujetando un revólver con ambas manos. Lo agarraba de un modo nada ortodoxo, pero firmemente.

Apenas tuve tiempo de sopesar la situación.

—Deberías haberme cortado las manos —dijo con la mandíbula apretada, los ojos llorosos y varios surcos de lágrimas rayando su cara.

Aun con lo inesperado de su acción, pude haber empujado sus brazos mientras formulaba la frase lapidaria y por ende haber desviado la trayectoria del proyectil.

Pero no hice nada.

Observé a Liam durante un segundo: su rostro mostraba una expresión más cercana a la resignación que a la pena o a la rabia. Me sorprendió que no tratara de persuadirla a gritos. Supuse que entendió que era demasiado tarde para hacerla cambiar de idea y decidió afrontar la muerte con dignidad.

Cerré los ojos y dejé que ocurriera.

«Aprieta el maldito gatillo —pensé embargado de emoción—. Haz lo que yo no he tenido el valor».

El estallido resonó en mis oídos como un suspiro conformista.

«Ya tienes tu final».

Abrí los ojos.

Luke colgaba cabizbajo con las piernas juntas y las rodillas dobladas. Las puntas de sus botas de caza se apoyaban en la pared de la autocaravana recordando a una bailarina de *ballet*. Sobre su ojo izquierdo resaltaba un orificio de bala del que manaba un hilo de sangre que tardó poco en alcanzar sus pantalones, tras manchar su rostro y su camiseta.

—A mí no van a recriminarme nada. —Michelle me mostró sus manos de dos dedos—. Descuélgalo. Diremos que te atacó, que forcejeasteis y que caísteis al suelo. Yo, temiendo por tu vida y por la mía, me hice con el arma que sabía que ocultaba pegada con celo a la puerta del conductor. Él cogió la llave inglesa y le disparé cuando se disponía a reventarte la cabeza.

Asentí como si fuera un subordinado sin voz ni voto.

Descolgué a Luke como había sugerido Michelle, dejándole tumbado con las esposas cerradas en una sola mano, haciendo así más creíble nuestra convenida versión de los hechos.

A partir de entonces, una duda se empecinó en atormentarme noche y día: «¿Y si dijo la verdad? ¿Y si Liam emergió tras el accidente?». Cuando no podía conciliar el sueño, me decía: «Hubiera usado la mano derecha». Sin embargo, fuera razonable o no, tardé años en arrancármela de la cabeza. Y solo entonces pude cerrar mi personal Caso Asesino del TID.

Abrazos

Sheriff Stone

Oímos el estallido.

Mientras Howden les explicaba a sus hombres cómo acceder a la autocaravana, vimos cómo Michelle la abandonaba como una sirena emergiendo de un mar en calma. Observarla sana y salva en lo alto de la casa rodante me provocó una inusitada reacción: rompí a llorar como un niño pequeño. Obviando el día que enterré a mi esposa, no recordaba haberlo hecho delante de nadie.

Natalie me abrazó, pegando su rostro contra mi pecho. No pude devolverle el gesto de cariño: mis brazos quedaron presos por los suyos. Tampoco recordaba que nos hubiéramos abrazado nunca.

Michelle se arrodilló para echarle una mano al sargento Baker, que abandonó la autocaravana con gesto afligido.

Todos suspiramos aliviados.

«Liam ha muerto», predije mentalmente antes de formular «vamos, Natalie». Solo al oír mi voz dejó de abrazarme.

Caminamos junto a Howden, varios agentes uniformados y dos paramédicos, mientras Michelle saludaba desde el lateral de la autocaravana como una enamorada desde el puerto del que ha partido su amado.

Parecía estar bien, aunque su sonrisa se apreciaba forzada.

«Sus manos».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo entretanto dos agentes ayudaban a bajar a la adolescente y al sargento, y otros dos, equipados con rifles de asalto, saltaban a la autocaravana desde la ladera. Ver a Michelle sonriente mientras imaginaba el sufrimiento por el que debía haber pasado me sumió en un extraño estado de inquietud.

«Le ha cortado seis dedos».

Desde el vértice de la casa rodante, el Agente Especial al Mando recibió la noticia que todos esperábamos.

—Liam Jones ha muerto, señor.

Me alegré para mis adentros mientras recordaba las fotografías tomadas en un apartadero cercano a Big Falls, donde Jones se había deshecho del cuerpo sin vida de Mary Hodge, y las tomadas en plena US-71, donde disparó a Chris Rollins; ambos lugares cercanos a donde nos encontrábamos.

«No debiste pisar nuestro humilde condado».

Sentí orgullo por Natalie y por mí mismo.

Caminamos en busca de las ambulancias donde los paramédicos pretendían reconocer a Michelle. Aunque ella se empeñara en repetir «no se preocupen, estoy bien», sus manos parecían necesitar curas urgentes.

—¿Qué ha pasado ahí adentro, sargento? —preguntó Howden.

—Que le he matado —intervino Michelle con una siniestra calma, entretanto un paramédico la envolvía con una manta térmica—. Ha intentado asesinar al sargento y le he disparado con un arma que ocultaba adherida con celo a la puerta del piloto, con la que se vanagloriaba de haber acribillado a un ayudante del sheriff. No me ha resultado fácil, se lo aseguro: con dos dedos en cada mano...

Michelle sonrió compungida.

—Te debo la vida —aseguró Baker, mirándola fijamente a los ojos.

—Y yo les debo a todos ustedes estar libre. —Nos miró uno a uno: a Howden, a Oliver, a Natalie, a mí...—. Gracias por rescatarme de ese infierno.

Nadie le recriminó lo que había hecho. Nunca. Un sargento seguía vivo gracias a su arrojo y un despiadado asesino había pasado a mejor —probablemente a peor— vida; un criminal, además, que la había dejado impedida para siempre.

47 minutos más tarde

Estudié su reflejo a través del espejo interior. Sobre los asientos traseros observaba los bosques que se desplegaban más allá del arcén. Se apreciaba en calma.

«Una falsa calma —pensé mientras circulábamos por la US-71, a poco más de cinco kilómetros de su casa, de nuestras casas—, pero volverá la tormenta. Solo ella sabe lo que ha sufrido en esa autocaravana. —Observé su mirada triste sobre los labios que se habían hartado de sonreírnos—. Es obvio que es mentalmente fuerte, pero hay heridas que nunca cicatrizan del todo. Comparte tu dolor, Michelle, o te destrozará por dentro. No cometas el error de fingir que todo va bien».

Sus padres estaban durmiendo o intentando conciliar el sueño desconocedores de lo que había pasado aquella noche. «A partir de hoy vais a dormir a pierna suelta —pensé mientras evocaba la triste expresión de Andrea Thompson al otro lado de mi mesa de despacho—. Estoy a punto de daros la mejor noticia de vuestras vidas».

De vez en cuando le echaba una fugaz mirada a Natalie, sonreía y ella me devolvía la sonrisa. «Será una sheriff maravillosa».

Incluso el pueblo parecía distinto.

La nieve acumulada donde el sol no alcanzaría a derretirla parecía un inmenso adorno navideño. Odiaba la nieve dura y las placas de hielo, pero aquella noche las líneas blancas y los reflejos que se alargaban al pie de las aceras, de las casas, de las fuentes y de los troncos, me llevaron a sonreír. Me agradaba percibir que la normalidad nos aguardaba a la vuelta de la esquina. En nada volveríamos a tramitar denuncias por ruidos, a buscar perros perdidos, a acudir a accidentes que se solucionaban con un parte y un trabajo de chapa y pintura.

Suspiré aliviado, aunque no conseguía sacudirme la ansiedad por completo; mi mente se negaba a entender que la tormenta había pasado.

Aparqué ante la puerta de su casa. Michelle asomó la cabeza por entre nuestros asientos cuando yo tiraba del freno de mano.

—Sheriff Stone. —Me miró a los ojos—. Ayudante Corden. —Hizo lo mismo con Natalie—. Siempre estaré en deuda con ustedes. Nunca podré agradecerles lo que han hecho por mí, que no se dieran nunca por vencidos.

—Es nuestro trabajo —proferí emocionado.
—Solo cumplíamos con nuestro deber —ratificó Natalie con los ojos empañados.
—Entonces, su buen hacer me ha salvado la vida. —Se echó hacia atrás y abrió la puerta—. Mis padres nos esperan —dijo antes de apearse del coche patrulla—. No alarguemos más su sufrimiento.

Su entereza no dejaba de sorprenderme.

Anduvimos tras ella.

No podía dejar de mirarle las manos.

Subió los dos peldaños que separaban la acera del porche y llamó al timbre de la casa a la que tanto había deseado volver, y esperó mientras nosotros nos manteníamos al margen.

La madre abrió en camión y se quedó paralizada mientras su hija la observaba sonriente. La mirada de Andrea fue directa a las manos de Michelle y de vuelta a los ojos de su hija, y ambas empezaron a llorar antes de abrazarse. Natalie y yo nos miramos con gesto de satisfacción.

—Vámonos a casa —susurré.

—Sí. Estoy agotada.

Les dimos la espalda conscientes de que Michelle se encargaría de poner al tanto a sus padres; quién mejor que ella. Ya habría tiempo de recibir agradecimientos de la familia Thompson y de rellenar informes.

—¡Sheriff! ¡Natalie! —oímos tras nosotros—. ¡Gracias!

—Mañana hablamos, Andrea —dije tras volverme sobre la acera, ya cerca del coche patrulla.

—¡Gracias a los dos! ¡Mañana les llevaré unos pasteles caseros!

Sonreímos y asentimos con la cabeza.

—Finalmente, tendré que pedir esa silla por Amazon, ¿eh, jefe? —susurró Natalie mientras me daba un disimulado codazo.

—De hierro forjado, a poder ser —maticé por lo bajini.

Natalie exhaló una risa ahogada mientras los ojos de la madre que aún abrazaba a su hija transmitían la mayor muestra de gratitud que habían contemplado los nuestros.

Se despidieron de nosotros con la mano y entraron en casa lagrimosas.

Me quedé absorto en la puerta cerrada y sonreí al darme cuenta de la importancia de nuestros actos. Aquella noche le habíamos otorgado un futuro a una buena persona. A decir verdad y sin miedo a equivocarme, podíamos asegurar que la muerte de Jones se lo había concedido a más de una.

«No encontraré mejor momento para retirarme».

—Vamos a descansar un rato, futura sheriff. —Le guiñé el ojo a Natalie y entré en el coche patrulla por la puerta del conductor.

—¿Va en serio lo de retirarse? —me preguntó una vez estuvimos acomodados en nuestros asientos.

—Mañana mismo le comunicaré mi decisión al alcalde —informé mientras conducía por las calles de Littlewood rumbo a la casa de mi ayudante—. Le alegrará saber que tú vas a sustituirme. No te lo he dicho tan a menudo como hubiera deseado, pero has sido la ayudante perfecta. Venderé mi casa y me iré a vivir al campo, a la parcela que heredé de mis suegros. Construiré una granja y cultivaré sin prisa pero sin pausa. Un par de perros, una vaca, un caballo, un rebaño de ovejas... E invitaré a mi nieto a pasar los veranos con su abuelo. Un buen plan, ¿no crees? —A Natalie se le escaparon un par de lágrimas—. No es tan malo, mujer.

—No es eso. El plan es genial. Pero no tenerle en la mesa de enfrente...

—No me voy a China, mujer. Estaré cuando me necesites.

Reseteo

Oliver Baker

Regresé con la sensación de haberme ausentado años, de haber dejado sobre aquel camino de tierra, en aquella autocaravana volcada, un pasado que quería olvidar y no quería borrar del todo. Pasé el viaje de vuelta evocando buenos y malos momentos, tratando de separar a Liam de Luke, al bueno del malo. Sin embargo, los asesinatos se arraigaban en mi memoria como el odio en un torturado.

«Los malos momentos solapan a los buenos», lamenté.

Bajé del avión y recorrí la terminal como si el mundo se hubiera difuminado. No conseguía hacerme a la idea de que Liam había muerto. Algunos días, tras despertar, durante un segundo aún pensaba que al llegar al Departamento tomaría café con Rebeca.

«Tal vez voy demasiado ligero —pensé estúpidamente—. ¿Y si el peso que me he quitado me hace no tener los pies en el suelo?».

Mi espíritu y mi cuerpo se percibían descansados, pero yo no lograba sonreír.

Tomé un taxi y recorrí las arterias de Nueva York rumbo al piso donde vivía mi exmujer con su marido y mi hija. Mientras observaba cómo los viandantes iban de aquí para allá, vislumbré mi porvenir durante una milésima de segundo, como si un proyector lo lanzara sobre la ventanilla. Me vi investigando homicidios lejos de los despachos, y también comiendo entre risas con una Samantha adulta.

El taxi se detuvo ante el bloque de pisos.

Subí por el ascensor mientras el taxista esperaba mi vuelta.

La visita fue rápida: el taxímetro seguía corriendo.

—Hola, Oliver. —Jennifer me abrió sonriente. «Ella también se ha quitado un peso de encima», pensé alicaído—. Lo he visto por televisión. Lo siento y al mismo tiempo me alegro. Es...

—Complicado. Lo sé.

Samantha apareció al fondo del pasillo y corrió hasta abrazarme con fuerza.

En ese momento, mientras sonreía con mi hija aferrada a mi cintura, supe que todo mi mundo sufrió un reseteo cuando Michelle apretó el gatillo.

16 horas más tarde

—Quiero volver a mi antiguo puesto —le rogué nada más pisar su despacho, sin ni siquiera darle los buenos días.

Green me observó sonriente.

—Me preguntaba cuánto aguantarías de chupatintas. En más de una ocasión me he visto tentado de proponerles una porra a tus antiguos compañeros. No, en serio: sabía que no lo

soportarías, pero he de admitir que has aguantado más de lo previsto. Pero bien está lo que bien acaba, ¿no?

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta, señor.

—Eres quien debes ser, y lo eres por la vida que arrastras, por lo que has hecho antes de entrar en este despacho. No sientas nada, joder.

—Si va a ponerse filosófico, creo que mejor vuelvo más tarde.

—No, tranquilo, se me pasa enseguida. Son achaques de la edad. Ya te llegarán, ya... — Esbozamos dos sonrisas cómplices—. Filosofía barata aparte, me alegro de no tener que seguir desaprovechándote. Tú no estás hecho para tramitar expedientes. Lo sabes tú, lo sé yo, y hasta los mandamases que se empecinan en fingir que no lo saben.

—Gracias, señor.

Necesitaba escuchar aquello.

La tumba sin nombre

19 años después

Oliver entró del brazo de su única hija.

Las arrugas enmarcaban sus ojos mientras su perfil encorvado avanzaba por un camino abrazado por tumbas. La artritis le procuraba un paso corto y flemático mientras sus brillantes canas reflejaban el inquebrantable paso del tiempo. Aquella mañana se había acicalado como todos los quintos días de cada mes de los últimos diecinueve años.

Anduvieron sin prisa hacia una lápida apartada del resto, Oliver con rumbo fijo y Samantha sin saber dónde iban.

Abandonó el camino empedrado para pisar el césped que cubría la mayor parte del cementerio. Anduvo con la mirada fija en un rincón del camposanto, en la tumba más alejada de su entrada. Se detuvo ante el mármol liso como un jarrón de porcelana y habló mientras miles de recuerdos surcaban su memoria.

—En esta tumba descansa quien te salvó la vida cuando eras una *renacuaja*, y quien te pagó los estudios con las regalías de su novela *Prisioneros*.

—Liam Jones.

—Exacto.

—El asesino del TID. —Al escuchar aquel sobrenombre, Oliver hizo un gesto de desagrado que su hija no percibió—. Me secuestraron y se ofreció como moneda de cambio. Algo así como un intercambio de rehenes, ¿no?

—Más o menos, sí.

»Mira. —El anciano se agachó mientras exhalaba un quejido gutural y su hija se apresuraba a sujetarlo del brazo. Apartó tierra con el dorso de la mano como si en lugar de dedos tuviera pinces, y la luz solar hizo relucir una placa de policía—. La entierro para que nadie se la lleve.

»Una enfermedad se lo llevó a él, a un buen poli. Aunque a decir verdad, quien se lo llevó fue un padre de... —Oliver se mordió la lengua: era consciente de que a su hija no le gustaban los tacos—. ¿Crees que he sido un buen padre?

A Samantha, aunque tuviera clara la respuesta, le sorprendió la pregunta.

—El mejor.

—¿Por qué?

La hija se quedó pensativa.

—¿Recuerdas el día que me empeciné en comer pizza y no tenías en el congelador? Fue el día que...

—Lo recuerdo perfectamente.

—Imagino. —Samantha torció el gesto consciente de los quebraderos de cabeza que les había causado a sus padres. Aunque nunca lo dijera en alto, se consideraba la causante de su divorcio: una losa que arrastraba desde hacía demasiado tiempo—. Yo tendría once años y me puse como un basilisco. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—No llego a tanto. Me falla la memoria, hija. Soy un maldito vejestorio. ¿Qué dije?

—No digas eso, papá —recriminó Samantha—. Eres mayor. Tú nunca serás viejo, y mucho menos un vejestorio. En fin. Me dijiste lo siguiente: «Si quieres ser como yo, un hombre recto que lucha contra las injusticias, no puedes ir por la vida maltratando ni gritando a los demás. Si te portas mal, no podrás ser como tu padre».

»Aquellas palabras me marcaron. Te idolatraba. Sigo haciéndolo. Eres un mito del Departamento de Policía de Nueva York, aunque nunca alardees de ello. Supongo que por eso he sido la primera de mi promoción.

Samantha le guiñó el ojo a su padre.

—La futura inspectora Baker, ¿eh? No puedo estar más orgulloso.

Ante la tumba, Samantha apoyó la cabeza sobre el hombro de su padre.

—¿Por qué sin nombre?

—Para que solo unos pocos podamos traerle flores: quienes sabemos quién fue. Para evitar que un séquito de adoradores de asesinos en serie entre en procesión a este cementerio.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque quiero que te unas al reducido grupo de los que sabemos quién fue Liam Jones. Porque no es fácil entenderlo y necesitaba que fueras una mujer hecha y derecha. Antes le has nombrado como el Asesino del TID, y aquí no descansa ningún criminal. El hombre que yace en esta tumba murió en el sótano de un chalé a manos de dos gemelos dementes. Le hicieron pagar por un crimen que no cometió. En este cementerio no reposa el Asesino del TID, sino Liam Jones.

Libre

Emergí con las manos esposadas a un «techo», medio minuto antes de desaparecer. Puede que Dios estuviera dándome la oportunidad de despedirme o, lo más probable, que Luke, como yo a él tantas veces durante mi infancia, me hubiera pasado la «patata caliente».

Empleé un instante en sopesar la situación. Nunca se me había presentado una escena tan fácil de interpretar: mi *alter ego* se apoderó de mi cuerpo en el sótano donde Deborah y Jamie me hicieron pagar por sus crímenes, y luego, desconocía cómo, consiguió escapar del chalé. Supuse que quien me encañonaba con un revólver era una de sus víctimas y que Oliver había conseguido atraparlo, y que durante su intento de huida había sufrido un accidente con la autocaravana que había estado usando para eludir a la justicia. Ahora, la chica de los dedos amputados pretendía vengarse. Aquel «deberías haberme cortado las manos», lo dejó claro.

Luke esperaba el momento propicio para volver, lo notaba por dentro, y no podía permitir que volviera a controlar mi cuerpo. Encerrado en una celda creí tenerlo todo bajo control, y aun así, aun estando «dominado», consiguió escapar. No podía confiar en mis capacidades de contención, ni siquiera en la eficacia de los fármacos. Solo debía mirar a mi alrededor para advertir mi fracaso como jaula humana.

Tuve treinta míseros segundos. Nunca había sentido tanto en tan poco.

Desconocía cómo había escapado del chalé, pero entendía lo suficiente: debíamos desaparecer. No fui capaz de soportar el sufrimiento, dejándole invadirme de nuevo como cuando era un niño. Fui un cobarde, sí, pero el presente estaba tendiéndome la mano, y no estaba dispuesto a rechazar su ayuda.

No recordaba nada desde mi caída al abismo. «¿Cuánto habrá pasado? —pensé mientras se consumían mis últimos remanentes de vida—. ¿Un mes? ¿Un año?».

Las arrugas de Oliver me dieron a entender que al menos media década. Cuatro, diez, un mes..., resultaba indiferente. Lo único que importaba era que pronto me esfumaría junto a Luke Jones, que le quitaría a Oliver y a muchos un peso de encima.

Me hubiera gustado notar en mi rostro la sonrisa que esbocé para mis adentros y las lágrimas que derramé, decirle a Oliver que era un buen hombre y que no debía sentirse culpable por nada, darle un abrazo y una explicación que le ayudaran a superar el trauma. Pero decidí no hacer nada que pudiera hacerles cambiar de idea.

Oliver cerró los ojos y entonces oí su voz; una frase que no recordaba haber escuchado: «Liam, si estás ahí: lo siento».

«Aquí estoy y no has de sentir nada».

Tomé una larga bocanada de aire antes de que la última víctima del Asesino del TID me otorgara la paz y mandara a Luke de cabeza al infierno.